



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **Jóvenes y oficios en la zona rural**

Un análisis sobre formación de ciudadanías, progreso y cambio sociocultural entre los campesinos del Valle de Tenza

**Nurys Esperanza Silva Cantillo**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología  
Bogotá, Colombia  
2012



# **Jóvenes y oficios en la zona rural**

Un análisis sobre formación de ciudadanías, progreso y cambio sociocultural entre los campesinos del Valle de Tenza

**Nurys Esperanza Silva Cantillo**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

**Magister en Antropología**

Director:

Andrés Salcedo Fidalgo Ph.D.

Línea de Investigación:

Antropología de la Juventud

Grupo de Investigación:

Antropología Social y Cultural

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología

Bogotá, Colombia

2012



*Estos plagos de ahora son como la  
pluma... que vuela por el aire.*

*Enriqueta Gómez, marzo 17 de 2009*



## Agradecimientos

A Andrés Salcedo gracias por creer en mí trabajo. De su labor como director valoro de forma especial su paciencia, sus agudas críticas y su respeto a mis ideas. Sin su empeño y sus correcciones, esta tesis no habría llegado a feliz término.

A Myriam Jimeno, gracias por su apoyo en los momentos más difíciles de mis trabajos de grado, de éste y del anterior. Por sus irremplazables cursos de metodología y porque las correcciones y las notas que hizo a cada uno de mis trabajos de clase alentaron el desarrollo de este estudio.

Igualmente agradezco al programa de Becas de Posgrado de la Universidad Nacional de Colombia, al grupo de Investigación *Quiénes son los Campesinos Hoy* y a Colciencias, porque a través del Semillero de Jóvenes Investigadores me ofrecieron un espacio de intercambio académico para confrontar mis ideas y la financiación de soporte para mis estudios de maestría y el trabajo de campo.

Agradezco a cada uno de los integrantes del grupo de investigación *Quiénes son los Campesinos Hoy*: a Nadia Rodríguez por acogerme dentro del Semillero de Jóvenes Investigadores y por ampliar mi perspectiva sobre las formas de organización de las poblaciones rurales. A Juana Camacho, a quien no tengo palabras para agradecerle, por su apoyo constante, por su compañía en el trabajo de campo, por las propuestas metodológicas y documentales que me ayudaron a comprender la complejidad del campesinado, por las ideas, las críticas y las correcciones a mis escritos. A Natalia Robledo por la lectura juiciosa que hizo de mis capítulos, por el trabajo conjunto en la clase de campesinos, por el soporte moral que sin duda alguna me animó a escribir. A Eliana Lombo, a Santiago Gómez, a Juana Guerrero y Diana Ramírez, gracias por compartir conmigo su amistad, sus ideas, el trabajo de campo y el espacio de debate que hizo posible el presente estudio.

A Dora Monsalve, por su excelente trabajo como investigadora, por su compromiso y ética profesional y por abrirme las puertas en la región del Valle de Tenza.

A Ximena Pachón, por ser mi tutora como becaria de la Maestría y por permitirme acompañarla en las clases de Organización y Estructura Social. Los textos y las clases me ayudaron a comprender la importancia de la juventud y la infancia dentro de las redes sociales de las familias campesinas.

A Javier Sáenz, gracias por guiar la primera parte de este proyecto y por sus recomendaciones bibliográficas que fueron un aporte clave para esclarecer los planteamientos teóricos de esta tesis.

A todos los (as) profesores (as) y compañeros (as) de la Maestría en Antropología de Universidad Nacional de Colombia por su trabajo comprometido. A Marta Zambrano, por el seminario de la Maestría en Antropología el cual fue de gran relevancia para analizar las formas como han operado la modernidad y el desarrollo sobre los sujetos.

A Ochy Curiel, por ampliar mi visión sobre el enfoque de género.

A Mónica Briseño por sus ideas y por los días de estudio en su casa.

A Catalina Olaya y Andrea Rodríguez, por su apoyo y las conversaciones que ofrecieron nuevas perspectivas a mi labor como antropóloga.

A Magda Murcia, por su lectura atenta y por aceptar tomar un café los fines de semana para conversar sobre mi tesis.

A Guillermo Páramo y a Abel López porque sus clases del pregrado en Antropología no se me olvidan y durante la escritura de este trabajo tuve que recurrir con frecuencia a los cuadernos de sus cursos para aclarar mis dudas.

Agradezco de forma especial a las señoras Elena Vallejo y Marina Rivera, y al señor Gustavo Perilla por acompañarme a todas partes, por pasar su tiempo conversando conmigo y por ofrecer esa valiosa perspectiva que es capaz de integrar las visiones *emic* y *etic* de las poblaciones rurales. A la señora Olga por abrirme las puertas de su casa. A Carolina, por enseñarme a caminar sin miedo entre las multitudes de vacas. A los señores Felix y Eduardo, a las señoras Margarita y Myriam, y a los jóvenes Eduardo, Ferney, Lorena, Ernesto, Albert, Luis Orlando, Wilder, Carolina, Liliana, Nelson, Simón, Marisela, Paola, Andrés, Andrei por acogerme como a una persona de la región. A Maribel, por llevarme a arar. A todos los campesinos del Valle de Tenza que contribuyeron a este estudio. A los padres, niños y jóvenes del colegio de la Valvanera, por enseñarme que hay otras formas de crecer y vivir. Admiro, además, sus esfuerzos de organización comunitaria para reclamar la educación como un derecho que les ha sido negado. Al señor Gildardo, por el transporte en el bus El Carranguero, si en cual no habría podido llegar a las veredas. A los señores Helí, Rafael, Julio, José María, Miguel, José Alcides, Carlos, Belisario, Oscar; a las señoras Dolores (Lola) Velinda, Delia, Enriqueta, Anita, Elvira, Emperatriz. A quienes son citados como William, María, Marta y Pedro, a todos ellos gracias por guiarme en el campo, por ofrecerme su confianza y sus testimonios, espero haber honrado su colaboración. A Fabián “El Poeta de la Sierra”, mil gracias, a pesar de los disgustos. A Milton Gordillo, por compartir su impresionante creatividad y talento. A todos los que no han sido mencionados pero de alguna forma contribuyeron en este trabajo.

Agradezco de forma especial a mis padres Lucina y Facundo, y a mis hermanos Diana y Javier, sin su apoyo este trabajo no habría sido posible.

## Resumen

Esta tesis se basa en la revisión de la literatura y el trabajo de campo llevado a cabo en el Valle de Tenza (Boyacá, Colombia). El estudio analiza cuál es el significado de la juventud para las comunidades campesinas y las implicaciones que tiene este "período de la vida" en los cambios económicos y culturales de las poblaciones agrarias de esta localidad.

En Colombia, a pesar de que los campesinos han sido un factor importante en el desarrollo económico y de las culturas regionales, han sido excluidos de las políticas nacionales desde la década de 1990. En primer lugar, las políticas neoliberales han conducido a la desagrarización en las zonas rurales. En segundo lugar, los campesinos, a diferencia de los pueblos indígenas, han sido excluidos en el proceso de reconocimiento de los derechos de los ciudadanos de las minorías dentro de un Estado multicultural.

En este contexto, los jóvenes rurales negocian la reproducción económica, social y cultural de los campesinos. Enfrentan la crisis de la economía agrícola, ocupan una posición de subordinación en el conjunto de la sociedad colombiana y, además, están atravesados por los imaginarios globales de ocio y consumo relacionados con las nociones hegemónicas occidentales de juventud.

La investigación muestra cómo, al mismo tiempo que los jóvenes son socializados con base en las nociones culturales de los campesinos y mantienen los vínculos con sus comunidades de origen, acceden a un ciclo de migraciones (hacia las economías urbanas, extractivas o ilícitas) para "probar suerte" y "llegar a ser alguien". El riesgo es el camino para lograr la solvencia económica y el reconocimiento social. En esta búsqueda, ellos construyen nociones de juventud rural, enfrentan el reto de acoplar los diferentes códigos culturales a los que tienen acceso y labran un futuro.

**Palabras clave:** juventud rural, campesinos, labores agrícolas, cambios socioculturales, Valle de Tenza.

## Abstract

This thesis is based on literature review and the fieldwork carried out in the Valle de Tenza (Colombia). The study analyzes what the meaning of youth is for peasant communities and the implications that this specific "period of life" has in the economic and cultural changes among agrarian populations.

In Colombia, even though peasants have been an important factor in economic development and regional cultures, they have been excluded from national policies since the 1990s. First, neoliberal policies have led to deagrarianization in rural areas. Second, peasants, unlike indigenous peoples, have been excluded in the process of recognition of citizen's rights for minorities within a multicultural state.

In this context, rural young people are assuming the economic, social and cultural reproduction within the peasant community. These young peasants are facing the local agricultural crisis, they are a subordinated whole in Colombian society and, moreover, they are in the middle of the crossfire of the Western youth concept that promotes both leisurely and consumption.

The research shows how young people are socialized based on cultural perspectives and maintain links with their home communities while they also enter a cycle of migration (to urban, extractive or illegal economies) to "try their luck" and "try to become someone". The risk is the road to achieve economic stability and social recognition. In this quest, they face the challenge of assembling different cultural codes and they carve out a future.

**Keywords:** rural youth, peasants, rural labors, socio-cultural changes, Valle de Tenza.

# Contenido

<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>Preámbulo.....</b>	<b>11</b>
<b>1. Capítulo I. Educación, ocio y consumo. Los jóvenes de Occidente a Extremo Occidente.....</b>	<b>15</b>
1.1 De caballeros y doncellas a muchachos y señoritas: las transformaciones de la juventud del sistema feudal al capitalismo .....	17
1.2 Románticos, rebeldes y transformers: formas paralelas de construcción de la juventud en América Latina .....	26
<b>2. Capítulo II. La prohibición de la vagancia, el trabajo y la exclusión. Breve historia de los jóvenes campesinos y populares .....</b>	<b>45</b>
2.1 La prohibición de la vagancia: control social hacia los jóvenes populares.....	51
2.2 Trabajadores, dirigentes y aventureros en el desarrollo de una nación: la juventud rural a través de los programas de Acción Cultural Popular .....	60
<b>3. Capítulo III. Probar suerte. La juventud rural en el Valle de Tenza.....</b>	<b>89</b>
3.1 Jóvenes y oficios en el Valle de Tenza: las transformaciones ocupacionales en una región en desarrollo .....	95
3.2 Relatos de jóvenes y de juventud: seguridad, riesgo y retorno en las transformaciones de los modos de vida rural .....	111
<b>Conclusiones.....</b>	<b>135</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>141</b>

# Introducción

Hace más de medio siglo un grupo de teóricos pronosticaron la desaparición de los campesinos<sup>1</sup>. Esta población que sería la base del socialismo con una economía familiar de autoconsumo y una débil articulación al mercado, dejaría de existir en medio de la expansión del capitalismo y terminaría confinada por la proletarización de su fuerza de trabajo. El temor argumentado por unos y cuestionado por otros<sup>2</sup>, no sólo tuvo cabida dentro de las discusiones de varios grupos de académicos; es así como en 1983 René Avilés, el reconocido literato mexicano, incluyó a los campesinos dentro de la lista de los oficios perdidos, junto con “las zurcadoras de medias”, “los alquimistas” y “los bufones”. Todos ellos habían quedado atrapados en el pasado.

¿Son del pasado, del presente o del futuro? A partir de la discusión sobre la pervivencia del campesinado, este trabajo aborda el tema de la juventud rural y sus perspectivas ocupacionales como medio para analizar las continuidades y las transformaciones en sus formas de vida y dar luces sobre sus caminos futuros.

La globalización, el neoliberalismo y la conformación de un Sistema Agroalimentario Mundial<sup>3</sup> (Teubal 2002) serían las causas de la desagrarización del campo en

---

<sup>1</sup> Me refiero a las discusiones sobre la desaparición del campesinado, planteadas a mediados del siglo XX entre algunos de los seguidores de Marx y Lenin conocidos como *descampesinistas*. Entre ellos, cabe destacar a Feder (1980, 1981) y Bartra (1980) quienes, a grandes rasgos, afirman que la rápida expansión del capitalismo y la relación de los campesinos con el mercado llevaría a su desaparición como grupo social.

<sup>2</sup> En el lado opuesto de los *descampesinistas* se encuentran los *campesinistas*, entre ellos uno de los más destacados es Gustavo Esteva (1980) quien basados en las propuestas de Chayanov (1978), sostiene que la economía campesina es capaz de articularse al capitalismo sin perder su lógica (en la que persiste la economía doméstica y no pueden deducirse la ganancia, el salario y la renta). Los campesinos han existido vinculados parcialmente al mercado y por lo tanto, éste lejos de ser una amenaza ha sido el mecanismo para su integración y reproducción (Ver: Salgado y Prada 2000).

<sup>3</sup> Por Sistema Agroalimentario Mundial pueden entenderse los procesos de producción, distribución y consumo de alimentos que, bajo el predominio del neoliberalismo, se encuentran cada vez más articulados al mercado global. “Cabe señalar la importancia que asumen las grandes empresas transnacionales en estos procesos de constitución y consolidación del mercado mundial. La globalización también se remite a una nueva etapa en la evolución del sistema capitalista mundial, una etapa en la que el Estado nacional aparece perdiendo relevancia frente al Estado transnacional (...). Grandes empresas agroindustriales transnacionales incidieron sobre las políticas que influyen en el comercio exterior de productos de origen agropecuario, expandiendo de este modo sus esferas de influencia hacia múltiples países del Tercer Mundo y de la economía mundial. En la actualidad, grandes Corporaciones Transnacionales Agroindustriales (CTA) dominan una parte importante del comercio mundial de los productos agropecuarios. Seis corporaciones comercializan el 85% del comercio mundial de granos – Cargill (EE.UU.), Continental (EE.UU.), Mitsui (Japón), Louis Dreyfus (Francia), André/Garnac (Suiza) y Bunge y Born (Brasil); quince corporaciones controlan entre el 85% y el 90% del comercio algodonero; ocho corporaciones responden por el 55% al 60% del comercio mundial del café; siete empresas comercializan el 90% del té consumido en el mundo occidental; tres empresas dominan 80% del comercio de bananas; otras tres empresas dominan el 83% del comercio de la cocoa; cinco firmas compran el 70% del tabaco en rama. El comercio mundial de productos alimentarios y no alimentarios de

América Latina y de la realización de los pronósticos de los descampesinistas. Las agroindustrias transnacionales con extensiones de tierra que se pierden en el horizonte, tecnología de punta y un comercio más allá de las fronteras, producirían alimentos y materias primas de forma masiva y, una vez procesados, inundarían los mercados del mundo; en consecuencia, despojarían a los campesinos de su función tradicional como proveedores de comida y bienes básicos. Los habitantes de la zona rural no tendrían otra posibilidad que vender su tierra y su fuerza de trabajo, salir del campo o articularse a las grandes cadenas productivas o de servicios. Los campesinos en el siglo XXI ya no tendrían cabida.

Sin embargo, en el caso de Colombia, los pobladores del campo parecen haber desaparecido primero de las políticas del Estado y del imaginario de la identidad nacional que de las zonas rurales. Como afirman Santiago Gómez (2008) y Patricia Arias (2009), ahora aparecen en las políticas públicas como “poblaciones vulnerables”, “pobres”, “desplazados” o potenciales “empresarios” pero no como campesinos. “Las comunidades rurales” que eran vistas como el “fundamento” (McAlister en Fals-Borda 1961: XV), la “entraña” (Fals-Borda, Guzmán & Umaña 2005: 163) de la sociedad colombiana, han dejado de representar la identidad nacional que antes era mestiza y rural. A partir de 1991 lo “típico” que simbolizaba a la nación fue trastocado por lo “étnico” como emblema de la multiculturalidad, y los campesinos, base de las culturas regionales pero injuriados por “incultos” por las poblaciones urbanas, con el folclor y los lenguajes locales, quedaron relegados en una pequeña esquina del mosaico de la diversidad. Ahí, en ese indefinido lugar que ocupan dentro de la nación, en contextos de violencia y frente el acelerado aumento de la inequidad en la distribución de la tierra y al incremento de las importaciones de alimentos<sup>4</sup>, siguen proporcionando más del 40% de la canasta de los colombianos (Suárez 2007: 121; Pesquera y Rodríguez 2009; Camacho y Rodríguez 2007). Si bien, en términos relativos los habitantes del campo pasaron de ser el 70% de la población del país en 1930, y en la actualidad son sólo el 25,7%, en términos absolutos superan los once millones de habitantes (DANE 2005).

¿Quiénes son los pobladores de las zonas rurales? ¿Qué han hecho para que en contra de los pronósticos, las teorías, las expectativas, las políticas y una realidad adversa continúen allí? Esas fueron algunas de las preguntas que plantearon Juana Camacho y Nadia Rodríguez (2007) en el proyecto de investigación *¿Quiénes son los campesinos hoy? Observatorio de prácticas, políticas e identidades en el espacio rural colombiano*<sup>5</sup>, del que empecé a hacer parte como miembro del semillero de jóvenes investigadores en el año 2008 y dentro del cual planteé este trabajo. Esta investigación era una respuesta al desconocimiento de la realidad social y las dinámicas culturales de las poblaciones campesinas a partir de la implementación de las políticas neoliberales (Camacho y Rodríguez 2007: 9). A pesar de las grandes transformaciones del sector agrario que habían tenido lugar en Colombia como

---

origen agropecuario aumentó de 65 mil millones de dólares en 1972 a más de 500 mil millones en 1997 (Teubal, En Giarracca 2001: 47-49).

<sup>4</sup> Aurelio Suarez muestra el incremento de las propiedades mayores a 500 hectáreas que pasaron de ocupar el 29% del área rural del país en 1996 al 63% del total en el año 2006 (2007: 124). Con respecto a los alimentos afirma que en 1989, Colombia solventaba el 92% de su demanda agrícola, mientras que en 1998, el 52% de las proteínas eran importadas, aproximadamente la mitad de las calorías y el 15% de la grasas (2007: 121).

<sup>5</sup> Observatorio del Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, el Grupo de Estudios sobre Identidad de la Universidad del Rosario, el Grupo de Estudios Sociales Comparativos de la Universidad del Cauca y el apoyo de Colciencias.

resultado de la “apertura económica” a partir de 1991<sup>6</sup>, pocos eran los conocimientos que se tenían sobre los efectos de estas políticas más allá del plano económico. Las aproximaciones culturales a los campesinos habían tenido gran importancia para la Antropología en las décadas de 1970 y 1980; en adelante, este tipo de estudios habían perdido relevancia.

Debo reconocer la gran importancia que tuvo el proyecto *¿Quiénes son los campesinos hoy?* en el desarrollo de este trabajo. Los aportes teóricos y empíricos, las críticas y el diálogo de los integrantes del grupo de investigación sin duda alguna contribuyeron al presente análisis. Sin embargo, el interés particular por la juventud rural y los resultados de este estudio, con sus hallazgos o desaciertos, son mi responsabilidad.

Al iniciar la investigación, estaba interesada en comprender las dinámicas culturales de los jóvenes del campo. Consideraba que el estudio de esta población podría contribuir a responder la pregunta sobre la realidad actual, la continuidad y los cambios en las formas de vida de las comunidades rurales. La pregunta central del trabajo de investigación fue: ¿Qué significa ser joven en las zonas rurales y qué implicaciones tienen las dinámicas ocupacionales de esta población en los cambios sociales y culturales de los campesinos?

El primer objetivo de este trabajo se enfocó en hallar los conceptos que se han construido sobre la *juventud* y, con base en ellos, encontrar la especificidad de los *jóvenes rurales*. Me basé en tres perspectivas: las elaboraciones académicas sobre la juventud y la juventud rural, los programas de intervención del Estado sobre los jóvenes del campo y las perspectivas de los mismos campesinos sobre este “periodo de vida”.

En esta búsqueda inicial, hallé una distinción fundamental entre las nociones hegemónicas sobre juventud que se han construido en la evolución del capitalismo y la *juventud campesina o rural*. Esta distinción surge de su articulación diferencial a la estructura productiva, donde los jóvenes de las clases medias y altas de las urbes se han concentrado en el escenario educativo, en el que postergan la entrada al mundo laboral y se integran al sistema económico capitalista como consumidores; por su parte, los jóvenes del campo, sin las instituciones educativas modernas que estructuran sus procesos de socialización, y en constante interacción con las poblaciones rurales y urbanas, se integran como productores de capital dentro de las economías de autoconsumo.

Después de identificar esta diferencia, me centré en entender cómo se había construido esta distinción. Cuál había sido el proceso por el que se había definido un rol de consumo para los jóvenes en el sistema de capital y un rol productivo para los jóvenes campesinos. Las respuestas a este cuestionamiento vinieron de las perspectivas históricas que hacían evidente cómo la conformación de naciones modernas, en especial las de América Latina, había sido posible gracias a la construcción de *ciudadanías segmentadas* (Torres 1998) o, en términos de James Holston (2008), de *democracias disyuntivas*, donde la ciudadanía implica la existencia de diferencias e inequidades sociales que surgen de la distribución diferencial de

---

<sup>6</sup> La “apertura económica” marca el paso del modelo de sustitución de importaciones al modelo neoliberal que se llevó a cabo durante la presidencia de Cesar Gaviria 1990 – 1994. En este proceso de cambio del modelo de desarrollo, especialmente la industria manufacturera y el sector agrario perdieron la protección y regulación del Estado. “A partir del tercer trimestre de 1990 el gobierno decidió acelerar el proceso de apertura económica en donde el 97% de las posiciones arancelarias quedaron en régimen de libre comercio. (...) Las exportaciones se incrementaron en un 10% y las importaciones aumentaron en 58% durante el periodo [1990 - 1994]” (Najar 2006: 88 - 89).

roles y derechos entre los habitantes de una nación. En las normas y los programas de intervención, los campesinos fueron la base de la creación de una clase trabajadora frente a las élites letradas. Desde esta perspectiva, los jóvenes rurales fueron la fuerza de trabajo disponible para la producción de riqueza del capitalismo y una población clave para la introducción de los valores del progreso entre los habitantes rurales. En ese sentido, los jóvenes rurales fueron y aún hoy siguen siendo una población bisagra entre el sistema capitalista y las economías campesinas.

Finalmente, me centré en estudiar la importancia que tenían estas categorías para la vida de los jóvenes rurales, cuáles eran sus perspectivas y opciones ocupacionales y qué implicaciones tenían para el conjunto de las poblaciones campesinas. La principal respuesta en este aspecto permite ver cómo la confluencia entre la designación histórica de un rol productivo para los campesinos y el retroceso de la importancia del sector agrario en el modelo neoliberal colombiano, han creado un escenario de riesgo para las poblaciones rurales. El riesgo es, en la actualidad, la categoría más fuertemente asociada a la juventud rural entre las poblaciones campesinas.

## Campo, método y texto

Este trabajo es el resultado de una investigación cualitativa y etnográfica que incluyó la revisión documental, el análisis de archivo y el trabajo de campo. El texto que presento, lejos de ser producto de una etnografía convencional, está construido con base en una gran diversidad de fuentes que, no obstante, tuvieron la finalidad de dar respuesta a una sola problemática.

La búsqueda en distintas fuentes de análisis fue la estrategia para enfrentar un trabajo de campo difícil y la precariedad de estudios sobre el tema. Después de hacer una revisión documental que categorizaba a los jóvenes rurales precisamente por ser *jóvenes sin juventud*, decidí ir al campo. Dentro de las opciones que tenía para llevar a cabo el trabajo etnográfico opté por las poblaciones del sur del departamento de Boyacá.

Llegué a la región denominada Valle de Tenza motivada por una etnografía que había sido realizada anteriormente. Dora Monsalve (2006) había descrito este territorio como un espacio *conectado pero marginal*. Esta región aparecía conformada por una población tradicionalmente campesina, que poseía un cúmulo de conocimientos sobre las actividades agrícolas en una zona minifundista y al tiempo estaba vinculada a las dinámicas capitalistas del mercado. En el mismo escenario en el que gran parte de la población rural se dedicaba a la agricultura diversificada y a las actividades pecuarias de pequeña escala destinadas principalmente al autoconsumo, algunos habitantes participaban de la amplia comercialización de sus cultivos, otros se dedicaban a la extracción minera o petrolera y en ocasiones incluían la migración a las zonas de economía ilícita. Este conjunto complejo de actividades sólo era posible gracias a la ubicación de esta zona en tierras de ladera, cerca de Bogotá y Tunja, las zonas esmeraldíferas de Somondoco, Chivor, Muzo y Coscuez y el vínculo con las zonas cocaleras y de explotación petrolera en los Llanos y Norte de Santander. Los jóvenes eran descritos en gran medida como aquella "población flotante" (Monsalve, 2006: 39, 40) que ante las dificultades que enfrentaba la economía agrícola, eran quienes se desplazaban a distintas regiones para conseguir algunas ganancias (Diario de Campo; Silva 2010: 492).

Esta búsqueda constante de ingresos por diversas vías, pero además la idea de trabajo asociada al esfuerzo físico y una actitud laboriosa en la rutina diaria fue constatada en las semanas de campo. Durante las primeras estadías en las veredas, en agosto de 2008 observaba que el día de los muchachos y muchachas empezaba

temprano: a las 4 de la mañana, algunos ya se habían levantado para alimentar a los animales, las jóvenes de 13 y 14 años, junto con la madre o la abuela, se levantaban a ordeñar y a preparar la comida de la familia, lavaban, limpiaban, ordenaban la casa y luego caminaban entre cuarenta minutos y dos horas para llegar a la escuela. Cuando ya no asistían a la institución educativa o los fines de semana, algunos buscaban una “entrada” económica. Es el caso de varios muchachos de 12 y 14 años que trabajaban como carretilleros<sup>7</sup> los días de mercado y el resto de la semana permanecían en sus veredas. Algunos y algunas jóvenes hacían encargos o trabajaban en establecimientos comerciales y restaurantes como vendedores y meseros. Otros (hombres y mujeres) buscaban conseguir trabajo en los llanos orientales con las petroleras o en las obras de infraestructura, y otros viajaban por temporadas para ser “raspachines”. Quienes permanecían en la región con sus familias, se alquilaban como *oficiales*<sup>8</sup>: hacían cercas, zanjas, ayudaban a aserrar madera, rozaban (limpiar el terreno con machete o guadaña), paleaban (remover la tierra del cultivo y limpiarlo de maleza), picaban los terrenos (preparar la tierra para sembrar sin arar), atajaban (ayudar a arar con yunta de bueyes), fumigaban y cosechaban. En ocasiones, también contribuían en la construcción de viviendas. Hacían múltiples labores en las que recibían pagos por *tareas*<sup>9</sup> de \$14.000 o \$15.000, con excepción de las labores de rozar, por \$30.000, y fumigar, por \$20.000. No obstante, entre los adultos había un temor generalizado sobre la vagancia de los jóvenes y su futuro, les preocupaba que se quedaran “volantones” o “zánganos”, que no tuvieran un oficio. El acceso a la educación en ocasiones era percibida como un lujo y un peligro: “van a la escuela y después ya no quieren trabajar, ya no se quieren empuercar” (Señora Olga<sup>10</sup> agosto 27 de 2008). Me preguntaba si esta idea del trabajo respondía exclusivamente a necesidades económicas. En su ética del trabajo había algo más que requerimientos económicos, formaba una visión de la vida cuyos elementos culturales merecían atención.

Aunque en apariencia era un asunto trivial y parte del sentido común, la búsqueda constante de ingresos y de actividades productivas por parte de los jóvenes desde los 12 o 13 años, fue uno de los hallazgos relevantes que ayudaron a cambiar el foco de este estudio. En principio quería conocer cuál era la influencia de la educación sobre la identidad de los jóvenes rurales. Sin embargo, los aspectos ocupacionales, el trabajo y la búsqueda constante de recursos (donde la vía de la educación era un camino más), me llevaron a considerar la productividad y el trabajo como las categorías transversales de esta investigación. A diferencia de los jóvenes urbanos cuyos escenarios privilegiados se han construido en torno a la educación, el ocio, las prácticas de agrupación y consumo (Martín Barbero 1998; Feixa 1999; Margullis 1998; Monod 2002 [1968]; Whyte 1981 [1943], entre otros), los jóvenes del campo han sido concebidos en torno a la producción y el trabajo. A partir de las distinciones

---

<sup>7</sup> El oficio de carretillero consiste en llevar a domicilio el mercado que ha sido comprado en la plaza, o ayudar a distribuir entre los puestos del mercado algunos productos. La retribución económica de este trabajo es informal y se realiza en forma de propinas o pago “para la gaseosa” por parte de los compradores o distribuidores del mercado.

<sup>8</sup> Ayudante, trabajador o peón de diversos oficios.

<sup>9</sup> El costo de todas estas actividades tiene un precio por *tarea*. Una tarea equivale 8 *varas* y una vara equivale a 3m o a 3m<sup>2</sup> en actividades como “zanjear”, “palear” y “picar”. En la tarea de “recoger”, el pago se realiza por el número de canastillas de 22 Kg; 20 a 28 canastillas completan una tarea. Para “cercar”, una tarea equivale a 40 postas colocadas a una distancia entre 1.50 o 2 m. Por último, una tarea en la actividad de “rozar” equivale a un área de 20 x 20 m. El costo de cada tarea es de \$15.000, excepto actividades como “rozar” cuyo valor es de \$30.000 y “fumigar” cuyo valor es de \$20.000. A pesar de que los gastos en el sector rural no son elevados, estas actividades no son permanentes y no ofrecen estabilidad laboral. Afirma la señora Olga, campesina de la región, que en un cultivo de lulo de 1.000 matas se requiere un obrero cada 15 días para fumigar, otro cada 20 días para recoger y dos cada dos meses para abonar, para un total de 5,5 obreros al mes para ganar solamente por la realización de una tarea cada uno (Diario de Campo, agosto de 2008).

<sup>10</sup> Campesina del Valle de Tenza, “ecónoma” (cocinera) de una escuela rural.

que aparecían en la cotidianidad del campo, donde se destacaba la exigencia laboral a los jóvenes rurales, decidí dirigir la mirada hacia la relación entre esta población y la formación, los oficios y los trabajos a los que tenían acceso. Me preguntaba: ¿De dónde surgía la obligatoriedad social del trabajo para los jóvenes del campo? ¿Cómo se había establecido esta relación? y ¿Qué implicaciones tenían para las poblaciones rurales este vínculo entre juventud y productividad?

Debo admitir que este trabajo se desarrolló aun cuando encontraba importantes inconvenientes con la noción de *juventud rural*. Las dificultades del término partían de dos aspectos: el primero, la escasez de estudios elaborados sobre los jóvenes no urbanos y, el segundo, las conclusiones a las que llegaban los autores que habían abordado el tema.

Varias autoridades en los análisis generacionales han denominado a las juventudes rurales e indígenas de América Latina como “territorios baldíos” (Carles Feixa y Yanko González 2006) o “zonas oscuras” (Pérez-Islas 2006: 51) dentro de la investigación social, para exponer la precaria existencia de estudios sobre esta población. Así, la escasa documentación limitaba el marco de referencia conceptual para el desarrollo del trabajo. Además, sobre los pocos estudios realizados, uno de los más significativos había llegado a la conclusión de que la juventud rural era un fenómeno “casi inexistente”, era un “privilegio denegado” para las poblaciones campesinas (Solari 1971: 99). Me enfrentaba a hacer una investigación sobre una categoría “casi inexistente” con una débil exploración teórica y empírica.

El argumento de Aldo Solari para negar la *juventud rural* se basaba en el concepto de *juventud* definido como: el “periodo intermedio que empieza con la adquisición de la madurez fisiológica y termina con el logro de la madurez social, es decir, con el ejercicio de los derechos y deberes sexuales, económicos, legales y sociales del adulto”. Sin embargo, en el caso de las poblaciones campesinas: “la maduración fisiológica coincide con la necesidad de asumir el papel de adulto y, por lo tanto, no tienen juventud en ese sentido” (1971: 4 - 5).

Sin embargo, el autor también planteaba una distinción básica entre los conceptos de juventud: un concepto demográfico y otro psicosocial. Desde el punto de vista demográfico con mayores o menores variaciones la juventud en general aparece definida como la población entre 13 y 29 años de edad, o entre 14 y 26 años según la legislación colombiana<sup>11</sup>. Pero desde el punto de vista psicosocial, es un periodo de “moratoria” para prepararse a la vida adulta, alrededor del cual, en occidente y según las tendencias de la globalización, se han construido “imágenes” de los jóvenes a partir de:

Actitudes y comportamientos que la sociedad considera específica y legítimamente juveniles, uno de cuyos componentes centrales es el ocio, pero un ocio muy diferente del que se espera de los ancianos, un ocio lúdico donde el papel de las generalmente llamadas “diversiones” es muy importante. La juventud es alegría, despreocupación, irresponsabilidad, etc.; todo esto dentro de ciertos límites, desde luego, y si los términos son vagos es porque los límites también lo son. Se parte de la base que los jóvenes desempeñarán una función como adultos pero que aún no han llegado al momento de ejercerla; es una suerte de “moratoria” temporal (Solari 1971: 48).

Si en el plano psicosocial la juventud rural estaba excluida dentro los criterios para ser entendida como *juventud*, en el plano demográfico las comunidades campesinas aparecían como poblaciones “geriatriizadas”. Stloukal (2004) evalúa la situación

<sup>11</sup> Según el artículo 3o. de la Ley 375 de 1997.

demográfica de la población rural de los “países en vía de desarrollo” y muestra cómo gran parte de las problemáticas de las zonas rural son el resultado del progresivo envejecimiento de su población. El descenso de las tasas de natalidad de la población rural, unido a la continua migración de la población joven y la alta mortalidad de los jóvenes adultos de sexo masculino han traído como consecuencia una importante pérdida de capacidad productiva de las zonas agrícolas de estos países.

Sin embargo, dentro de las problemáticas para la definición del concepto se encontraba también la relevancia del estudio. Por un lado, porque esta población entre 13 y 29 años, considerada “joven” o no en términos psicosociales, era clave para el conjunto de las poblaciones campesinas y, por otro, porque si bien el concepto de las tendencias de la globalización probablemente no se ajustaba a su realidad, existían dinámicas que sucedían en esas edades, de esas poblaciones, que no se conocían muy bien y, en consecuencia, valía la pena investigarlas.

En efecto en la zona de estudio habitaban personas entre 13 y 29 años y corroborar su existencia fue un aliciente para este trabajo. Así que partí del concepto demográfico para, en el proceso de la investigación, encontrar el significado que las mismas poblaciones rurales atribuían a este “periodo de vida”.

Si el concepto no era fácil de abordar el campo tampoco. Los jóvenes de las veredas era una población altamente móvil, algunos de los jóvenes que conocí en agosto de 2008 ya no estaban en enero de 2009, y muchos de los que encontré en el 2009 se habían ido en el 2010. Además eran arduos los esfuerzos para conversar con ellos. Durante largo tiempo fueron absolutamente herméticos, el “no sé”, la risa, la timidez o la huida fueron el primer paso pero también el primer obstáculo para establecer comunicación con ellos. Los adultos eran quienes tendían a tomar protagonismo en las conversaciones que yo intentaba proponer en las viviendas.

Amplíe el foco, consulté una gran cantidad de literatura sobre los jóvenes (no campesinos) y sobre los campesinos (no jóvenes) para encontrar algún punto de encuentro. Y, en las veredas, me dirigí a los que deseaban hablarme así no fueran jóvenes. Aprendí sobre temas inesperados y fue allí, desde los márgenes y las menciones tácitas, donde encontré a la juventud rural. Mientras que la gente se refería a los jóvenes del campo como “plagos” o “vagos” para indicar su alta movilidad y la poca disciplina para las labores agrícolas, los textos hablaban, contrariamente, de la “fuerza de trabajo”. Este encuentro inicial fue la primera pista para continuar el estudio.

Es necesario aclarar que aunque el trabajo tuvo como centro la juventud no es un texto exclusivo sobre los que ahora son considerados jóvenes. Los significados de la juventud permanecen en el tiempo pero a través de diferentes sujetos, no se les puede entender desvinculados del transcurso de la vida misma, ni del contexto en el que tiene lugar, ni de sus cambios a través de distintas generaciones. Por lo tanto, en el análisis documental y el trabajo de campo tuve en cuenta no sólo los testimonios y las prácticas de los jóvenes actuales sino también las narraciones que muestran cómo otros han afrontado este “periodo de vida” en tiempos precedentes. Lo anterior permitió entender que las dinámicas de los jóvenes no están desvinculadas del conjunto de las poblaciones campesinas, pero, como afirma Marc Augé, centrarse en la juventud permite dar una perspectiva temporal a las problemáticas sociales (Augé en Garay, Pinzón y Suárez 2008: 24).

Las preguntas sobre la relación entre la productividad y la juventud rural cobraban mayor relevancia cuando contrastaba la realidad social del campo con los estudios

sobre juventud. José Antonio Pérez, en su estado del arte sobre estudios de jóvenes sostiene que las investigaciones realizadas se han centrado en los temas que “copan la opinión pública: como nosotros decimos, “los cuatro jinetes del Apocalipsis”: violencia, delincuencia, drogas y sexualidad”, han dejado de lado las “indagaciones sobre la inserción sociolaboral de varios grupos juveniles” y muchas de ellas han sido iniciativas aisladas sin “la recuperación de lo escrito hasta el momento” (2006: 156, 158). De otra parte, con excepción de algunos análisis como los de Margaret Mead (1967, 1990 [1977]), las investigaciones de mayor reconocimiento sobre este tema han tenido como fuente principal las juventudes de Europa y Norteamérica; y después de 1984, tras la declaración de las Naciones Unidas del “Año de la Juventud y la Paz”, ha habido un auge de los estudios en las ciudades de América Latina. Si bien, estos trabajos han ayudado a construir y al mismo tiempo relativizar las definiciones sobre juventud, en su mayoría han observado las poblaciones occidentales, masculinas y urbanas (Feixa y González 2006: 171-178), y aunque han mostrado de forma aguda las diferencias entre los jóvenes de distintas sociedades no han expuesto tan claramente las diferencias entre los jóvenes de una misma sociedad. Este trabajo es una apuesta por mostrar estas diferencias. En el campo, los jóvenes rurales, como estudiantes y campesinos, como trabajadores, empleados y desempleados, habitantes de las zonas urbanas y de las veredas durante distintas temporadas, como partícipes de las verbenas populares, las discotecas y las *guarapotecas*<sup>12</sup>, no sólo permiten ver las diferencias con respecto a los coloridos y emblemáticos jóvenes de las ciudades sino que, a través de su propias vidas, hacen evidentes las distintas juventudes de las que se apropian y a las que tienen acceso en el intento por articularse al mundo educativo y laboral y ser reconocidos socialmente.

De acuerdo con Carles Feixa:

Para que exista la juventud deben existir, por una parte, una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes). Tanto unos como otras dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad (1999: 28).

El presente estudio explora cómo las condiciones sociales y las imágenes culturales de la juventud han funcionado de forma diferencial para los jóvenes campesinos. Mostraré cómo las juventudes a veces marcadas fuertemente mediante representaciones, comportamientos e instituciones y a veces difusas e imperceptibles, no son arbitrarias, responden a los códigos a través de los cuales las poblaciones reproducen, recrean, se oponen o articulan a los órdenes sociales. El texto parte de las concepciones globales y hegemónicas de la juventud, hasta centrarse en las concepciones locales sobre la juventud rural. El primer capítulo fue escrito con base en la revisión documental de fuentes secundarias. Hago una revisión de los textos históricos y etnográficos que abordan el tema de la juventud y permiten entender cómo se ha construido esta noción en Euroamérica y en América Latina, y cómo se ha manifestado en distintas estructuras sociales. Este capítulo muestra cómo la *juventud* (de clases medias y altas, urbanas, concentradas en el medio educativo y con un comportamiento asociado a las diversiones, el ocio y el consumo) es un concepto hegemónico que se ha construido con el desarrollo histórico del capitalismo. Esta noción se sobrepone, incluso en los estudios sociales, a otras concepciones y realidades de los jóvenes. Aunque este aparte no se centra de forma exclusiva en los jóvenes rurales, ya que no existe un cuerpo teórico al

<sup>12</sup> Lugares de fiesta, reunión y venta de guarapo para los jóvenes en el pueblo de Garagoa. Son análogos a las discotecas de las zonas urbanas.

respecto, esta sección muestra cómo los jóvenes no urbanos cobran protagonismo en unos periodos de tiempo y son invisibles en otros, a pesar de que la preponderancia de la población rural no es constante a lo largo del capítulo, su contenido es básico para comprender a los jóvenes del campo en sus relaciones y dinámicas de oposición y convergencia con las perspectivas hegemónicas sobre la juventud.

En el segundo capítulo reconstruyo una breve historia de la juventud rural en Colombia durante los siglos XIX y XX. Muestro cómo, al contrario de las perspectivas occidentales sobre la *juventud*, congregada en torno al ocio y la educación, la *juventud rural* se ha estructurado en la exclusión del sistema educativo y la percepción moral negativa del ocio popular. En este aparte hago un análisis de las normas y formas de intervención institucional que dan cuenta de cómo la juventud rural fue relevante para la conformación de una población trabajadora y una instauración muy particular de los valores del desarrollo entre las clases populares.

Desde el siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, retomo algunos análisis históricos sobre las leyes de la vagancia. Esta normatividad constituye la iniciativa de control más claramente enfocada en la población joven de las clases populares. Uno de los estudios más relevantes fue el trabajo de Juan Carlos Jurado (2004), cuyo argumento permite mostrar cómo, si bien no existió una concepción definida sobre los jóvenes del campo, si existió una legislación enfocada en controlar su fuerza de trabajo para el fortalecimiento de la economía nacional. En la primera mitad del siglo XX me apoyo en la revisión del Fondo de la Colonia Penal del Sur (en los casos exclusivos de vagancia de 1940 a 1959)<sup>13</sup>, y las transformaciones en la legislación sobre este estado antisocial de 1922 a 1936. Los cambios en las leyes y su desuso final muestran la adopción incipiente de las concepciones modernas de niñez y juventud regidas por las normas internacionales para la protección de la infancia y la adolescencia.

En la segunda mitad del siglo XX, tras el fin de las leyes de la vagancia, la adopción de las nociones de infancia y juventud fue también parte de la instauración de medidas civilizatorias dirigidas a los campesinos y las clases populares. El incremento de la productividad, la adopción de tecnología, la migración y la colonización, la higiene y el consumo hicieron parte de la configuración de una clase trabajadora que sería la base del desarrollo nacional. En este sentido, la segunda sección del capítulo analiza el lugar de los jóvenes rurales dentro de los programas de desarrollo a partir de la revisión de prensa del semanario *El Campesino* (1959 - 1990). Este periódico de distribución nacional enfocado en las poblaciones rurales fue el medio de difusión de Acción Cultural Popular (ACPO), programa para el progreso que, a través de la cooperación internacional católica, logró consolidarse como el proyecto de educación radial más importante de América.

El tercer capítulo muestra los efectos de la convergencia entre la asignación histórica de un rol productivo para los jóvenes rurales y el repliegue de la economía agraria en Colombia. El análisis de esta sección se basa en el trabajo etnográfico llevado a cabo durante seis temporadas de campo, desde agosto de 2008 hasta junio de 2011, en varios municipios del Valle de Tenza (Boyacá). Esta región, considerada una zona emblemática del campesinado colombiano por la economía de producción agrícola diversa para el autoconsumo y el minifundio como estructura predominante de tenencia de la tierra, fue el centro de difusión de los programas de ACPO. La primera parte del capítulo permite ver cómo los modelos del desarrollo antes y después de la década de 1990 afectaron de manera diferencial distintos eslabones de la estructura

---

<sup>13</sup> Archivo General de la Nación.

ocupacional campesina a las que podían acceder los jóvenes. Este aparte muestra las opciones de la población frente al repliegue de la producción agraria desde la década de 1970 y el acento de la crisis bajo el modelo neoliberal después de la “apertura económica” en 1991. Presenta además, los diferentes roles generacionales que la población asume para hacer frente a las dificultades productivas, en las que, por un lado, los adultos se aferran a las formas de producción tradicionales de autoconsumo como estrategia para minimizar los riesgos, mientras que los jóvenes se dirigen al otro polo, se lanzan a la suerte como medio para maximizar las oportunidades de conseguir capital. Estas dos opciones resultan complementarias y en muchas ocasiones se transforman con el paso de los años a través del retorno y el reemplazo generacional.

La segunda parte del capítulo muestra los matices en las formas de vida de los jóvenes a partir de la selección de diez testimonios. A través de ellos se pueden observar las diferencias internas en las opciones de los jóvenes rurales, que dependen del acceso a la educación, la tierra y las decisiones coyunturales. Es así como la construcción del concepto de juventud en las zonas rurales (de la región de estudio) se caracteriza por el trabajo o la búsqueda de ocupación, pero se trata de una forma particular de trabajo en la que se destaca la alta movilidad, el riesgo y el contacto frecuente con distintos códigos culturales.

## Preámbulo

*Conversación con Milton Gordillo, de 28 años, originario del Valle de Tenza. En la actualidad es un reconocido cantante de música carranguera en la región. Boyacá, marzo 4 de 2009.*

**Nurys:** Me han hablado de las *rolas* ¿Qué son las *rolas*?

**Milton:** Hay *rolas* de madera, *rolas* de Bogotá y *rolas* de vagos.

Las *rolas* de madera: con un serrucho manualmente se sacan de a medio metro según gusto. Es un árbol cortado al través.

Las *rolas* de Bogotá son chicas que vienen de la capital o que han marchado de la vereda a la ciudad y llegan convertidas en *rolas*. Ya no se dicen *jucha* sino *alergia*. Pa' los pobres se dice *jucha* y pa' los ricos se dice *alergia*. ¿Tiene catarro? en la ciudad se dice *gripa*.

*Rola* de vagos: El papá le decía a uno: “¿se va a meter en esa *rola* de vagos?”. Son “*parches*”, una “*gavilla*” pero sana, no “*gavillero*”.

En Garagoa hubo *gavilleros*, eran “*pandillas*”, hace como 10 años, en la casa blanca. Eran manes que no creían en nada, asaltantes satánicos. Satánicos con el Cristo humillado. Pidieron vino consagrado para las muchachas, que se desmayaban. Eso se puso de moda. Tenían palomos, gatos, chulos y se corrió el rumor que iban a seguir con niños. Se puso de moda el tatuaje satánico con el número del demonio, oír una música horrible y hablar en inglés. Los más allegados hablaban totalmente inglés. Venían cabecillas, duros, para dar instrucciones acá. Las peores pintas, lo más horrible que se pudieran vestir, con cadenas, botas puntas de acero, barba roja, llegaron a traer carros negros con llamas rojas y andaban en reverso lo más que pudieran. Yo estaba en octavo. Luego, eso se acabó. Es que acá es más loco que Tunja. Eran vagos, sin oficio, sin rumbo, sin fin.

**Nurys:** ¿Cómo son los vagos?

**Milton:** Viven de mamá o papá o de una tía. La tía quiere más al vago que al hijo. Anda bien vestido todos los días. Visten bien, son felices por todo. Se ríen de bobadas. Les llevan la cuerda a todos. Son bomberos.

**Nurys:** ¿Qué es bombero?

**Milton:** “Hágale, hágale a la pelea, hágale a la apuesta, eche un piropo”. Son guapos en *gavilla*, solos no. Flojos para el trabajo. Les hablan de trabajo y están ocupados. Les hablan de naípe y ponen hasta la hora.

Les gusta andar con los que tienen plata, se esconden tras la espalda del poderoso. Parados en las esquinas para arreglar el país. Eso sí, montan presidente. A todos los políticos les dicen que sí. Les reciben camiseta para en después lucirla. Si hay cuatro almuerzos todos los reciben. Se ponen la camiseta para el que gane. Qué más hacen esas porquerías. Añorar el diciembre para andar de parranda en parranda. Bazares, fiestas, cumpleaños, es lo más hermoso para ellos. Viven felices sin saber para qué viven. Se ponen *gafitas* para mantener un tic.

En un billar ahí está, al que gana lo aplaude, él sabe que por ahí le botan algo. Si hay *pelea* bombea (...).

**Nurys:** ¿Y cómo son los jóvenes del campo?

**Milton:** ... uno de campesino es muy humilde.

**Nurys:** Pero usted tiene una canción que se llama “el campesino gomelo” ¿cómo es un campesino gomelo?

**Milton:** Es aparentar lo que no es así no esté de acuerdo. Ejemplo, usar un jean rasgado y cachucha volteada deseando vestir de paño. Dicen “se gomelió”. Gomelo de vereda es arremedar al gomelo del pueblo siendo un humilde campesino, saliéndole todo al revés. Ejemplo: la mamá le cose los pantalones pensando que se le rasgaron.

Es Gomelo para llamar la atención de las jóvenes, cambiar su dialecto propio por palabras que ni existen en ningún lado. Qué “ceba”, qué “cebada” dicen.

**Nurys:** ¿Y qué es ser humilde?

**Milton:** Pendejo, piensa que a los del pueblo se les rinde honores, se les aparenta lo que uno no tiene, no aprecia lo que uno produce. Se siente mal de que lo vean sucio. Se siente mal de que le encuentren la casa desordenada. Preparan la llegada del vacunador, del cura, del profesor, de los peritos, como si fuera a llegar... ¿si me entiende?

Le preparaban el mejor plato que tuvieran. Lo mejor para la visita. Se creen inferiores a los de la capital. Por demostrar un pequeño mundo que no es la realidad del campo. La cual es comer comida sin carne. La carne es el ají, el jugo o la gaseosa es el guarapo. La cuajada es para llevarla al pueblo y venderla ¡Regalarla! Porque no le pagan lo que es. El pollo es para preparar el diciembre, cuando llega la visita de los familiares que viven en la capital. Los que no han puesto un grano de maíz, no se han embarrado para cultivar la comida que se le echa a los mismos animalitos, o cuidarlos del zorro. Todo el año cuidan un animal para que en diciembre otros se lo traguen.

Vive uno mucho del qué dirán; “pero qué dirá el padre si no le damos la pierna”, “que vergüenza esa casa tan desordenada”. Para mí, me gustaría haber vivido el ser campesino de otra manera. Haber hecho valer mis derechos, vendiendo mis productos como lo venden en los grandes autoservicios de cadena. No vivir de las apariencias, entrar a mi pueblo... entrar a mi pueblo embarrado por el trato que me daba mi camino real. Porque a mí me hacían bañar los pies antes de entrar al pueblo y hacer poner unas cotizas que se usaban unos cuantos metros, del barro seco al andén del pueblo. Me hubiera gustado que la comida del visitante hubiera sido la misma que diariamente comíamos. Que el trato de los tenderos hubiera sido mejores, sin burlesco hacia uno, sin indiferencia, sin discriminación. Que la carne que nos vendían no fuera hueso sino pulpa, porque la plata vale igual para todo mundo.

La anterior conversación, que surgió durante las primeras estadias del trabajo de campo en Boyacá, condensa, desde los imaginarios de un muchacho del Valle de Tenza, las relaciones simbólicas y sociales en las que se encuentran inmersos los jóvenes del campo en esta región. Las categorías que aparecen en los relatos cotidianos como: la capital y la vereda, la migración, la vagancia, el trabajo, la riqueza y la humildad son el resultado de profundos procesos históricos que marcan las representaciones y las relaciones de poder que percibe la población rural. A partir del análisis de este testimonio aclaro categorías clave que serán transversales a lo largo del texto.

La entrevista describe distintas nociones de juventud. El “vago”, el “gomelo”, los “rolos” y los “satánicos” se describen como sujetos foráneos o inaceptables que se oponen al campesino trabajador; el ocio contra la productividad. Esta dicotomía también está presente en los imaginarios sobre la interacción entre el capitalismo y la economía campesina. El primero es descrito a partir de la “riqueza” de las ciudades, mientras el segundo está marcado por la humildad, el trabajo y la subordinación. A lo largo del texto se argumentará que son estas representaciones y la constante interacción de los jóvenes rurales con los dos sistemas económicos lo que estructura la especificidad de sus formas de vida.

Este estudio parte de las nociones de juventud que surgen en dos sistemas socioeconómicos distintos. Según Chayanov (1978), el *capitalismo* y la *economía campesina* difieren en varios aspectos. El capitalismo se define por la *ganancia*, en la que imperan el precio, el capital, el salario, el interés y la renta. Por su parte, la economía campesina, basada en la producción doméstica agraria, no contempla las categorías de salario, interés y renta. Mientras el capitalismo es una economía que se basa en el cálculo neto de la ganancia, la economía familiar califica los beneficios en función de la satisfacción de necesidades; los cálculos son flexibles y no se encuentran necesariamente monetarizados. Por lo tanto, el cálculo es impreciso y elástico, dado que la respuesta a las necesidades puede ser suficiente o insuficiente. En el capitalismo se da la relación producción - precio - mercado - consumo, mientras que la economía familiar se define por su relación simultánea con el mercado y el autoconsumo. La dimensión no monetaria, es el fundamento del sistema campesino (Forero 2010). En este sentido, la economía campesina presenta una relación producción - consumo que no siempre está mediada por el precio y el mercado. La unidad de producción coincide con la unidad de consumo, mientras que en el capitalismo éstas no son equivalentes. Las anteriores diferencias hacen que la economía familiar tenga una estructura distinta en donde predomina el equilibrio demanda = trabajo. Es decir, el grado de explotación del trabajo familiar depende de la demanda doméstica de bienes. Por esta razón, la familia trabaja hasta alcanzar la satisfacción de sus necesidades y las categorías de renta e interés no se pueden concebir desde la perspectiva de la economía de autoconsumo (Chayanov 1878: 79 - 126).

Según Marx (III 1946 [1867]: 754 - 769), la ganancia en el sistema capitalista surge de tres fuentes: del monopolio sobre el *capital*, la *plusvalía* del *trabajo* y la renta del *suelo* (o renta de la naturaleza). El monopolio sobre el capital permite producir dinero del dinero a través de la circulación de mercancías. La *plusvalía* del trabajo es el resultado del excedente producido por el obrero que no es reconocido en el salario y, por lo tanto, apropiado por el capitalista que cuenta con los medios de producción. Por último, la renta del suelo surge de la fertilidad de la tierra o de los recursos que son tomados de forma gratuita de la naturaleza y son convertidos en mercancías. A partir de la renta del trabajo y la renta del suelo la economía de autosubsistencia se convierte en subsidiaria del capitalismo. Según el análisis de Eduardo Archetti (1981), los campesinos no contemplan la fuerza de trabajo familiar dentro de los costos de producción. En la venta de las mercancías los campesinos no sólo entregan su trabajo al sistema de capital, sino también las condiciones naturales (la fertilidad del suelo, el agua, los procesos biológicos). Así, el trabajo y la naturaleza son expropiados y se transforman en ganancias para el capitalismo.

Para alcanzar la ganancia en el capitalismo y la autosubsistencia en la economía campesina ambos sistemas socioeconómicos otorgan roles diferenciales a las generaciones. En el caso del capitalismo, los jóvenes tienen destinado un rol de *consumo*, que es fundamental para producir la ganancia de todo el sistema. Permiten producir dinero del dinero con la circulación de bienes y servicios<sup>1</sup>. Desde la lógica de

---

<sup>1</sup> Desde el análisis de Marx (I 1946 [1867]: 107 - 111) el dinero se convierte en capital cuando las transacciones dejan de ser "M - D - M (Mercancía - Dinero - Mercancía)" y pasan a ser "D - M - D (Dinero - Mercancía - Dinero)". El primer tipo de intercambio (M - D - M) ocurre cuando, según el ejemplo de Marx, se vende trigo para comprar un traje. Este tipo de transacción pasa a ser (D - M - D), cuando se compra un traje para venderlo y obtener más dinero que el inicial. En el primer caso la finalidad es aprovechar (usar) el traje, en el segundo caso la finalidad es el dinero en sí, producir más dinero (ver también: Taussig 1980: 129 - 132). El segundo tipo de transacción no es posible sin alguien que esté dispuesto a comprar (a consumir) por encima del costo inicial. En este trabajo se argumenta que, en el capitalismo, a los jóvenes se les designa de manera preferencial este rol de consumo, el cual es posible gracias al papel simbólico que adquieren las mercancías. Cuando se crea una noción de juventud que es

la economía campesina, la juventud urbana es ociosa; desde el capitalismo, los jóvenes urbanos reproducen el capital a través del consumo. En el caso de la economía campesina, los jóvenes rurales son trabajadores y productores de capital (dinero), ellos ofrecen una parte de los recursos que demanda la dimensión mercantil de la economía campesina, dada por el precio de la tierra para iniciar una producción y la adquisición de herramientas y distintos bienes que no se producen en el campo. Vistos desde la perspectiva campesina, los jóvenes rurales son productores de bienes y servicios, el dinero es uno más de esos bienes; pero vistos desde la perspectiva capitalista, los jóvenes rurales son fuerza de trabajo potencial o disponible (su trabajo es en sí misma una mercancía) y, al no cumplir claramente con el papel de consumo de los jóvenes urbanos, los coetáneos de origen rural son representados por roles adultos. Es así cómo los jóvenes rurales se encuentran en el cruce de significados y la intermediación de ambos sistemas. Los siguientes capítulos desarrollan estas perspectivas.

---

inestable, que carece de identidad y que, además, debe lograr un estatus social, la búsqueda constante de este estatus puede llenarse con el consumo.

# 1. Capítulo I: Educación, ocio y consumo. Los jóvenes de Occidente a Extremo Occidente

Este capítulo presenta cómo se ha construido una noción hegemónica de *juventud* con la consolidación del capitalismo, al tiempo que, de forma paralela a esta perspectiva también han existido realidades heterogéneas en los procesos de iniciación a la vida adulta. La primera sección se centra en las transformaciones ocupacionales y los cambios en los imaginarios sobre la juventud en el paso del feudalismo al capitalismo. La segunda sección se centra en la configuración de las imágenes de los jóvenes en los procesos de modernización de América Latina. El análisis sustenta la gran variedad de formas de socialización de los jóvenes que han surgido en distintos momentos históricos, e incluso la existencia de varias juventudes alternas a las nociones dominantes. Los jóvenes populares (campesinos y obreros), en especial los de América Latina que serán abordados en este aparte, representan otras formas de socialización que, sin embargo, están en interacción con las perspectivas hegemónicas.

En la historia de Occidente, las representaciones, las instituciones y las normas que definen este “periodo de vida” han variado de forma considerable de acuerdo a la articulación (o marginación) de los jóvenes a la producción en distintas estructuras económicas.

Es así como la *juventud* del capitalismo no es universal, pero requiere articularse a otras economías y otras formas de socialización para reproducirse. Es decir, el joven estudiante y consumidor no es posible sin la explotación de la fuerza de trabajo de los jóvenes campesinos y obreros. Unos y otros, desde el rol que tienen dentro del sistema económico alimentan la reproducción del capital.

La relación entre las generaciones en los ámbitos educativos y ocupacionales permiten además entender la organización y los procesos de cambio sociocultural. Incluso, Margaret Mead (1990 [1977]) propone un modelo analítico en el que clasifica a las sociedades de acuerdo a como éstas inician en la vida adulta a sus jóvenes. Las sociedades *posfigurativas*, *configurativas* y *prefigurativas*, tienen distintas maneras de transmitir la cultura e integrar a las nuevas generaciones dentro de la vida del grupo. A partir de su modelo, en las sociedades *posfigurativas*, también llamadas “sociedades tradicionales” convergen por lo general tres generaciones. Las trayectorias de vida de los adultos (abuelos y padres) se convierten en modelos que son ratificados y transmitidos hacia adelante; hacia las generaciones venideras. Los comportamientos, los conocimientos y la moral de los adultos son puestos a prueba en la realidad y luego son enseñados a los niños y los jóvenes. No obstante, los cambios son incorporados para responder a las dinámicas del contexto y la historia. Así, los y las jóvenes aprenden a confiar en el medio social al que pertenecen, por

más inseguro que parezca (Mead 1963). Llegan a la vida adulta con menor vacilación, no experimentan las emociones de inestabilidad y carencia de identidad que tienden a aparecer en los otros dos tipos de sociedades. Por su parte, las sociedades *configurativas* o “sociedades modernas” tienden a reunir dos generaciones y, a través de las instituciones, segmentan a la población por grupos de edad. Los modelos de sujeto son puestos a prueba con los pares, entre quienes se crea una conciencia generacional que incorpora nuevos comportamientos y conocimientos al grupo. Sin embargo, padres y adultos dominan los medios de producción y tienen poder sobre las instituciones, por lo tanto, puede avalar o censurar los comportamientos, los conocimientos y la moral de las nuevas generaciones. Por último, Mead propone las sociedades *prefigurativas*, y aunque la autora no profundiza en el funcionamiento de estas sociedades, asegura que éstas introducen a los jóvenes en un mundo social que aún no existe. Los jóvenes utilizan referentes que no han tenido lugar en la realidad o adaptan referentes que han existido en otros contextos y momentos históricos a su situación presente. Una de las posibilidades de recreación de estos referentes se debe a que logran establecerse y forman nichos por fuera de las instituciones dominadas por los adultos.

Desde la propuesta de Mead, las sociedades modernas han logrado la diferenciación de los jóvenes a través de la segmentación institucional de los grupos de edad. Para Carles Feixa (1999) esta segmentación ha tenido como resultado la creación de agrupaciones con códigos propios que son denominadas “culturas juveniles”. Según Feixa, estos grupos que han emergido sin igual en distintas regiones del mundo durante la segunda mitad del siglo XX, ‘vistos como un todo hegemónico, parecen generar una “nueva clase ociosa”, que consume sin producir y que al permanecer en el ámbito educativo no sólo se aleja del mundo del trabajo, sino incluso de la estructura de clases’ (1999: 68). Estas características, en términos generales ciertas para los jóvenes urbanos de clases medias y altas de nuestros días, no tienen un correlato en otras clases y estructuras sociales, ni en otros momentos históricos. Sin embargo, se han convertido en la imagen hegemónica de lo juvenil.

¿Cómo ha sido posible que a través de la historia a la juventud se le haya conferido la función del ocio y el consumo? ¿Qué lugar han ocupado otras formas de juventud? Los procesos de cambio del feudalismo al capitalismo y la expansión de éste último a escala planetaria con particularidades locales pueden dar luces al respecto.

En este capítulo, me baso en estudios etnográficos e históricos que muestran cómo las transformaciones en las formas de producción y de organización social están correlacionadas con los cambios en las imágenes culturales de la juventud. Presento las diversas formas de socialización que han existido en la consolidación del capitalismo y, posteriormente, reconstruyo las imágenes de este periodo de vida que han tenido lugar en América Latina. Esta región que, de acuerdo con Rouquié (1997), a pesar de los fuertes vínculos culturales con Euroamérica por la historia de colonización, oposición e interdependencia, pero también de profundas desigualdades sociales, no puede ser definida como Occidente, sino mejor como “Extremo Occidente”. La influencia cultural de Euroamérica, los sincretismos y disparidades propios de América Latina, hacen que en esta región se hayan construido nociones particulares y heterogéneas del periodo de paso a la adultez que serán abordados en este aparte.

## 1.1. De caballeros y doncellas a muchachos y señoritas: Las transformaciones de la juventud del sistema feudal al capitalismo

En Europa y Norteamérica existe un importante cúmulo de estudios sobre juventud entre los que se destacan los trabajos históricos y etnográficos (Feixa 1999; Levi y Smith 1996; Duby 1993; Ariès 1987). A pesar de que la mayoría de estas investigaciones obvia el papel de las mujeres en la historia, intentaré reconstruir, con base en las fuentes disponibles, las diferentes concepciones de juventud (de hombres y mujeres) que tuvieron lugar desde la Edad Media hasta el periodo industrial.

En Europa Medieval las nociones de edad partían de la realidad rural y eran distintas de como las entendemos ahora. “En las sociedades campesinas de la península Ibérica el término para designar a los jóvenes era el de “mozo” o “moza”, que se atribuye tanto a menores de edad como a solteros y sirvientes” (Feixa 1999: 41). El paso a la edad adulta tenía unos límites poco claros. Los “mozos”, iban a aprender oficios en sitios alejados de sus familias y allí alcanzaban la preparación suficiente para realizar las tareas de un adulto en edades muy tempranas. Esta forma de aprendizaje “no era exclusiva del campesinado, sino que se extendía también entre las clases populares urbanas (los artesanos) e incluso entre los comerciantes y la nobleza” (Feixa 1999: 41, 42).

Sin embargo, en Europa el término “juventud” tenía otros significados. Según Georges Duby (1993) en la Francia aristocrática del siglo XII ‘el sustantivo *juventus* designaba al grupo de muchachos que había recibido las armas como oficio’:

Es alguien que ha dejado atrás la época de la educación y de los ejercicios preparatorios de la actividad militar (...). El joven en consecuencia es un hombre hecho, un adulto. Ha sido instruido en un grupo de guerreros; (...) ha sido armado. Es un caballero. (Duby 1993: 133).

La juventud era un periodo variable, marcado desde el momento en el que un hombre era armado caballero hasta el momento de tener hijos: “los caballeros casados que no han tenido aún hijos son presentados como “jóvenes”, mientras que a otro, de menos edad pero ya padre, no se le llama *juvenis* sino *vir*” (Duby 1993: 133). En este sentido, la juventud podía ser corta o extenderse un largo periodo de la vida, dependía del momento en que cada hombre pudiera establecerse, fundar su propia casa y dar inicio a su propio linaje. Aunque existía correspondencia entre la juventud y la caballería no toda la población de la misma edad estaba destinada a la vocación militar. Había otros muchachos de similar edad, “jóvenes de buena familia” que no eran “armados caballeros, sino consagrados al estudio de las letras”, ellos no buscaban reconocimiento en las batallas, lo lograban participando en “disputas escolásticas”. Si bien no es claro si el término “joven” aplicaba de igual manera para los guerreros y los hombres de letras, unos y otros estaban en la búsqueda de consolidar un estatus social (Duby 1993: 135).

El matrimonio no era sólo una meta de caballeros, los nobles, siervos y campesinos perseguían este fin. Casarse implicaba el acceso a los derechos de herencia y propiedad y, en especial para los más pobres, podía significar el acceso a tierras, la independencia de los padres y, con los hijos, la liberación de ciertas ataduras del trabajo y la servidumbre. El matrimonio y la maternidad, no sólo eran deseables y marcaban el paso hacia la vida adulta, sino que, en el caso de las mujeres, parecía significar la misma razón de ser. “En los idiomas de Europa (...) la evolución de ciertas palabras refleja la adquisición de un estado adulto. (...) En inglés la palabra

*woman* [mujer] combina la palabra *wif*, que significa esposa, y *mann*, que significa ser humano” (Anderson y Zinsser 2009: 145). Las mujeres desde niñas, en especial las campesinas, eran el soporte de las familias propias y ajenas. Preparaban el pan, se encargaban de “la alimentación, el vestido y la disciplina”. Sobre ellas “recaía la responsabilidad de consolar y curar a los niños enfermos, al marido, a los padres, o a los abuelos” (Anderson y Zinsser 2009: 135). Cuando salían de la potestad del padre a aprender un oficio o como sirvientas domésticas, lavanderas o “señoras para todo”, continuaban al cuidado de la vida doméstica, y aunque recibían remuneración por el trabajo en la siembra y en la recolección o en las labores de las casas, por lo general, el pago era muy bajo: “una tercera parte o la mitad del de los hombres”<sup>1</sup>. Después del matrimonio, el nacimiento, o incluso la muerte de un hijo de pocos meses, podía significar el acceso a algunas ganancias económicas, las campesinas eran contratadas para servir de nodrizas para alimentar a los hijos de mujeres de mayor estatus. Casadas, aplicaban los secretos aprendidos generación tras generación sobre el control natal, la alimentación, el vestido, la educación de los niños y el cuidado de la salud. También trabajaban en los campos y ayudaban en la administración de las tierras y la producción. En últimas, las mujeres eran el soporte de una sociedad acosada por el hambre, las pestes y las guerras (Anderson y Zinsser 2009: 109 - 173; López 1998).

Aunque el matrimonio era deseable, no todos podían casarse con los mismos beneficios. Si bien entre los campesinos la sucesión de la tierra y los pocos bienes de las familias variaba considerablemente y en ocasiones tenían derechos similares todos los hijos: hombres y mujeres, sin importar el orden de nacimiento (los hombres heredaban la tierra y las mujeres dinero, una vaca o tierra) (Anderson y Zinsser 2009: 149 - 152), entre nobles y caballeros primaba el derecho de primogenitura que favorecía la concentración de la riqueza. Las restricciones en el acceso a la propiedad de hombres y mujeres y el ánimo por sobrevivir y ascender socialmente generaron importantes transformaciones en la vida de Europa desde finales de la Edad Media. La vida errante de los caballeros correspondía también con “la búsqueda de consorte” en una sociedad que privilegiaba el matrimonio del primogénito, donde los “segundones” o “hijos-dalgos” estaban condenados a una juventud más larga e incluso al celibato. Esta situación se debía a que la dote garantizada en el matrimonio, pero mermaba el patrimonio familiar. El padre podía favorecer al primer hijo pero difícilmente a los demás. “La meta del matrimonio parecía dirigir todo el comportamiento del joven: el brillo en el combate y la exhibición en las reuniones deportivas” (Duby 1993: 143) eran condiciones necesarias para lograr premios y obtener la admiración de las mujeres en recompensa del valor del guerrero. Así, la juventud expulsada “so pretexto de peregrinación” (Duby 1981: 81) se ve también agraviada y disminuida en número. Muchos de los jóvenes (solteros sin hijos), sin herencia y sin residencia, que sin otra opción salían buscando los ideales de la caballería, encontraban la muerte en el combate. Pero son precisamente las “compañías de jóvenes” las que constituían “la punta de lanza de la agresividad feudal” en una sociedad que buscaba constantemente expandir sus dominios (Duby 1981, 1993: 137, 138).

El ideal de la caballería tuvo también otra función en la Edad Media: “el amor hacia una doncella y el valor guerrero podían cambiar la condición de los hombres de la época, “hacer que un rústico pasara a ser una figura refinada”” (Marchello-Nizia en

---

<sup>1</sup> “En 1563 el *Statute of Artificers* [ante el parlamento y los reyes de Inglaterra] fijaba los salarios de las mujeres entre una tercera parte y la mitad del de los hombres, aunque trabajaban en el campo las mismas horas, y en trabajos igual de arduos. (...) En los tiempos de peste las vendimiadoras de Languedoc ganaban cuatro quintas partes del salario de un hombre. (...) En todos los tiempos la pero condición era la de “señora para todo” (...) [en el que se] ganaba sólo de 1 a 2 penique al día por una gran variedad de tareas: lavar, abatanar el lino, hilar, tricotar, y trabajar en el exterior acarreado y esparciendo estiércol, sachando y recogiendo turba (Anderson y Zinsser 2009: 157).

Levi y Schmitt 1996: 191). La relativa cercanía que fue surgiendo entre la caballería y la nobleza a partir del siglo XIII, generaría la posibilidad del ascenso social, en donde el honor y la riqueza alcanzados por la pertenencia a un linaje ahora podrían ser logrados mediante la vida caballeresca (Marchello-Nizia en Levi y Schmitt 1996).

Aunque las mujeres eran el soporte de la vida doméstica, y esperaban pacientes el regreso de sus padres, hermanos o esposos de las batallas, muchas de ellas también fueron a las guerras como “seguidoras de campo de un ejército mercenario”:

Desde el siglo XIV hasta al XVII, los ejércitos europeos que se trasladaban a campo (...) estaban constituidos la mitad por soldados, y la otra mitad por mujeres y hombres que atendían sus necesidades cotidianas (...). Asentaban el campamento, recogían combustible, cocinaban, lavaban y cuidaban a los hombres. Excavaban trincheras antes de las batallas, atendían a los heridos y preparaban a los muertos (Anderson y Zinsser 2009: 386).

De otra parte, sus intentos por lograr mayores ganancias económicas generaron importantes flujos de migración del campo a la ciudad y una gran movilidad de las mujeres de uno a otro lado de las murallas. Las mujeres comercializaban los productos agrícolas, los hilados y tejidos. Inventaron el tricotaje (tejido con agujas sin telar). Ingresaron a los gremios e incluso crearon gremios sólo de mujeres (en especial los relacionados con textiles) donde aseguraban sus fuentes de sustento. “Las jóvenes muchachas del campo, hijas de campesinos, emigraban en masa (...). A principios del siglo XV, las listas de contribuyentes de ciudades como Florencia revelaban que las mujeres podían ser casi independientes, “sin amo” en el lenguaje de las ordenanzas de las municipalidades alemanas” (Anderson y Zinsser 2009: 381). Las mujeres que lograban insertarse a los gremios y obtener un sustento independiente de la potestad del padre o el esposo, participaban de la burguesía comercial que transformó la economía de Europa.

Por su parte, los caballeros y, en Italia, los “hombres duros” mencionados por Carlo Cipolla (1994), también generaron importantes cambios sociales, fueron iniciados en las actividades comerciales y la conquista de nuevas rutas, cuando “el comercio se confundía con bandolerismo y la navegación con piratería” (1994: 13-14). Las actividades comerciales que se incrementaron desde el siglo XIII eran protagonizadas por una suerte de aventureros y mujeres “sin amo”, cuyas labores no siempre eran bien vistas. Los jóvenes (hombres y mujeres) arriesgados contribuyeron a la conquista de nuevas tierras y prácticas económicas que traerían profundos beneficios a Europa. En especial, la conquista de América, no habría sido posible sin el ideal caballeresco de los “hijos-dalgos”, en el que el deseo de ascenso social mediante la búsqueda de tierras, tesoros, fantasías míticas y reconocimiento heroico, fueron la base de la expansión por el Nuevo Mundo (Ocampo 2001: 18-22).

Al finalizar la Edad Media se presentaron transformaciones en la figura del joven, tras las crisis de los siglos XIII y XIV por las pestes y las guerras (López 1998); el crecimiento de las actividades comerciales; el desplazamiento de la población rural a las ciudades; y el acceso a la educación, que era ofrecida por los mismos padres, los jóvenes adquirieron un estatus distinto. Empezaron a representarse como un sujeto peligroso para el orden de los poblados; se convirtieron en los principales actores de disturbios. El estudio sobre la juventud judía entre 1300 y 1800 realizado por Elliott Horowitz (en Levi y Schmitt 1996), demuestra que en Italia los muchachos que cumplían su tiempo de instrucción protagonizaban grandes desórdenes; por ese motivo, a algunos jóvenes de bajos recursos que eran apoyados por la comunidad, se les pidió que cumplieran labores de vigilancia. “Los estatutos determinan la creación de unos cargos de bedel, cuyas obligaciones incluyen patrullar las calles

dos veces al día (a la mañana y a la tarde) en busca de discólos, pero no menciona el uso de correctivos violentos” (Horowitz en Levi y Schmitt 1996: 128). Una creciente vigilancia sobre los jóvenes fue formándose progresivamente.

Según Norbert Schindler (en Levi y Schmitt 1996), quien estudia las ordenanzas suizas contra el ruido nocturno entre 1442 y 1681, “las borracheras, juegos, gritos y refriegas nocturnas” continuaron siendo las quejas comunes de la comunidad sobre los jóvenes. Sin embargo, aclara el autor que a pesar de los desórdenes propiciados, la juventud de la modernidad no era aquella que contaba con la ambivalencia y la protección burocrática que existe en la actualidad. “Fue la sociedad de clases industrial la que desarrolló esa dramaturgia de la edad juvenil como enfática depositaria de la esperanza y latente amenaza social, y la que dotó de un contenido tanto negativo como positivo a esa fase de maduración” (Norbert Schindler en Levi y Schmitt 1996: 307-308). De acuerdo con lo anterior, Feixa (1999, 2005) argumenta que esta visión ambivalente de la juventud en el proceso industrial, corresponde a una sociedad que ve en el mito del buen salvaje el origen de la civilización. La imagen del primitivo es desplazada a los menores (Pachón 2009: 436 – 438). Aparece entonces como una edad romántica y en estado natural, pero a la vez como síntoma de degradación social. Por lo tanto, surge la tensión entre la idea bucólica de dejar a los jóvenes ser jóvenes y la intención civilizadora de tutelarlos por los peligros que su edad representa.

En el periodo industrial, son cuatro las instituciones que construyen la imagen del joven: la familia, la escuela, el ejército y el mundo laboral (Feixa 1999: 45-49). Se prolonga la dependencia económica de los jóvenes en el núcleo familiar, los padres se responsabilizan de la educación de los hijos, sobre todo los hombres en las clases privilegiadas. En consecuencia, la escuela se convierte en el medio socializador. El servicio militar deja de ser un oficio y se convierte en una obligación. Finalmente, niños y jóvenes (hombres y mujeres) son llevados a las fábricas.

Desde el siglo XVIII, la escuela, el ejército y el mundo laboral empezaron a compartir una forma similar de funcionamiento. Una transformación en el uso del tiempo, durante el periodo industrial, produjo una segmentación radical de las tareas dentro de las tres instituciones mencionadas. El reloj mecánico que había sido inventado desde el siglo XI se difundió hasta el siglo XVII y se masificó precisamente en el siglo XVIII (Boorstin 1986: 78-79). Por lo tanto, el tiempo, que antes era algo continuo, pudo ser dividido en fragmentos iguales y con él, el trabajo en las escuelas, los cuarteles y los talleres fue igualmente segmentado. Afirma Michael Foucault (1976) que la escuela, el ejército y el taller descienden de un programa de educación religiosa que fue fundamental durante el Antiguo Régimen. Las instituciones educativas religiosas habían sido, hasta el momento, las especialistas en la organización del tiempo, la disciplina del cuerpo, la división de las labores, la preocupación por el detalle, la inspección en la limpieza, todo ellos con miras a eliminar el mínimo de ociosidad (Foucault 1976: 143, 144, 157). Tal percepción fue teniendo lugar en las tres instituciones. Así, las celdas del convento pasaron a ser también las celdas de los cuarteles y los “emplazamientos funcionales” de las fábricas, en las cuales operaba el principio de “clausura” o aislamiento útil para evitar los peligrosos contagios o las distracciones que, si antes llevaban a la vida ascética, ahora disminuirían el error en el trabajo y en la guerra (Foucault 1976: 146). Estas divisiones también indicarían una distinción de rango, una jerarquía de los espacios, de los sujetos, de las edades y de los cuerpos.

En el caso de la educación, la especialización distinguió las edades y las clases sociales. Según Ximena Pachón (1984) y Cales Feixa (1999) las instituciones de

formación tuvieron un interés especial por separar a los menores del mundo adulto, distinguirlos moralmente y contener las diferencias de estatus sociales.

A partir del siglo XVIII dejó de existir el “colegio único” que caracterizó la enseñanza durante muchos años, apareciendo un tipo doble de instituciones escolares, cada una de las cuales estaba relacionada con una posición de clase específica. (...) Los *liceos* como colegios, en los cuales la preparación de los estudiantes se prolongaba por un largo periodo de tiempo (...) estaban destinados a los niños burgueses. Por otra parte se encontraban las *escuelas*, con una enseñanza relativamente corta, correspondiente a lo que es la primaria y estaban destinados a los niños del pueblo, a los de las clases trabajadoras. (...) Desde el siglo XVII ciertos políticos (...) expresaban sus temores de una inflación intelectual y de una crisis de mano de obra y proponían limitar a una clase social específica, el privilegio de una enseñanza larga (Pachón 1984: 224).

La institución escolar deja de estar reservada a los clérigos para convertirse en un instrumento normal de iniciación social, que empieza a sustituir al aprendizaje y a los tutores contratados por las familias. La escuela medieval, donde estaban mezcladas todas las edades y la autoridad del maestro era difusa, va siendo sustituida por sistemas de instrucción más modernos, entre los que se destacan los *colleges* y los internados (...). La nueva escuela responde a un nuevo deseo de rigor moral: el de aislar por un tiempo a los jóvenes del mundo adulto. Se empieza a clasificar a los alumnos según sus edades y el régimen disciplinario se hace cada vez más rígido (Feixa 1999: 46, 47).

De esta forma las instituciones educativas se convirtieron en el principal instrumento de demarcación y segmentación de las edades y de creación de una conciencia generacional distinguida por las clases sociales en el que se reguló la instrucción, el comportamiento y la moral de los jóvenes.

En el campo militar, en el siglo XVIII, los muchachos fueron el sustento de las campañas nacionalistas. Afirma Loriga que “sólo en Francia, durante las guerras revolucionarias y napoleónicas fueron llevados a las armas casi 4 millones de jóvenes” (en Levi y Schmitt 1996:27). Entonces, el servicio militar dejó de ser un oficio y se convirtió en un deber; “entre la familia paterna y el matrimonio, entre la independencia económica y la elección de un oficio, había que vestir el uniforme militar” (Loriga en Levi y Schmitt 1996:52).

Por su parte, en las manufacturas, jóvenes y niños (hombres y mujeres) fueron la base de la ampliación de la jornada laboral. Se pasó del obrero total al obrero parcial, es decir, de aquel que es capaz de realizar un trabajo terminado a aquel que, realizando tareas sencillas y repetitivas, efectúa solamente un fragmento del proceso de producción. “La maquinaria, al hacer inútil la fuerza del músculo, permite emplear obreros sin fuerza muscular o sin un desarrollo físico completo (...). El trabajo de la mujer y del niño fue, por tanto, el primer grito de la aplicación *capitalista* de la maquinaria” (Marx I 1946 [1867]: 323). De esta forma, el desarrollo técnico y la división del trabajo generó durante los siglos XVIII y XIX la inclusión creciente de menores de 18 años y la inserción de las mujeres (niñas, jóvenes y adultas) al trabajo fabril. En el “Distrito londinense de Bethnal Green se celebra todos los lunes y martes, por las mañanas, un mercado público, en el que niños de ambos sexos, de 9 años para arriba, se ofrecían en alquiler a las manufacturas sederas de Londres” (Marx I 1946 [1867]: 326). El trabajo de jóvenes y niños fue útil para la creación del sistema de turnos y el régimen de relevos que permitía la producción durante las 24 horas. Los reportes de los empleadores de las fábricas, citados por Marx, afirman:

No podríamos arreglarnos bien sin emplear el trabajo nocturno de muchachos menores de 18 años. Tenemos que luchar contra el aumento de los costos de

producción. Los hombres diestros y capataces son difíciles de obtener, pero los muchachos abundan en la proporción que se quiera.... (Marx I 1946 [1867]: 203)

En efecto, el trabajo de los jóvenes representaba un plusvalor o un ahorro de los costos si se considera que el aprendizaje del oficio era tenido en cuenta como parte de su pago. Incluso, se les llevaba por temporadas “de la escuela a la fábrica y de la fábrica a la escuela” para cumplir las horas de trabajo y las horas de instrucción (Marx I 1946 [1867]: 230). Además, el régimen de relevos para el trabajo nocturno no siempre era llevado a cabo y no siempre era remunerado. En ocasiones el reemplazo de turnos no se daba y la jornada laboral pasaba fácilmente de 12 a 24 horas (Marx I 1946 [1867]: 201).

El trabajo generaba un envejecimiento prematuro, graves problemas de salud y decadentes condiciones alimentarias. El incremento del trabajo de las mujeres en las fábricas implicó un aumento en la mortalidad infantil en Europa. Aunque con menor incidencia, esta situación también ocurría en las zonas rurales que intentaban aplicar el sistema industrial a los cultivos. En estas zonas “un cierto número de mujeres casadas, mezcladas en *cuadrilla* con muchachas y jóvenes” eran alquiladas para incrementar la productividad de siembras en regiones apartadas de sus viviendas (Marx I 1946 [1867]: 329)

El trabajo y el reclutamiento producían fuerte resistencia por parte de los obreros y las comunidades. Entonces, los jóvenes huían. Los prófugos eran vistos como elementos antisociales asociados al delito. Fue así como a partir del siglo XIX y, con mayor énfasis, después de las guerras mundiales del XX, Europa fue tomando temor a sus jóvenes. Su tendencia al vagabundeo y a retar el orden social con mucha frecuencia terminaba en disturbios (Perrot en Levi y Schmitt 1996).

A finales del siglo XIX y durante el siglo XX el aumento progresivo de la esperanza de vida de la población en Europa y Norteamérica tuvo gran importancia en la formalización del tiempo libre y el ocio como instituciones propias del periodo juvenil. Al iniciar el siglo XIX los padres con frecuencia no veían a sus hijos “entrar a la edad madura”, tras la muerte temprana de los padres “las personas de 17 años debían asumir rápidamente las responsabilidades de un adulto”, lo que abría espacio en el espectro ocupacional. Por lo tanto, el aumento de la esperanza de vida y el cambio en la demanda de mano de obra en la segunda industrialización implicó un retraso constante en el acceso al trabajo y provocó el aumento de la dependencia de los padres (Solari 1971: 11).

La primera industrialización no hizo diferenciaciones de la fuerza de trabajo según la edad y sometió a los jóvenes a nuevas dependencias: el trabajo infantil no sólo no desapareció sino que pudo aumentar. Fue sobre todo la segunda Revolución Industrial<sup>2</sup>, con sus avances técnicos, la que fue alejando a los menores de la industria. Por una parte, la mayor productividad hizo disminuir la necesidad de mano de obra. Por otra parte, se hizo más evidente el reclamo de una mayor preparación técnica para desarrollar las complejas tareas del sistema industrial, requiriéndose una formación básica tanto para los jóvenes burgueses como para los obreros. De manera que tanto muchachos como muchachas fueron

---

<sup>2</sup> Hace referencia a la revolución científica y técnica que, al finalizar el siglo XIX, demandó una fuerza de trabajo más calificada. Los jóvenes fueron aislados de forma paulatina del mundo laboral y congregados en las instituciones educativas (Feixa 1999:48). No obstante esta separación de mundo laboral se vio interrumpida durante la primera mitad del siglo XX por las guerras mundiales. Los jóvenes fueron otra vez una fuerza de trabajo disponible. En el caso de Inglaterra, la participación de las mujeres (menores de 25 años) pasó “del 47% en 1911 al 63% diez años más tarde” dentro del total de la fuerza de trabajo femenina (Todd 2005: 22). El incremento de la fuerza de trabajo femenina y de menores durante las guerras también es sustentada por Louis Tilly y Joan Scott (1989).

---

expulsados del trabajo asalariado y conducidos a un *no man's land* laboral y espacial: la escuela o bien la calle (Feixa 1999: 48).

El tiempo libre empezó a ser un espacio representativo de las agrupaciones juveniles. Sin embargo, este ocio estuvo diferenciado entre las clases: entre los burgueses fue visto como un periodo de formación o de “ocio creativo” y entre los proletarios marginados como un “ocio forzado” (Feixa 1999: 49, 50).

Distinguidos por la edad, concentrados en las instituciones educativas o marginados de ellas, separados del mundo laboral o bien, enviados a la guerra, los jóvenes empezaron a concebir este periodo de vida como irremplazable que debía ser aprovechada con todo vigor. Fue así como los jóvenes, avocados al tiempo libre, organizados en grupos que correspondían a afinidades de origen, de comunidad, o de escuela crearon distintas agrupaciones. Eran principalmente las ciudades las que ofrecían, por un lado, múltiples distracciones y por otro lado, lugares de ausencia de autoridad donde se podían gestar acciones sin injerencia de los adultos (Perrot en Levi y Schmitt 1996:101-165).

Además de la ausencia de un rol definido socialmente y la conformación de agrupaciones que distinguían a los jóvenes de los adultos, se sumó la realidad biológica del despertar sexual y la ausencia de posibilidades laborales para asumir el rol de padres de forma temprana. Esta cuestión fue de gran importancia para el desarrollo de las teorías psicológicas que definirían a la *juventud*. Durante la primera mitad del siglo XX, Hall (1904), Freud (1975) [1905] y Erikson (1959) [1950] distinguen como periodo inicial de la juventud la “adolescencia”, como una de las etapas de desarrollo psicosexual del ser humano en la que prima la crisis, la carencia y el intento por lograr la definición de una identidad.

Mientras que la psicología se ocupó del individuo, la sociología y la antropología empezaron a ocuparse de las agrupaciones juveniles. Cabe mencionar *The Gang: A study of 1313 Gangs in Chicago* (1926), en el que Frederick Thrasher describe cómo los barrios periféricos son el escenario donde se gestan y concentran de las pandillas juveniles, y aunque éstas sean asociadas al delito, su texto demuestra que solo una pequeña porción de ellas desarrollan realmente actividades fuera de la Ley. Por otro lado se encuentra *Street Corner Society* (1971) [1943], en el que William Whyte expone la vida de los jóvenes de origen italianos que, en las calles de Boston y desde la esquina, observan la vida de los norteamericanos para intentar integrarse y ascender dentro de una sociedad a la que no pertenecen del todo. Los muchachos optan por diferentes vías, entre ellas: la escuela o la ilegalidad.

Además del comportamiento de las agrupaciones, Laura Malvano (Levi y Schmitt 1996: 311, 345) analiza el uso de las imágenes de la juventud, representadas por los héroes griegos y romanos como una forma de *propaganda* para crear el sistema de valores que fortalecería el nazi-fascismo durante la segunda guerra mundial.

Pero es después de las guerras cuando el concepto de juventud occidental asociado al consumo y el ocio se consolida y empieza a ser el principal objetivo del mercado. Al mismo tiempo empieza a ser centro de atención de varias investigaciones y fuente de conceptos ampliamente difundidos.

La industria de la música es uno de los escenarios más destacados en la consolidación de las imágenes juveniles y su principal medio de difusión global durante la segunda mitad del siglo XX. Al finalizar la década de 1950 el surgimiento de los estilos juveniles es de gran relevancia en la construcción del concepto de juventud. El rock'n'roll y luego el rock y el pop adolescente, que nacieron como

resultado de las modificaciones del Jazz y el Blues, se convirtieron en un fenómeno sin precedentes. Ya no eran la música de una región sino en la música de una generación (Cepeda 2009).

Cuando el rock'n'roll llegó por primera vez a tener una audiencia de masas en 1955, la reacción fue increíble. Las estrellas de rock'n'roll eran aclamadas y acosadas, y los padres pensaban que la música corrompía a sus hijos. (...) Chuck Berry dio al rock'n'roll (...) letras "de adolescente". Cantaba con estilo y humor acerca de las cosas por las que los adolescentes se interesaban y por primera vez creó una música que era de ellos y de nadie más (Cripps 1999: 43, 45).

Fue allí, en torno a la música, donde se evidenció la ruptura entre las generaciones y se desvinculó la música de una localidad de origen para convertirse paulatinamente en un fenómeno de expansión global. Al mismo tiempo se reconoció a la juventud como un foco especializado y fructífero de mercado.

Estados Unidos, al igual que el mundo occidental, se sentía optimista ya que había acabado la Segunda Guerra Mundial (...). Los "teenagers" tenían dinero para gastar<sup>3</sup> y empezaban a buscar su identidad de grupo (...). Mientras tanto, las compañías de discos habían reconocido el potencial del "romance adolescente" y del "ídolo de los adolescentes" sobre todo entre las chicas de 14 y 17 años que compraban muchos discos. Las compañías discográficas se dieron cuenta de que si lograban controlar los gustos de los adolescentes podrían controlar el mercado y sus beneficios. Se trataba de decidirse por una imagen y un sonido, de elegir a un adolescente seguro, respetable y bien parecido, de juntar a un grupo de compositores para producir una canción sobre "preocupaciones adolescentes" (...). Pasársela bien y ENAMORARSE, era suficiente (Cripps 1999: 46).

En adelante, la música quedaría profundamente vinculada a las agrupaciones juveniles de Europa y Norteamérica y a través de ella viajarán las modas y los estilos a otras latitudes que no demorarían en diferenciarse. Surgieron varios tipos de *rockers*, unos centrados en la psicodelia de los Beatles y otros en el estilo desaliñado y "el poder escandalizador" de los Rolling Stones. Pero también nació su contraparte, los *mods*, quienes buscaban tener una apariencia elegante y la energía propiciada por las anfetaminas. Se concentraron en torno a bandas como The Who. Más tarde y siguiendo el estilo de las bandas de Hard Rock se organizarían las agrupaciones de jóvenes en torno al metal. En Reino Unido, "a medida que el rock se volvía más artificial, y las entradas a los conciertos cada vez más caras, con superestrellas que cantaban canciones que tenían poco que ver con la vida de los adolescentes en las calles" llegó el punk en 1976 (Cripps 1999: 74), cuyas letras hacían protestas "enfadadas" y tenían una música explosiva, muy veloz y básica en armonía y melodía. Nacieron además con un principio: DIY (Do it yourself) o HTM (Hazlo tú mismo) en el que se oponían a depender del mercado y a ser explotados comercialmente (Marín y Muñoz 2001). Del rock surgirían otros estilos, la música disco sería más tarde el medio de encuentro de jóvenes que se alejaban del paradigma heterosexual. En contra de la música disco, pero utilizando algunos elementos de ella, nacería también el Hip Hop y el Rap (Rhythm American Poet) con influencias Afro y Latino Americanas.

Las investigaciones sociales vieron que estos estilos y modas juveniles mostraban y desafiaban de forma intencional las distinciones de clase y la oposición a los valores

---

<sup>3</sup> Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos experimentó un impórtate crecimiento económico, la guerra no implicó pérdidas en su territorio y en cambio, la ayuda en la reconstrucción de Europa le permitió ampliar la industria y las exportaciones. Por esta razón, los jóvenes contaban con más dinero para el consumo.

culturales imperantes. De forma análoga a las agrupaciones de rockers, muds y punks en Reino Unido y Norte América, en Francia, Jean Monod (1968) descubre, desde un análisis estructural, que la apariencia, el lenguaje, la música y las prácticas violentas podían mostrar cómo los jóvenes se identificaban y simulaban la estructura socioeconómica en la que se desenvolvían. El *snoob* “designa a un golfo disfrazado de burgués (...); no un verdadero burgués”; un *dandy* representa inversamente “un burgués disfrazado de golfo”; el *beatnik* es un “burgués disfrazado de superburgués”, así como el *baffin* “es un proletario disfrazado de subproletario” (Monod 1968: 189). La oposición entre obrero y burgués atravesaba la identidad de estos grupos y parecía ser uno de los argumentos principales de sus enfrentamientos. En 1968 fue publicado en Norteamérica *The Making of a Counter Culture* de Theodore Roszak. De allí surge el extendido concepto de *contracultura*, en el que un grupo que maneja y conoce los códigos dominantes, mediante su inversión se opone a la cultura hegemónica. Los *hippies*, comúnmente asociados al festival de Woodstock de 1969, fueron el grupo emblemático que congregado en torno a la música y “la paz y el amor” estaba en contra de la guerra de Vietnam, entendida como uno de los hitos en los que se basaba el despliegue de poder de los Estados Unidos. En la década de 1970 y bajo los conceptos de *subcultura* y *estilo*, Dick Hebdige (1979) mostró en el Reino Unido, cómo los movimientos *Punk*, *Skinhead*, *Muds*, usaban los mensajes del mercado para la creación de un régimen de apariencias y comportamientos que invertía los códigos hegemónicos. La violencia, la moda y la música de los jóvenes, fueron entendidas por su carácter simbólico como medios de oposición a los valores dominantes, cuya transgresión en muchos casos se lograba, paradójicamente, a través del consumo.

Al mismo tiempo que los jóvenes son creadores de nuevos estilos, mantienen su vínculo con la noción de carencia de identidad de la definición psicológica del “adolescente”. Aparece entonces la imagen de un nuevo joven, lleno de carencias y en búsqueda de un “ser en el mundo”. La ausencia de un rol social claro y estable para los jóvenes de la posguerra les había otorgado un nuevo lugar: estaban circunscritos en el medio educativo o, fuera de él, se congregaban en torno al tiempo libre y el consumo, de manera que resultaban útiles para la producción de capital. La carencia de identidad era ahora un instrumento del mercado. Las industrias podían producir identidades-mercancía, de tal forma que quienes tenían acceso a ellas podían construir “un sujeto” con base en el consumo.

Desde la década de 1960, los objetos, el vestuario, la música y la creación de apariencias con gran contenido simbólico, han sido una forma creciente de distinción que separa a los jóvenes de otras generaciones. Han hecho incluso que la juventud deje de ser un *periodo* de tiempo y se convierta en un *estilo* de vida que puede ser apropiado por otros, sin importar su edad.

Si bien en la década de 1960 el Rock apareció ya no como la música de una región sino como la música de la juventud, en la década de 1990, la tecnología de las comunicaciones apareció ya no como parte del dominio de unos cuantos expertos sino como la destreza distintiva de los jóvenes. A través de las tecnologías se han creado formas de comunicación entre millones de personas del mundo, cuestión que tan solo una década atrás (la de 1980) era inconcebible. Esta revolución de la comunicación de finales del siglo XX ha creado formas de transgredir o mantener las diferencias políticas, étnicas, estéticas, de género, de clase y de nacionalidad, y también ha sido la fuente de expansión del mercado. En medio de la globalización del capitalismo y su articulación con múltiples sistemas de producción no capitalistas, sobre los jóvenes (esta “nueva clase ociosa”) ha recaído la función del consumo que resulta esencial para mantener y dinamizar la estructura productiva. Sin embargo, aunque el consumo y el dominio de las tecnologías de la información tienden a llegar

a todos los rincones y encontrar un receptor predilecto entre los jóvenes, no todos ellos recorren los mismos caminos para acceder al consumo y la tecnología, ni circulan por los mismos canales de información. A continuación mostraré las trayectorias transitadas por varios grupos de jóvenes de América Latina desde finales del siglo XIX y el siglo XX.

## **1.2. Románticos, rebeldes y *transformers*: Formas paralelas de construcción de la juventud en América Latina**

En América Latina los estudios enfocados al tema juvenil sobresalen hasta la década de 1980 y gran parte de ellos se ocupan de la educación, el fenómeno emergente de las agrupaciones juveniles en las ciudades y la violencia (Escobar 2004: 190). Aunque las imágenes hegemónicas de la noción de juventud en América Latina tienden a aproximarse al concepto presentado para la juventud occidental, es de gran importancia mostrar que las trayectorias de la juventud en América Latina comparten elementos con los jóvenes de Europa Occidental y Norte América pero no pueden equipararse en su historia.

Hay un conjunto de escritos que dan luces sobre qué significado tuvo este “periodo de vida” desde finales del siglo XIX y el siglo XX. Algunos análisis plantean la discusión sobre la existencia o no del periodo “juvenil” en varias poblaciones latinoamericanas. Como lo sostienen algunos autores (Perez 2006; Feixa y González 2006; Garay, Pinzón y Suárez 2008) entre las comunidades rurales e indígenas de América Latina, la juventud como periodo de moratoria social antes de llegar a la adultez, prácticamente no existe, ya que el paso a la independencia económica y la adquisición de un rol social son formados paulatinamente desde la infancia, y reconocidos y otorgados a partir de ritos de paso. En América Latina, la noción de juventud como un colectivo diferenciado del conjunto social se ha construido principalmente en el escenario urbano y ha sido definida a partir del entorno educativo. Las perspectivas sobre los jóvenes no urbanos han sido poco visibles, lo cual no implica la inexistencia de este grupo poblacional. La forma como se equiparó la juventud a la noción de estudiante tiene una larga historia que permite observar la mixtura entre las nociones occidentales y no occidentales de esta población.

En América Latina, muchos elementos de la sociedad feudal y los ideales de la caballería fueron traídos por los viajeros desde el “Antiguo Continente”; no obstante, en el “Nuevo” territorio se presentaron algunas transformaciones en sus significados. Es así como en América Latina se gesta un “Sistema Señorial”<sup>4</sup> y una “tradición gentil” (Pedraza, 1999), relacionados con el feudalismo pero diferentes de él. Los “hijos-dalgos” o “segundones” que no contaban con suficientes tierras y herencia en

---

<sup>4</sup> Orlando Fals Borda (1975) sostiene que la estructura de tenencia de la tierra en América y las formas de explotación de la fuerza de trabajo fueron heredadas con algunas modificaciones del Sistema Señorial Español que: “no eran feudales en el sentido estricto del concepto. Y tampoco eran capitalistas, pues este modo de producción todavía no se había dibujado plenamente” (32). Sin embargo, en el “Nuevo Continente” las formas de producción tuvieron una forma particular de cooptar los excedentes de producción durante la Colonia: “el excedente agrario producido por los indios (y después por los esclavos) se apropiaba por los “señores” que en nuestras tierras eran, además, encomenderos. Al tributo de la encomienda y al expediente legal de la merced, se añadió otro mecanismo económico importante que permitió esta apropiación: la “hacienda”. Entre los elementos propios que distinguen el modo de producción precapitalista americano del feudal europeo, se encuentra el conjunto de relaciones de producción construidas alrededor de la hacienda. Esta es una estructura económica y social particular, invento del Nuevo Mundo distinto al feudo, cuya expresión concreta ha ido variando de una época a la otra según el desarrollo de las fuerzas productivas” (Fals Borda 1975: 34).

sus localidades de nacimiento llegaron a un territorio que podía ser apropiado para reproducir los ideales de nobleza del “Antiguo Continente”. En América se convirtieron en *señores*, *caballeros*, *hidalgos* y *caudillos*, y de esta forma reencarnaron a una “nobleza” que, a pesar de tener un lugar en el continente americano, debía ser avalada por un referente lejano: el origen Europeo. Sin embargo, los vínculos familiares con la nobleza europea nunca pudieron ser argumentados dentro de los nuevos territorios. Con excepción de Brasil, país en el que en 1808 el rey de Portugal decidió trasladar su residencia a América (convirtiendo la colonia en Metrópoli), en las colonias americanas colonizadas por España, la nobleza siempre fue invocada como un referente distante.

 Por qué retomar elementos de vieja data para la comprensión de la juventud en América Latina? Su importancia se debe a que las nociones de cultura, nobleza y clase elaboradas desde la Conquista y la Colonia tuvieron gran importancia en la forma como se definió la juventud y se dirigió su educación hasta mediados del siglo XX. Durante este periodo, pervivió en América Latina una noción de élite asociada a las ideas medievales de nobleza y linaje. Sin embargo, estas nociones siempre amenazadas por el mestizaje en América Latina encontraron refugio en tres aspectos: la demostración del vínculo genealógico con parientes Europeos, la afluencia económica y el comportamiento social. Entre estos tres aspectos se debatió la noción de la elite-nobleza como una condición innata o adquirida, pero siempre en constante peligro de perderse. La formación de los jóvenes fue en principio un instrumento para reproducir el comportamiento social de las élites, que si bien se diferenciaban por la cuna, debían aprender a mostrar su distinción a partir de sus comportamientos y la adquisición de poder económico. Como lo expone Zandra Pedraza (1999), en América Latina durante los siglos XIX y XX hubo una amalgama de nociones culturales provenientes del sistema señorial, con nociones de clase del moderno capitalismo que se intentaron reproducir a partir de la formación de los jóvenes.

Las “señoritas” debían mostrar su condición y los jóvenes debían demostrar su hidalguía para poder articularse a las élites locales. La urbanidad representada por “el hablar”, “los buenos modales”, “la elegancia” y “la manía de mostrar erudición”, constituyeron una de las caras visibles de “la ilustración de América Latina”. Al mismo tiempo, estos elementos fueron una forma de “escalar los estratos sociales a través de la cultura” y “el refugio de la discriminación racial o de la distinción social” (Pedraza 1999: 25). Así como las aventuras caballerescas de la Edad Media permitieron la adquisición de un mejor estatus entre muchos jóvenes, en América Latina la educación cumplió importantes funciones en la movilidad y la reproducción de las clases. En este sentido, la educación del comportamiento social fue muy importante en la transmisión de los códigos de las élites y uno de los principales medios para crear una idea de nación y fortalecer las estructuras y las diferencias sociales.

Esta noción de urbanidad, que representaba los ideales de comportamiento que debían ser transmitidos a los jóvenes, fue de gran importancia para la construcción del concepto de ciudadanía y el imaginario de nación en América Latina. La educación implicó el acceso a los códigos de comportamiento del ciudadano y, por lo tanto, quienes quedaron excluidos de ella quedaron relegados no solo del conocimiento de los códigos sociales de las élites sino también de los medios para acceder a sus derechos.

Entre estos grupos sociales los primeros que hicieron parte de la distinción y la contraposición con los ideales de comportamiento fueron las poblaciones rurales. En especial los campesinos y los grupos étnicos, quienes por su origen, locación,

exclusión del sistema educativo, fueron asociados a los imaginarios del atraso y la rusticidad. En consecuencia, se convirtieron en uno de los referentes emblemáticos de oposición a la urbanidad. Así, la ciudadanía y los derechos derivados de ella no operaron de igual forma entre la población urbana y rural. Laura Guerrero (2008) afirma con respecto a la noción de ciudadanía que:

Esta concepción antinómica explica en gran medida los imaginarios frente a conceptos muy comunes como el de *ciudadanía, ciudadano, citadino, urbano y urbanidad (aspectos relacionados al área urbana, pero también, a una forma de ser legítimamente concebida)*. En la medida en que por mucho tiempo justificaron la contraposición con el campo, por mucho tiempo también parecen haber justificado la contraposición con el campesino (Guerrero 2008: 2).

Entonces, la formación de los ciudadanos en función del ideal de nación, tenía un lugar preferencial en las zonas urbanas a través del sistema educativo. Fue así como a lo largo del siglo XX la noción de juventud, como estado de moratoria y preparación social, se superpuso paulatinamente a la posición de estudiante. Quienes quedaban por fuera de las instituciones educativas e ingresaban a la vida laboral o asumían la paternidad dejaban de ser considerados jóvenes.

En América Latina, las distintas formas de representar a la juventud tuvieron efectos definitivos en la construcción de una ciudadanía “segmentada” o “dual” como ha sido llamada por Carlos Alberto Torres (1998), en la que se legitima el acceso diferencial de derechos según el rol social que los sujetos desempeñan en una nación. En consecuencia, sólo a un pequeño grupo tiene pleno acceso a los derechos consagrados por la normatividad de los Estados. Esta noción de “ciudadanía segmentada” atraviesa la construcción de las imágenes de la juventud y está presente en los escritos sobre el tema que se produjeron en América Latina desde finales del siglo XIX y lo largo del siglo XX. Como afirman Pérez (2006) y Feixa y González (2006) a finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX no existe una tradición de estudios sobre juventud, prevalece una visión *literaria y ensayística*. Desde la perspectiva literaria, se destaca la novela costumbrista o criollista, el realismo y el romanticismo. Por su parte, en los textos argumentativos se destaca el “ensayo nacionalista” y específicamente, lo que ha sido llamado por Aldo Solari “discurso a la juventud” (1971: 2).

De 1960 a 1980 surge una visión sociológica de la juventud (Feixa y González 2006) y los programas de intervención y desarrollo enfocados a esta población. Aparece la noción de juventud diferenciada por su condición social: “los jóvenes estudiantes de los estratos medios”, “los jóvenes obreros” y “los jóvenes campesinos”, sin embargo a los dos últimos grupos se les reconoce en términos demográficos pero se les niega como jóvenes en el sentido psicosocial (Solari 1971). Por lo tanto, los análisis y las investigaciones se centran en los jóvenes universitarios y su acción política. Durante este periodo y gracias a la confluencia entre las movilizaciones estudiantiles de América Latina y de otras regiones del mundo, la juventud (pensada a partir de las prácticas políticas de los universitarios) logra ser un colectivo social diferenciado. Otros sectores juveniles, trabajadores y campesinos son entendidos como la “juventud en desventaja” y empiezan a aparecer dentro del panorama como foco de los programas de desarrollo.

A partir de la década de 1980 y especialmente después de 1985, tras la declaración de las Naciones Unidas del Año de la Juventud y la Paz, se abre la diversidad de investigaciones sobre la juventud en América Latina, y se realizan los estados del arte sobre el conocimiento producido sobre juventud en la región. De la gran variedad de investigaciones se pueden destacar grandes líneas de estudio sobre juventud en

América Latina: los estudios sobre educación, conflicto social e inserción laboral (menos frecuentes), los estudios sobresalientes sobre “culturas juveniles” e identidades en y fuera de las instituciones educativas<sup>5</sup> y los análisis sobre políticas públicas de juventud. En estos estudios se destaca la relación global-local y el reconocimiento inicial de sectores menos visibles como las mujeres, la juventud obrera y los campesinos.

A pesar de las distintas fuentes y enfoques de los textos sobre la juventud latinoamericana, desde finales del siglo XIX y durante el siglo XX, prevalece en ellos la evidencia de las brechas sociales y la esperanza de cambio depositada en las nuevas generaciones.

A diferencia de los estudios sociales elaborados sobre el tema, los jóvenes representados en las novelas costumbristas o criollistas (denominación chilena) son predominantemente jóvenes campesinos, entre quienes sobresalen las mujeres jóvenes como protagonistas de los escritos. La explicación de estas características de los textos se debe al contexto social y demográfico de los países de América Latina a finales del siglo XIX y principios del XX, periodo en el que predominó la población rural frente a la urbana. Por otro lado, el énfasis poco común en la mujer muestra al carácter mismo del género literario en el que las relaciones amorosas son el centro de atención de los autores. No obstante, a pesar del tipo de fuente y su enfoque, los textos parecen evidenciar una realidad que se encuentra detrás de la ficción literaria.

Los jóvenes de las narraciones: mozos (as), caballeros, señoritas, campesinos (as) e indígenas, son quienes no han contraído matrimonio y, por lo tanto, se encuentran a la merced de las pasiones. Sin embargo, el amor muestra la situación social de quienes lo padecen. Así, los temas de los escritos muestran las oposiciones de género y clase y las nociones de progreso de la época. En cuanto al género, aparecen de forma permanente los conflictos por el abuso sexual hacia las jóvenes campesinas e indias y las dificultades derivadas de su restringido acceso al mercado laboral en el campo. En cuanto a las diferencias sociales, se encuentra el tema recurrente de los amores imposibles por las diferencias de clase o formación, las relaciones frustradas e interrumpidas por el desplazamiento de uno de los novios a la ciudad o al exterior para continuar los estudios, conseguir trabajo o buscar mejor suerte. Como se presentará a continuación, las historias exponen las ideas de progreso individual y social de la época. En muchas ocasiones las oposiciones entre el campo y la ciudad, de las que se derivan también las distinciones educativas y el acceso a los recursos económicos, aparecen como parte de los conflictos de los enamorados y el móvil de los jóvenes aventureros que se lanzan a otras regiones en búsqueda de mejor futuro.

El abuso, el acoso o el control sexual hacia las jóvenes se encuentran en la literatura de costumbres, también llamada de “malas costumbres” por Germán Arciniegas (1932). En *La Manuela*, Eugenio Díaz (1967) [1858], narra la historia de una muchacha perseguida por el gamonal de La Parroquia. En *Huasipungo*, Jorge Icaza (1989) [1934] muestra también la historia una mujer que es abusada por el terrateniente. En *Raza de Bronce*, Alcides Arguedas (2011) [1919] describe cómo el patrón de la hacienda “nunca pega a las jóvenes, pero las seduce” (8). *La hija del mazorquero*, de Juana Gorroti [1862], cuenta la historia de una mujer que se opone a la tiranía del padre y es obligada a casarse con quien no desea. *Hijas del campo*, de García Monge (1981) [1900], cuenta la historia de las hermanas Filomena y Casilda que han sido abusadas por dos hombres de distinta condición social: un “señorito

---

<sup>5</sup> En este caso se tienen en cuenta las tecnologías de la información y la comunicación como un medio alternativo a la institucionalidad donde se crean las identidades juveniles.

aristocrático” y un “policía-carnicero”. Aquí la violencia contra la mujer transgrede las clases sociales. La diferencia en el abuso hacia la mujer entre el aristocrático y el carnicero se reduce a una simple cuestión de forma:

[Una condición social privilegiada] convierte la desigualdad social y el poder económico en fuente de impunidad para el poderoso; (...) apenas disimuladas por “la decencia” y el “refinamiento” de las formas, y por la justificación tácita que la costumbre otorga a una experiencia corrientemente repetida. La violación brutal de Filomena por el policía-carnicero (...) solo en el procedimiento se diferencia de la lenta y refinada seducción de su hermana Casilda por el aristócrata Melico. El resultado de ambos es igualmente inhumano y cruel: el abandono, el desamparo (Quesada 1995 [1986]: 262).

La riqueza y la pobreza engañosas, y la dificultad que tienen los jóvenes enamorados para aprender a diferenciar la bondad o la maldad y las intenciones de humildes y privilegiados, hacen parte recurrente de los escritos. El “señorito aristocrático” presenta una “doble naturaleza”; “la una manifestábase refinadísima en sus modales, la otra brutal hasta en sus sentimientos” (Quesada 1995 [1986]: 262).

Los jóvenes de la literatura son sinónimo de sujetos *enamorados* y *melancólicos*. Es una *juventud romántica* que se debate entre su propio deseo de permanecer al lado de sus seres amados y el de desplazarse a lo desconocido, a la ciudad o al extranjero para materializar las esperanzas de progreso propias de la época. Aparecen como personas escindidas que no logran encontrar todo lo que quieren en el mismo lugar. Las diferencias de clase y el proyecto de ascenso social estructuran las emociones de los sujetos. La tensión entre los desposeídos, los terratenientes y los hombres de ricos de ciudad hacen parte del contexto en el que se desenvuelven los jóvenes, quienes no tienen un punto medio como opción. Hacen parte de una estructura social fragmentada a la que deben vincularse y al mismo tiempo intentar transformar. Los viajes, la aventura o la inagotable espera son las opciones de muchos jóvenes (hombre y mujeres) que no quieren ser presa del destino. Ejemplos de ello son: Efraín, personaje de Jorge Isaacs (1967) [1867] en *María*, quién abandona a su prometida enferma para formarse en Inglaterra mientras María lo espera; Marcos, de Rómulo Gallegos (1935) en *Canaima*, quién emprende la aventura de regreso para cuidar de su madre e inicia distintos negocios que lo llevarán a la desesperación; *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro (1967) [1858] quién prepara la huída de su acosador; Casilda, de García Monge (1981) [1900], en *Hijas del Campo*, quién busca ir a San José de Costa Rica para conseguir trabajo pues en su localidad la única ocupación a la que puede acceder es a ser lavandera (Quesada 1995 [1986]: 267), y en la ciudad además puede casarse con un joven educado y no con un campesino; *Bruna, La Carbonera* de Eugenio Díaz (1985) [1880], quién aguarda para enamorar a un geólogo de la ciudad a quién no puede acceder por su humilde condición. Las distintas narraciones muestran que los ideales de progreso y la realidad social segmentada fueron la base de la formación del carácter romántico y melancólico de los jóvenes del momento.

Las diferencias en las oportunidades de los géneros, las brechas sociales y la esperanza de unidad y futuro también fueron el objeto de los ensayos escritos por los “nacionalistas latinoamericanos” (Feixa y González 2006). Son de destacar los escritos de emancipación dirigidos a las *señoritas* de Juana Manso (1854) y Martí (1895) desde la segunda mitad del siglo XIX. Más tarde, durante las primeras décadas del siglo XX, Mariátegui (1979) [1928], Vasconcelos (1985) [1925], entre otros, vieron la educación como el principal recurso para transformar la realidad latinoamericana.

Juana Manso (1854) se caracteriza por sus discursos dirigidos a las mujeres jóvenes; se preocupa por buscar la igualdad en cuanto a las oportunidades intelectuales y demostrar su importancia para construir nuevas sociedades. El siguiente es uno de los textos de Juana Manso en su *Álbum de Señoritas*:

Quiero, y he de probar que la inteligencia de la muger, lejos de ser un absurdo, ó un defecto, un crimen, ó un desatino, es su mejor adorno, es la verdadera fuente de su virtud y de la felicidad doméstica porque Dios no es contradictorio en sus obras, y cuando formó el alma humana, no le dio sexo –La hizo igual en su esencia, y la adornó de facultades idénticas– Si la aplicación de unas y de otras facultades difiere, eso no abona para que la muger sea condenada, al embrutecimiento, en cuanto que el hombre es dueño de ilustrar y engrandecer su inteligencia; desproporcion fatal que solo contribuye á la infelicidad de ambos y á alejar mas y mas nuestro porvenir. Y no se crea que la familia no es de un gran peso en la balanza de los pueblos, ni que la desmoralizacion y el atraso parcial de los individuos no influye en bien ó en mal de la sociedad colectiva. (*Álbum de Señoritas*, No 1, 1/1/. Manso 1854: 1).

La importancia de la equidad y la educación de la mujer fue ratificada casi un siglo después por José Martí, quien dirige a la mujer sus cartas y algunos textos didácticos y ensayos. En ellos retoma las enseñanzas a las jóvenes y a las niñas. Destaca su interés por lograr la igualdad de oportunidades entre los géneros para evitar el abuso hacia la mujer. En sus cartas a María Mantilla escribe:

¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, -a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas, –esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse, –llaman en el mundo "amor". Es grande, amor; pero no es eso (Carta 8. Martí 1895:1)

Los textos dirigidos a la educación de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX empezaron a mostrar la juventud como una edad especial, como la posibilidad de cambio. Además de la búsqueda de equidad entre los géneros, los escritos sobre las brechas entre las clases sociales, describían a los jóvenes como la principal fuente de transformación de la realidad. Mariátegui sostenía que la primaria “separa[ba] desde la niñez, con rígida barrera, a las clases sociales” (1979 [1928]: 108). Esta separación se mantenía a lo largo del tiempo y las universidades expresaban “el lazo entre la república y la colonia” mostraban “la supervivencia de la vieja aristocracia colonial” (1979 [1928]: 120). Sin embargo, eran los sujetos, los jóvenes de las universidades, quienes entrañaban otra realidad. Atentos a los hechos históricos como la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial, la crisis generaba una conciencia del propio destino en nuestros países que sería protagonizado por las nuevas generaciones.

Los estudiantes de toda la América Latina aunque movidos a la lucha por protestas peculiares de su propia vida, parecen hablar el mismo lenguaje (...). El concepto difuso y urgente de que el mundo entraba en un ciclo nuevo, despertaba en los jóvenes la ambición de cumplir una función heroica y de realizar una obra histórica. La crisis mundial invitaba a los pueblos latinoamericanos, con insólito apremio, a revisar y resolver sus problemas de organización y crecimiento. Lógicamente la nueva generación sentía estos problemas con una intensidad y un apasionamiento que las anteriores generaciones no habían conocido (Mariátegui 1979 [1928]: 110).

En estos discursos aparecen los jóvenes ya no como sujetos disgregados, sino como *juventud*, como un colectivo social diferenciado que, en el intento por labrar su propio destino, comparte un “lenguaje” y, sobre todo, una misión común.

Vasconcelos (1985) [1925] habla de una nueva “Raza” formada por la mixtura, la aleación de todos los pueblos, una “Raza Cósmica”, una “Raza de Bronce” que la juventud aprenderá a consolidar desde los pizarrones:

En los tableros de los cuatro ángulos del patio anterior hice labrar alegorías de España, de México, Grecia y la India, las cuatro civilizaciones particulares que más tienen que contribuir a la formación de la América Latina. En seguida, debajo de estas cuatro alegorías, debieron levantarse cuatro grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas: la Blanca, la Roja, la Negra y la Amarilla, para indicar que la América es hogar de todas, y de todas necesita. Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que en alguna forma simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica (Vasconcelos 1985 [1925]: 34).

Sin embargo, para Martí (1977) [1891], la creación de una cultura propia debía contener la mixtura de nuestros pueblos, pero también debía mantenerse al margen de los ideales foráneos y forjarse con el espíritu de las nuevas generaciones y el trabajo de los pueblos.

Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! (...) que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. (...) En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos (Nuestra América. Martí 1977 [1891]: 37).

Fueron estos textos y autores los que lideraron los movimientos que llegaron a su cumbre hacia la década de 1960 y que fueron objeto de los posteriores estudios sociales. Entre los autores más importantes de 1960 a 1980 se encuentra Aldo Solari (1971), quien intenta abordar las dinámicas de la juventud Latinoamericana en su totalidad, para lo cual reconoce la existencia de tres grandes grupos –los jóvenes de las clases medias, los jóvenes obreros y los jóvenes campesinos– y los analiza desde el punto de vista educativo y laboral. Para el autor, el primer grupo, los jóvenes estudiantes de las clases medias, logra consolidar una imagen destacada de lo juvenil en la región. Por el contrario, los jóvenes obreros y campesinos deben incursionar rápidamente en el mundo del trabajo y asumir de forma temprana las labores del adulto. En este sentido, son jóvenes sólo en términos demográficos. Por lo tanto, se ocupa de los estudiantes, quienes en la década de 1960, logran hacerse visibles gracias a su acción política.

Es de gran importancia considerar que la visibilidad de la juventud no es un fenómeno exclusivo de América Latina, sino una confluencia de movilizaciones sociales en distintas partes del mundo que logran definir a esta población como un factor político definitivo. En este periodo nace la imagen del joven *rebelde* que se encuentra en un escenario de lucha de poder frente a la generación anterior y las

estructuras sociales existentes<sup>6</sup>. Aunque no se puede desconocer la heterogeneidad de pensamientos entre los jóvenes, sus acciones representaban un potencial en la realización del socialismo y el comunismo (Solari 1971).

En las universidades, los jóvenes que eran educados no siempre compartieron la construcción polarizada de las sociedades latinoamericanas. En las instituciones educativas se gestaban al mismo tiempo tres fenómenos: la reproducción de la estructura de clases, la esperanza de modernización de las naciones y, de forma más autónoma, la crítica, una reevaluación a estos mismos sistemas que las instituciones educativas debían reproducir. Muchos se oponían a la marcada estructura de clases social que aún pervive en la región.

A la par, después de las guerras mundiales, la juventud de otras regiones también empieza a manifestarse en contra de la guerra y de las injusticias sociales que observaban en sus regiones. Es así como la segunda mitad del siglo XX es una época especial de encuentros y comunicación en la acción política de los jóvenes estudiantes de varias latitudes del mundo.

En Europa y Norteamérica, los años 60 y 70, son entendidos como el “nacimiento del posindustrialismo”. Este periodo se caracteriza por ser “tanto el cenit del conflicto de clase como el surgimiento de nuevas y renovadas protestas y movimientos. Entre los movimientos, el más espectacular fue el de los *estudiantes*” (Therborn 1999: 288). El movimiento estudiantil de Estados Unidos de 1964, las movilizaciones y la ruptura generacional de Alemania occidental, el mayo del 68 francés, el “otoño estudiantil” y luego el “otoño caliente” italiano de 1969 y, más sutilmente, el movimiento estudiantil antifranquista en España durante la década de 1960; todos ellos, en sus demandas, volvían a mostrar los conflictos políticos de las naciones y las oposiciones de clase. Pero además, según Göran Therborn, un componente decisivo y completamente nuevo tenía lugar:

Fue internacionalista y con frecuencia antinacionalista. La solidaridad con otras etnias que no eran la propia fue un rasgo clave y novedoso. Se trataba de una identificación con los negros del sur norteamericano [y con los africanos], con los vietnamitas y con el tercer mundo en general (1999: 289).

A partir de la década de 1960, una gran proporción de los jóvenes experimentaron un sentimiento conjunto de ruptura con las generaciones pasadas y, en muchos casos también con sus naciones de origen.

En el caso de América Latina, los años caracterizados por la agitación social tienen una de sus mayores expresiones entre 1953 y 1959, cuando un grupo de jóvenes que no superaba los 30 años organizaron la Revolución Cubana. Sin embargo, las movilizaciones estudiantiles de la región empezaron varias décadas antes y continuaron varias décadas después de 1960 y 1970. Renate Marsiske y Lourdes Alvarado (2006) proponen la generación de 1918 de Córdoba (Argentina) como el principio de un conjunto de las manifestaciones estudiantiles. En Argentina, donde “las universidades habían sido el mecanismo de ascenso social y contención del poder político de los migrantes del sur de Europa”, un grupo de estudiantes no sólo proponía una Universidad Popular para la clase obrera sino también una “rebelión

---

<sup>6</sup> Aunque esta es la perspectiva más visible de la época, no se puede desconocer la existencia de jóvenes que no se sentían representadas por la imagen del “joven rebelde”, “a favor de la paz, el derecho y la justicia social”. No se puede eliminar la existencia de “los grupos juveniles que no tienen preocupaciones por la libertad puesto que son fascistas, a quienes se preparan para la guerra y quienes no se preocupan por el derecho y menos por la justicia social” (Solari 1971: 2).

antiligárquica, anticlerical y antinorteamericana” dirigida a los jóvenes de toda América Latina para crear “una nueva cultura” (Marsiske y Alvarado 2006: 15 ,16).

Con principios similares que se centraban en la revisión del vínculo entre Universidad y Estado, en 1919 los estudiantes José Carlos Mariátegui y Víctor Haya de la Torre “llevaban adelante un movimiento reformista en la Universidad de San Marcos de Lima, Perú”. En 1923 se destaca el movimiento estudiantil en La Habana cuyo “resultado más importante fue la fundación del Partido Comunista Cubano”. Entre 1921 y 1924 “estallaron los movimientos estudiantiles en Colombia, Uruguay y Chile (...). Colombia registró en pocos años 13 conflictos estudiantiles, que reclamaron desde mejoras académicas hasta la destitución de algún rector que –como en Córdoba– obligaba a sus estudiantes a asistir a misa los domingos” (Vera de Flachs 2006: 43). De allí surgieron personajes como Germán Arciniegas, quien después de su destacado activismo estudiantil en la Universidad Nacional de Colombia, tuvo a lo largo de su vida una postura crítica frente a los sistemas políticos del continente (Vera de Flachs 2006). Por su parte, en México, el ambiente revolucionario fue propicio para la generación de alianzas entre los estudiantes y las autoridades universitarias. A partir de 1921 la cercana relación entre José de Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional de México (a partir de 1929 Universidad Nacional Autónoma de México) y el movimiento estudiantil, consiguió varias propuestas para lograr una educación popular y la generación de nexos entre los jóvenes de varios países América Latina. Algunas de las acciones fueron los programas de alfabetización en todo el país y en 1921 la realización del Congreso Internacional de Estudiantes, que fue clave para consolidar los movimientos estudiantiles en otras naciones del sur (Marsiske y Alvarado 2006).

A lo largo del siglo XX la acción colectiva de estudiantes estuvo en el seno de las universidades latinoamericanas. Si en Norteamérica y Europa, los jóvenes se manifestaban por los conflictos de clase, en contra de la guerra y a favor de otras naciones y “razas” y del llamado “tercer mundo” en general, en América Latina los jóvenes de las movilizaciones, normalmente definidos como estudiantes, miembros de las clases medias y con posibilidades de ascenso social, se identificaban con los campesinos, los indígenas y la clase obrera, y proponían una renovación cultural para crear un nuevo futuro en sus naciones y la independencia con respecto a los países del norte.

Después de la Revolución Cubana, las siguientes décadas fueron centro de agitación y de tensiones entre la acción estudiantil y distintas formas de autoritarismo de los Estados. En 1968 la “Manifestación del Silencio” y “la Matanza de Tlatelolco” en México apoyan la afirmación de Abraham Ender (2008): “en el 68, todo era posible”. Las movilizaciones hacían palidecer los poderes tradicionales, pero también los mecanismos de reafirmación del poder parecían superar cualquier límite. El asesinato de los estudiantes que, entre otras demandas políticas, se manifestaban por el derecho a la protesta, fue un hecho crítico y representativo de los crímenes de Estado contra sus jóvenes (Poniatovska 1998).

Las tensiones por el poder asociadas a las movilizaciones estudiantiles tenían formas diversas de expresarse, mostraban desde manifestaciones que terminaban en acciones de gran violencia y represión policiva, hasta movimientos culturales revolucionarios que de forma pacífica lograron grandes transformaciones. “La Noche de los Bastones Largos”, muestra la gran violencia contra los estudiantes y maestros que defendían la autonomía universitaria en Argentina en 1966 (Pedrosa 2006). Por su parte, el movimiento “Tropicalia” en Brasil en 1968 dirigido por Caetano Veloso y Gilberto Gil, hoy figuras emblemáticas de la música nacional de dicho país, proponía una doctrina de renovación cultural que combinaba la acción política con la música y

las artes. De esta forma lograron crear a través del arte un nuevo imaginario de nación, en el que el mestizaje era la principal fuente de creatividad y riqueza cultural (Ender 2008). Tanto en Brasil como en Argentina, estas experiencias tuvieron lugar en medio de las dictaduras militares. Movilizaciones tan heterogéneas como las mencionadas en estos dos países también tuvieron lugar en la década del 70 y 80 en países como Guatemala, Bolivia, Uruguay y Chile, como reacciones en contra del autoritarismo dictatorial (Marsiske y Alvarado 2006). En América Latina, los jóvenes fueron a la vez una promesa de futuro y una constante amenaza a las estructuras de poder.

Aunque la acción política de los jóvenes a mediados del siglo XX ha sido comúnmente definida con el protagonismo del movimiento estudiantil, no existen estudios disponibles que den cuenta del origen social estos actores. Es probable que muchos de ellos hayan tenido también un origen rural y obrero pero que fueran concebidos como jóvenes sólo en su condición de estudiantes. No se debe desestimar tampoco la importancia de los movimientos de izquierda que, aunque tenían conexiones con el movimiento estudiantil, funcionaban de manera alterna a las universidades y enfrentaban la tensión entre la búsqueda de una revolución pacífica y la adhesión a la lucha armada, en la que también participaron un número importante de jóvenes de distintos orígenes sociales<sup>7</sup>.

Al respecto, Necochea Gracia y Pensado Leglise (2009) sostienen que la movilización política de los jóvenes no habría sido posible sin el creciente acceso a la educación entre las clases populares y los campesinos a mediados de siglo.

Muchos de esos jóvenes, quienes conformaron en buena medida la militancia entre 1960 y 1980, si bien procedían de todos los sectores sociales (dada la composición social latinoamericana), un buen número de ellos eran hijos de campesinos, obreros y empleados (a menudo han sido caracterizados como «estudiantes», tanto por el estado como por la academia, categoría poco precisa porque, en términos generales, se utiliza como sinónimo de «joven sin empleo de clase media»).

Además, las características que presentó la industrialización en la región durante las décadas del sesenta y setenta, contribuyeron al predominio de las tendencias radicales debido al crecimiento y presencia del movimiento obrero. Por ejemplo, en algunos países (Brasil, México y Nicaragua) se tendió un fuerte vínculo con comunidades campesinas (debido al origen de muchos de los nuevos trabajadores) también contribuyeron las cada vez más frecuentes migraciones (campo-ciudad) resultado, también, de los procesos de crisis e industrialización de los años treinta y cuarenta (vínculo que, por cierto, no debe ser subestimado y que amerita un estudio aparte, ya que contribuye – entre otros elementos como puede ser el papel jugado por los maestros rurales – a seguir la pista a la difusión de ideas de izquierda y revolucionarias en las comunidades campesinas latinoamericanas de los setenta). (2009:10).

---

<sup>7</sup> Aunque no es el centro del presente estudio por su complejidad y extensión, es importante mencionar el fortalecimiento de la lucha armada en América Latina gracias a la participación de jóvenes estudiantes, campesinos y obreros dentro de “organizaciones como la Acción Libertadora Nacional (ALN) de Carlos Marighella y el Movimiento Revolucionario 8 de Octubre (MR8) en Brasil, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia, la Alianza Popular Revolucionaria Americana Rebelde (APRA Rebelde) luego llamado Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Perú, Uturuncos y el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Argentina, Grupo Popular Guerrillero (GPG) en México, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala (FARG), y los sandinistas (en su primera etapa) en Nicaragua. Si bien la mayoría fueron rápidamente reprimidos, algunos de ellos como las FARC, el ELN y los sandinistas evolucionaron para constituirse, luego de derrotas iniciales, en complejas organizaciones políticomilitares” (Necochea Gracia y Pensado Leglise 2009: 7)

Es clara la confluencia en las movilizaciones de jóvenes de distintos orígenes sociales gracias a las magnitudes que presentó la migración a mediados de siglo. Sin embargo, mientras que en la condición de estudiantes fueron reconocidos por su acción política, en la condición de empleados, obreros y campesinos, fueron invisibilizados, o empezaron a aparecer, ya no dentro de los estudios sociales, sino dentro de los programas de intervención y desarrollo internacionales como la “juventud en desventaja” (Programa Interamericano para la Juventud Rural. IICA 1970: 3).

De esta forma, desde mediados del siglo XX, los jóvenes empiezan a hacer parte de los discursos del desarrollo. La prolongación de este “periodo de vida” por fuera del ámbito laboral sería también un signo de adelanto y progreso de una sociedad. Así la juventud aparece “muy dilatada para la mayoría de las clases medias y altas, sobre todo en las sociedades más desarrolladas, [y] es mucho más reducida entre los obreros hasta casi desaparecer entre los campesinos” (Solari 1971: 5).

Mientras que los jóvenes de las clases medias accedían a las ideas de la modernidad a través de la educación, los que habían quedado por fuera debían ser insertados al desarrollo por diversas vías. Especialmente los jóvenes campesinos fueron objeto de distintos programas. Fueron implícitamente el foco de algunas políticas de migración a las ciudades, y de forma explícita, el centro de los programas de modernización y transferencia de tecnología rural.

En América Latina, las políticas de modernización durante gran parte del siglo XX veían a las poblaciones rurales como la causa del atraso y, a su vez, como potencial de progreso para los países de la región. Las zonas rurales debían aportar bienes básicos de bajo precio para las poblaciones nacionales y ofrecer su “fuerza de trabajo” de bajo costo para fortalecer la industria y la producción de bienes de valor agregado (Johnston y Mellor 1962).

En el caso de las manufacturas, un ejemplo claro es el análisis de Luz Gabriela Arango sobre la industria textil en Colombia (1920 - 1980). La autora muestra que durante las primeras décadas (1930 – 1940) la incorporación de personal presentó “mecanismos de control de la fuerza de trabajo (...) similares a las implementadas por algunos sectores de la gran industria europea en el siglo XIX” (1991: 41). En el caso abordado por la autora, el paternalismo y los valores religiosos, contribuyeron a cooptar el trabajo de campesinas jóvenes y solteras, cuyo rendimiento fue fundamental para el crecimiento de la industria:

[Con relación al paternalismo y el personal de la industria textil Fabricato entre 1923 y 1944] Esta política generaba la selección de un personal constituido en su gran mayoría por mujeres jóvenes, casi niñas, solteras, de origen rural y sobre todo hijas de familias cristianas (42).(...) “Entraban a trabajar muy niñas para ganarse el vestido de la primera comunión y les ponían banquitos para trabajar” (Arango 1991: 45).

La selección de personal en la industria aprovechaba “una oferta de trabajo femenino campesino y joven que no [encontraba] mayores oportunidades en el mercado de trabajo local, fuera de empleos temporales y mal remunerados” (Arango 1991: 45).

Como en el ejemplo anterior, promover la migración rural-urbana era la solución para el desarrollo de la industria. Los “jóvenes” aparecen de forma tácita bajo la denominación de “fuerza de trabajo” para el progreso en América Latina.

A pesar de que no aparecen como jóvenes dentro de las políticas o planes para promover la migración (movilidad que también ocurrió como efecto de la pobreza y la violencia), Miguel Villa y Rodrigo Espina (2001) demuestran que la mayor transferencia rural-urbana que hubo en los países de América Latina desde finales de la década de 1940 fue alimentada por población rural menor de 30 años, y a partir de 1970, esta migración se mantuvo pero empezó a mostrar cierto estancamiento en los países con mayores niveles de urbanización (en Donás Burak 2001: 326, 328 - 329).

[Refiriéndose al periodo de 1970 a 1995 en 20 países de la región] Otro aspecto que cabe ser mencionado es la disminución de las tasas de migración a medida que aumenta la edad. Este hecho es de suma importancia pues sugiere que la población joven es la que ha participado con mayor intensidad en el proceso de transferencia de la población rural hacia el medio urbano. El examen de las tasas de transferencia neta por edad en los diferentes países analizados muestra claramente que la población joven es la que migra con más intensidad. Entre los 15 y los 29 años de edad (y marcadamente entre los 15 y 19 años) se produce una mayor transferencia, encabezada por mujeres (Villa y Espina en Donás Burak 2001: 330).

Los jóvenes campesinos fueron sujetos de la promoción de la migración a mediados de siglo a través de distintos canales, como la educación, las obras de infraestructura y vivienda en las ciudades y el trabajo en las manufacturas. Estos eran los mecanismos tácitos para incorporarlos a la modernidad.

De otra parte, la población joven que no migraba y permanecía en las zonas rurales también era parte de otras formas más directas de intervención. El Programa Interamericano para la Juventud Rural (IICA 1961, 1970), llevado a cabo durante las décadas de 1960 y 1970, veía a los jóvenes campesinos como “líderes comunitarios” para la incorporación de nuevas tecnologías y el aumento la productividad agropecuaria. De esta forma, se lograría combatir el flagelo del hambre en el mundo. El programa llevado a cabo en Costa Rica, Guatemala, Brazil, Perú, Colombia, Venezuela, República Dominicana, México y Argentina funcionaba a partir de “clubes juveniles” y “unidades móviles de instrucción para actividades tales como cocina, costura, carpintería, pequeñas reparaciones de maquinaria”, “huertas” y “granjas agropecuarias”, enseñaban a “manejar el crédito” para crear unidades productivas con tecnificación. El incremento de los volúmenes de producción agropecuaria sería el medio para el mejoramiento de las condiciones de vida para los jóvenes y sus comunidades. La instrucción y la tecnificación abrirían posibilidades de instrucción, empleo, la alimentación, la comercialización y la obtención de mayores recursos económicos (IICA 1961, 1970).

La “juventud en desventaja” fue entendida por los promotores de los programas como otra juventud enfocada a la productividad. Si bien la vía de la migración o la permanencia en las zonas rurales buscaban la apertura de opciones de trabajo e ingresos para los jóvenes del campo, en el mismo periodo, se crearon los acuerdos internacionales para limitar el trabajo a los menores de 18 años. El Convenio sobre la Edad Mínima firmado en 1973 por la mayoría de los estados miembros de la OIT, buscaría la exclusión deseable y progresiva de los menores del mundo laboral como estrategia para garantizar su educación y promover una incursión posterior a un trabajo justo (OIT 1973). Estas medidas estaban parcialmente en desacuerdo con los programas de las Naciones Unidas dirigidos a las poblaciones rurales, cuyos jóvenes eran entendidos como agricultores líderes. A la vez, ayudaron a fortalecer la imagen de la juventud: urbana, concentrada en el medio educativo y alejada del mundo laboral.

Hacia la década de 1990, los jóvenes rurales presentaron un aumento progresivo en su acceso a la escolaridad y se vieron parcialmente excluidos del trabajo agrario. Durston (2001) señala que en América Latina los jóvenes rurales de la década de 1990 duplicaron en promedio la escolaridad de sus padres. Sin embargo, esto no implicó necesariamente su acceso a la educación superior, ni un mejoramiento en sus condiciones de trabajo. Por su parte, la exclusión de las labores agropecuarias no se debió principalmente a las políticas de protección a la juventud, sino a las políticas de desarrollo que redujeron sus posibilidades ocupacionales en las labores agrarias y, en especial, al modelo de desarrollo neoliberal que generó un proceso de desagrarización rural en América Latina. Hubo entonces una consecuente pérdida del trabajo y del valor económico y social en la producción de alimentos. Los problemas de empleo que ya se presentaban en las zonas urbanas y la reducción de la demanda de trabajo en las zonas rurales hicieron que el acceso creciente a la educación no generara “ni a una más equitativa distribución del ingreso, ni a una mayor movilidad social, ni a la configuración de un mercado laboral” (Parra y Zubieta, 1983: 2). Las condiciones de vida de poblaciones que dependían de la economía agrícola se agravaron debido al declive de la producción de alimentos (Naciones Unidas, 2005).

La liberalización económica que se consolidó en la mayoría de los países de la región en la década de 1990 tampoco trajo beneficios en el campo laboral para los jóvenes de las ciudades. “Si la década de 1980 fue conocida en América Latina y el Caribe como la “década perdida” [por la crisis de la deuda y el estancamiento de la economía en la región], la de 1990 bien puede definirse como la década de la “exclusión social”” (Tamayo 2000:1). Los estudios sobre juventud y trabajo (Parra y Zubieta 1983; Rospigliosi, 1987; Díez de Medina, 2001; Ministerio del Trabajo Argentina, 2001; Naciones Unidas, 2005) muestran que, al lado del desempleo creciente desde periodos anteriores, las reformas laborales de flexibilización y desregularización del empleo trajeron consigo el aumento de la informalidad y la precariedad del trabajo. Los jóvenes fueron los más afectados. En Argentina, como en otros países de la región, “en la década de los 90, el desempleo juvenil, prácticamente duplica las tasas de desempleo promedio para el país” (Ministerio del Trabajo Argentina, 2001: 10). Por su parte, quienes se integran al trabajo enfrentan bajas condiciones de estabilidad laboral, seguridad social e ingresos.

Los estudios observan también el fenómeno de los jóvenes que no se integran al medio educativo ni laboral.

En la década de los noventa, es interesante notar un porcentaje elevado de jóvenes de entre 15 y 24 años que no asisten a sistema educativo ni formativo alguno y que, simultáneamente, no trabajan ni buscan hacerlo. Con las excepciones de Bolivia, Costa Rica y Paraguay, en casi todos los restantes de los 16 países considerados, la quinta parte o más de los jóvenes de este grupo de edad están en esta situación a fines de los noventa. En Colombia, Ecuador, El Salvador, México, Paraguay y Uruguay el porcentaje de jóvenes de este grupo especialmente vulnerable ha subido en la década (Díez de Medina 2001: 46).

Los jóvenes más afectados se encuentran entre las clases menos favorecidas. Ellos enfrentan la exclusión del mundo educativo y cuando logran integrarse al trabajo, enfrentan las peores condiciones de ingresos, seguridad social y estabilidad laboral. Si a mediados del siglo XX se abrió un espacio en las manufacturas para trabajadores no calificados, al final del siglo se observa el incremento de los requisitos de formación para acceder al empleo y la reducción de los puestos y los ingresos para los no calificados.

Anteriormente, los jóvenes que se volcaban tempranamente a la oferta de trabajo lo hacían en la industria manufacturera, donde posteriormente tenían un horizonte

de “carrera laboral” dentro del establecimiento fabril. Hoy, esto no se da en la mayoría de los países, puesto que las nuevas inserciones se dan en sectores cuya organización no asegura de modo alguno “el empleo de por vida”, sino por el contrario, la flexibilidad de su organización los hace aparecer más inestables y con mayores incertidumbres.

(...) La industria manufacturera, igual que en los sectores terciarios, ha existido una pérdida neta de empleos no calificados que no hacen uso de tecnologías nuevas, pero también se han dado aumentos en empleos con alta calificación.

(...) Lo que sí se puede observar, para los más jóvenes, es un crecimiento en las ocupaciones más vinculadas a los servicios (empleados de oficina, comerciantes, vendedores) y un descenso en las ocupaciones menos capacitadas (obreros, operarios o jornaleros). (Diez de Medina 2001: 54,71, 89).

La permanencia en el mundo educativo entre las clases medias y altas, y la exclusión del mundo laboral y educativo de los menos privilegiados son el contexto de los jóvenes de las décadas de 1980 y 1990. Una vez más, el tiempo libre y los fenómenos de agrupación captan la atención de las investigaciones sociales. Los estados del arte que se llevaron a cabo en este periodo muestran como centro de atención las “culturas juveniles” de las ciudades (Feixa y González 2006; Pérez-Islas 2006; Cubides, Laverde y Valderrama 1998). Aunque no desestiman la importancia de la migración de mediados de siglo y la confluencia de jóvenes de distintos orígenes sociales, ven a la ciudad, el ocio y los medios de comunicación como los precursores del fenómeno de creación de identidades juveniles e interlocución global de las nuevas generaciones.

Aunque comúnmente es observado como un fenómeno urbano, los estilos o las culturas juveniles en América Latina sólo fueron posibles gracias a la migración de población de distintos orígenes sociales a las ciudades y a la exclusión de las oportunidades educativas y laborales. Los jóvenes que se desplazaban de las zonas rurales o de las poblaciones intermedias a las urbes, y aquellos que nacían en la ciudad pero con origen parental agrario, se enfrentaban a un espacio sociocultural para el cual debían crear nuevos referentes, distintos a la generación de sus padres. Las calles, los barrios, los grupos de amigos se convirtieron en un importante medio socializador. A partir de mediados de siglo XX, en América Latina, la migración cumplió un importante papel en las diferencias generacionales y la creación de una conciencia de juventud.

Los referentes para la población migrante, que llegó a ser mayoritaria en las ciudades de América Latina eran, una mezcla entre la cultura parental, los referentes urbanos locales y los referentes juveniles extranjeros a los que tenían acceso a partir del contacto a través de la migración o de medios como la televisión y la radio, e Internet a partir de la década del noventa.

La música fue nuevamente un vehículo clave para comunicar y conocer la realidad y los intereses de otros jóvenes del mundo. Fue también un escenario para crear nuevos estilos. El rock llegó al Sur a través de la televisión Mexicana y la radio, y con él, también llegaron las imágenes de la juventud de Europa y Norteamérica. A la par, otros estilos también se gestaron a partir de las músicas y las formas de vida de los jóvenes del Caribe y América Latina. La música de las Antillas fue una nueva fuente para la creación de agrupaciones. Especialmente Jamaica, por su ubicación en el Caribe y el inglés como idioma oficial, fue un puente entre la realidad de los jóvenes de los países del sur y los del norte. Ejemplos relevantes de la relación entre la migración rural-urbana e internacional y la creación de nuevos estilos juveniles están representados por el Ska y el Reggae.

[El ska nació en Kingston] durante los años 50, con la llegada de gente del campo en busca de trabajo en la ciudad, estos recién llegados se agrupaban en barrios y vivían en chabolas de madera, pero muchos tenían radios y podían sintonizar con las emisoras de pop de los Estados Unidos. Entre la música que escuchaban había blues, jazz, góspel y especialmente R'n'B [Rhythm & Blues] de la gente negra de América del Norte. Los pinchadiscos jamaicanos consiguieron estos discos americanos y los pusieron en sus discotecas o "sistemas de sonido" ambulantes. (...) comenzaron a tocar su propio estilo R'n'B, mezclando ideas de música afroamericana con ritmos de su propia música popular jamaicana [Mento, que comparte la estructura del ritmo con el Calipso de Trinidad y Tobago, y con la Rumba afroespañola]. Finalmente, fue de esta mezcla de la que surgió el ska (Cripps 1999: 80).

El ska dio la vuelta al mundo en dos sentidos: "el ska llegó al Reino Unido con los inmigrantes afroantillanos y fue adoptado por los cabezas rapadas (*skinheads*), normalmente blancos pobres de la clase obrera, quienes se identificaron con él" (Cripps 1999: 81, 82). Pero además en la década del 70 el ska se difundió por Suramérica gracias a sus interpretaciones en idioma español. Varios ritmos similares acompañaron el ska, entre ellos su antecesor el reggae y el rock steady, al parecer también de origen antillano (Cripps 1999).

El reggae está vinculado a los Rastafaris jamaquinos, quienes "también creen en la paz, el amor y la fraternidad y fuman marihuana (...) la que consideran una "hierba sagrada". Este mismo ritmo también "es la música los "rude boys" (literalmente chicos groseros), de los "fuera de la ley" de Kingston", en sus canciones reflejaban "la lucha contra la injusticia y la civilización occidental corrupta (llamada Babilonia por los Rastas)" (Cripps 1999:84).

No es muy clara la relación entre el ska y el punk, pero el *pogo*, tipo de baile creado para el punk que muestra agresividad controlada mediante patadas y puños, fue adoptado posteriormente para bailar las secciones más veloces del ska. Posteriormente, este tipo de baile también se adoptó para el rock. La agresividad expresada en las letras y los bailes, puede ser leída como el intento de invertir los ideales de la civilidad. La música y la agresividad han expresado de forma simbólica la realidad social de las favelas, las villas miseria y los demás barrios periféricos de las ciudades de América Latina, que han sido los que han recibido en gran medida la migración interna de los países. Muchos de los cantos expresan también, la resistencia a la exclusión en la vida urbana, que también ha sido llamada "selva de asfalto" (Silva 2006).

Afirma Jesús Martín Barbero que el rock se convirtió en un "fenómeno cultural (...) [a través de] las mezclas de las músicas étnicas y campesino-populares con ritmos, instrumentos y sonoridades de la modernidad musical" (Martín Barbero 2002). Así surgieron otros ritmos y estilos en América Latina. La cumbia colombiana, y los "ritmos tropicales como el mambo, la rumba y chachachá" (González 2006: 15) adaptados por las bandas de rock y ska argentinas y del sur del Perú, dieron origen a la *cumbia villera*. Esta música de las villas miseria argentinas hoy se convierte en el ritmo insignia de las agrupaciones de jóvenes de Chile y Argentina, los "porros" mexicanos y las "barras de fútbol" de varios países de América Latina.

Además de las agrupaciones derivadas de la música que fueron creadas en el Caribe y América Latina, también fueron adoptados estilos nacidos en Europa y Norteamérica (algunos de ellos habían sufrido ya una mixtura con los ritmos afroantillanos y latinoamericanos). Perviven hasta hoy hippies, punk, skinhead, metaleros, hiphoperos, raperos, entre muchos otros, que adaptan su estilo, música,

letras y formas de pensamiento a sus conflictos y contextos. En estas adaptaciones sigue primando la lectura de la realidad social por parte de los jóvenes.

A pesar de que los estilos juveniles han sido estudiados como un fenómeno urbano al punto de ser denominadas “culturas urbanas”, los jóvenes rurales han entrado aproximadamente desde la década de 1990 en la escena de afiliación a estas agrupaciones. En “Metaleros y Cumbiancheros”, Yanko Gonzalez, observa cómo en el sur de Chile, el creciente acceso a la educación por parte de los jóvenes campesinos ha generado espacios alternos como la “disco”, los “cumpleaños” y los “taca-tacas” o “Espacios de ocio habilitados con futbolines, billar, mesa de ping-pong y otros elementos lúdicos”, para crear un ambiente juvenil, en el que a través de la Cumbia Villera, el Rock y el Metal, los muchachos y muchachas del campo logran distanciarse de otras generaciones y dar espacio a una interconexión urbano-rural (2008: 6-7).

Expresiones de este tipo también fueron halladas en Colombia, con jóvenes campesinos que se denominan *campunkeros*<sup>8</sup> y *campesinos gomelos* y se reúnen los fines de semana en *guarapotecas*. De esta forma buscan expresar su relación con estéticas que circulan en los medios de comunicación y el vínculo permanente con las actividades, las poblaciones y el espacio rural.

La conexión y la tensión urbano - rural también es presentada por Garay, Pinzón & Suárez (2008: 213-252 en Silva 2010) en su análisis sobre la juventud campesina e indígena.

Los jóvenes campesinos e indígenas afrontan constantemente una disputa interna; se debaten entre continuar reproduciendo los códigos culturales de sus poblaciones o renunciar a ellos para acceder a las formas de estatus social y consumo de la sociedad mayor. Sin embargo, ellos no solo conviven con dicho conflicto, además intentan conciliar y ensamblar los distintos significados a los que han tenido acceso (Reseña de Garay, Pinzón & Suárez 2008 por Silva 2010: 215).

Sin desestimar las diferencias entre los jóvenes de distintos orígenes sociales, se puede afirmar que la mixtura y adaptación de diversos significados globales a contextos de exclusión y disparidad locales, es el rasgo en el que confluyen los jóvenes campesinos y urbanos (de distintas clases sociales).

Sin embargo, esta mixtura no es arbitraria, sino que tiene la función de dar una respuesta autónoma a sus necesidades y problemáticas locales. “Los jóvenes hoy reciben mayor instrucción pero menos posibilidades de trabajo (...) cuentan con más expectativas de autonomía sin las opciones materiales para realizarlas”, encuentran mayores posibilidades para “la diversidad pero bajo mediaciones estigmatizantes” (Pinzón y Garay en Garay, Pinzón & Suárez, 2008: 304). Entonces, el uso estratégico y la mixtura de significados culturales de distintos orígenes buscan crear un *capital cultural* propio que permita establecer canales de comunicación con los coetáneos y posibilidades de interlocución con otras generaciones, diferenciándose de ellas y luego planteando nuevas posibilidades.

A través de sus expresiones muchos jóvenes logran la creación de nuevos empleos, movilidad, visibilidad social y creación de vínculos sociales sólidos. Lo anterior lo realizan a partir de los medios a los que tienen un acceso y dominio privilegiado, entre ellos, las tecnologías de la comunicación.

---

<sup>8</sup> Mitad campesino y mitad punkero, según la definición de Mauricio Mendoza (entrevista, julio 23 de 2008).

Los estudios mundiales sobre las problemáticas de la juventud sostienen que es la población menor de 30 años la que hoy se enfrenta a las mayores disparidades sociales, acentuadas especialmente entre los países llamados “en vía de desarrollo”. Son los jóvenes los que experimentan las mayores tasas de desempleo o explotación laboral y quienes están más directamente involucrados en las guerras y los conflictos armados. Además, afrontan las responsabilidades futuras sobre la sostenibilidad de producción, las implicaciones del cambio climático y la crisis de energía. Pero a la vez, los jóvenes de distintos orígenes protagonizan el “surgimiento de una cultura juvenil mediática” que supera o está por encima de las instituciones educativas y sociales en las que se lleva a cabo su proceso de socialización (World Youth Report 2005).

Esta realidad ha propuesto grandes desafíos para las políticas públicas y programas de intervención que se consolidaron desde 1985 “Año de la Juventud”. Las tendencias internacionales de la década de 1980 abrieron espacio a la perspectiva generacional dentro de la política pública en América Latina. Algunos autores afirman que las políticas de juventud han operado durante mucho tiempo a través de la educación y que en este espacio se han observado los conflictos sociales de los jóvenes y, por lo tanto, es el más apropiado para transformarlos y resolverlos (Pacheco y Ricco en Gloria Garay en Garay, Pinzón & Suárez 2008). Sin embargo, la emergencia de redes sociales no institucionalizadas en los procesos de socialización de la juventud ha abierto grandes desafíos. Los conflictos sociales como la pobreza y la exclusión se concentran precisamente entre quienes han tenido un acceso limitado a la escolaridad. Además, entre quienes acceden a ella, “la escuela ha dejado de ser el único lugar de legitimación del saber, pues hay una multiplicidad de saberes que circulan por otros canales y no le piden permiso a la escuela para expandirse socialmente” (Martín Barbero 2002: 7). La tecnología de las comunicaciones parece ser el nuevo medio que busca penetrar la intervención sobre la juventud para generar los espacios de socialización. Sin embargo, ya no son los jóvenes los que son socializados a través de las instituciones y los adultos sino que son ellos los nuevos socializadores de las generaciones precedentes en el escenario global.

En la década de 1970 Aldo Solari (1971) sostuvo que los jóvenes eran las poblaciones más relacionadas con los procesos de globalización, por lo que sus identidades podían ser leídas a partir de tres modelos básicos: conformista, revolucionario e imitativo, dependiendo del grado de aceptación o rechazo a los imaginarios globales sobre lo juvenil, centrados alrededor del ocio y el consumo. Hoy los investigadores añaden un nuevo modelo *adaptativo*, llamado también *camaleónico* por Martín Barbero (2002) o *transformer* por Francisco Cajiao (en Garay, Pinzón & Suárez 2008: 409). En este modelo, se niega la idea binomial de aceptación o rechazo y se propone un modelo complejo de *elasticidad simbólica* (Martín Barbero 2002; Cajiao 2008):

Ante el desconcierto de los adultos vemos emerger una generación formada por sujetos dotados de una “plasticidad neuronal” y elasticidad cultural que, aunque se asemeja a una falta de forma, es más bien apertura a muy diversas formas, camaleónica adaptación a los más diversos contextos y una enorme facilidad para los “idiomas” del vídeo y del computador, esto es para entrar y manejarse en la complejidad de las redes informáticas. (...) Y frente a las culturas letradas – ligadas estructuralmente al territorio y a la lengua– las culturas audiovisuales y musicales rebasan ese tipo de adscripción congregándose en comunas hermenéuticas que responden a nuevas maneras de sentir y expresar la identidad, incluida la nacional. Estamos ante identidades más precarias y flexibles, de temporalidades menos largas y dotadas de una flexibilidad que les permite amalgamar ingredientes provenientes de mundos culturales distantes y

---

heterogéneos, y por lo tanto atravesadas por dis-continuidades en las que conviven gestos atávicos con reflejos modernos, secretas complicidades con rupturas radicales (Martín Barbero 2002: 6).

Según este modelo *camaleónico* o *transformer* los jóvenes “dan uso estratégico a los distintos referentes y contextos a los que tienen acceso (...) manejan y transgreden las normas sociales para lograr sus demandas” (Silva 2010: 217). A través de la creación de formas de expresión propias, que surgen del sincretismo cultural, los jóvenes logran conquistar escenarios que les permiten interactuar y hacerse visibles en contextos adversos, al tiempo que proponen importantes cambios sociales y culturales. En términos de Margaret Mead (1990) [1977], este sería el advenimiento de las sociedades *prefigurativas*, en donde los jóvenes se socializan al margen de las instituciones, desde allí se adaptan al contexto que habitan y al mismo tiempo intentan recrear nuevos escenarios sociales.



## 2. Capítulo II: La prohibición de la vagancia, el trabajo y la exclusión. Breve historia de los jóvenes campesinos y populares

En el capítulo anterior se abordaron las construcciones históricas de los conceptos de juventud en la consolidación del capitalismo. Como se pudo observar, las variaciones en estos conceptos son el resultado de distintos ciclos de articulación y marginación de los jóvenes a la estructura productiva. En la actualidad se ha configurado una noción de juventud por fuera del mundo laboral y, receptora de los privilegios del desarrollo, congregado en torno a la educación, el ocio y el consumo. En este proceso, los jóvenes rurales han sido visibles como otra juventud, como aporte o reserva de su fuerza de trabajo.

En este capítulo, muestro cómo la juventud rural se ha estructurado en la exclusión del sistema educativo y la percepción moral negativa del ocio popular. Hago un análisis de las normas y formas de intervención institucional que dan cuenta de cómo la juventud rural ha sido relevante para la conformación de una clase trabajadora, soporte de la instauración del desarrollo nacional.

En Colombia, las representaciones que se produjeron durante los siglos XIX y XX sobre la juventud rural exponen la continuidad desde la infancia de la vida consagrada a la producción de bienes básicos. Como se puede observar en las imágenes y fotografías costumbristas (Siglo XIX: **Ilustraciones 1, Ilustraciones 2**. Siglo XX: **Ilustraciones 3**), los menores, (niños y jóvenes) son representados como trabajadores o aprendices de oficios. Si las imágenes muestran una perspectiva deseable de la juventud rural vinculada a la producción, las políticas y programas enfocados hacia estos jóvenes exponen la prohibición del ocio. Así los jóvenes del campo han permanecido entre los límites de las representaciones deseables asociadas al trabajo y los comportamientos proscritos, relacionados con la “vagancia” y la movilidad.

Para comprender estos significados, introduciré algunas definiciones clásicas sobre el campesinado y las discusiones sobre su articulación socioeconómica al sistema capitalista.

Desde el punto de vista de Margaret Mead (1990) [1977], los campesinos harían parte de las sociedades *posfigurativas* o tradicionales, en el sentido en que las formas de socialización de los jóvenes se basan en la reproducción de los modelos adultos a partir de la reunión de distintas generaciones. Sin embargo, las sociedades agrarias han permanecido directamente vinculadas a otros sistemas sociales, entre ellos el capitalista, y sus formas de autoridad e instituciones han dependido de sus relaciones con otras estructuras económicas. Por lo tanto, los procesos de socialización de los campesinos incluyen el aprendizaje de los códigos de ambos sistemas.



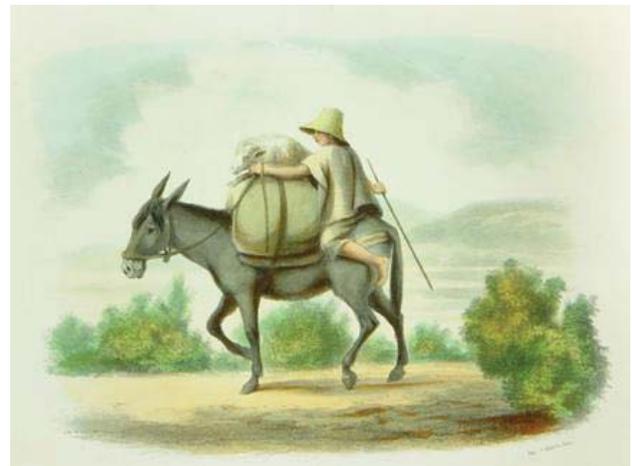
**a.** A la puerta del cuartel (boceto). Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Dibujo, lápiz sobre papel  
19.5 x 26.5 cm



**b.** Tipos de Aguadores. Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Dibujo, lápiz sobre papel. 22 x 27 cm



**c.** Muchachos vendiendo efectos de talabartería. Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Grabado y acuarela, litografía coloreada sobre papel  
23 x 29.1 cm



**d.** Muchacho Arriero. Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Aguatinta, color  
Tamaño: 26 x 33 cm



**e.** Mielero y conductor de pellejos de miel. Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Acuarela sobre papel  
25 x 32.5 cm

## Ilustraciones 1. Imágenes de jóvenes en el siglo XIX

En el siglo XIX las ilustraciones de Ramón Torres Méndez muestran escenas de la vida cotidiana de los jóvenes rurales, entre ellas, el cuartel, el comercio y los trabajos agropecuarios.



**a.** Tejedora de Choachí. Mark, Edward Walhouse.  
1847  
Acuarela sobre papel  
243 x 17.2 cm  
registro AP0117



**b.** Sombrerera – Guaduas. Mark, Edward Walhouse.  
1846  
Acuarela sobre papel  
24.3 x 17 cm  
registro AP0111



**d.** Aprendiz de zapatero. Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Acuarela sobre papel  
25.7 x 16 cm  
registro AP3011



**c.** Lavandera (boceto). Torres Méndez, Ramón.  
Sin fecha  
Dibujo, lápiz sobre papel  
22.2 x 24.3 cm

## Ilustraciones 2, Aprendizaje y oficios en el siglo XIX

### Ilustraciones 3. Niños y jóvenes: fotografías de Luis Benito Ramos durante la primera mitad del siglo XX



**a.** Campesina enrollando una madeja de hilo. Ramos, Luis Benito.  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**b.** La hilandera. Ramos, Luis Benito.  
1938  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**c.** Campesina pesando algodón en una balanza. Ramos, Luis Benito.  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**d.** Niñas campesinas con animal de carga. Ramos, Luis Benito.  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**e.** Niño campesino portando en la mano tres canastos y una botella. Ramos, Luis Benito.  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**f.** Dos campesinos, uno de ellos con una funda de machete en las manos  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm



**h.** Joven cargando una tabla con panelas. Ramos, Luis Benito.  
1935 - 1950  
Fotografía sobre papel  
14 x 9 cm

Las fotografías de Luis Benito Ramos presentan las imágenes captadas en pueblos, mercados y veredas de Colombia. En las representaciones, la vida de los campesinos se encuentra vinculada, desde la infancia, a los objetos y las herramientas de trabajo con los que producen bienes de subsistencia.

Los oficios, la producción de alimentos y materias primas y el intercambio en los mercados resumen la sencillez del transcurso de la vida rural.

Las ilustraciones y fotografías anteriores muestran la perspectiva deseable de la vida campesina durante los siglos XIX y XX. Los menores aparecen como acompañantes, ayudantes o aprendices en la práctica de los oficios rurales.

Desde los estudios clásicos, Eric Wolf (1971) define a *los campesinos* como labradores y ganaderos de pequeña escala, que dependen del acceso a la tierra para producir los medios de subsistencia y deben generar excedentes para las siguientes cosechas y para transferir su producción al grupo que detenta el poder: gobernantes, locales y nacionales y el Estado al que pertenecen. Aunque existen importantes discusiones (Calva 1988) sobre la subordinación de los campesinos dentro de las estructuras de poder de una sociedad mayor, Marx (1946) [1867] también sostiene este argumento y, además, observa a los campesinos como subsidiarios del capitalismo. Como se mencionó anteriormente, la *renta de la naturaleza* y la *renta del trabajo agrario* son transferidas desde las economías de subsistencia y se convierten en fuentes de “ganancia” del capitalismo.

En América Latina, desde la Conquista y la Colonia la producción agrícola fue subsidiaria de las economías extractivas. Después, tras el surgimiento de las repúblicas, la producción de bienes básicos continuó siendo un factor determinante para el abastecimiento interno y empezó a tener importancia para el establecimiento de relaciones comerciales con otras naciones. Se llevó a cabo la exportación de materias primas hacia las economías industriales y la importación de manufacturas. En este contexto general, el control sobre la tierra y la explotación de la fuerza de trabajo rural fueron indispensables para la instauración de los poderes económicos locales (Fajardo, 1981).

Según Fals-Borda (1975: 17), el campesinado surgió del mestizaje y de la consolidación de una población libre sujeta a un *sistema señorial*. Sin embargo, esta población tenía un amplio grado de autonomía debido a su condición de “libres” y la doble participación en la producción para la autosubsistencia y el mercado. Para Fals-Borda (1961) los campesinos sufrieron la *aculturación* que se presentó en los violentos procesos de La Conquista y La Colonia. Sin embargo Ortiz (1973) sostiene que aunque en América Latina, hubo un proceso violento de imposición de normas culturales sobre la población nativa, lo que se presentó fue un proceso de *transculturación* en el que la toma selectiva y estratégica de significados y costumbres de las poblaciones españolas, indígenas y negras constituyó la base cultural del campesinado.

En América Latina, el mestizaje étnico, el sincretismo cultural, la tierra y el trabajo familiar para el autoconsumo y la articulación al mercado fueron la base de la diferenciación del campesinado, pero también las fuentes de distintas formas de sujeción.

En este contexto, los jóvenes rurales aparecen en la historia como una población clave para la producción y la acumulación de capital. Sobre ella se centra el control de la fuerza de trabajo y la vigilancia moral para mantener las estructuras sociales. El ocio y el trabajo vuelven a ser nociones de gran relevancia en las definiciones del período de paso a la vida adulta y su diferenciación según las clases. Si entre los privilegiados la educación y el ocio aparecen como el espacio de desarrollo de la creatividad, la invención y el crecimiento individual, entre los pobres y los campesinos excluidos del sistema educativo, el ocio representa el peligro social, es percibido como “la madre de todos los vicios”. Con base en esta segmentación, expondré las formas de control social que se presentaron en América Latina y Colombia hacia la juventud campesina. Esta vigilancia tuvo dos énfasis claros: el primero, durante los siglos XIX y principios del XX, aparece en las leyes en forma de proscripción de la vagancia. El segundo, aparece en los programas de desarrollo, durante la segunda mitad del siglo XX, donde el carácter de prohibición del ocio cede, pero en cambio, nace la promoción de la productividad como la condición esperada de los jóvenes rurales y la base para el desarrollo individual y nacional. Los énfasis en la

proscripción del ocio y la promoción del trabajo llevan consigo el estrecho vínculo entre moral y economía imprescindible para la articulación del sistema capitalista y la economía campesina.

## 2.1. La prohibición de la vagancia: Control social hacia los jóvenes populares

Los campesinos implicaron un desafío al control social en el paso de los gobiernos coloniales a las repúblicas latinoamericanas. A finales del siglo XVIII y principios del XIX la creciente población campesina retaba las estructuras jerárquicas. En el caso de Colombia, Juan Carlos Jurado (2004) afirma que la manumisión de esclavos y el acelerado mestizaje crearon una “nebulosa social” de población libre, campesinos sin tierra, que tenía una alta movilidad geográfica y generaba dificultades para ser gobernada en el paso del gobierno colonial al republicano. El mestizaje y la condición de libres hacían que los campesinos no se acoplaran a las leyes definidas en función de las diferencias raciales. No se ajustaban a las leyes de indios, esclavos o españoles.

Los casos de Colombia (Jurado 2004) México (Miranda 2007; Arrom 1989), Argentina (Fabián Alonso 2001) y Chile (Araya 1999) muestran condiciones similares en la transición hacia la república. La población mestiza y desposeída era descrita como una “plebe “peligrosa” tanto por su número como por su diversidad (...). Ya no se trataba simplemente de indios y españoles, ni siquiera de éstos y mestizos, sino que de toda clase de mezclas” (Araya 1999: 48), los gobiernos debían garantizar la sujeción laboral a pesar de los cambios sociales. La instauración de una moral del trabajo fue indispensable para lograr la noción de utilidad de los sujetos en las nuevas naciones. Para controlar el comportamiento popular en toda América Latina “se impusieron las leyes contra la vagancia” (Jurado 2004: 20).

Las leyes de vagos, de origen colonial, tenían como fin cooptar la mano de obra libre para la producción de las haciendas, las obras de infraestructura, la milicia y la colonización de las tierras “baldías”. Se implementaron para lograr “la incorporación de los individuos en los nuevos Estados”. El ciudadano es sinónimo de hombre propietario y trabajador y, la contraparte, el hombre ocioso, “la idea del inútil social es medular porque expresa los valores que deben rubricarse en la formación de hombres nuevos y mejores. El hombre debía guiarse por una conciencia ceñida a las reglas éticas de comportamiento, a la honorabilidad y a las virtudes individuales del trabajo” (Miranda 2007: 371). Pero vagos no eran sólo quienes carecían de un oficio sino también aquellos que, aún siendo trabajadores, “ofendían las sensibilidades de las capas medias y altas” (Arrom, 1989: 220).

A mediados del siglo XIX la movilidad geográfica y la diversión hacen parte de los mecanismos para identificar a los vagos: así se incluyen dentro de la definición a las personas que ofrecen distracciones y un amplio grupo de “jóvenes forasteros”, “falsos peregrinos” y “mozos” que “consumían la mayor parte del año en ferias, fiestas y romerías” (Araya 1999: 71). Los acusados podían incurrir en varias de los siguientes comportamientos:

Los que caminan de pueblo en pueblo con golosinas para darles en cambio a los muchachos (...) los que con linterna mágica, animales adiestrados, chuzas, dados y otros juegos de suerte y azar ganan su subsistencia caminando de uno a otro pueblo (...) los que tienen la costumbre de jugar a los naipes, rayuela u otros cualesquiera juegos en las plazuelas, zaguanes o tabernas (...) los que dan músicas con arpas, vihuelas u otros instrumentos en las vinaterías, bodegones o

pulquerías (...) los que con palabras, gestos y acciones indecentes causan escándalo en lugares públicos o propagan la inmoralidad vendiendo pinturas obscenas aún cuando tengan ocupación honesta de qué vivir (Arrom 1989: 230, 231).

La diversión, la movilidad y las costumbres, que atentaban contra la sensibilidad moral de la época, fueron proscritas dentro de los comportamientos populares a cambio del cultivo de una ética del trabajo útil que definía a los sujetos como miembros de las naciones.

Las leyes contra la vagancia fueron las normas más claramente dirigidas a la población joven y, aunque no eran exclusivas para la población rural, los casos presentados en Colombia (Jurado 2004), México (Miranda 2007; Arrom 1989), Argentina (Fabián Alonso 2001) Chile (Araya 1999) y Puerto Rico (Altieri 2007) muestran que gran parte de los involucrados en los procesos fueron jóvenes labradores sin tierra. El énfasis en la población rural estuvo presente desde la definición de la normatividad. Entre limosneros, huérfanos y forasteros, una de las denotaciones más comunes de la vagancia incluía al que “con pretexto de jornalero, si trabaja un día lo deja de hacer muchos, y el tiempo que había de ocuparse en las labores del campo, o recolección de frutos, lo gasta en la ociosidad” (Fabián Alonso 2001: 3). El perfil del vago, es el del joven itinerante, soltero, desposeído y preferiblemente extraño a la ciudad (que representa la civilización).

[Desde la Colonia] las leyes españolas van delineando la figura del vago como aquel que vive entre los indios, o sea separado de la sociedad española o blanca, y le otorga un tinte mestizo. El mundo civil es la ciudad y el campo lo antisocial; el vago es un germen ajeno a la ciudad que la pone en peligro. La pena común para este delito es la expulsión, el destierro de lo "civilizado". Se espera que el que vive en una comunidad trabaje de algo, posea alguna ocupación y no tenga libertad de movimiento. En un primer momento la figura del vago parece ser la del ocioso, "el que vive sin trabajar" y está asociado a las castas, ya sea mestizo, indio o negro. Los vagos son los sindicados de una vida errante, aventurera y ociosa; el modo de existir más parecido a una amenaza contra el orden social (Fabián Alonso 2001:3).

Con respecto a la edad de los sentenciados:

(...) El perfil social de los acusados indica una tendencia a arrestar a jóvenes de entre 20 a 30 años de edad y solteros (Fabián Alonso 2001: 5).

Sus prácticas eran las de:

Indolentes sin estímulos para librar una parcela, mujeres altivas y desabrochadas dispuestas a ganar el pan feriendo sus encantos (Jurado 2004: 25)

Hombres “vigorosos” y “sanos” que no ejercían oficio –incluyendo a los que tenían ingresos familiares pero sólo se dedicaban a la mala vida del juego y la borrachera- (Arrom 1989: 219)

Entonces, los vagos eran una población joven, especialmente de origen rural, mestizos. Mientras que los hombres eran condenados por resistirse al control de su fuerza de trabajo, sobre las mujeres recaía el control de la moral sexual.

Estudios de Puerto Rico, Chile, México, Argentina y Colombia sostienen que desde la época colonial hasta la conformación de las Repúblicas, la vagancia estaba concentrada entre los jóvenes de origen agrario. Araya (1999), Fabian Alonso (2001), Miranda (2007) y Jurado (2004) afirman que los ciclos de producción con períodos de

trabajo intensivo y otros de descanso según los tiempos de siembra, cosecha y migración estacional hicieron de la población agraria un blanco fácil de estas medidas, por su movilidad y trabajo temporal. Los catalogados como: “gañanes”, “labradores”, “peones” y algunos “artesanos” engrosan las filas de los denunciados por vagos (Araya 1999: 74).

Mantener un régimen laboral más libre era peligroso y se corría el riesgo de ser catalogado de ocioso vagabundo, de ser sospechoso de ausencia de trabajo y, por tanto, también de ser considerado más proclive al crimen, al delito y a los vicios que llevaba aparejada la ociosidad.(...) Se incluyó también el desplazamiento que efectuaban los peones hacia los distintos centros de oferta de trabajo, porque, en la óptica del control de la mano de obra y de la sospecha que recaía sobre ella, esto era considerado una falta (Araya 1999: 50).

El control social de mano de obra rural a través de las leyes de la vagancia, llegó a su máxima expresión en Puerto Rico, donde se creó en 1847 el “régimen de la libreta” o “régimen de los jornaleros” para tener un documento de registro en el que los patrones anotaban las actividades diarias, el trabajo y el comportamiento moral de los peones. De esta forma se podrían tener pruebas en los casos de vagancia entre una población cuyo control era difícil. “Los hombres sin propiedad y las mujeres campesinas estaban obligados a trabajar en una hacienda” (Altieri 2007: 314). En este caso no existía exclusión de la fuerza laboral femenina y sí, en cambio, una diferenciación de la fuerza de trabajo rural y urbana.

Es importante notar el tratamiento a la mujer que surge en este bando, ya que sólo se obliga a trabajar en hacienda a la campesina, excluyéndose así a la mujer urbana y, sólo aplicando tal obligación a las mujeres “que no vivan en su bohío”. De esta forma se crea una diferenciación legal entre la mujer (sin ocupación o ingreso propio) urbana y la rural o campesina, considerándose sólo a la última como parte de la fuerza trabajadora (Altieri 2007: 314).

En Colombia, el paso hacia la república implicó un énfasis en la productividad y un temor a la población ociosa que es denunciada como “polilla” de la sociedad. Así, los nuevos libres debían ser notificados de las leyes vigentes para no caer en el peligro de la ociosidad.

El paso de la esclavitud a la libertad de los jóvenes que cumplían 18 años fue un caso representativo de la introducción en una nueva idea derechos dentro de una sociedad que, sin embargo, mantenía antiguas formas de sujeción de la mano de obra. Es así como la Ley del 6 de abril de 1836 muestra la continuidad del trabajo de los esclavos después de su liberación.

Los decretos que se emitieron a mediados del siglo XIX reglamentaban los artículos 1 y 4 de la “lei de 21 de julio de 1821” contemplaban la “libertad de partos, manumisión i abolición del tráfico de esclavos”. Los decretos hacían énfasis en la liberación de los hijos de esclavas después de que ellos hubiesen cumplido los 18 años. No obstante, la Ley también aseguraba la continuidad de la relación laboral entre estos jóvenes y sus antiguos dueños mediante el “concierto libre” o, en caso de que el joven no deseara continuar sirviendo a las mismas personas, la Ley obligaba a los antiguos jefes a asegurarse de que aquellos jóvenes siguieran trabajando. Los libertos ya no tenían dueño pero estaban obligados a tener patrón.

Más adelante, el artículo 10 de la misma Ley afirma que “luego de que los hijos de esclavas estén en pleno goce de su libertad, se les leerá, explicará i hará entender el contenido de los artículos 4 i 10 de la lei de 6 de abril de 1836”. Según la ley, lo

primero que debía hacerse después de declarar su libertad era notificarlos sobre las leyes de la vagancia, y de esta forma evitar que incurrieran en el delito.

El contenido de esta nueva Ley no era solo aplicable para los jóvenes que recién entraban al mundo de los libres, sino para todos aquellos de los campos y pueblos que querían mantenerse como buenos cristianos y ciudadanos. La Ley del 6 de abril de 1836 define así su objeto:

Art. 4. Se reputan por vagos.

1. Los que sin oficio ni beneficio, hacienda o renta, viven, sin saberse los medios lícitos i honestos de donde les venga la subsistencia:
2. Los que, aun teniendo rentas o emolumentos de que subsistir, no se les conoce otra ocupación que la habitual compañía i amistad de hombres vagos i criminales, o la frecuencia de casa de juego, o de mujeres tenidas i reputadas por prostitutas.
3. Los hijos de familia que no sirven en su casa i en el público, sino de escandalizar por sus malas costumbres i poco respeto á sus padres, sin aplicación a la carrera á que ellos les destinen.
4. Las prostitutas ó mujeres públicas, tenidas i reputadas como tales.
5. El que a pretexto de jornalero, oficial o aprendiz de algún oficio, si trabaja un día, lo deja de hacer en muchos, sin tener otro medio legítimo de subsistencia, i que el tiempo que debería estar ocupado lo consume en ociosidad.

Art. 10. Los vagos serán condenados según la mayor o menor gravedad de los casos, i según las diversas aptitudes i demás circunstancias que acompañen al hecho:

1. A servir en calidad de concertados con individuos particulares ó de establecimientos públicos por un tiempo de 2 a 6 años, o al servicio de las armas. (...)
2. A trabajar en el presidio urbano de la provincia, si lo hubiere establecido, o al de otra provincia inmediata, por el tiempo de uno a tres años (...).
3. A formar nuevas poblaciones o caseríos en parajes desiertos ó baldíos, á las orillas de los caminos públicos, ó á aumentar las poblaciones ya establecidas. (Artículos 4 y 10 de la Ley del 6 de abril de 1836).

Aunque la Ley no estaba dirigida de forma explícita a la población rural, algunos elementos que la conformaban exponían dicho enfoque. La definición del vago muestra que quienes en principio podían ser condenados por tal delito eran sujetos sin tierra, bienes o rentas, jóvenes y especialmente de las zonas rurales. "jornaleros". Serían entonces personas sin propiedades, sin acceso a la educación o trabajo formal y bajo la tutela de los padres. Los principales castigos se dirigían, más que a la reclusión, a la canalización de su fuerza de trabajo para las haciendas a través del "concierto", el trabajo en el presidio, la construcción de nuevas poblaciones o el servicio de las armas.

Las mujeres eran catalogadas dentro del delito de la vagancia con un elemento adicional: la prostitución. A diferencia del trabajo masculino, sobre la mujer recaía la función del cuidado moral de la sexualidad. El hombre vago no tenía las mismas connotaciones que la mujer en lo que se refiere a esta conducta; la mujer guardaba la obligación de permanecer fiel a la vida doméstica y a la potestad del padre o el esposo.

Sin embargo, la aplicación de la Ley en algunos casos muestra otros matices de la normatividad. En muchas ocasiones se dirigían, más que a castigar un delito, a cuidar la moral, las jerarquías y estructuras sociales del momento. Quienes se atrevían a desafiar este orden, con frecuencia eran enjuiciados.

El estudio de Jurado (2004), expone la dificultad en la presentación de pruebas para corroborar los casos de vagancia, así como el uso acomodaticio de los juicios

morales para lograr las condenas. Dos de los casos presentados por el autor muestran que más allá de la carencia de oficio, lo que pesa en las denuncias es la transgresión de las estructuras sociales.

El autor presenta el caso de Isidoro Ruíz, un joven de 25 años “mulato pobre, campesino sin tierras, ni pertenencias, sin hijos”, quién es denunciado por ser “vago y concubino de una mujer casada”, señora que además era de una extracción social superior a la del joven.

[Ruíz es] un digno representante de los “libres de todos los colores” (...) se había convertido en un vagabundo profesional, pero, aunque paradójico, era un “vagabundo laborioso” que se mantenía de distintos trabajos, forzado a asociarse con otros para sobrevivir y quitarse de encima la incómoda persecución de los alcaldes. En Cauca arriba estuvo en un paraje llamado Sabaletas, donde trabajó como labrador. Allí estableció una roza de maíz “para su manutención” y después se ocupó en la mina de don Luis Porto en donde también cultivó. Además, como dijo en sus declaraciones, se “ejercitaba en coger pescado”. [Después de ser desterrado en varias ocasiones para evitar su contacto con la amante] Isidro fue conducido al Cepo y fue enviado seis años al servicio de las armas (Jurado 2004: 82, 85).

El segundo caso presentado es el de dos hermanas que se proponían montar una pulpería para mantener su independencia económica. En 1845 “Marcelina y Dolores López fueron enjuiciadas por prostitución y vagancia”.

La primera era menor de edad y su hermana apenas podía aventajarle en uno o dos años, aunque ya contaba con dos hijos (...) Aunque Marcelina no tenía carga de hijos, ni matrimonio, ya había dado nota en el vecindario de la “ilegal amistad” que en tiempos pasados había contraído con un hombre casado, llamado José Arroyabe. Este señalamiento, que décadas atrás le hubiera merecido el calificativo de concubina o amancebada, ahora se asociaba abiertamente con la prostitución. Dolores tampoco se libraba de tal señalamiento. (...) En aquella sociedad que cuestionaba la independencia femenina la relación estrecha y afectiva con un hombre, sólo podía legitimarse con el matrimonio. Por fuera de éste, toda relación era asociada con la prostitución. (...) A estos señalamientos se hicieron acreedoras las hermanas, dado que no se sujetaban a su padre o a una persona mayor, y menos a un patrón que pudiera disciplinarlas y tenerlas en su casa, pues sus ocupaciones de sirvientas y pulperas les daba cierta independencia (Jurado 2004: 105 - 106).

Los casos muestran la poca claridad que existía en el concepto de vagancia y el uso altamente flexible de la normatividad. Esta situación parece responder a un contexto más amplio en donde la ley podía ser usada para ayudar a solventar la alta demanda de mano de obra. Darío Fajardo (1984) afirma que durante todo el siglo XIX Colombia mostraba una débil articulación interna que incluía el ejercicio de las leyes. En este contexto las haciendas funcionaron como “micro Estados” que ejercían poder administrativo, legislativo y judicial, en el que se llevaba por diversas vías la explotación de la fuerza de trabajo, la reproducción bimodal de la tenencia de la tierra y la contención de los poderes económicos (Fajardo 1984; Robledo, 2009: 1). Los grandes terratenientes se oponían a los desposeídos y los pequeños propietarios. Los pobres y los campesinos sin tierra eran vistos como un potencial para el trabajo en las grandes propiedades o el servicio de las armas en un país que se mantenía en un constante conflicto interno.

Al finalizar el siglo XIX, la constitución de 1886 tuvo la intención de integrar al país. Varios efectos se observaron en las primeras décadas del siglo XX: “hubo un proceso de modernización, una lenta integración vial y un proceso de descomposición de las

haciendas debido a la lucha entre el campesinado, los hacendados y los nacientes grupos empresariales” (Robledo, 2009: 1). Inicia también el desplazamiento de la población rural hacia los centros urbanos.

La ética del trabajo continuó siendo estructural para la subordinación de las clases populares. Con algunos matices, las leyes de la vagancia se mantuvieron hasta la primera mitad del siglo XX. La Ley 105 de 1922 “sobre Colonias penales y agrícolas” y el Decreto 1863 de 1926 “reglamento de policía nacional sobre vagancia y ratería” definieron la vagancia como un estado antisocial predominante entre los desposeídos y las personas sin un trabajo constante y reconocido socialmente. Estas culpas eran purgadas en las regiones más distantes, de manera que mediante el trabajo de los condenados se podría llegar a las tierras incivilizadas y hacer presencia en las regiones más inhóspitas y alejadas de los centros de poder del país. Por tal motivo fueron creadas las Colonias Penales y Agrícolas. Las definiciones para hacer efectiva la reclusión eran las siguientes:

Ley 105 de 1922:

Art 5: Se entiende por vago para los fines de esta Ley a quien no posee bienes o rentas, o no ejerce profesión, arte u oficio, industria, ocupación lícita o algún otro medio legítimo conocido de subsistencia, y además, su modo de vivir da fundamento bastante para estimarlo perjudicial a la sociedad, y que habiendo sido requerido por la autoridad competente hasta por dos veces, en el curso de un semestre, no cambie sus hábitos viciosos (Ley 105 de 1922 en Diario Oficial, 1922).

Decreto 1863 de 1926:

1º Los que sin tener oficio, capital o renta no comprueben medios lícitos y honestos de subsistencia.

2º Los individuos que sufran cuatro o más condenas de policía en su semestre.

3º Los menores de edad que causen frecuentes escándalos por su insubordinación a la autoridad de las personas de quienes dependan o que observen reconocidas malas costumbres o que sean hallados en casa de lenocinio por tres veces o más en un trimestre, o en casa de juegos permitidos por más de cinco veces por trimestre.

4º Los ebrios consuetudinarios, entendiéndose por tales los que hayan sido conducidos en tal estado a la policía por más de cinco veces en un trimestre.

5º Los que hayan sido hallados por más de dos veces por trimestre en sitios donde se estén jugando juegos prohibidos a la vista o con conocimiento de ellos.

6º Las rameras que por tres o más veces en un trimestre fomenten escándalos o riñas en sus domicilios, o que ocasionen escándalos en las calles o sitios públicos.

7º Los que sin inconvenientes graves para trabajar o sin licencia de autoridad pública, se dediquen a la mendicidad.

8º Los que andan de pueblo en pueblo sin ejercer industria u oficio que les proporcione honradamente la subsistencia (Decreto 1863 de 1926 en Diario Oficial 1926).

A pesar de la continuidad en la definición a lo largo de un siglo y la relevancia de la condena de comportamientos morales de distinta índole, existen algunas transformaciones que vale la pena resaltar. En 1936, se creó de forma clara el enfoque hacia los menores de edad, perdió relevancia la figura del jornalero y apareció un nuevo sujeto: el mendigo. Este último es el nuevo representante de los temores sociales en el proceso de modernización enfocado a la vida urbana, el trabajo y las nuevas concepciones de la higiene. El mendigo sería quien permanecería en la normatividad hasta 1971, momento en el que las Colonias Penales y Agrícolas fueron cerradas (Useche 1998).

Las denuncias por los abusos cometidos a través de las leyes de la vagancia, que para el momento fueron consideradas como “anticientíficas”, llevaron a su modificación radical con la Ley 48 de 1936. Esta nueva Ley buscaba el ajustarse a una definición de vagancia acorde con las ciencias jurídicas y acabar con la “arbitrariedad” y el “exceso” del decreto anterior. El concepto se redujo a todo aquel que “no tiene domicilio fijo” y “toda persona que viviendo fuera de la ley del trabajo no ejerce función social por cuyo medio el individuo se agrega a la sociedad”. La vagancia dejó de ser un delito y se definió de forma explícita como “un estado antisocial peligroso” (Lleras 1936 en Pulecio 1949: 229).

Ley 48 de 1936:

Art. 1.- Se presume que son vagos:

- a.- El que habitualmente y sin causa justificada no ejerce ocupación u oficio lícito o tolerado, y cuyos antecedentes den fundamento para considerarlo como elemento perjudicial para la sociedad;
- b.- El que habitualmente y sin causa justificada se dedique a la mendicidad;
- c.- El que habitualmente induzca o mande a sus hijos, parientes o subordinados que sean menores de edad, a mendigar públicamente y los que, en general, se valgan de menores para el mismo fin.

Art. 2.- Para establecer la presunción de que trata el artículo anterior servirán de prueba las constancias escritas, ya de carácter policivo o judicial, o los certificados expedidos por los directores de las cárceles, de lo cual aparezca que el sindicado ha sido llevado ante la autoridad por tres o más veces, como persona ociosa o perjudicial para la sociedad. Servirán también de prueba los ordinarios comunes.

Art. 3.- Los responsables de los hechos contemplados en el artículo 1 serán condenados a Colonia agrícola penal, de seis meses a cuatro años.

Como pena accesoria, podrá el funcionario imponer al condenado la prohibición de residir en determinado lugar por un espacio de seis meses a dos años (...)  
(Ley 48 de 1936 en Pulecio 1949: 225)

Vale la pena discernir los elementos de la definición de esta Ley con respecto a su aplicación en la práctica. La definición era resultado de una nueva mentalidad que presentaba tres elementos distintivos: primero, la tenencia de bienes y propiedades dejó de ser un argumento para definir al ocioso; segundo, se pasó de la persecución a la protección de los menores; ya no eran ellos los responsables de su conducta sino sus padres o tutelares; tercero, la mendicidad se convirtió en la única forma de vida que representaba de forma explícita la vagancia.

Los anteriores elementos de la definición muestran algunas transformaciones que se venían presentando desde finales del siglo XIX. A pesar de que continuó la desconfianza hacia las clases populares (quienes seguían siendo la principal fuente de explotación de la fuerza de trabajo) se presentó un tratamiento diferencial: ya no serían condenadas, serían educadas. A partir de la constitución de 1886 y la firma del concordato con la Santa Sede en 1887, momento en el que “el país se consagra oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús”, la instrucción pública, a través de la educación católica, empezó a ser una “estrategia político-religiosa” para intervenir sobre las conductas del pueblo (Muñoz, 2007: 847). Como lo presenta Marisol de la Cadena en el caso de Perú, la educación del mestizo y el indio “era requisito para adquirir ciudadanía”, significaba la entrada “a la vida civilizada” (2006: 64) La población menos privilegiada seguía siendo observada con temor, pero la nueva forma de controlar el peligro que representaba consistía en instruir a las nuevas generaciones bajo la educación católica, en vez de condenarlas. A través de la iglesia se filtraron las nuevas nociones de higiene y eugenesia social que se enfocarían en la

formación los niños y los jóvenes<sup>1</sup> (Pedraza 1999). La educación sería la “higiene que purifica el alma” (De la Cadena 2006: 64). Para crear un nuevo pueblo, los menores debían ser separados de la contaminación del mundo adulto, sobre todo entre las clases populares. Las misiones católicas, los internados y la instauración de escuelas en las zonas rurales a principios del siglo XX fueron resultado del naciente interés por transformar e higienizar la sociedad a partir de la instrucción pública.

A estas formas de intervención a través de la enseñanza católica se sumó el reconocimiento internacional de la infancia y la adolescencia, que logró consolidarse en 1924 con la primera declaración de los derechos del niño y su ratificación en 1959 (Declaración Internacional de los Derechos del Niño, 1924). Este reconocimiento inició el distanciamiento normativo de los menores del mundo laboral, y promovió la diversión y el juego como uno de los valores fundamentales de este periodo de vida. En consecuencia, la juventud sería un periodo no muy bien definido de transición entre el juego infantil y la productividad del adulto.

Es así como en la Ley 48 de 1936 se reflejan algunos elementos de la nueva perspectiva, así como el interés por el científicismo de la norma. Aleja de la definición de la vagancia a los menores de edad y a los jóvenes, y también a los jugadores, los forasteros, los jornaleros y las prostitutas, cuyas actividades no implicaban necesariamente la ausencia de un oficio. Sería el mendigo de las ciudades el representante de los grandes temores de la vida moderna, aquel que se ajustaba a la condición de ocioso y el mayor contradictor de los valores de la higiene.

Sin embargo, la aplicación práctica de la ley demoró varias décadas en incorporar la nueva definición de ociosidad y ajustarse a las nociones juventud. Los jóvenes de las clases populares siguieron siendo los principales condenados por el estado antisocial de la vagancia, especialmente aquellos que se desempeñaban de forma irregular en oficios manuales, la construcción, el comercio y la agricultura. Entre 1940 y 1959, de los 31 condenados en la Colonia Penal y Agrícola del Sur, se conoce la ocupación de 19 de ellos: 5 afirmaron ser albañiles, 4 agricultores y jornaleros, 3 carpinteros, 1 alpargatero, 1 zapatero, 1 ebanista, 1 ayudante de camión; los tres últimos afirmaron que poseían labores simultáneas: 1 zapatero, obrero y jardinero, 1 agricultor, albañil y ayudante de carros y, 1 carpintero y vendedor de prensa. En los procesos, ninguno de ellos fue denunciado por practicar la mendicidad y sus labores desempeñadas por periodos cortos y de forma irregular no fueron reconocidas como ocupaciones legítimas (Fondo Colonia Penal de Araracuara 1940 - 1959<sup>2</sup>)

Con respecto al periodo de vida, se conoce la edad de 25 de los 31 procesados: 14 tenían entre 18 y 20 años de edad, 4 entre 21 y 24 años, 6 entre 25 y 30, y 1 era mayor de 30 años. La reclusión durante la juventud muestra la dificultad de articularse de manera formal y permanente a un trabajo y la tendencia a mantener oficios temporales y simultáneos.

Empero, los condenados sólo por el estado antisocial de la vagancia son pocos si se les compara con los 1229 procesos entre 1940 y 1959 que, junto a la vagancia, incluían delitos contra la propiedad, el abigeato (robo de ganado), el homicidio y a partir del decreto 0014 de 1955 el tráfico y consumo de marihuana. De esta manera, la vagancia era denunciada como un aditivo y la principal razón de otros delitos.

<sup>1</sup> En este periodo se incorporan los conceptos psicológicos de niñez y la juventud que serán medulares en la educación católica.

<sup>2</sup> Archivo General de la Nación. Fondo Colonia Penal de Araracuara o Colonia Penal del Sur. Cajas (Procesos): 2 (56, 62, 65), 3 (95, 96, 100), 5 (143, 157), 6 (173), 12 (403), 24 (812), 31 (1068, 1077, 1078, 1079), 32 (1086, 1114), 33 (1118, 1126, 1127, 1128, 1130), 34 (1181), 35 (1222, 1226). El archivo 1118 incluye cuatro procesados. El archivo 1126 incluye cuatro procesados.

A partir de la década de 1940 la vagancia empezó a tener otras connotaciones. Además de representar la causa de los delitos contra la propiedad, la “malentretención y malvivencia”, la vagancia empezó a ser también el motivo y el acompañante de los jóvenes procesados por rebeldía. La carencia de oficio es denunciada como la causa del ingreso a los grupos de “muchachos” que hacían “parte de la chusma”. En 1950 los habitantes de Cundinamarca denuncian como “vagos y maleantes” a las “Cuadrillas de Bandoleros” dedicados a acabar con los “indefensos campesinos y honrados trabajadores” (Fondo Colonia Penal de Araracuara Caja 2, Proceso 62). Por fuera del trabajo ahora germina la insurgencia. El comunismo y la incursión a grupos de rebeldes representan en adelante un destacado estigma social para los jóvenes rurales.

A pesar de las transformaciones que sufre la idea del “vago”, desde La Colonia, y durante La República, la vagancia es el elemento indeseable asociado al comportamiento de los jóvenes populares, anexo y causante de los temores de cada momento histórico. Más allá de las condenas reales que se llevaron a cabo por la ociosidad, el papel de estas leyes recayó en la incorporación de la noción del trabajo dentro de la identidad y la moral del pueblo a través del temor. Por lo tanto, entre los campesinos y las clases urbanas menos favorecidas, la juventud debía ser formada en la laboriosidad. El trabajo era el único escenario donde lograban reconocimiento social y, por fuera de él, solamente podía estar el delito.

Después de la década de 1960, las leyes de la vagancia cayeron en desuso y dejaron de ser efectivas en 1971, con el cierre de las Colonias Penales y Agrícolas. El fin de los penales se relaciona con la falta de recursos para mantener a los reclusos y con una nueva perspectiva sobre la colonización. Estas cárceles buscaban que los reclusos que no podían regresar a sus pueblos por causa de la condena, civilizaran las tierras “baldías” de la selva. Sin embargo, el déficit financiero, el nacimiento de un interés ambiental y los constantes conflictos con la población indígena residente en la zona, hicieron que la colonización dejara de ser deseable en la década de 1970 (Useche, 1998).

Por otro lado, los acuerdos internacionales sobre la normatividad laboral serían cada vez más enfáticos en el distanciamiento de la infancia y una parte del periodo juvenil del mundo laboral y su concentración en el escenario educativo. De esta forma, desde 1973 “la edad mínima de admisión a todo tipo de empleo o trabajo que por su naturaleza o las condiciones en que se realice pueda resultar peligroso para la salud, la seguridad o la moralidad de los menores no deberá ser inferior a dieciocho años” (Convenio sobre la Edad Mínima. OIT, 1973: Artículo 3). Durante la segunda mitad del siglo XX, el país adoptó de forma paulatina, no solamente una nueva normatividad, sino también los conceptos e imaginarios sobre infancia, adolescencia y juventud que darían un espacio cultural a la aplicación de las leyes laborales bajo las perspectivas de la modernización y el desarrollo del país.

## **2.2. Trabajadores, dirigentes y aventureros en el desarrollo de una nación: La juventud rural a través de los programas de Acción Cultural Popular**

En la segunda mitad del siglo XX, la moral del trabajo duro que se había forjado a lo largo de la historia siguió haciendo parte de los programas de intervención sobre los campesinos. El ocio pasó de ser un estado antisocial punible a ser tan solo un comportamiento indeseable del pueblo. Como conducta moral continuó siendo el anexo de los peligros sociales que fueron entendidos como interdependientes: el atraso, la violencia y el comunismo.

En el caso específico de los jóvenes rurales, la formación de una ética laboriosa estuvo presente en los programas de intervención para el progreso que se llevaron a cabo en Colombia en la segunda mitad del siglo XX, cuando la “misión económica, organizada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, visitó Colombia con el propósito de formular un programa general de desarrollo para el país” (Escobar 2007: 56). A través de estas medidas de intervención en las zonas rurales, muchos jóvenes se formaron como agricultores tecnificados, dirigentes comunitarios o aventureros que debían crear riquezas y conquistar nuevas tierras para la nación.

Los jóvenes campesinos fueron una población clave para la consolidación del capitalismo y de gran relevancia para el progreso. Desde los márgenes del sistema, generaron importantes formas de acumulación de capital. Los programas para el progreso buscaron la formación de una mentalidad en contra del comunismo y el aporte y la reserva de mano de obra. Como se verá a continuación, las transformaciones sobre los programas dirigidos a los jóvenes rurales muestran la existencia de un ciclo de articulación y de posterior segregación de la fuerza de trabajo rural al sistema capitalista.

La búsqueda del desarrollo y la lucha contra el comunismo tuvieron un papel de gran relevancia en los programas de educación rural que se llevaron a cabo desde finales de la década de 1940. Entre ellos, el más importante fue la fundación de las Escuelas Radiofónicas de Sutatenza y su incorporación al programa de Acción Cultural Popular (ACPO). La Radio Sutatenza nació en 1948 ideada por Monseñor José Joaquín Salcedo en el Valle de Tenza. En la década de 1950 se unió a ACPO y contó con el apoyo del Vaticano, la Unesco y la Cooperación Alemana para el Desarrollo *Zentrastelle für Entwicklungshilfe* e.v. (Bernal 2005; *El Campesino* 1958 - 1990). En cuarenta años de funcionamiento logró consolidarse como la iniciativa de educación radial católica más importante de América.

Durante la década de 1960 Acción Cultural Popular (ACPO) logró también ser el receptor de otros programas internacionales que buscaban mejorar las condiciones de vida de los campesinos, pacificar a la población y combatir el comunismo. Entre ellos: el Programa Interamericano para la Juventud Rural y Cuerpos de Paz fueron aplicados en todo el continente.

A través de la Radio Sutatenza, se emitieron programas de alfabetización e instrucción que tuvieron gran reconocimiento en el territorio nacional. La emisora también alcanzó a ser sintonizada en algunas regiones de Venezuela y Ecuador. A ella se sumaron los Institutos de Formación de Líderes juveniles, las cartillas educativas y el periódico *El Campesino*, semanario para la cultura del pueblo.

Este aparte del texto se basa en el análisis del semanario *El Campesino* desde 1958 hasta 1990<sup>3</sup>, año en el que, tras algunas crisis financieras, desaparecen los programas de Acción Cultural Popular. *El Campesino* fue un periódico de distribución nacional que, a través de los programas de ACPO, pudo llegar a todas las regiones y veredas del país<sup>4</sup>. Sus notas de prensa, además de informar sobre los acontecimientos nacionales e internacionales con énfasis en los eventos agrarios, tuvieron también un *periodismo moral y educativo* que instruía y aconsejaba a los campesinos en la vida cotidiana.

Las formas de intervención sobre la población rural, especialmente sobre los jóvenes, se centraron en transformar las formas de producción y reproducción social. ACPO buscó no solo volver a los campesinos protagonistas en la vida del país, sino también plantear las vías del progreso familiar, agrario y nacional. Además del fomento de la tecnología, el control de la población, los recursos, la industrialización y el desarrollo agrícola, en el contexto del desarrollo existía “una serie de factores ligados a consideraciones culturales, como la educación y la necesidad de fomentar valores culturales modernos” (Escobar 2007: 87). De esta forma, el “subdesarrollo” y la necesidad de progreso pasaron a ser parte de la identidad de las poblaciones rurales y el argumento para fomentar las relaciones de control y dependencia entre las llamadas “naciones del tercer mundo” y las “desarrolladas” (Gupta 2000: 39, 40).

Las frases de los campesinos hacían parte de las campañas que demostraban el impacto de ACPO en la transformación de la población rural: “Yo antes era un campesino rudo y lleno de pura pereza, y ahora voy adelante con mi Radio Sutatenza” (*El Campesino* 1965). Esta afirmación, que estuvo en las campañas de publicidad más significativas de ACPO durante el año 1965, permite observar no sólo la intención de lograr el “adelanto” o “progreso” para los campesinos, sino también las causas del atraso. La rusticidad, entendida como la falta de tecnificación, el analfabetismo y el desconocimiento de las artes y las ciencias, fueron observados por Acción Cultural como una de las principales causas de las bajas condiciones de vida de los campesinos colombianos. A esto también se sumaba la conducta moral, la pereza que incluía varios aspectos; los campesinos eran vistos como sujetos con una personalidad melancólica (“triste” y en algunos casos con resentimiento) que generaba una poca disposición hacia el trabajo y una productividad insuficiente. La falta de distracciones generaba en ellos formas de malentretención que terminaban en vicios, alcoholismo y violencia. Las condiciones mencionadas mantenían al pueblo colombiano sumido en la pobreza y esta era considerada causa del cruel conflicto armado que vivía el país a mediados de siglo. De esta forma, se trasladaba un problema social, de inequidades en la estructura de clases, a un problema individual, centrado en la moral de los sujetos, en este caso de los campesinos.

Además de las condiciones de miseria, la falta de educación y la conducta laboral del pueblo, la explosión demográfica amenazaba con empeorar las condiciones económicas y el “subdesarrollo” del país. Controlar la reproducción e incrementar la producción a pasos agigantados era la solución para el futuro económico y político.

Esta situación del campesinado no era inofensiva en el contexto de la posguerra. Más, cuando desde la década de 1930, la formación de Ligas Campesinas, los levantamientos contra las haciendas y la formación de las llamadas Repúblicas

---

<sup>3</sup> Depósito de la Hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

<sup>4</sup> Aunque no se conoce el número total de semanarios impresos, la acción conjunta de la radio y los líderes juveniles que llevaban los programas a las veredas de Colombia indican que este periódico pudo tener una gran difusión entre la población rural.

Independientes (que en décadas posteriores darían origen a algunas guerrillas) hacían concluir a Gonzalo Sánchez (1977) que Colombia era un Estado pre revolucionario. En este sentido, el país y el resto de América Latina eran un peligro para la expansión comunista.

El periodo de vigencia del periódico de 1958 a 1990 coincide con el periodo de lucha contra el comunismo. Tras la caída del muro de Berlín, los programas de Acción Cultural Popular dejaron de ser financiados en Colombia. El temor a la revolución y la propaganda anticomunista también fueron evidentes en las múltiples notas que eran publicadas semana a semana. En las diferentes secciones informativas, de conocimiento y recreativas, las noticias, los comics y las caricaturas planteaban “la barbarie” del comunismo y “el engaño” hacia los pueblos que habían sucumbido en él (**Prensa 1, Prensa 2**).

En este contexto, el “progreso” de las clases populares era considerado como la principal forma de prevenir una revolución. Los mensajes del periódico iban dirigidos al campesino en la vida pública y privada: como protagonista de la vida nacional debía ser consciente de la incidencia de sus prácticas en el crecimiento de la economía nacional, mientras que los dirigentes y las instituciones del país se encargaban de generar las condiciones de progreso. En la vida privada debía transformar sus costumbres más íntimas para lograr sobresalir como individuo.

La lucha contra el comunismo buscaba atacar las posibles causas que, en la cotidianidad, podrían llevar a los campesinos a unirse a él. Dado que la pereza y la rusticidad conducían a la pobreza, y ésta a su vez llevaba a la violencia y la rebeldía, las campañas de ACPO se centraron en llevar el trabajo, la técnica, la cultura y una sana entretención a los campesinos, para elevar sus condiciones de vida y mitigar los peligros de una revolución. Los programas de ACPO buscaban transformar el campesino iletrado en campesino ilustrado, que llegara a identificarse con los valores de la alta cultura.

En el ámbito nacional, el periódico mostraba la vida de un país agrario y hacía del campesino el principal actor del desarrollo. Son de destacar las noticias de la década de 1960, enfáticas en las disertaciones del congreso sobre las leyes de la Reforma Agraria y la alianza entre los poderes políticos y religiosos para lograr el surgimiento del agro colombiano. Ya que las clases dirigentes estaban centradas en proponer una Reforma Agraria Integral, los campesinos debían empeñarse en lograr altos niveles de productividad en sus parcelas.



# EL COMUNISMO NO PASARA EN COLOMBIA!

Más de 30.000 Trabajadores Reafirman su Fé Cristiana y Democrática en una Demostración Popular sin Precedentes en Tunja. Ni-Kita... Ni Mao... Ni-Kastro PAG. 7



Se han reunido en la plaza principal de Tunja más de 30.000 trabajadores para reafirmar su fe cristiana y democrática en una demostración popular sin precedentes. Los manifestantes, encabezados por sacerdotes y líderes cívicos, sostienen banderas nacionales y religiosas, expresando su firme rechazo al comunismo y su apoyo a la democracia cristiana.

## EL CAMPESINO

Semanario al Servicio y en Defensa de los Agricultores Colombianos

VALOR \$ 0.20

BOYACÁ EN EL REINADO DE CEREALES

### La Educación del Pueblo no Debe Ser Regida por Ideas Extremistas

Dicen al Congreso Nacional Campesino. El Mensaje

**Frente Nacional Pro Universidad Organizan Grupos Estudiantiles**

En Carta Abierta se Denuncian los Fines de la Reforma

**EL PUEBLO REAL ESTA EN ESPERA**

**A Nombre del Pueblo Pedimos al Congreso que Salve la Universidad**

d. Campañas contra el comunismo. El Campesino, agosto 6 de 1961.

Bogotá, Domingo 8 de Octubre de 1961

# Penas de Muerte Implantan en Colombia los Comunistas

Disposiciones del Manual Secreto que Distribuye el MOEC en las Zonas de Violencia

**EL EJERCITO DE AMERICA SE PREPARA**

**LOS SISTEMAS DE JUSTICIA EN LA CHINA COMUNISTA**

**Espionaje y Violencia Ordenó Castro para la Revuelta en Argentina**

**Cuántos Jóvenes Colombianos se Entrenan Ahora en Cuba? Cien Ojos el 'Terror' Mueve los Fines Escabridos por Dios**

Contra el comunismo se levanta una gran ola de indignación en Colombia. Los campesinos y obreros se preparan para enfrentar cualquier intento de implantación de penas de muerte por parte de los comunistas. El MOEC (Movimiento Obrero y Campesino) distribuye un manual secreto que detalla las disposiciones de los comunistas en las zonas de violencia.

**EL EJERCITO DE AMERICA SE PREPARA**

Se están realizando ejercicios militares en las zonas fronterizas de América Latina para hacer frente a cualquier amenaza comunista. El ejército de América se prepara para cualquier eventualidad.

**LOS SISTEMAS DE JUSTICIA EN LA CHINA COMUNISTA**

Se describen los métodos de justicia en China comunista, donde se aplican penas de muerte a gran escala. Esto sirve como advertencia para los países latinoamericanos.

**Espionaje y Violencia Ordenó Castro para la Revuelta en Argentina**

Se denuncia que el gobierno cubano, liderado por Fidel Castro, ordenó operaciones de espionaje y violencia para provocar una revuelta en Argentina. Esto demuestra el carácter imperialista del comunismo cubano.

**Cuántos Jóvenes Colombianos se Entrenan Ahora en Cuba? Cien Ojos el 'Terror' Mueve los Fines Escabridos por Dios**

Se cuestiona el número de jóvenes colombianos que se están entrenando en Cuba para ser utilizados como agentes de guerra. Se afirma que el comunismo mueve los fines escabridos por Dios.

e. El temor al comunismo y la influencia de la Revolución Cubana en América Latina. El Campesino, octubre 8 de 1961.

# Monstruosa Ley Impone Castro

## LOS NIÑOS PROPIEDAD DEL ESTADO

En la página séptima de esta edición ofrecemos a nuestros lectores el texto íntegro de la Ley decretada por Fidel Castro en virtud de la cual los padres de familia pierden la propiedad sobre sus hijos que pasan a ser propiedad del Estado. En la Historia de América no se había visto un gobierno tan monstruoso que se arrogara el derecho de apropiarse de los hijos de los ciudadanos por la fuerza de las armas.

**REPERCUSIONES.**

Las primeras informaciones sobre la decisión del gobierno comunista de Castro, produjeron una justificación inmediata de los países civilizados del mundo, pero particularmente en los países latinoamericanos donde la institución de la familia es fundamental. En paralelo que la concepción por parte del gobierno de Castro se traduce en un problema para los gobiernos internacionales para impedir que se realice una monstruosa ley que viole el estatuto de los derechos humanos.

**NIÑOS A RESCA**

La finalidad única del decreto de los niños del ser de su familia es convertirlos en propiedad de la doctrina comunista. Para el efecto ya está en operación en Cuba un plan que consiste en virtud del cual los niños entre diez y catorce años han sido enviados a Rusia, Italia, Checoslovaquia y otros países para ser educados en ideología comunista. Los niños que son enviados a Rusia se les da un adiestramiento especial que los convierte en soldados para ser utilizados posteriormente en la revolución mundial. Según se ha revelado algunos de los niños cubanos sirven estancias de aprendizaje en adiestramiento a países de habla hispana para irse a su patria.



f.g. "La bestia comunista". El Campesino, octubre 1 de 1961.

Bogotá, Domingo 1 de Octubre de 1961

# MONSTRUOSA LEY ARREBATA A LOS NIÑOS CUBANOS DE SUS HOGARES

Conmocion en América por Nuevo Atentado Castrista

**LOS NIÑOS EN LA CIVILIZACION CRISTIANA**

**13.000 Niños Cubanos Regala Castro a los Líderes Rusos**

**Aseginados Dos Universitarios por Confesar su Fe Cristiana**

**ROBAMOS A NUESTROS AGENTES Y SUSCRIPTORES**

La monstruosa ley de los niños cubanos ha causado una gran conmoción en América. Los países civilizados se indignan por el robo de los niños de sus hogares por parte del gobierno comunista de Cuba. Se denuncia que Castro ha regalado 13.000 niños cubanos a los líderes rusos para ser utilizados como soldados en la revolución mundial.

**Aseginados Dos Universitarios por Confesar su Fe Cristiana**

Se denuncia que dos universitarios cubanos fueron asesinados por haber confesado su fe cristiana. Esto demuestra el carácter sanguinario del comunismo cubano.

**ROBAMOS A NUESTROS AGENTES Y SUSCRIPTORES**

Se acusa al gobierno comunista de robar a sus propios agentes y suscriptores. Esto demuestra el carácter criminal del comunismo cubano.



En *El Campesino*, el trabajo duro es la única salida a las precarias condiciones de la población rural. Sin embargo, el análisis de la prensa también muestra cómo pervive la idea del atraso por causa del ocio popular. Durante las décadas de 1960 y 1970 se realizaron numerosas campañas para demostrar las exorbitantes sumas de dinero que el país perdía por las lábiles costumbres laborales del pueblo. “50 millones de pérdidas al día producen el ocio y el descuido” afirmaba un titular de la primera página del periódico *El Campesino* el 3 de junio de 1962, en el que, basados en los estudios del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) encabezados por Lauchlin Currie, se concluía que el “ocio nacional” llevaban a la ruina económica y a “las condiciones de miseria y subdesarrollo” que caracterizaban al país. A partir de estos estudios surgieron las propuestas por cambiar el calendario laboral, el cual era acusado por tener un número intolerable de fiestas y días de gracia (*El Campesino*, junio 3 de 1962). El tema de la improductividad persistió durante los años y era común encontrar titulares de prensa que afirmaban: “10 mil millones se pierden por el ocio” (mayo 4 de 1964), “el ocio estrangula la economía nacional” (marzo 28 de 1965), “aumento progresivo de la delincuencia por ocio, alcoholismo y falta de cultura” (marzo 7 de 1965), “el ocio y la delincuencia son fenómenos correlativos” (abril 5 de 1965), “campaña contra el ocio” (julio 2 de 1967). En 1971 aparece un titular de prensa que describe a Colombia como: “el país del gran ocio”, en el que la nación aparece entre los países “líderes del ocio en el mundo” (febrero 7 de 1971) (**Prensa 3**).

Las causas de improductividad del pueblo se explicaron, en parte, debido las prácticas laborales de los campesinos, en las que se evidenciaba el choque entre la racionalidad campesina, de equilibrio entre el trabajo y la satisfacción de necesidades, y la lógica de ganancia del capitalismo:

En la actualidad, subrayó el presidente de la SAC [Sociedad de Agricultores de Colombia], el empleo del campesino es disfrazado, porque él, trabajando las dos terceras partes del tiempo, tiene lo suficiente para una subsistencia y por lo mismo no hay una reclamación agresiva de trabajo. Algunas masas campesinas se desplazan a los cultivos de café, algodón y de papa de manera estacional y con los salarios que allí perciben se sostienen hasta 3 veces más del tiempo que han trabajado porque sus consumos son muy bajos. Esta situación, agrega el doctor González Matallana, es gravísima porque desde el punto de vista económico se desperdicia una importante fuerza productora y desde el punto de vista social, no se obtiene un mejor estar de las gentes (*El Campesino*, enero 25 de 1970).

El trabajo disfrazado, o la falta de laboriosidad del campesino, era un escenario indeseable dentro del modelo económico que veía en el agro el motor del crecimiento de la economía nacional. Bajo el modelo de sustitución de importaciones, la agricultura debía proporcionar los bienes básicos y la mano de obra a bajo costo para potencializar el crecimiento de la industria y la ganancia de divisas. Al tiempo, debía existir una capitalización de la población rural, para que ellos mismos se convirtieran en consumidores de los bienes manufacturados y así contribuyeran a dinamizar la economía interna (Johnston y Mellor 1962). Pero *El Campesino* denunciaba año tras año la insuficiencia de la producción agropecuaria nacional.

[Colombia] necesita 22 millones de huevos y sólo produce 5 millones (*El Campesino*, noviembre 28 de 1971)



Los campesinos son los únicos que trabajan la tierra y cuidan los animales que producen carne, leche y otras cosas necesarias para la vida, tienen por consiguiente que producir alimentos para el resto de la población colombiana que vive en las ciudades, o sea, 12 millones de personas. En otras palabras cada campesino que trabaja tiene que producir para alimentar a cuatro personas incluyéndose a él mismo y según cálculos que hacen los expertos, el rendimiento del trabajo de los campesinos, en promedio, apenas sirve para alimentar dos personas. Esta es una razón clara para explicar por qué la carestía de los alimentos y la pobreza y desnutrición en que vive el campesino (*El Campesino*, mayo 14 de 1972).

Por lo tanto, los programas de ACPO debían inculcar en la población agraria las nociones de productividad y consumo para lograr el crecimiento acelerado de la economía. La intervención para aumentar la productividad y contrarrestar la violencia tuvieron como principal actor a los jóvenes. Afirmaba un titular de prensa: “El joven campesino tiene que prepararse para producir más” (*El Campesino*, mayo 14 de 1972).

A mediados de siglo, los jóvenes representaban un gran porcentaje de la población rural de Colombia (el 26% de los 6.787.123 habitantes del campo<sup>5</sup> tenían entre 15 y 29 años, a esta cifra se sumaba el 44,8 % de la población, quienes eran menores de 14 años. (Censo, 1951). La juventud, al ser un grupo poblacional tan amplio, con alto potencial productivo, pero además, el grupo más fuertemente asociado con la violencia, se convirtió en el centro de las campañas de intervención para generar un “desarrollo integral” de las poblaciones rurales.

Fals Borda, Guzmán y Umaña (2005) afirmaron que las víctimas y los actores de la violencia en Colombia de mediados de siglo tenían “entre los 14 y los 35 años con pocas excepciones” (Fals Borda, Guzmán & Umaña 2005: 161). Eran:

Jóvenes y adolescentes [...] [por] razones de táctica: poderse trasladar con pasmosa agilidad y rapidez en mínimo tiempo a sitios distantes, por terrenos impenetrables, después de realizar un acto criminoso, el “daño”, como dicen ellos, con derroche de esfuerzo que lo soporta solo un joven. (Fals Borda, Guzmán & Umaña 2005: 182).

Estos niños son los hijos de la violencia, iniciados en la escuela del crimen alrededor de los diez años y que hoy, a los veinte, son jefes de irreductibles cuadrillas de bandidos. Impresiona verlos actuar con frialdad inhumana. Frecuentemente se halla uno ante muchachos de catorce o quince años en apariencia apocados, que han asesinado diez o veinte personas (Fals Borda, Guzmán & Umaña 2005: 163).

En un contexto de guerra interna, intervenir sobre los jóvenes, aprovechar sus habilidades y cambiar sus costumbres, podía ser la clave para aumentar la productividad y lograr el progreso. Las acciones sobre la juventud se habían puesto a prueba en Europa desde la década de 1890, cuando el movimiento Scout contribuyó a disminuir la delincuencia entre los jóvenes obreros de Inglaterra. La Iglesia Católica conocía el funcionamiento de las organizaciones juveniles y las había aplicado en varias regiones de América Latina como medio para la evangelización, la incorporación de nuevos miembros a las comunidades religiosas y la responsabilidad concedida por los Estados para la educación del pueblo (Muñoz 2007; ACJM 1996). Las agrupaciones de jóvenes eran ya una forma común de la Acción Católica y, el caso de Colombia, era objeto de atención por los niveles que había alcanzado la

---

<sup>5</sup> Según el Censo de 1951 los campesinos representaban el 60.44% de la población colombiana.

guerra interna y la presión internacional por combatir una posible revolución. Por lo tanto, ACPO se centró en la formación de líderes campesinos para el progreso.

Esta tarea tuvo enfoques distintos y cambios drásticos en la segunda mitad del siglo XX. Durante las décadas de 1960 y 1970 existió un claro fomento del trabajo entre los jóvenes campesinos. Las principales formas de intervención sobre la juventud rural se centraron en la formación de dirigentes para lograr la organización campesina, adoptar una agricultura tecnificada y, de otra parte, fomentar la colonización de baldíos. Durante la década de 1970 continuaron los programas de formación de líderes, pero la colonización dejó de ser deseable debido al impacto sobre el conflicto armado y la adopción paulatina de políticas ambientales.

A finales de la década de 1970 y durante la de 1980 se presentó un cambio decisivo en las formas de intervención sobre los jóvenes, se difundieron las nociones psicológicas modernas de adolescencia y juventud y, debido a la normatividad internacional, desapareció paulatinamente el enfoque hacia el trabajo de los menores. Surgió, en cambio, un énfasis sobre la familia, la procreación responsable y la educación. En este periodo se presentó, gracias al discurso de las instituciones (especialmente del ICBF<sup>6</sup> creado en 1968), una inversión de la relación entre las generaciones: se pasó de una juventud productora con padres patrones a una juventud protegida y receptora de los bienes y los cuidados de la generación anterior. Para Acción Cultural Popular la educación no estaba dirigida de forma exclusiva hacia los jóvenes; la instrucción tenía la finalidad de llegar a toda la población rural de Colombia. Sin embargo, la formación de dirigentes campesinos y el combate hacia la violencia sí tuvieron un claro enfoque generacional.

*El Campesino* enseñaba a la totalidad de la población del campo a ser productiva dentro de las posibilidades que ofrecía el contexto nacional: les informaba sobre las cosechas más rentables como el algodón (el “oro blanco”), el café, la papa, el tomate y cómo lograr hacerlas más eficientes, así como aquellas que estaban en crisis como el tabaco a partir de la década 1960 y el fique en la de 1970. El periódico enseñaba el reconocimiento de las plagas y el estado de la tierra en los cultivos, la forma de hacer las eras para proteger los terrenos y evitar la erosión, promocionaba, por un lado, la fabricación de abonos orgánicos para las siembras de pancoger, y por otro, incluía las campañas de la Revolución Verde para incorporar semillas mejoradas con alto nivel proteico (como el maíz opaco), la compra de maquinaria, abonos y pesticidas de las industrias químicas que se promocionaban como parte de la cooperación internacional. Los jóvenes de los campos tuvieron un lugar privilegiado en la incorporación de nuevas técnicas, insumos agrícolas y artículos de consumo. Además de los bancos, varias industrias como Concentrados Apolo, Du Pont Colombia, Hoechst Colombia, Productos Fitosanitarios Colombia, Química Schering, Rohm and Haas Colombia, Sears Roebuck Colombia, Sandoz<sup>7</sup> invertían en el apoyo de los clubes y grupos juveniles rurales para su formación productiva y el aprendizaje de nuevas técnicas agrícolas (“Los grupos juveniles rurales” en *El Campesino*, octubre 10 de 1976). El periódico también mostraba la complejidad y gran importancia de las instituciones del agro en el país y ofrecía a los campesinos conocimientos sobre sus funciones. Les informaba sobre las fluctuaciones de los precios de los productos más relevantes en el mercado, la compra y los seguros de cosechas que ofrecía el Idema, así como los beneficios de la distribución de las tierras, la extensión agrícola y las formas de acceder a los créditos del Incora y la Caja Agraria.

<sup>6</sup> Instituto Colombiano de Bienestar Familiar

<sup>7</sup> La mayoría de ellas constituyen industrias químicas, con excepción de Sears que fue líder en la venta de productos por catálogo.

En el plano más íntimo, *El Campesino* instruía a la familia para lograr mayores rendimientos. Varias de las notas iban dirigidas a enseñar “cómo aprovechar bien el tiempo” y daba algunas claves para esta labor: “divida su tiempo en dos partes: tiempo para hacer lo que se debe y tiempo para hacer lo que desea hacer”, “utilice una libreta” para planear las obligaciones cotidianas (*El Campesino*, 31 de agosto 1969).

Separar el tiempo libre y el tiempo de trabajo servía también para dar una capacitación integral a la población y enseñar lo que debía hacer en cada momento. El tiempo de trabajo debía estar ocupado por las técnicas y las prácticas agrícolas y el tiempo libre debía ser un espacio para recibir instrucción y entretenerse de forma sana.

En el tiempo libre, la higiene y el entretenimiento hicieron parte de los grandes esfuerzos de ACPO por llevar “la cultura” al pueblo e incrementar el consumo de los campesinos.

Las campañas de higiene iban desde la instrucción en la forma correcta de preparar los alimentos y hervir el agua, hasta aquellas que enseñaban a cambiar letrinas por inodoros, usar jabón, vestir una pijama y calzar zapatos como “una necesidad” y no como “un lujo” (julio 3 de 1960). Otras campañas se enfocaban en la pulcritud cotidiana: “La limpieza da salud y belleza”, “tenga limpia la cara”, “es mejor el cabello corto y aseado”, “use” y “tenga limpia la ropa interior”, rezaban algunas de las primeras campañas de higiene publicadas en *El Campesino* desde 1960 hasta 1963. La higiene fue también el principal móvil de la publicidad dirigida a los campesinos (**Prensa 4**). Con excepción de la cerveza y el cigarrillo, la publicidad era argumentada como una medida educativa para mejorar las condiciones de vida de la gente, quienes en el momento eran la población mayoritaria del país y representaban una población “rústica” pero con un gran potencial de consumo.

A través de mensajes como “venda la cosechita y ponga a estrenar a su familia” (publicidad de Ropa La Garantía. *El Campesino* 1970) se buscaba el uso de más prendas de vestir. Para una población que contaba sólo con dos mudas para el trabajo y un traje de domingo, implicaba un aumento en la utilización de bienes de primera necesidad. La ropa, los zapatos, el jabón y los sanitarios fueron los principales objetos de venta.

De otra parte, la cerveza, a pesar de que era condenada, tenía un importante lugar en las páginas del periódico; sus campañas utilizaban fotografías e ilustraciones de atractivas muchachas campesinas que promocionaban las bebidas (*El Campesino* 1959 -1990). Sin embargo, las notas de opinión del periódico mostraban la indignación de la gente hacia el consumo excesivo, las diversiones y la utilización de la imagen de las señoritas para incrementar las fiestas y los vicios. Lo anterior era visto como un grave problema moral.



El gasto excesivo de dinero en juegos y eventos en las ciudades era también motivo de reprobación. Se consideraba como primordial la satisfacción de las necesidades básicas, pero el esparcimiento excesivo era inconcebible para los escritores de *El Campesino*. El artículo de prensa “Diversiones de hoy, ayunos de mañana” denunciaba la situación:

Sólo en dos días de una semana de este mes los habitantes de Bogotá gastaron diez millones de pesos en toros, fútbol, cines y otros espectáculos y en apuestas de carreras y de fútbol. Desconcierta (...) que se invierta tanto dinero en diversiones. Divertirse es también una necesidad, pero una necesidad secundaria frente a la subsistencia (*El Campesino*, febrero 18 de 1968).

Los lectores también denunciaban la explotación comercial de la mujer. “No más reinas, ¡por Dios!” (*El Campesino*, enero 11 de 1970) era el título de una nota de opinión que repudiaba la utilización de las reinas de los cereales y otros productos agrícolas de las regiones del país para el comercio.

Algunos vivos descubrieron que los reinados de belleza son un buen recurso para obtener ganancias, (...) el encanto de la mujer colombiana está sirviendo para todo lo que no debía servir, entre otras cosas para vender más licores, para facilitar grandes “pachangas” colectivas y para estimular delirios, apetitos e instintos que son todo lo contrario de una sana vitalidad popular (*El Campesino*, enero 11 de 1970).

Si en las ciudades había exceso de diversiones, en el campo faltaban las fuentes para generar un entretenimiento sano que no degradara en vicios y riñas populares. Acción Cultural Popular también se encargó del tema, difundía campañas para que el pueblo tuviera acceso a la “cultura”. El cambio de “un libro por un huevo” o los eventos especiales para llevar el cine a los pueblos eran algunos de los programas. La instrucción sobre cómo crear trajes, historias y personajes para teatro, los comics, los “campesigramas” y las novelas como “Rosalinda la del río” y “Margarita, un amor sobre el valle”, cuyos capítulos eran publicados cada semana en la sección recreativa del periódico, buscaban ocupar el tiempo libre de la población e inculcar los valores católicos. La educación en técnicas artesanales y la alfabetización a través de la radio también eran formas productivas de ocupar el tiempo libre.

Los jóvenes fueron los mediadores de la difusión de los programas de ACPO. Cerca de 500 jóvenes eran becados semestralmente para formarse como Dirigentes Campesinos en los internados de los Institutos de Formación de Líderes. Tras culminar su educación, debían regresar a sus comunidades e implementar lo aprendido. Los jóvenes llevaban a cada una de las veredas del país la Radio Sutatenza. Junto con las cartillas y el periódico contribuían en la alfabetización de los campesinos, hacían campañas de salubridad e higiene, enseñaban contabilidad e instruían en distintos oficios como modistería, ebanistería, mecánica, nutrición, entre otros. Debían promover la creación de empresas agropecuarias, enseñar las formas de acceder al crédito y las técnicas agrícolas.

Los deportes y el ajedrez fueron actividades enfocadas en los jóvenes y resultaban funcionales para la organización comunitaria. Los muchachos de los equipos femeninos y masculinos asistían a las competencias interveredales cuyos campeonatos eran publicados cada semana en el periódico. *El Campesino* y las cartillas enseñaban las medidas exactas de las canchas y la forma artesanal de construir los campos de juego, los tableros y las porterías. El periódico daba las claves para que cada vereda construyera su propio campo deportivo para poder participar en los eventos. El deporte era visto no sólo como el “aliado para encausar

la impulsividad juvenil” (*El Campesino*, abril 21 de 1985) sino también como un espacio de organización veredal en el que los jóvenes podía crear asociaciones para promover obras comunales.

Las agrupaciones de jóvenes fueron de gran importancia en los programas de cooperación internacional de La Alianza para el Progreso, aplicada de 1961 a 1970. Una de sus finalidades era crear las condiciones de organización rural para la Reforma Agraria, en el contexto de la lucha anticomunista que liberaba Estados Unidos para contrarrestar la influencia de la Revolución Cubana en el país. Los jóvenes rurales tuvieron un papel indispensable en la creación de asociaciones y la aplicación de las nuevas técnicas agrícolas. Fue así como alrededor de las organizaciones juveniles de Radio Sutatenza se llevó a cabo la alianza con el Programa Interamericano para la Juventud Rural del IICA (Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura) y los Cuerpos de Paz (**Prensa 5**).

El Programa Interamericano para la Juventud Rural inició sus labores en Colombia en 1962. Consistía en la creación de asociaciones juveniles como clubes de amas de casa, clubes de deporte o grupos veredales que eran denominados *Clubes 4-S*. Los jóvenes prestaban servicio social a sus comunidades y debían promover proyectos productivos tecnificados en las parcelas. Por su parte el programa ofrecía la asistencia técnica, las herramientas, los insumos, las semillas y los animales que necesitara cada proyecto. Los jóvenes no sólo recibían enseñanza en las técnicas de las actividades agropecuarias, también tenían espacios de encuentro para el entretenimiento, el deporte, el aprendizaje de diversos oficios, la salud, el conocimiento sobre la sexualidad y la “procreación responsable”, el manejo de la vida familiar y la resolución pacífica de los conflictos. Los muchachos y muchachas eran invitados a “unirse a los *Clubes 4-S*” a través de *El Campesino*:

El joven campesino lleva por dentro el deseo de sobresalir, de tener influencia, de servir para cosas grandes, de ganar bastante plata. Pero muy pocas veces ese joven encuentra el apoyo necesario y oportuno. (...) Los grupos juveniles rurales son asociaciones de muchachos y muchachas que viven en el campo y tienen entre 10 y 25 años. (...) [Los clubes permiten] saber y practicar el manejo de cultivos, de animales y del hogar. Tener la oportunidad de aprender haciendo, por ejemplo a castrar un cerdo, a vacunar una gallina. Saber para qué es mejor un pedazo de tierra, o para qué sirve la caña brava, la guadua, el fique, la hoja de plátano. Por ejemplo, en las ciudades hay fábricas de cajitas de bambú y de madera, esas cajitas las pueden hacer los jóvenes en el campo si los orientan bien. (...) Botar el miedo para tomar una responsabilidad y llevarla bien. Es decir, saber por ejemplo, qué es el matrimonio y cómo va a responder por él. Reunirse a trabajar en equipo. Usar bien el tiempo, tener los medios para estar bien aseado, pues el aseo es la base para conseguir simpatía de los demás. Saber cómo se maneja un hogar, que es lo más que le puede gustar al marido, a la esposa. Conocer el modo de evitar problemas en la casa. Resolver con inteligencia y nobleza los problemas que se presentan (*El Campesino*, octubre 6 de 1968).

A lado de las nociones de progreso vinculadas al aumento de la productividad, la obtención de dinero y la higiene, se encontraban también las prescripciones católicas sobre el cuidado de la familia y el matrimonio. La economía y la moral tenían una profunda relación en los intentos por llevar el desarrollo a los jóvenes rurales.

Al tiempo que se creaban los programas pilotos de los *Clubes 4-S*, se preparaba también la llegada a Colombia de los Cuerpos de Paz como parte de la ayuda internacional. El 23 de julio de 1961, con el titular “Colombia centro piloto para los

cuerpos pro-paz” se anunció, la llegada de los voluntarios del nuevo programa promovido por el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.

Sesenta y cuatro [dos] ciudadanos norteamericanos procedentes de varias regiones de los Estados Unidos, llegarán próximamente a Colombia con el fin de establecer el primer centro piloto de los “Cuerpos de Voluntarios de Paz”. (...) El director de dicho grupo, señor Merton Gregger (...) manifestó que Colombia había sido escogida como centro piloto por sus condiciones favorables. Los grupos contribuirán a desarrollar la ayuda técnica en las diferentes actividades nacionales, especialmente en el campo (Primera página, julio 23 de 1961).

En octubre de 1961, entre pasos de “Bambuco y Boogie - Boogie” y “cohetes de pólvora”, se presentó el encuentro y las manifestaciones de amistad, solidaridad y ayuda conjunta entre los muchachos y señoritas de los Institutos Campesinos de Sutatenza y los Voluntarios de Paz. Después de esta celebración, los jóvenes norteamericanos movidos por la solidaridad con los pueblos del “Tercer Mundo” se distribuyeron por las distintas regiones del país y apoyaron las campañas de educación, extensión agrícola y obras de infraestructura en las veredas.

Por primera vez en nuestra historia, se registra un hecho semejante. Sesenta y dos muchachos, casi todos alumnos de Universidades, renuncian a las comodidades que tenían en su país y vienen a compartir con nosotros, nuestros trabajos y angustias (...). Llegan estos jóvenes como mensajeros de la paz. Desean ayudar a construir una Colombia mejor y cumplir la consigna que dio el presidente Kennedy cuando dijo: “Debemos trabajar en el desarrollo de nuevos recursos, en la reforma de los sistemas de la distribución agraria, en organizar mercados comunes, establecer fabricas, diversificar la producción agrícola, construir carreteras, hospitales y sistemas de abastecimiento de aguas, de los cuales depende la continuidad del progreso, y lograr que todos los ciudadanos, obreros, campesinos, empleados y profesionales, compartan por igual el adelanto de las Américas”.

Acostumbrado el país a padecer la llegada de los agitadores comunistas Rusos, Cubanos y Criollos, que no están entre nosotros sino para destruir y creando desorden y anarquía, provocan la revolución, no podemos sino celebrar con alborozo la llegada de esta misión de paz, de trabajo y de ayuda Americana (*El Campesino*, octubre 22 de 1961).

La ayuda Norteamericana era presentada como una acción heroica: altruista, desinteresada y llena de sacrificios, a través de la cual el pueblo colombiano lograría los adelantos técnicos del desarrollo. Esta perspectiva era también una forma de propaganda antirrevolucionaria que como la contraparte del progreso a la acción comunista: anárquica y destructiva.

Los Cuerpos de Paz eran abiertamente una misión progresista y anticomunista que se llevaba a cabo en África, Asia y América Latina. En Colombia fueron reconocidos desde 1961 hasta 1981 por su apoyo a las poblaciones rurales, las campañas de salubridad, la contribución a la construcción de hospitales, escuelas y caminos, y promover el movimiento de voluntarios en el país. Con ellos también se crearon los Cuerpos de Paz Colombianos, en los que los jóvenes de las universidades de Bogotá, en especial de la Universidad de los Andes, se desplazaban a las veredas a ayudar con las labores agrícolas, las obras de infraestructura y la organización comunitaria.



# LOS VOLUNTARIOS DE PAZ TOMAN CONTACTO CON LOS CAMPESINOS COLOMBIANOS

Los sesenta y dos ciudadanos norteamericanos que integran el Cuerpo de Paz para Colombia, fueron invitados por ACCION CULTURAL POPULAR a Sutatenza, sede de las Escuelas Radiofónicas y de los Institutos Campesinos, donde se preparan los líderes de las comunidades rurales del país.

Allí, durante dos días, convivieron y departieron con los jóvenes campesinos de los institutos y con los pobladores de la región. Fue éste, en cierta manera, un primer contacto directo entre los visitantes y las gentes del campo con quienes esos voluntarios trabajarán hombro a hombro en los próximos dos años, de acuerdo con los programas acordados.

Lo que los voluntarios de paz encontraron en Sutatenza fue principalmente una comprobación de la cordialidad del pueblo rural colombiano, una muestra de su hospitalidad y una demostración de su inensa vocación de progreso, de paz, de orden. Allí, en aquellos centros de ACCION CULTURAL POPULAR, los jóvenes norteamericanos pudieron apreciar asimismo, la existencia de una completa organización para educar al pueblo y hacerlo apto en las tareas para el desarrollo de la comunidad.

En el reportaje gráfico que presentamos en estas páginas nuestros lectores podrán apreciar los diversos momentos de esa visita de la cual tanto los futuros líderes de las comunidades campesinas como sus invitados, obtuvieron gratas experiencias y sólidas y duraderas amistades.



**“POR QUÉ NO YA A NARIÑO.”** Una campesina, alumna del Instituto Campesino, ha dirigido al Director de Care en Colombia, quien acompañará a los voluntarios en su visita a Sutatenza. “Vea doctor”, le dice—esta ayuda de los cuerpos de paz es muy importante. Allí en mi departamento tenemos muchas dificultades y los campesinos queremos ayudar a resolver los problemas. Por eso yo voy a hacerle un informe al departamento. Los señores que a los departamentos nos enseñan mucho. Con los señores similares se oyeron encantadamente durante la visita de los voluntarios. En realidad, todos los machachos y muchachas que reciben preparación en los Institutos de ACCION CULTURAL POPULAR, trabajan de acuerdo a que los señores de paz irán a la región. Ya estaban pensando que se le puede acomodar el local de don Eduardo que queda cerca a la escuela, para que usted, sirva, a vivir con nosotros.

f. Encuentro Cuerpos de Paz con campesinos en Sutatenza. El Campesino, octubre 22 de 1961.



**“LES GANAMOS LA CARRERA ESPACIAL.”** En un turno de la noche durante el programa de recreo público, los jóvenes del Instituto Campesino muestran a los voluntarios norteamericanos, un cohete hecho de cartón, cuando se acercaban a la escuela para jugar. Así en Sutatenza se les ganamos a la carrera del espacio. El día de los cohetes. El momento de cohetes espaciales tiene a los visitantes que en todo tiempo se acercan. El día de los cohetes espaciales, el día de los cohetes espaciales, el día de los cohetes espaciales.

**Resultados del Contacto Humano: Comprensión y Amistad**

En estas páginas presentamos una completa información gráfica sobre la visita que realizaron los voluntarios de paz a Sutatenza, sede de las Escuelas Radiofónicas, los centros y los voluntarios de los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos que trabajan en Colombia. Este es el primer contacto de los voluntarios con el pueblo campesino y el resultado inmediato fue el establecimiento de una cordial amistad entre unos y otros.

# En Sutatenza se Demuestra como Pueden Colaborar Dos Naciones



**“EN EL MISMO PLATO.”** En el comedor del Instituto Manuella de Sutatenza se sirvió el almuerzo. El comedor, modesto, pero sumamente limpio, fue ocupado por los alumnos y voluntarios estadounidenses para el desayuno, el almuerzo y la comida. “Como se dice almuerzo en inglés”, fue una de las preguntas en este grupo de dos norteamericanos y dos campesinos colombianos. El estudiante dio la traducción y preguntó a su vez: “¿Cómo podemos llamar esta... sopa caliente?” y algunos respondieron palabras muy importantes en inglés y castellano, como amilco, yuca, la, zamarrón, etc. También hablaban sobre las costumbres de sus respectivos países. A esta altura del almuerzo, ya los nombres de todos los voluntarios se había castellanizado.

g. Llegada de Cuerpos de Paz a Sutatenza. El Campesino, octubre 22 de 1961.



**“BAMBUCO Y BOOGIE-BOOGIE.”** Los machachos norteamericanos primeramente observaron la ejecución de danzas folclóricas, colombianas ejecutadas por las alumnas del Instituto Campesino en la plaza, y luego la prepararon con ellos. Algunos norteamericanos aprendieron a bailar el bambuco colombiano, el cual algunos de sus compañeros le afirmaron que no había encontrado en ningún momento. El día de los bambucos, el día de los bambucos, el día de los bambucos.

h. (Arriba) “Bambuco y Boogie-Boogie. Celebración de la llegada de Cuerpos de Paz por parte de los jóvenes de los Institutos Campesinos de Sutatenza.

i. (Izquierda) “Les ganamos la carrara espacial” con cohetes de pólvora. Encuentro entre jóvenes de los Institutos Campesinos y Cuerpos de Paz. El Campesino, octubre 22 de 1961.

A pesar de que el programa fue presentado como uno de los grandes éxitos de la cooperación internacional por su contribución al progreso de las poblaciones rurales, algunos de los jóvenes norteamericanos de los Cuerpos de Paz también fueron reconocidos por enseñar a la población la forma de procesar la coca para extraer cocaína e iniciar el tráfico de éste y otros narcóticos. Al respecto “en el libro *Genealogías colombianas*, Víctor Mosquera Chaux, embajador colombiano en Washington durante el gobierno de Virgilio Barco (...) aseguró: “Como consecuencia de los Cuerpos de Paz se formó la cadena de muchos eslabones del tráfico del alcaloide. Naturalmente se establecieron nuevos cultivos y se agravó el problema” (*El Espectador*, Mayo 11 de 2010). También “el historiador y ex conjuer de la Corte Suprema de Justicia Horacio Gómez Aristizabal [afirma que] éstos quisieron “[...] revelarnos el secreto de la civilización americana. Muy pronto estos jóvenes propagaron la subcultura del narcotráfico” (...). Ya estaban motivados por la gran calidad de la marihuana que se producía en la Guajira (...) se organizó el negocio entre el consumidor del norte y el productor colombiano” (García 2006: 42). En adelante, la producción y tráfico de la cocaína se convertiría en uno de los más grandes problemas sociales del país. En *El Campesino* las notas informativas y la preocupación por combatir la marihuana llamada la “hierba maldita” y la cocaína ocuparían las campañas dirigidas a la juventud desde mediados de la década de 1970 hasta 1990. En 1979 la droga era catalogada, desde la perspectiva religiosa, como el “quinto jinete del apocalipsis” (*El Campesino*, enero 21 de 1979).

Además de los programas de líderes locales y su vínculo con los voluntarios foráneos, también existieron otros programas para el progreso. Aunque no estuvieron abiertamente dirigidos a los jóvenes rurales, sí fueron ellos quienes participaron con mayor protagonismo. La movilidad hacia las ciudades y los centros de colonización fueron promovidos fuertemente en la década de 1960 y, luego, drásticamente censurados en la década de 1970. La noción del joven aventurero, que podía conseguir riqueza fuera de su parcela, contribuyó a una gran movilidad geográfica que llevó a la población joven fuera de las fronteras nacionales.

La migración a las ciudades fue promovida de forma implícita por la educación, las obras de infraestructura y el trabajo en las industrias. Los estudios de Lauchlin Currie en 1950 denunciaban que el problema del agro era el minifundio, por lo tanto, el pequeño campesino debía desplazarse a las ciudades para crear una mano de obra apta para apoyar el desarrollo industrial (Kalmanovitz & López 2006: 171). Parte de las formas de promoción de empresas como Colteger y Bavaria consistía en la oferta de becas para el desplazamiento de los jóvenes a los centros de educación en las ciudades y su vínculo como trabajadores de la industria (*El Campesino* 1960-1974). Sin embargo, esta fue una forma de migración controlada si se compara con aquellos que llegaron a la ciudad por su propia cuenta en búsqueda de formación y oportunidades laborales que eran ya precarias en 1970. En esta década, las campañas contra la migración presentadas por *El Campesino* denunciaron con mayor fuerza las condiciones de miseria de la gente de los campos en las ciudades, de esta forma buscaba desestimular la movilidad de los jóvenes de sus parcelas.

En otra instancia, los colonos de las tierras baldías eran la fuente de riqueza para sus familias y la nación. Éstos ocupaban las primeras páginas de *El Campesino*, eran vistos como un tipo de héroes aventureros que lograban civilizar las tierras más inhóspitas del país. Colonizar era “hacer patria”. Así lo anunciaba el periódico en 1959: “Hombres fuertes con el sudor de su frente Conquistaron un trozo de la patria”, “fértiles praderas para engorde de ganado son hoy las selvas de antaño” (*El Campesino*, agosto 23 de 1959). La colonización del Ariari, el Magdalena Medio y del Guavio ofrecía “posibilidades de explotar racional y económicamente la tierra”

además contaba con “la anunciada ayuda tanto del gobierno como de las entidades semioficiales que han ofrecido crédito, asistencia técnica, además de un plan tendiente a dotar de vías las zonas que se reincorporen a la economía nacional” (*El Campesino*, marzo 15 de 1959). Sin embargo, tras la creación del Inderena en 1968, se reconoció la importancia de la productividad de las tierras colonizadas pero se condenó también el daño ambiental. Esto contribuyó a difundir la imagen del campesino colono como depredador de los recursos naturales.

La Conquista de tierras desconocidas también llevó a los jóvenes campesinos al extranjero. El “Camino Verde” hacia Venezuela fue una forma de migración común hacia las haciendas, el servicio doméstico y el comercio urbano durante la década de 1960. Sin embargo, muchos de los indocumentados empezaron a ser deportados en la década posterior por considerar como inconveniente la dimensión que había alcanzado el fenómeno. En 1971 un artículo de *El Campesino* afirmaba que Venezuela, un país de ocho millones de habitantes, tenía cerca de un millón de colombianos, la mayoría de origen rural. A pesar de su magnitud, esta migración fue tratada como una “invasión pacífica” por el concepto el presidente venezolano Caldera.

Los inmigrantes a través del camino verde, a pie, recorren varios kilómetros. Luego salen a las carreteras donde son esperados por vehículos particulares o de servicio público, ya avisados o previamente contratados, para llevarlos a su destino final: una hacienda en la zona rural, o una casa de familia, un bar, un hotel, un parque en la zona urbana (...). No han hecho una migración ociosa. Ha sido un aporte de mano de obra al desarrollo del país, especialmente en el frente agrícola con resultados satisfactorios (...) los colombianos han trabajado con óptimos rendimientos (*El Campesino*, febrero 21 de 1971).

Hubo un claro reconocimiento del trabajo de los colombianos en el país venezolano. No obstante, en 1976 habían sido deportados 5.587. Ellos eran principalmente:

Jóvenes entre 17 y 19 años de edad. Gente trabajadora que en su mayoría pertenece al sector agropecuario y de la construcción. Su actitud a la llegada es de completa derrota y frustración (...). Más del 90% entró a Venezuela de forma ilegal (...). En general el deportado no se extraña por la repatriación. Reconoce estar ilegalmente en Venezuela, pero rechaza la forma como se les agarra en el mismo trabajo; el trato, la intransigencia para no darles la oportunidad de avisar a los suyos, recoger sus pertenencias, traer su dinero, ropa y documentos (*El Campesino*, febrero 22 de 1976).

El “camino verde” hacia Venezuela fue la vía de mayor impacto en la migración internacional durante las décadas de los sesenta y setenta, protagonizada por jóvenes campesinos. En ella se destaca la contradicción entre las condiciones de ilegalidad y el aporte de la fuerza de trabajo para la economía del país vecino.

A mediados de siglo se promovió entre los jóvenes rurales el ideal del trabajo duro a cualquier costo. Este iba desde el liderazgo y la creación de empresas hasta la aguerrida aventura a través de la migración y la colonización (**Prensa 6**). Para los jóvenes la pequeña producción agrícola era insuficiente, debía ambicionar mayores riquezas.

# Prensa 6. Colonización y migraciones



a. Colonización. El Campesino, mayo 8 de 1960.



b. Colonizar, una forma de hacer patria. El Campesino, agosto 25 de 1959.



c. Atención médica a jóvenes colonos prestada por el INCORA. EL Campesino, marzo 15 de 1964.



d. Migraciones ilegales. El Campesino, febrero 22 de 1976.



e. Migración a las ciudades. El Campesino, enero 24 de 1965.

Sin embargo, en la década de 1970 el desempleo empezó a ser un gran flagelo de la vida urbana. La colonización dejó de ser deseable por ahondar el conflicto armado y por afectar los recursos del país: “colonizan pero destruyen los bosques, Inderena pide preservar los recursos” (*El Campesino*, octubre 5 de 1969). Las migraciones hacia el extranjero empezaron a tener mayor control y había un gran número de ellos que regresaban al país por no contar con una situación regular en los países vecinos.

Una vez saturada la demanda de fuerza de trabajo, el campesino debía regresar a los campos. Regresar y trabajar en la finca era una opción. Sin embargo, la alta productividad que se había propuesto en la década de 1960, gracias a la Revolución Verde, también empezaba a tener problemas. Al finalizar la década de 1970 la producción entraba en rendimientos decrecientes: el alto costo de los insumos, el empobrecimiento de los suelos, el aumento del costo de vida hicieron de las pequeñas parcelas lugares inconsistentes con las aspiraciones de los jóvenes campesinos.

A pesar de que durante la historia se había promovido la ética del trabajo duro entre los niños y los jóvenes, al finalizar la década de 1970 no había un escenario claro donde cumplir ese rol. La desocupación era una problemática destacada entre los jóvenes rurales.

En cada vereda y aldea rurales es creciente el número de jóvenes hombres y mujeres que ya no encuentran en qué ocuparse y para los cuales resultan insuficientes las tradicionales tareas de la agricultura y la ganadería. Como es forzoso una gran parte de esos jóvenes sin oficio se irán a las ciudades este año a tratar de abrirse paso y, desde luego, a agravar los ya graves problemas existentes (*El Campesino*, enero 11 de 1970).

La juventud rural, que dejaba de ser una población mayoritaria en términos demográficos, empezaba a ser una “juventud olvidada” que con menor atención seguía experimentando las antiguas problemáticas (*El Campesino*, enero 11 de 1970). Así lo expresa el testimonio de un joven del campo publicado en el periódico:

[Joven campesino] “Yo no estoy de acuerdo con la violencia pero entiendo muy bien por qué esos compañeros, que fueron mis amigos de la escuela se han ido a la pelea. Ellos querían hacer algo en la vida. Querían que se hablara de ellos, que se les aplaudiera, y no encontraron otra manera de lograrlo que formando una cuadrilla” (...). [Escritor del artículo] Los jóvenes campesinos no cuentan ni siquiera con una mínima parte del espíritu comprensivo y benevolente que la sociedad en sus relaciones con la juventud de otros sectores (*El Campesino*, febrero 15 de 1970).

Este espíritu benevolente no demoraría mucho tiempo en llegar a las zonas rurales a través de *El Campesino*. Tras la creación del ICBF en 1968, como una dependencia de la División de Menores del Ministerio de Justicia, se incorporaron las políticas hacia la protección de la infancia y la juventud. En las publicaciones del periódico que estaban a cargo de esta institución se creó primero un discurso sobre la protección de la familia y, luego, un énfasis en el cuidado de los niños, los adolescentes y los jóvenes.

Ante la ausencia de trabajo y oficio en las zonas rurales y urbanas, los niños y los jóvenes ya no estaban obligados a trabajar. Los padres debían “sacrificarse” para lograr que toda la población colombiana llegara a cursar el quinto grado de primaria (*El Campesino*, octubre 3 de 1971). Además, debían facilitar bienes materiales para crear un ambiente agradable y cariñoso para el buen desarrollo de los menores de

edad. Los padres ya no debían esperar que los hijos empezaran a aportar económicamente a la familia sino crear las condiciones para transferir a los menores recursos para su futuro. Los padres debían aprender a “fabricar juguetes”, “celebrar fiestas”, “dar caramelos” para cuidar la inocencia de los niños y ofrecerles entretenimiento. También recibían talleres para fabricar diferentes objetos que necesitaban los menores: “hágale un escritorio a su niño”, “un bolso para sus hijos”, el “tocador económico para el dormitorio de las jovencitas” y la “moda juvenil”, los “bordados”, “la blusa y la jardinera para las jovencitas”, entre otros cursos prácticos que ayudaban a los padres a comunicarse mejor con sus hijos y comprenderlos, sobre todo en la adolescencia: la “época difícil” (*El Campesino*, enero 22 de 1978).

Al tiempo, surgen explicaciones psicológicas que enseñan a los padres qué es un adolescente para poder tratarlo:

“la adolescencia” comienza con la pubertad y termina cuando cesa el crecimiento (...) Es el periodo más importante y más delicado. Pone de manifiesto las tendencias más opuestas. Así, por ejemplo, a una energía excesiva sigue un periodo de depresión y pereza; a una energía desbordante sucede una profunda melancolía. (*El Campesino*, abril 7 de 1968).

La “depresión”, la “pereza”, la “melancolía”, la “energía desbordante” aparecen en el semanario y en los discursos sobre la juventud como la expresión de la condición biológica y natural del adolescente y no como el resultado de las condiciones sociales y económicas en las que se lleva a cabo su proceso de socialización.

*El Campesino* también fue un apoyo para entender las implicaciones legales de estas edades. En 1970 y 1971 la norma empezó a delimitar a esta población. Surgió la obligatoriedad de la tarjeta de identidad para todas las personas entre 7 y 21 años (*El Campesino*, octubre 17 de 1971) y durante toda la década se publicaron, en varias oportunidades, los derechos del niño (en este caso entendidos como los menores de edad, que incluía a adolescentes y jóvenes).

El niño debe ser protegido contra toda forma de abandono, crueldad o explotación (...). No deberá permitirse al niño trabajar antes de una edad mínima adecuada. En ningún caso se le dedicará ni se le permitirá que se dedique a ocupación o empleo alguno que pueda perjudicar su salud y su educación, o impedir su desarrollo físico, mental o moral. (...) Los niños y los adolescentes también deben ser respetados (*El Campesino*, junio 14 de 1970).

A pesar de que la ley objetaba el trabajo de los menores, la transformación de los mensajes de las publicaciones no fue radical. Durante la década de 1970 y los primeros años de la década de 1980 convivían en *El Campesino* las publicaciones que alababan a los niños y los adolescentes trabajadores y aquellas que buscaban alejarlos y protegerlos del mundo laboral (**Prensa 7**). Otras campañas promovían el cuidado especial a los menores en el trabajo. Existía una campaña para la “protección del niño trabajador” que hacía sugerencias para mejorar las condiciones laborales de los menores: proponían el uso del calzado en el trabajo, el cambio de las cuñas para encavar las herramientas, el uso de madera lisa y sin astillas para los cabos de las palas y las picas que iban a ser utilizadas por los menores (*El Campesino*, 1982). Pero a mediados de la década de 1980 las tareas de la agricultura eran vistas como peligrosas, por lo que podían significar una forma de maltrato infantil. El mismo grupo poblacional que en 1959 era congregada en “hogares” y “granjas infantiles” autosuficientes para que aprendieran a producir sus medios de subsistencia y evitar su vagancia (*El Campesino*, agosto 19 de 1959), veinte años más tarde tendrían proscrito el trabajo agrícola y debían permanecer en la escuela.

La no obligatoriedad del trabajo agrícola entre los jóvenes rurales y las continuas ofertas y posibilidades educativas por fuera de las zonas rurales contribuyeron a desarrollar la idea de libertad en la elección de un oficio o vocación. Al iniciar la década de 1960 el mayor dilema de los jóvenes rurales era saber si su vocación se inclinaba a la vida familiar o a la vida religiosa. En la década de 1970, además de este dilema, se sumaba la existencia de múltiples posibilidades educativas, en las que no obstante, el joven rural entraba en desventaja y desigualdad de oportunidades frente a muchos jóvenes de las zonas urbanas.

Ante la carencia de una infraestructura educativa para los mayores de 12 años que permanecían en las zonas rurales, la formación se enfocó en los programas técnicos y los consejos para la vida íntima y familiar. Empezaron a ser cada vez más numerosas las campañas para prevenir la drogadicción y se crearon programas para el control de la natalidad. La droga y el sexo se presentaban como problemáticas juveniles por excelencia.

El interés sobre el control de la natalidad lo habían propuesto los mismos jóvenes campesinos a través de sus cartas en la década de 1960. En ellas preguntaban sobre el consentimiento de la iglesia respecto al uso de anticonceptivos, pero la respuesta de las autoridades eclesiales sostenía que los preceptos de la Santa Sede no los avalaban. En la década de 1970 el “amor” fue presentado como el antídoto para la concepción irresponsable. La paciente espera por el amor verdadero, la espera por la mujer o el hombre ideales, el respeto a la virginidad y los valores católicos, debían retardar la iniciación en la sexualidad y la concepción. Fueron los programas del ICBF, de forma independiente y contra las restricciones de la iglesia, los que promoverían el uso de anticonceptivos entre los campesinos.

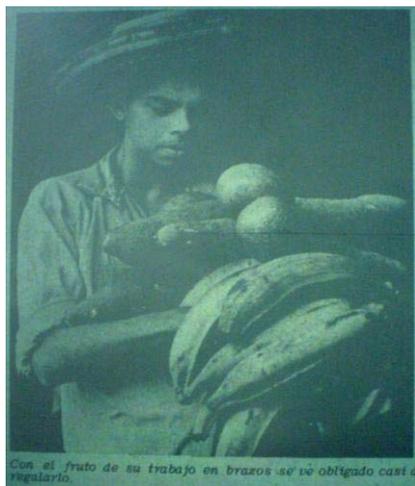
En las zonas rurales, la educación primaria había logrado una amplia cobertura en Colombia. La Escuela Nueva, contemplada en el Plan Decenal de 1959 a 1969, facilitaba la educación básica a través de cursos multigrado (Colbert 1999; Caro 1981). En ese sentido, existía una infraestructura educativa que permitía congregarse a los niños en la educación y alejarlos del trabajo. Pero no ocurrió lo mismo con los mayores de 12 años. El énfasis laboral desaparecía paulatinamente, pero tampoco existía una infraestructura educativa para los años de adolescencia y juventud dentro de las zonas rurales. Se amplió el acceso a la educación a través de:

La creación de internados, bachilleratos técnicos, comerciales y vocacionales agrícolas y agropecuarios. Empero, quienes deseaban continuar sus estudios más allá del quinto año, debían desvincularse de sus redes familiares y sociales para acceder a los internados y colegios localizados, en su mayoría, en las áreas urbanas (Referencia a Caro, 1981 en Silva 2010: 482).

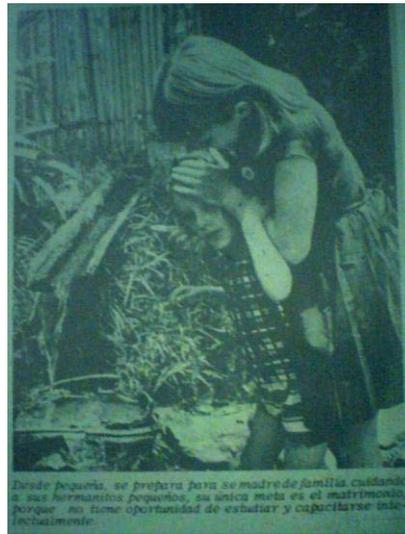
## Prensa 7. Los jóvenes rurales en El Campesino



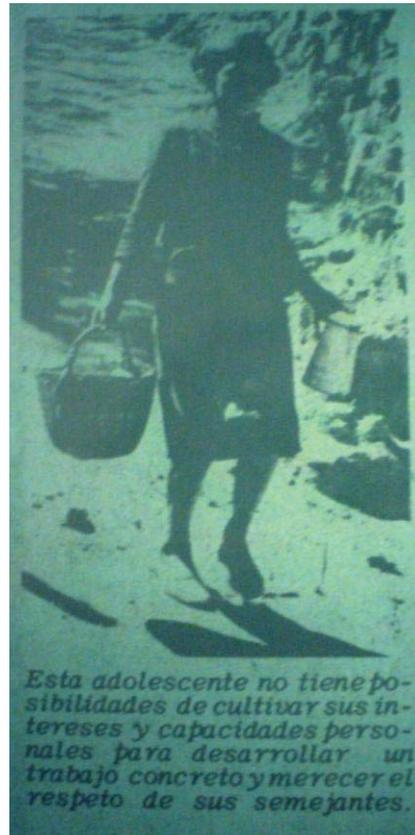
a. “Poco a poco la joven se va integrando a la marcha del país y va demostrando que puede colaborar con el hombre en el desarrollo nacional”. El Campesino, junio 10 de 1975.



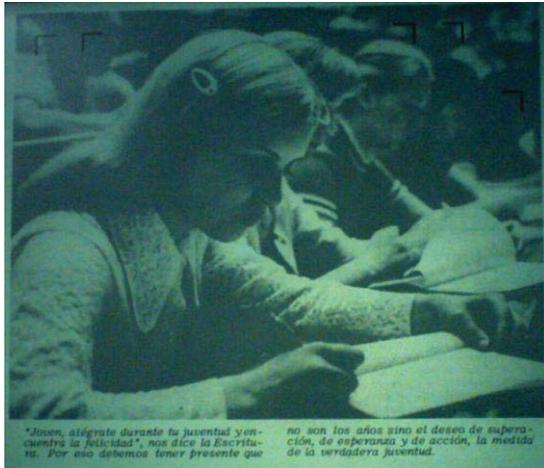
c. Con el fruto de su trabajo en brazos se ve obligado casi a regalarlo. El Campesino, noviembre 9 de 1975.



b. Se prepara para ser madre cuidando a sus hermanitos. “Su única meta es el matrimonio porque no tiene oportunidad de estudiar y capacitarse intelectualmente. El Campesino, noviembre 9 de 1975.



d. “Esta adolescente no tiene posibilidades de cultivar sus intereses y capacidades personales para desarrollar un trabajo concreto y merecer el respeto de sus semejantes”. El Campesino, noviembre 9 de 1975.



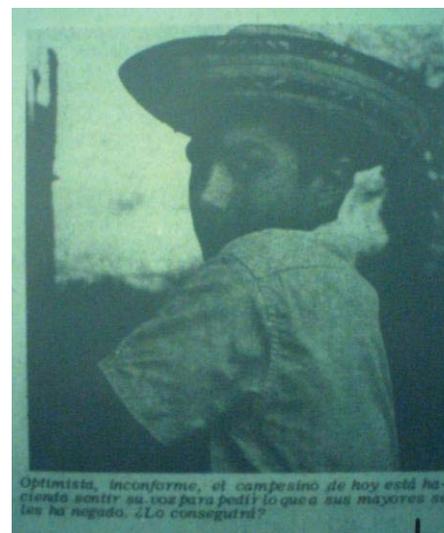
e. "Joven alégrate durante la juventud y encuentra la felicidad". El Campesino, julio 27 de 1975.



f. "La adolescencia, es un periodo de ascenso lo más bello". EL Campesino, septiembre 23 de 1975.



g. "Los jóvenes necesitan confianza". El Campesino, abril 13 de 1978.



j. "Optimista, inconforme". EL Campesino, junio 10 de 1975.



con más Monica y con todas las de la ley. Pero es además sorprendente, el hecho de haberse formado por estos labores y su deseo llamado de capacitarse, de irse a ser más para servir mejor a las comunidades campesinas.

En el Instituto Agrícola de Tunja, Cauca, encontramos a 168 jóvenes mujeres que cursan estudios secundarios. Ellas, para cumplir con el programa, están en la obligación de trabajar en agricultura y en ganadería, junto con los muchachos, para poder observar

Francis Bibiana Moreno, de 12 años, natural de Tunja y alumna de 1º de bachillerato, en pleno trabajo de campo en la huerta. Ella debe responder por la producción de su parcela (Foto: Dely J. Pava para EL CAMPESINO).

k. “Francis Bibiana Moreno, de 12 años, natural de Tunja y alumna de 1º de Bachillerato, en pleno trabajo de campo en la huerta. Ella debe responder por la producción de su parcela”. El Campesino, diciembre 10 de 1978



Luis Práxedes, niño en contacto con su tierra, del departamento de Cesar y a confiar en que su futuro gozará de todas las comodidades que como colombiano merece

l. “Desde pequeño entra en contacto con la tierra, así aprenderá a amarla y a confiar en que su futuro gozará de todas las comodidades que como colombiano merece”. El Campesino, noviembre 9 de 1975.

## Trazan política para regular el trabajo de los menores

El gobierno nacional, por intermedio del Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, ha trazado las bases de lo que será una política coherente y racional que permita regular el trabajo de tres millones de niños colombianos.

De este programa hace parte importante el proyecto de ley presentado a consideración del Congreso por el doctor Laureano Alberto Arellano, ministro del Trabajo, quien ha venido impulsando esta iniciativa y prestando toda su atención para defender a los menores que son sometidos a labores inhumanas.

A largo plazo el objetivo general del programa del menor trabajador es uno de los componentes de la política de atención al menor desprotegido, impulsada por la primera dama, doña Nydia Quintero de Turbay.

El programa busca objetivos específicos, como la prohibición de trabajos que afecten negativamente el desarrollo

de los niños; exigir permiso escrito de trabajo; de parte de los padres, para los menores de 14 años; jornada laboral de seis horas para los niños y salario mínimo legal ajustado a las horas laboradas y crear una conciencia en los sectores de la población que están en contacto con los menores.

Todas las acciones que se realicen en beneficio de los menores que trabajan, estarán coordinadas por el ministerio del ramo a través de una oficina especial que se institucionalizará una vez se apruebe el proyecto de ley presentado al Congreso.

Véase página 3.

m. Regulación de trabajo de menores de edad. El Campesino, noviembre 16 de 1980.



Los menores de 16 años que deseen trabajar deben conseguir una autorización de sus padres y otra del Ministerio del Trabajo. Su jornada no será mayor de 6 horas diarias y no debe afectar su asistencia a la escuela

n. “Los menores de 16 años que deseen trabajar deben conseguir una autorización de sus padres y otra del Ministerio del Trabajo. Su jornada no será mayor de 6 horas diarias y no debe afectar su asistencia a la escuela”. El Campesino, junio 7 de 1981.

Sin una infraestructura para la educación en las zonas rurales, las Escuelas Radiofónicas, los Institutos Campesinos y el Sena<sup>8</sup> cursos y programas técnicos semipresenciales a distancia o por correspondencia. A la par de la disminución poca oferta ocupacional en el campo, los programas de educación rural de Acción Cultural Popular, desde 1948 a 1990, y el Sena, a partir de 1956, crearon programas de instrucción. Acción Cultural Popular buscó, a través de la educación no formal y la alfabetización generalizada, ampliar el conocimiento de los campesinos en salud, economía, trabajo y moral sin generar un desplazamiento de las zonas rurales (además del perfeccionamiento técnico de los cultivos y producciones pecuarias, promovía la construcción de huertas caseras, modistería, artesanías y ebanistería) y a partir de 1954 se centró en la formación de líderes campesinos. Se trataba de una formación que era paralela y no equivalente a la educación escolar y ésta no era requisito para acceder a las becas de los Institutos Campesinos.

Por su parte, el Sena creó una estructura de cursos cortos y ocupaciones técnicas (no necesariamente dirigidos a los jóvenes) que, por un lado, permitían a la población perfeccionar por medio de la higiene, la maquinaria y la eficiencia las labores tradicionales de la población campesina y, por otro, acceder a los oficios de la industria a través de los cuales se favorecía la migración rural - urbana. En el ámbito agropecuario, el Sena creó cursos muy variados. Algunos de ellos se sobreponían a las labores que los campesinos ya dominaban por el conocimiento empírico, como el Programa de formación de Gañanes, Tecnología del cultivo del maíz, Tecnología del cultivo de la yuca, Cultivo de la huerta casera, Manejo y almacenamiento de granos, Cestería, Telar manual para la elaboración de telas de fique. Otros como: Manejo de suelos y fertilizantes y Manejo de maquinaria agrícola tenían énfasis en la adopción de tecnología. Finalmente, existieron un gran número de cursos que permitían la articulación de los aprendices como trabajadores urbanos. Cursos como: Contabilidad, Auxiliar de droguería, Mecanotaquigrafía, Panadería, Pastelería, Albañilería, Enchape, Soldadura, Fundición, Cables e instalaciones eléctricas, Pintura de muros, Pintura de brocha sobre superficies de madera, Programa de formación de vitrinista, Instalación de acabados de vidrio, Instalación de vinilos y alfombras, Instalaciones hidráulicas y sanitarias podían ser aprendidos por toda la población pero no podían ser desempeñadas en las zonas rurales.

El cumplimiento de los programas no necesariamente generaba acceso a redes institucionales y sociales que facilitarían la consecución de empleos, ni la obtención de mayores recursos económicos entre quienes permanecían en el campo. La formación técnica tampoco ofrecía mayores recursos en las zonas urbanas. La democratización de la educación había copado la demanda de mano de obra menos calificada y había generado una mayor exigencia en la capacitación de los empleados (Diez de Medina 2001). Las restricciones en el acceso al mercado y el aumento del consumo por parte de la población campesina generaba un proceso de descapitalización de las zonas rurales que se haría cada más crítica con la apertura económica en la década de 1990 (Suárez 2007).

Se había difundido una noción de juventud que no tenía un escenario en las zonas rurales. La educación no era accesible en el campo, el trabajo durante la juventud era muestra de una situación de “desventaja” y el ocio continuaba siendo condenado en términos morales. No había un lugar claro para esta población. Ir a la ciudad, ir a colonizar, ir al extranjero e incluso permanecer en la vereda para trabajar o practicar un ocio forzado, implicaban riesgo en la consecución de los medios materiales para

---

<sup>8</sup> Institución creada en 1956 por iniciativa de Unión de Trabajadores de Colombia para la Capacitación Obrera (SENA, 2011).

---

subsistir. En 1980 se había creado un vacío en el rol ocupacional de los jóvenes campesinos. Se había pasado de un periodo de migración, y articulación de la fuerza de trabajo rural al capitalismo, a un periodo de segregación y promoción del retorno a las zonas rurales.

\*\*\*

El análisis sobre las formas de intervención hacia los jóvenes rurales muestra una historia de distribución diferencial de derechos dentro de la nación colombiana. En este proceso, la exclusión de los derechos de ciudadanía aparece enmascarada bajo el protagonismo laboral del campesino para el desarrollo de un país. La prohibición de la vagancia, la promoción de la productividad, los programas civilizatorios aparecen como estrategias para legitimar la segregación social. Esta distribución diferencial de oportunidades hacia los jóvenes rurales tiene dos caras: el castigo y el heroísmo. Bajo las leyes contra la “vagancia” los jóvenes campesinos son condenados por sus conductas laborales y morales, bajo los programas de desarrollo son conducidos a la productividad como “héros” que se sacrificaban por la patria. A pesar de las aparentes diferencias entre los dos modelos, ambos tienen la finalidad de crear un aporte o reserva de fuerza de trabajo, que surge del precario mercado laboral para los jóvenes en las zonas rurales. En las formas de intervención sobre la juventud rural descritas, la culpa del “atraso” personal, familiar y nacional recaen sobre el campesino. Son un mecanismo para delegar los problemas estructurales de una nación sobre unos sujetos particulares y de esta forma se legitiman su exclusión.



### 3. Capítulo III: *Probar suerte*. La juventud rural en el Valle de Tenza

Una vez observadas las nociones de juventud que se han construido en la consolidación del capitalismo y el papel específico conferido a los jóvenes rurales como subsidiarios de la fuerza de trabajo, este capítulo analiza los significados de la juventud rural desde las perspectivas locales de los pobladores del Valle de Tenza (Boyacá). Este aparte tiene la finalidad de analizar los cambios socioculturales en relación con las representaciones sobre los jóvenes y sus prácticas en una zona donde predomina la economía agrícola diversa para el autoconsumo.

La información de este capítulo surge del trabajo etnográfico llevado a cabo durante seis<sup>1</sup> temporadas de campo, desde agosto de 2008 a junio de 2011, en varios municipios del Valle de Tenza<sup>2</sup> (Garagoa, Guateque, Chivor, La Capilla, Sutatenza, San Luis de Gaceno y Somondoco). Se basa en la observación participante, las entrevistas abiertas con la población y la selección de once testimonios que narran las opciones laborales y educativas que tuvieron lugar durante la juventud de distintas generaciones.

El trabajo inició en agosto de 2008. Durante la primera temporada de campo visité el único colegio rural del municipio de Garagoa, donde contribuí con algunas labores de enseñanza. Este colegio, ubicado en la vereda Valvanera, la más lejana de la cabecera municipal, era el único que ofrecía formación hasta noveno grado en la zona rural. Los jóvenes del campo, por lo general, alcanzaban la primaria en la escuela de sus veredas y luego debían desplazarse a las cabeceras municipales para continuar el bachillerato. Algunos de ellos interrumpían sus estudios en la primaria pues no contaban con los recursos o la disposición para establecerse o desplazarse diariamente al pueblo.

---

<sup>1</sup> Agosto de 2008, marzo de 2009, noviembre de 2009, junio de 2010, noviembre de 2010 y junio de 2011.

<sup>2</sup>El Valle de Tenza no es una jurisdicción política sino una región histórica y culturalmente reconocida. No posee una clara delimitación. Los habitantes de la zona incluyen comúnmente dentro de esta denominación a las provincias de Oriente (la conforman los municipios de Tenza, Sutatenza, La Capilla, Guateque, Somondoco, Chivor, Guayatá y Almeida) y Neira (La conforman los municipios de Chinavita, Pachavita, Santa María, San Luis de Gaceno, Macanal y Garagoa) ubicadas al suroccidente del departamento de Boyacá y a los municipios cundinamarqueses de Tibirita, Mchetá y Manta. Sin embargo, esta misma zona es también conocida como bajo Valle de Tenza en oposición al alto Valle de Tenza que incluye a la provincia de Márquez (capital Ramiriquí). Los estudios históricos afirman el origen prehispánico de esta región, de los que hacían parte Somondoco, Guateque, Sutatenza, Tibirita, Tenza, Garagoa, Ubeita y Súnuba (Franco 2009: 1; Sáenz 1986: 11-14; Silva 2010). Históricamente, esta región se caracterizó por un rápido mestizaje, disolución temprana de las haciendas y el predominio del minifundio y la producción diversa para el autoconsumo como forma de subsistencia.

El colegio de la Valvanera era un caso excepcional, era la única institución educativa que ofrecía bachillerato en el campo, contaba con 62 estudiantes (que provenían de las veredas próximas de varios municipios) y cuatro profesores que dirigían cursos multigrados a través de guías. A pesar de la importancia que tenía el colegio para la población, cada año la institución afrontaba el peligro de ser cerrada si no lograba alcanzar un número suficiente de estudiantes por cada curso. Por lo tanto, durante los meses de octubre y noviembre, un grupo de padres y estudiantes se desplazaba de casa en casa por las veredas cercanas de los municipios vecinos en búsqueda de niños y jóvenes que quisieran ingresar al colegio. Cuatro años antes, cuando lograron la apertura del sexto grado, algunos padres hicieron repetir curso a sus hijos (que ya estaban en el bachillerato del pueblo) con el fin de completar el número mínimo de estudiantes para poder tener sexto grado en el campo.

A pesar del significado que tenía el acceso a la educación para las familias rurales, la institución educativa contaba con algunas problemáticas. Los padres denunciaban a una de las maestras por maltratar a los niños (física y verbalmente) para que aprendieran a leer y hacer algunas operaciones matemáticas. La maestra argumentaba las dificultades de aprendizaje de sus estudiantes por el hecho de ser campesinos y no les facilitaba el acceso a los libros nuevos de la biblioteca por miedo a que los pudieran dañar. Algunos estudiantes no entraban a sus clases, en ocasiones se veían más atraídos por inventar estrategias para bajar feijoas y guamas de un par de árboles muy apreciados de la institución educativa que por el discurso de la maestra. Había padres que eran opositores de la continuidad del colegio en la vereda, pues consideraban que la institución educativa fomentaba la “vagancia” de los jóvenes, quienes dejaban de trabajar en las fincas por ir a “calentar un pupitre”, sin aplicación al estudio, y luego se quedaban deambulando “carretera arriba, carretera abajo” sin una ocupación y sin la intención de desempeñar las labores agrícolas. Algunas familias consideraban relevante la educación, pero pedían mayor calidad, con profesores de la región que apreciaran a los campesinos y a la agricultura, y ciertas garantías para sus hijos en el ingreso a alguna universidad, al Sena o algún trabajo al culminar el bachillerato. Los jóvenes afirmaban que la educación les permitiría “progresar”, “ser mejores personas”, expresaban su aprecio por la existencia de un colegio cerca de sus familias, les gustaba reunirse con sus amigos diariamente y liberarse de algunos trabajos de la finca. Los que se encontraban en noveno, albergaban el deseo de ir a la universidad y ser profesionales, aunque algunos protestaban contra el colegio por no ofrecerles artes, educación física, música, laboratorios, computadores portátiles e internet. Uno de los muchachos que había estudiado algunos años en Bogotá, y había regresado a la vereda, manifestaba su profundo deseo por volver a la ciudad. Otros, en cambio, aunque visitaban en vacaciones a sus familiares en Bogotá, Tunja, Villavicencio y Yopal y se veían atraídos por la moda, las fiestas, las discotecas, los centros comerciales y los actores de televisión, no se contemplaban viviendo lejos de sus casas, de sus abuelos, padres, hermanos, primos, padrinos y amigos.

En el año 2009, el colegio tuvo que fusionarse con una institución educativa de la cabecera municipal. Para no ser cerrado se mantuvo como una sede rural de uno de los colegios del pueblo. Después de algunas interrupciones en el calendario académico y muchos esfuerzos por tramitar ante la Secretaría de Educación de Boyacá el nombramiento de profesores, el colegio de la Valvanera logró tener el grado décimo. Una de las profesoras, originaria de Tunja, sentía tal compromiso hacia su trabajo, y temor de dejar a su familia, que se fue a vivir a la vereda con su hija de 14 años, a quien inscribió en el colegio de la Valvanera. En ese momento, la institución tenía habilitado un bus para el servicio transporte, llamado “El Carranguero” que recogía a los estudiantes que vivían en las fincas más lejanas. Respecto a la infraestructura, los habitantes de la vereda habían construido buena

parte de la institución sobre un lote que había donado el “Señor Forero” para la construcción de una capilla. El señor Forero era dueño de los terrenos de una hacienda agrícola y ganadera que había funcionado con *estancieros*<sup>3</sup> durante la primera mitad del siglo XX. Tras su muerte, los herederos vendieron los terrenos a los antiguos arrendatarios y ampliaron las tierras para la institución educativa. El colegio contaba con dos granjas escolares para la producción de hortalizas y frutas, una cancha de baloncesto, una capilla, un restaurante con cocina, habitaciones para los profesores, baños, tres salones, una biblioteca y una sala de cómputo que había llegado a través del Programa Computadores para Educar. En el 2010 había llegado el servicio de Internet a la vereda a través de Compartel. A pesar de que el funcionamiento de la red era precario e intermitente, la población apreciaba mucho este nuevo servicio. La institución educativa contaba además con el apoyo de la señora Dolores Pineda “Doña Lola”, partera de la vereda, y su hijo Fabian Melo. A pesar de su modesta vivienda y su pequeña finca, la señora Dolores contaba con una biblioteca que había alimentado desde joven durante su formación con los programas de Radio Sutatenza. La casa de “Doña Lola” era un lugar frecuentado por los jóvenes del colegio para hacer tareas y consultar sus libros de biología y medicina. Su hijo, Fabián Melo, de 26 años, aunque no tenía escolaridad formal, era reconocido como “El Poeta de la Sierra”. Él tenía un especial interés por la historia, colaboraba a los estudiantes con las tareas y ofrecía sus poemas a los eventos de la institución educativa. “El Poeta” era el nombre de su finca.

No todos los jóvenes deseaban ir al colegio, conocí por lo menos seis muchachos que, a pesar de la presión de sus padres para que fueran a estudiar, preferían quedarse en su vivienda, hacer los trabajos de la finca o algunos jornales para ganar dinero. Una joven de 16 años, quien un año después ingresó al colegio, permanecía en su casa al cuidado de su hijo de un año de edad.

Al finalizar el 2011 se graduaron 11 de los estudiantes que había conocido en el 2008. Tenían además un énfasis en Administración Pública que habían logrado a través del Sena. Al colegio se habían sumado también los padres y algunos jóvenes mayores de 20 años que querían validar el bachillerato. El colegio era mucho más que una institución educativa. Además de ser el lugar de recepción de programas como Familias en Acción<sup>4</sup>, el PAPA<sup>5</sup>, los subsidios alimentarios del ICBF para el adulto mayor y la primera infancia<sup>6</sup>, el colegio se había convertido en el centro de organización de la vereda, el centro religioso, el lugar de celebración de fiestas, un punto fructífero para el establecimiento de tiendas y negocios, un punto de referencia para toda la comunidad. “El Carranguero” funcionaba también como transporte de mercado e insumos y facilitaba la venta de algunos productos en el pueblo.

---

<sup>3</sup> Eran arrendatarios que tenían acceso a parcelas a cambio del pago de la *obliga* (en especie y trabajo) al dueño de la hacienda. Este tipo de institución no fue común en la zona, tuvo presencia solamente en las tierras altas que fueron concedidas a finales del siglo XIX o en las primeras décadas del siglo XX como baldíos. Sin embargo, estas haciendas modernas se disolvieron de forma rápida a mediados del siglo XX y su subdivisión llevó a la conformación de minifundios. Este tipo de propiedad fue el predominante desde finales de La Colonia en las tierras bajas de la región (Franco 2009: 8, 10; Colmenares 1984: 89; Ocampo 2001).

<sup>4</sup> Programa de la Agencia Presidencial Acción Social que ofrece subsidios condicionados que se entrega a las madres para complementar los ingresos familiares para la alimentación a cambio de que tengan un control sobre la nutrición y la educación de sus hijos.

<sup>5</sup> Plan Alimentario Para Aprender. Este programa está coordinado por las alcaldías locales y el ICBF, consiste en la entrega de refrigerios y almuerzos para la población escolar.

<sup>6</sup> Este programa coordinado por el ICBF y las alcaldías locales consiste en la entrega de alimentos como bienestarína, aceite, sal, azúcar, frijol y otros granos para complementar la alimentación de los menores de 5 años y los adultos mayores.

De los 11 jóvenes graduados, le perdí la pista a dos que se habían desplazado con sus familias a otras regiones. Tres muchachos se fueron al ejército. Otros tres, menores de edad en ese momento, permanecían en la región. Uno de ellos ayudaba con los cultivos y el trabajo de la finca, además estudiaba por su cuenta para aplicar al examen de la Universidad Nacional o para presentarse a una tecnología en turismo o comercio en el Sena. Otro se especializaba en el cultivo de lulo, en el que venía trabajando años atrás con sus padres y vecinos. Otro se desplazaba por temporadas a trabajar en los llanos. Una joven se había ido a Bogotá a trabajar como niñera mientras lograba el cupo en el Sena o en alguna universidad pública. Dos muchachas permanecían en sus viviendas donde contribuían con los trabajos de la finca y preparaban diariamente cuajadas para la venta en el pueblo. Sin embargo, estaban a la espera de viajar a Bogotá para continuar estudiando o conseguir un trabajo. En palabras del señor Félix Fernández (uno de los habitantes de la vereda que más se había empeñado con sus recursos y esfuerzos para que se mantuviera el colegio): después de graduados todos esperaban “volar” fuera de la región (junio de 2011).

A través del colegio me acerqué a varias familias. Los padres comentaban que el colegio había ayudado a retener a los jóvenes en la localidad durante algún tiempo. De lo contrario, habrían tenido que enviarlos desde pequeños al pueblo a estudiar o dejarlos ir a en otras regiones.

La situación de los muchachos y muchachas de la Valvanera, las Ciénegas y otras veredas cercanas que podían asistir al colegio no era común en otras zonas rurales ni en otros municipios. Estos jóvenes y sus familias eran vistos como privilegiados, pues tenían asegurado el bachillerato. En la mayoría de las zonas rurales del Valle de Tenza, los jóvenes podían cursar sólo hasta quinto grado en el campo. A partir de los once o doce años su vida estaba abierta a múltiples posibilidades: estudiar en el pueblo, permanecer en la finca o trabajar por temporadas en otros pueblos, ciudades o veredas. El acceso a la escuela en las zonas rurales era, a partir de las propuestas de Pierre Bourdieu (1997: 99 - 100), un mecanismo a través del cual se promovía una distribución desigual de *capital cultural* y *económico* que mantenía las diferencias sociales.

Frente a la carencia de un rol ocupacional y las demandas laborales y monetarias de las familias, los jóvenes tendían a vincularse a un ciclo de migración (hacia otras zonas rurales, las zonas urbanas, las economías extractivas y los cultivos con fines ilícitos) en el que intentaban “probar suerte” para conseguir recursos y llegar a “ser alguien”. La incertidumbre y el riesgo eran las categorías más fuertemente vinculadas a la noción de juventud. La migración temporal o permanente era el medio para acceder a la educación, lograr ganancias económicas y reconocimiento social. La interacción con diferentes poblaciones y la búsqueda constante de opciones de vida los lleva a conocer, manejar y ensamblar diferentes códigos culturales.

En las temporadas de marzo y noviembre de 2009, y noviembre de 2010, me interesé por explorar de forma más amplia las opciones ocupacionales que ofrecía la región a los jóvenes campesinos. El señor Gustavo Perilla y la señora Marina Rivera, ambos comerciantes del pueblo y líderes de sus veredas de origen, me ayudaron ampliar el foco, a descentrar la mirada del colegio de la vereda del que había partido y comprender la transformación ocupacional que había sufrido la región desde la década de 1970. Gracias a ellos me desplazé a distintos municipios, aunque todos tenían características comunes había ciertas actividades que los destacaban en la región. Garagoa<sup>7</sup> y Guateque<sup>8</sup> eran los municipios con mayor población urbana,

<sup>7</sup> Garagoa es reconocido como uno de los centros urbanos más importantes de la región, cuenta con 12.084 habitantes en la cabecera municipal y 4.111 en las veredas. Aunque no existen datos

mayor actividad comercial y oferta de trabajo informal. Además, poseían las instituciones educativas presenciales y a distancia de mayor reconocimiento. Sutatenza<sup>9</sup>, a pesar de ser uno de los municipios más pequeños contaba recientemente con la Universidad Pedagógica Nacional en los antiguos edificios de la Radio Sutatenza. Chivor<sup>10</sup> era atractivo por la minería. Somondoco<sup>11</sup> contaba con una creciente actividad piscícola que generaba empleo en los restaurantes destinados al turismo regional. La Capilla<sup>12</sup> era el municipio menos conectado a las principales vías pero contaba con una importante iniciativa en la producción agrícola para la comercialización de algunos productos como la habichuela, el pepino y el fríjol. La producción agrícola de este municipio se veía favorecida por un clima más seco, debido a su mayor distancia respecto a la Represa de Chivor. Por su parte, San Luis de Gaceno<sup>13</sup>, municipio que había sido fundado en la década de 1950 gracias a la colonización del Guavio, era un centro pecuario, con especialización en la producción

---

consolidados sobre el nivel de desempleo de la región, la falta de opciones laborales es una queja frecuente de la población. El municipio cuenta con un NBI de 23,06%, sin embargo, esta cifra es más aguda entre la población rural (con un 45,79%) frente a la urbana (15,23%). Las condiciones de vida de la población rural se encuentran limitadas por el tamaño de la propiedad de la tierra. Aunque el tamaño definido de la Unidad Agrícola Familiar mínima es de 10.5 hectáreas, el promedio de la tenencia de la tierra es de 3 hectáreas. En la cabecera municipal, este es uno de los municipios que posee mayor número de personas con estudios universitarios (12,7), aunque la mayoría de ellos provienen de otras regiones y ocupan las plazas de empleo más estables, principalmente la Alcaldía, Corpochivor, los colegios y el Hospital (Corpochivor 2008: 291; Dane 2005).

<sup>8</sup> Guateque tiene una población de 6.985 personas en la cabecera municipal y 2.936 en las zonas rurales. Cerca de un 60% de la población económicamente activa no cuenta con un empleo formal. El porcentaje de NBI entre la población rural es de 55.82%, frente a un 13,30% de la población urbana. La información sobre la tenencia de la tierra muestra el predominio del minifundio. En el año 2000, de un total de 6.904 predios, 5.872 tenían una extensión menor a 1 hectárea, 1024 predios tenían una extensión entre 1 y 10 hectáreas, 5 entre 10 y 20 hectáreas y 3 predios mayores a 20 hectáreas (Corpochivor 2008; PBOT 2008; Dane 2005).

<sup>9</sup> Sutatenza tienen una población urbana de 729 personas en la cabecera y 3.715 en la zona rural. Cuenta con un porcentaje de NBI del 65.93% en las zonas rurales y 15,67% en la zona urbana. El municipio posee un alto grado de minidivisión de la tierra que alcanza los niveles del microfundio. El 74,04 de los predios tiene menos de 1 hectárea, 16,97 entre 1 y 2 hectáreas, 7,82 predios tienen entre 2 y 5 hectáreas, sólo un 1.16% de los predios supera las 5 hectáreas (Corpochivor 2008; PBOT 2008; Dane 2005).

<sup>10</sup> Chivor cuenta con una población de 482 habitantes en la cabecera municipal y 1.644 en las zonas rurales. El NBI rural es del 40,25%, frente a un 15,37 en el área urbana. El municipio ha experimentado un alto crecimiento de la desocupación. En 1993 sólo un 3% se encontraba desempleado, mientras que en 1999 esta cifra subió a un 23%. La información incluye a las personas subempleadas con ocupaciones informales y temporales como una fuente de ingresos, entre ellos las actividades agropecuarias y la minería con ingresos inferiores al salario mínimo representan la mayor parte de la oferta de trabajo del municipio. En cuanto a la tenencia de la tierra, al UAF corresponde a 8,5 hectáreas y el 43,57% de los predios tiene una extensión menor a 3 hectáreas (Corpochivor 2008; Dane 2005).

<sup>11</sup> Somondoco cuenta con una población de 741 personas en la cabecera y 2.505 en la zona rural. El NBI en de 45,11% en las zonas rurales y 8,65% en el área urbana. Respecto a la tenencia de la tierra, el 80% de los predios tiene de 0 a 2 hectáreas, 17,5% de 2 a 7 hectáreas, 2,3% de 7 a 23 hectáreas y sólo un 0,3% supera las 23 hectáreas (Corpochivor 2008; Dane 2005).

<sup>12</sup> La Capilla tiene una población de 1.006 personas en la cabecera y 2.046 en las zonas rurales. Es uno de los municipios que a pesar de ser predominantemente rural cuenta con menores niveles de NBI: 31,43% rural y 12,63% urbano. El 80% de la población manifiesta tener ocupación, principalmente en el sector agrícola, para la obtención de ingresos. Este municipio sigue la tendencia de la región con respecto a la propiedad de la tierra: el 95% de los predios se encuentra por debajo de la UAF (8.23 hectáreas) (EOT 2008: 81; Dane 2005).

<sup>13</sup> San Luis de Gaceno se conformó en la década de 1950 como efecto de las medidas que promovían la colonización del Guavio en el piedemonte llanero. Cuenta con una población de 2.045 personas en la cabecera y 4.113 en las zonas rurales. El NBI rural es de 41,22% frente al urbano de 17,89%. El desempleo asciende al 68,9%. Debido a la pendiente y las condiciones del terreno, la UAF de este municipio es de 49,60 hectáreas. El 95% de las fincas están por debajo de la UAF, de ellas, el 39,2% tienen entre 0 y 5 hectáreas (EOT 2003; Dane 2005).

y comercialización de carne y leche que podía ofrecer algunas posibilidades laborales en esta actividad. En el 2010, las obras del Poliducto Andino cerca de San Luis de Gaceno atraían por temporadas a muchachos para trabajar en las obras. Tunja, Bogotá, también eran observadas como ciudades de posibilidades para la educación y el trabajo, los Llanos Orientales ofrecía posibilidades de desempeño en las petroleras y algunas regiones de Norte de Santander y los Llanos también atraían por ofrecer trabajo en los cultivos de coca. A pesar de las diferencias entre los municipios del Valle de Tenza, todos ellos compartían ciertas características respecto al minifundio o microfundio como forma predominante de tenencia de la tierra, la producción agrícola diversa destinada principalmente al autoconsumo, el limitado mercado laboral y la identificación de su población como “valletenzanos”, adscripción que les permitía distinguirse de la población del resto del departamento por la identificación simultánea con las costumbres boyacenses y llaneras.

En esta región analicé las formas de vida y posibilidades ocupacionales de los jóvenes en relación con los programas de intervención para el desarrollo y los cambios productivos y socioculturales que habían tenido lugar en las últimas cuatro décadas.

El argumento de este capítulo tiene la finalidad de mostrar cómo las poblaciones rurales del Valle de Tenza han cambiado para mantenerse. Ante el intercambio inequitativo con el mercado y el acceso restringido a los derechos de ciudadanía, el respeto social y los ingresos económicos (Uribe 2012<sup>14</sup>), las dinámicas ocupacionales de los jóvenes han generado cambios económicos y culturales entre las poblaciones campesinas y, al mismo tiempo, han contribuido a subsidiar la economía doméstica de autoconsumo. En otros términos, las poblaciones rurales del Valle de Tenza se han transformado para proteger ciertos referentes (medios de producción, conocimientos y valores) en los que confían y consideran relevantes para su reproducción social, para su subsistencia como grupo (Kirsch 2001: 168).

De acuerdo con Marshall Sahlins el orden económico, social y cultural “se reproduce a sí mismo en el cambio y como cambio” (1985: 13). Las poblaciones rurales del Valle de Tenza se han organizado generacionalmente para protegerse de la pérdida de los medios de subsistencia, del conocimiento local, de las redes sociales, de las conexiones con los lugares y el territorio, y, al mismo tiempo, han buscado acceder a nuevos canales de información, recursos y valor para sus prácticas (Kirsch 2001: 168). En esta búsqueda simultánea por protegerse de las pérdidas y por acceder a nuevos recursos y conocimientos, los adultos y ancianos han tendido a mantenerse en sus localidades, se han centrado en la producción en pequeña escala de una gran diversidad de cultígenos que les permite tener autonomía sobre su subsistencia, mientras que los jóvenes se desplazan a otros lugares para la obtención de educación, capital y dominio de nuevos códigos culturales.

Para Orlando Fals-Borda (1959) el cambio sociocultural representa los procesos de retroalimentación entre los medios de producción, la organización social y los valores y símbolos culturales. Por lo tanto, pueden implicar pérdidas y transformaciones económicas, organizativas y simbólicas. De acuerdo con Stuart Kirsch (2001), el cambio sociocultural no puede ocultar las formas de producción y los conocimientos que se pierden. Como se presentará en la primera parte de este capítulo, en efecto ha habido tecnologías, habilidades y ocupaciones que la población ha dejado de desempeñar, aunque se mantengan en la memoria de algunas personas. Sin

---

<sup>14</sup> Uribe, Mauricio. 2012. “Estilo de Desarrollo y Sesgo Anticampesino en Colombia”. Cider Universidad de Los Andes. Conferencia presentada a la Cátedra Alexander Von Humboldt. Universidad Jorge Tadeo Lozano – IEH. 27 de febrero.

embargo, existe un referente de diversidad en la producción y la organización social que se mantiene y al que articulan nuevos oficios, habilidades, prácticas sociales y conocimientos.

La primera parte del capítulo presenta la transformación de la estructura ocupacional de las poblaciones del Valle de Tenza como efecto de los modelos de desarrollo. Muestra cómo desde la década de 1970 las poblaciones locales perdieron un gran número de oficios en los que comúnmente se formaban los jóvenes. Las dificultades de ingresos se profundizaron aún más desde la década de 1990 cuando el cambio de modelo económico desestimuló la producción de alimentos.

La segunda parte presenta, a partir de once testimonios, las variaciones en la toma de decisiones y posibilidades de los jóvenes, donde se observa, la tendencia a proteger el conocimiento de la producción diversa para el autoconsumo al tiempo que se buscan nuevas fuentes de recursos e información.

### **3.1. Jóvenes y oficios en el Valle de Tenza: Las transformaciones ocupacionales en una región en desarrollo**

El Valle de Tenza es una de las regiones donde los programas de Acción Cultural Popular tuvieron mayor impacto. Desde la década de 1950 a 1980 esta zona fue el centro de difusión de los programas de educación católicos destinados a la modernización del sector rural. No obstante, a partir de 1991, el cambio de modelo de desarrollo marginó el protagonismo que había tenido la región en el progreso del país. La continuidad en la subordinación de la población rural bajo los modelos de desarrollo, trajo consigo transformaciones en las economías domésticas, su estructura ocupacional y las identidades campesinas. Este aparte permite analizar la incidencia de los programas de desarrollo sobre las formas de vida rurales, las respuestas de las poblaciones locales y la construcción de subjetividades de los jóvenes.

Aunque la economía predominante de los campesinos en el Valle de Tenza ha sido la producción agrícola diversa para el autoconsumo, los programas de intervención para el desarrollo lograron importantes cambios en la producción para el mercado de la región. Bajo el modelo económico de sustitución de importaciones, el Valle de Tenza también fue un espacio de intervención para el progreso del país; fue una región que acogió las tecnologías agrícolas de la Revolución Verde (desde la década de 1960), un escenario de construcción de obras de infraestructura como la Represa de Chivor (en 1971) y una zona de gran incremento de la escolaridad y los niveles de consumo de bienes y servicios.

Los resultados conjuntos de la construcción de la Represa de Chivor, la incorporación de las tecnologías de la Revolución Verde y el aumento del consumo y la dependencia del mercado, llevaron, de forma indirecta, a la reducción de las posibilidades ocupacionales en el campo.

Según los testimonios locales, para la realización de la represa, en 1971, se inundaron las tierras bajas, consideradas como las más fértiles. Con la inundación no sólo se perdió el potencial de estas tierras, también se produjo un cambio en las condiciones climáticas de las poblaciones aledañas: la temperatura bajó y la humedad aumentó. La producción de frutales de clima cálido (tomate de árbol, mango, papaya, chirimoyas, guamas y cítricos) recibió un fuerte impacto y, con el incremento de la humedad relativa, aparecieron nuevas plagas en los cultivos. Este

fenómeno, que no ha sido estudiado en profundidad, fue reconocido por los profesionales y técnicos de la zona y durante décadas ha causado un descontento generalizado entre los habitantes, quienes afirman que, aunque hubo trabajo temporal durante los años de construcción de la represa, la obra sólo trajo desventajas a largo plazo relacionadas con el cambio climático y productividad de las tierras. En la actualidad, las mayores ganancias de la represa las recibe la compañía extranjera Chivor S.A (Oscar Vargas, agosto 20 de 2008 en Silva 2010, 495).

Ante las dificultades en el manejo de las condiciones ambientales generadas por la represa, la población acentuó la incorporación y el uso de insumos para los cultivos comerciales promovidos desde la década de 1960. El aumento de plagas generó una mayor dependencia del mercado para la obtención de agroquímicos y a partir de la década de 1980, el aumento progresivo de los costos de los insumos y el empobrecimiento de los suelos se convirtieron en amenazas económicas para la región.

A pesar de las dificultades de la producción destinada al mercado, el soporte de las instituciones del sector agropecuario (como las UMATAs<sup>15</sup>, el ICA<sup>16</sup>, Corpoica<sup>17</sup> y el Idema<sup>18</sup>) promovieron, a través del crédito y el apoyo técnico, diversos productos para la comercialización, como la habichuela, el frijol, el tomate, el lulo, la mora, el pepino, entre otros. Por otro lado, los programas de desarrollo fomentaron la educación y la instrucción técnica que, frente a la débil solvencia económica de las zonas rurales, les permitía migrar a los pueblos cercanos o a las ciudades para desempeñar trabajos en las industrias. La modernización de la economía y la importancia del desarrollo industrial desde la década de 1960 a 1980 crearon lo que Durand (1983) ha llamado, para el caso de México, el binomio *obrero-campesino*, para referirse a la población de origen rural que mantenía una estrecha relación con el campo pero se desempeñaba en el trabajo asalariado extrapredial. Otros campesinos migraron a desempeñar labores no calificadas, entre las que se destaca el trabajo doméstico femenino.

Finalmente, a partir de 1991 el cambio de modelo económico, de sustitución de importaciones por reestructuraciones de corte neoliberal<sup>19</sup>, implicó el desmonte de la institucionalidad del Estado para el sector agrario y un cambio drástico en el rol de las poblaciones rurales en el desarrollo de la nación. De esta forma se amplió lo que Mauricio Uribe (2012) ha denominado el “*sesgo anticampesino* en el desarrollo de la

---

<sup>15</sup> Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria. En los primeros años del siglo XXI fueron reemplazadas por empresas privadas llamadas Epsagros (Empresas Prestadoras de Servicios Agropecuarios) que a diferencia de las Umatas no tienen una cobertura municipal sino regional.

<sup>16</sup> Instituto Colombiano Agropecuario. Hasta 1991 esta institución desarrollaba las funciones de planificación, investigación, transferencia de tecnología, asistencia técnica, sanidad, control, enseñanza y asesoría a los pequeños productores para el acceso a créditos. Al finalizar la década de 1990 y tras varias reestructuraciones el ICA se centró de forma exclusiva en el control sanitario.

<sup>17</sup> Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria. Institución estatal de investigación, certificación y acompañamiento al sector agropecuario nacional.

<sup>18</sup> Instituto de Mercadeo Agropecuario. Esta entidad fue liquidada a partir de 1997. “La misión básica del Idema era adelantar las políticas del Gobierno relacionadas con el abastecimiento y la estabilización de precios de los productos básicos de origen agropecuario y garantizar a los productores la compra de productos agrícolas básicos en todo el país. Para ese efecto, la entidad desarrollaba diversas actividades: importaba, exportaba y distribuía internamente alimentos básicos; y diseñaba y construía infraestructura física de comercialización. Adicionalmente, promovía y participaba en la organización de sistemas asociativos de mercadeo, almacenamiento, procesamiento y distribución de productos agropecuarios.

La regulación comercial se complementaba con controles cuantitativos a las importaciones, con el fin de contrarrestar la competencia internacional y sostener precios rentables al productor nacional. Esta política se adelantó sin tener en cuenta los niveles de competitividad de la oferta nacional frente al mercado internacional” (Clavijo 2003: 108).

<sup>19</sup> El modelo hace énfasis en la exportación de cultivos tropicales permanentes (banano, flores, café) en desmedro de los cultivos transitorios (maíz, trigo, cebada, sorgo, entre otros).

nación colombiana”<sup>20</sup>. Se pasó de un modelo en el que los campesinos eran protagonistas del progreso, a un modelo en el que se consolidaron como población marginal y receptora de los programas atención a la pobreza rural. En este periodo se promovió la transformación del campesino en empresario para la producción de bienes con ventajas comparativas para la exportación o, en su defecto, la asistencia a través de subsidios y alimentos a las difíciles condiciones de vida (Gómez 2008: 12; Arias 2009). A pesar del fomento de algunos cultivos permanentes (como el café y la mora), la falta de apoyo institucional, asistencia técnica y garantías en la comercialización implicaron un retroceso en la producción para el mercado y una mayor dependencia alimentaria de los habitantes de las zonas rurales.

Son de destacar dos niveles de la producción campesina que se vieron afectados de forma diferencial por los programas de desarrollo implementados por el Estado en esta región. De una parte, se encuentra la producción de pancoger que, aunque afrontó la desaparición de algunos productos, continuó vigente gracias a la diversidad de los cultivos y el poco requerimiento de insumos agrícolas y recursos monetarios para subsistir. De otra parte, se encuentra la producción para el mercado y la estructura ocupacional que permitía el acceso al capital en las zonas rurales. En el Valle de Tenza, este segmento de la economía campesina se vio abatido bajo los dos modelos económicos y los jóvenes fueron los sujetos que, con mayor protagonismo, buscaron vías alternas para acceder al capital.

Desde la década de 1960, el énfasis en la modernización de la producción agrícola y el interés por integrar a los campesinos al progreso de la nación generaron un incremento del consumo de bienes del mercado que antes eran producidos de forma autónoma en las zonas rurales. Lo anterior implicó una reducción de las ocupaciones y mayores requerimientos en el acceso a recursos monetarios. Los productos de aseo del mercado acabaron con las pequeñas empresas campesinas de producción de jabones de tierra y potasa. Los cambios en las costumbres de vestido y calzado implicaron pérdidas para la producción de sombreros, ruanas y alpargatas, indumentaria usada por una proporción importante de la población. De esta manera, fueron desplazados los tejidos, los hilados y los telares de las fincas. En la década de 1970 el reemplazo de enjalmas y costales de fique por el plástico y otros materiales sintéticos, destruyó gran parte de la producción local y el comercio de fibras vegetales. Los productos de aseo, vestido, sombreros, calzado y los empaques de fabricación artesanal ya no competían con los productos del mercado, reducían su valor y eran menos apetecidos por las poblaciones de los pueblos. De esta forma, el ingreso que la población recibía por la producción y venta de estos productos decayó.

Al iniciar la década del setenta, se difundieron los motores Chattanooga para los trapiches que antes funcionaban con construcciones de piedra (según los testimonios locales el primer motor había llegado a la región aproximadamente en 1965) (Helí Roa, agosto 27 de 2008; Monsalve 2006). La nueva tecnología generó mayor producción con un número menor de trabajadores y riesgos. Sin embargo, se prescindió de los talladores de piedra para los molinos, entonces, los trapiches que antes requerían seis prensadores de cañas ahora pueden funcionar con uno o dos. Más tarde, en la década de 1990, varios trapiches de las fincas desaparecerían y las moliendas serían reemplazadas por el pago a los trapiches industriales localizados en las cabeceras de los municipios.

---

<sup>20</sup> Uribe, Mauricio. 2012. “Estilo de Desarrollo y Sesgo Anticampesino en Colombia”. Cider Universidad de Los Andes. Conferencia presentada a la Cátedra Alexander Von Humboldt. Universidad Jorge Tadeo Lozano – IEH. 27 de febrero.

Con la disminución de estas prácticas productivas también hubo una reducción de las ocupaciones especializadas que permitían el acceso a recursos monetarios a través del trabajo o la venta de productos. Sin embargo, los programas de educación rural de ACPO, el Sena, los clubes juveniles y la promoción de la colonización de baldíos lograron crear opciones de trabajo que le permitieron a la población desempeñarse fuera de sus localidades.

Este fue el caso de Dolores Pineda “doña Lola” quién logró sobreponer el título de un oficio tradicional por otro con reconocimiento institucional dentro del sistema de salud moderno. Desde niña acompañó los nacimientos de los habitantes de la vereda y “a la edad de nueve años ya aplicaba inyecciones” (Dolores Pineda, Julio 5 de 2008). Así, se convirtió en la partera y aprendió a cuidar a sus vecinos de las enfermedades; luego, a través de los programas de educación por correspondencia de ACPO, alcanzó el título de enfermera otorgado por la Unesco. La formación que recibió le permitió, durante algún tiempo, desempeñar la atención en salud fuera del campo. Luego de su matrimonio, regresó a su vereda, donde continuó desempeñándose como partera. Su formación le generó un gran interés por los libros de biología, botánica (en especial) y medicina. A pesar de su modesta vivienda y las dolencias de salud que afrontaba, su casa se convirtió en la biblioteca de la vereda, normalmente frecuentada por niños y jóvenes para hacer sus tareas escolares.

También está el caso de Helí Roa (julio 26 y 27 de 2008), quien a los ocho años se desplazó con sus hermanos a la colonización del Guavio y participó en la ocupación del actual municipio de San Luis de Gaceno, lo que le permitió a la familia lograr la titulación de algunas tierras. Más tarde regresó a su vereda y motivado por una máquina de coser que habían comprado en su casa materna para la fabricación de vestidos, se interesó por la mecánica. Entonces, tomó algunos cursos técnicos de torno que ofrecían en su municipio y montó un negocio de maquinaria en la cabecera municipal de Garagoa.

Por su parte, Rafael Méndez (julio 3 de 2008) dejó las labores agrícolas en el Valle del Cauca para asistir al programa de dirigentes campesinos en los Institutos de Formación de Líderes de Sutatenza. Al terminar las clases y con la formación de carpintero y ebanista, decidió establecerse y montar un negocio a dos cuadras de los internados de ACPO en la cabecera municipal. Hoy cuenta con una de las dos carpinterías más reconocidas del municipio de Sutatenza.

Al tiempo que los programas de formación de ACPO, el Sena y los clubes juveniles ofrecían programas técnicos y promovían la colonización de baldíos como alternativas ocupacionales para la población, en las zonas rurales existían otras labores que no tenían un reconocimiento institucional pero permitían a los campesinos emplearse en las labores rurales. En la década de 1970 existieron los oficios de gañanes, atajadores, molenderos, oficiales, horneros, prensadores, arrieros, muleros, cargueros, sacafiques, alpargateros, tejedores, hilanderas, parteras, teguas, cocineras, ganachichas y aserradores. Todas ellas eran ocupaciones alternas a la producción agrícola. Como afirma Gustavo Perilla, comerciante y líder veredal, “es como la pastelería que es hija de la panadería, lo mismo sucede con las personas en el campo” (marzo 23, 2009).

Este conjunto de ocupaciones permitía a los jóvenes aprender oficios que tenían un reconocimiento en las veredas. No existía una instrucción “formal”, pero la enseñanza a través de las redes familiares garantizaba el aprendizaje de estos oficios<sup>21</sup>:

---

<sup>21</sup> Esta forma de aprendizaje no es exclusiva de la región de Boyacá, puede ser observado como referencia el caso de los *sangreros* en Antioquia (jóvenes que inician en la arriería para lograr el ascenso

Por lo general eran herencias, eran oficios heredados. Aprendían al lado del papá y ahí iban teniendo experiencia, teniendo cancha. Ahí le enseñaban que el animal es uno, que los animales saben a quién le maman gallo, a no arrimarse con miedo. Luego, con el tío o con el padrino, le decían vaya mijito ayúdele a su padrino. Usted sabe que uno con el papá poco puede trabajar, el papá siempre lo ve a uno como un niño chiquito. A la mamá o al papá se le puede mamar más gallo. Con el padrino le toca finito, se le tiene más respeto al padrino o al tío (Gustavo Perilla, marzo 23 de 2009).

La mayoría de los oficios existentes tenían puestos de *trabajo-aprendizaje* ocupados comúnmente por niños y jóvenes mientras que alcanzaban la pericia del oficio principal. Los *auxiliares*, *ayudantes* y *oficiales* de aserradores, muleros, arrieros, sacafiques eran muchachos que realizaban las labores más sencillas del oficio mientras que observaban y aprendían el desempeño de los mayores. Otros oficios de muchachos tenían una designación específica, el *atajador* que era el ayudante del *gañán*, era el muchacho que llevaba una vara con la que dirigía a los bueyes mientras el mayor llevaba el arado y la *puya*. Los *sacanderos* y *cargueros*, en el trapiche, se encargaban de sacar y acumular el bagazo o cargar las cañas para su procesamiento, mientras los *prensadores* y el *hornero* se ocupaban de la molienda. El aprendizaje reunía varias generaciones. Los jóvenes se encontraban especialmente con la población de la misma edad en las siembras de “Año Grande” (al iniciar el año) y “Guayome” (en septiembre) que requerían un gran número de trabajadores. Entonces formaban grupos de muchachos que eran designados como *rolas* o *peonadas*.

Aunque las mujeres también participaban del trabajo en los cultivos, contribuían de manera especial en las labores de la vida doméstica y la producción artesanal. Entre los oficios remunerados de mayor desempeño femenino se encontraban los tejidos y la producción y transformación de alimentos (entre ellos, la producción de leche y las cuajadas que, en la actualidad, siguen siendo fundamentales para el autoabastecimiento y el mercado). Las labores del hogar, la enseñanza a los hijos o hermanos menores, el cuidado de la salud y de la familia y la producción en los cultivos hacían parte de su trabajo como base de la autosubsistencia.

Las descripciones de Helí Roa (mecánico de Torno), Marina Rivera y Gustavo Perilla (comerciantes), Julio Novoa (aserrador) a partir de sus recuerdos sobre su propio aprendizaje de estos trabajos y, el desempeño de sus padres y abuelos, pueden ayudar a entender la especificidad de las labores.

Con respecto a las tejedoras y cocineras:

[Hace 35 años aproximadamente] Eran reconocidos los telares. Los tejedores tenían en sus casas sus tejidos. Había mercado de vellón. Los tejedores eran más mujeres que hombres, mujeres en formación o mujeres criando. Eran reconocidos los de don Ángel María Cuesta, don Alionato, don Silvino. Tejían las mujeres, pero eran las casas de ellos. Eran empresas familiares. Estaban también las hilanderas: eran muy reconocidas, usaban tortero y huso. Vendían su hilo para tejer, sacaban la madeja. Eran mujeres reconocidas por ese oficio. [...] Entre las mujeres, las cocineras eran las más queridas, tener buen sazón [...]. Había cocineras de jornal, de estar en un lado y otro. El de la molienda ofrecía la comida. Para el molendero y para el gañán era especial la comida, más carne, más queso, más guarapo (Gustavo Perilla, marzo 23 de 2009).

Por su parte, las labores más reconocidas entre los hombres estaban relacionadas con el arado y la molienda, en la que se destacaban los gañanes (para ambos oficios) y los prensadores, horneros, oficiales y cargueros para el procesamiento de la caña de azúcar. También se encontraban los trabajos del transporte, la carga, entre ellos, los arrieros y los muleros así como el aprovechamiento forestal desempeñado por los aserradores.

#### El gañán y las cocineras de jornal:

[Gañán] Era el que iba a arreglar la tierra y que podía ser el dueño de la yunta de bueyes. Entonces, sabiendo que estaba comprometido, madrugaba a las 5:00 am a echarle de comer a la yunta y mientras los bueyes desayunaban él también desayunaba. Muchas veces cuando era un corte grande, entonces se encontraban allá pa'l trabajo otras 4 o 5 personas, otros 4 o 5 gañanes (...).

Las cocineras daban buena alimentación. Para el gañán la comida era especial, era arepa de queso. La de queso era la quisba, la sin queso era la caritiesa. Había que asarla con gran cuidao en una laja de piedra, quedaban morenitas esas arepitas, un color trigueño bonito. Había gente que se especializaba. Las arepas eran grandes como un plato. En el centro podían tener 4 o 5 cm y en el borde 2.

Cuando se terminaba el trabajo que fuera en la sementera, como la desyerba, se acostumbraba... en todo trabajo cuando se terminaba, después de que hubiera más de dos obreros, que podían ser 10 a 15 obreros, entonces, se salían a la cabecera donde trabajaban en la sementera y le agregaban un grito al patrón que gritaba el Ave María. El patrón gritaba sólo: "Ave María purísima" y los otros gritaban: "sin pecado concebida María Santísima". Era por ahí a las 5:30 y daban terminado el trabajo con la oración (Helí Roa, marzo 28 de 2009).

#### Los molenderos:

Son los que echan la caña y la van acuñando. Es un trabajo de mucha responsabilidad, más de uno quedó sin manos; si se duerme puede perder las manos. Cuando [el trapiche] era de piedra trabajaba más gente, ahora sólo hay dos prensadores, el uno mete el bagazo y el otro la caña. También están los oficiales, sacaderos que pueden ser muchachos, van sacando el bagazo y el hornero que tiene que ser califcaio porque tiene que poder dar los puntos de la panela y la miel. (...) En la molienda se empezaba por oficial y ahí se iba subiendo. El otro es el carguero de caña. Los cargacañas también debían tener cancha para que el encarre quedara bien acomodado (Gustavo Perilla, marzo 23 de 2009).

#### Los arrieros y muleros:

Son los que tienen una flota de mulas. No caballos, mulas. En una mula hay tres caballos. Se enrazaban ahí mismo. Había otros que se dedicaban a sacar [reproducir] los burros. El macho romo, la mula roma, el muleto, el burro muleto. Para sacarlos fuertes y guapos. A las mulas las hacían parir. Hay que saber que la mula acepta al macho y no al burro. De la mula y el macho sale uno, que no me acuerdo el nombre, muy guapo para el trabajo.

[...] Los arrieros son como cualquier transportador, como cualquiera que tiene un camión. Se iban y duraban un mes por fuera. El arriero era como un marinero: dejaba hijos en cada puerto (Gustavo Perilla, marzo 23 de 2009).

Eso tenía su ciencia. Burro más burro igual burro; macho romo más yegua igual muleto; macho y burra igual macho romo; yegua y burro igual macho. Pero ahora encontrar mulas es como ganarse la lotería. ¡Ya no hay burros, dónde están los Burros! ¿Será que todos se fueron a estudiar? Antes criar y alquilar bestias era muy buen negocio (Marina Rivera, marzo 23 de 2009).

### Los aserradores:

[Se encargaban del aprovechamiento del bosque, el conocimiento de las maderas y sus usos] Yo digo que uno nació aprendido. Yo no sé como aprendí. No sé, será mirando al finao de mi papá, con los tíos, los amigos o los hermanos mayores, ellos nombraban cada madera. [...] Echándole porra al cuento, lo que ellos hablaban, y uno pequeño tiene una cabeza como una grabadora. Yo no sé leer ni escribir, no sé nada, pero de pequeño la porra servía para aprender. Entonces ya uno sabe que cada palo tiene su derecho, sus más y sus menos [...] Aquel Cedro, bueno para las construcciones, tablas, vareta, bloques que compran en las carpinterías. Cada madera tiene su arte en lo que sirve. Otra mucho requete buena, el Bálsamo, muy fina para aserrar para estantillos muy aguatable, dura muchos años. Hay otra que se llama Chicharro es muy fina para cualquier mueble. Otra, Flor Amarillo madera buenaza, para los trapiches, o el Algarrobo, también para hacer arados, era una herramienta antigua. Pa' cualquier trabajo tiene que ser un palo combo. Hay otra que se llama Gradón, es flojonona pero la gente la usa para hacer vareta para casas. El Palo Tigre, lo mismo que el Cedro. El Mohíno bien buena pa' la candela. Hay otra que se llama Tuno para hacer ranchitos, no gruesa mucho. Si me pongo a darle el nombre de todas las maderas no acabo hoy... Hay otra que se llama Tachuelo, no sirve para ningún trabajo. Otra se llama Alma Negra, tiene una hoja negra y la rama se diferencia del Palo Tigre. El Alma Negra es muy buena de sombra pa'l chocolate y el café, poco se hiela donde hay esa madera. El Dormilón, también muy bueno como el Cedro. El Yopo tiene una rama pero muy finita y el Tachuelo tiene rama angostica. A mí se me escapan siempre muchos nombres de palos, pero cuando los veo los distingo. Otra, el Gaque se siembra donde hay aljibes de agua, hay otro que se llama Jobo, también es llamador de agua, son maderas chuyas y tienen una pepita dulce pero no se puede comer mucho porque se le destiemplan a uno los carnizales. Hay mucha madera chuya que no sirven para la obra. La Ortiga, el Jobo, el Guarumo, el Cajetero, el Higuieron son bojas, ¿ha mirado la cuajada que es blanditica, que se deja apretar con los dedos? son palos de pantano. Otra, el Caño Fisto mucha maravilla de palo, casi no se gana uno a rajar un palo de esos con un hacha. Otro palo se llama Vara Santa [...] (Julio Novoa, noviembre 10 de 2010)

El desarrollo de un talento específico implicaba hasta hace algunas décadas el conocimiento completo de un proceso de producción: el conocimiento tecnológico, la fabricación de los instrumentos de trabajo, el manejo de una técnica y la obtención de los recursos y materias primas para el proceso. Las labores especializadas no siempre implicaban el desempeño directo sobre la producción agrícola. Los arrieros eran considerados campesinos aunque la labor que le otorgaba su estatus era el transporte. Por su parte, los ganachichas eran los campesinos que adquirirían reconocimiento social por ser músicos.

### Los ganachichas:

Tenían un tiple. Eran musiquitos. Trabajaban en el campo. En el campo y en el pueblo. Eran en grupos de tres o cuatro con maracas, tiple, requinto y bandola. Formaban una murga: así llamaban al grupo de fiesta (Marina Rivera, marzo 23 de 2009).

Los títulos de “hilandera”, “cocinera”, “prensador” o “ganachichas” solo tenían sentido en el momento de contratar o desempeñar la labor. Estos no constituían un papel permanente ni exclusivo, se trataba de roles flexibles y móviles: los molenderos también podían ser gañanes, los gañanes también eran peones y los peones cargueros. Ni siquiera la diferencia entre el *peón* y el *patrón* eran papeles estables. Los títulos dependían del ejercicio del oficio y de las condiciones en que se establecía

el contrato para realizar una labor. El patrón era el dueño de la tierra y el peón era quien prestaba sus servicios. Pero estos estatus podían intercambiarse con la diferencia de algunos días y con la devolución de los “brazos prestados”<sup>22</sup> entre vecinos. Se trataba del “peón del día” y el “patrón del día”.

De los oficios mencionados aun hoy son reconocidos los gañanes y las cocineras, y aunque los aserradores con gran conocimiento del “monte” son cada vez menos y son fuertemente censurados por la Corporación Autónoma Regional de Chivor (Corpochivor), la explotación de la madera sigue siendo una alternativa económica para las familias que carecen de tierras y producciones comerciales. Con respecto al conjunto de los trabajos mencionados, en algunas veredas viven unos pocos “antiguos” o “terraneros” que conocieron y desempeñaron estos oficios. Estos fueron relegados por la incorporación de nuevas tecnologías, como en el caso de los molenderos. Algunos fueron segregados por el reemplazo de los productos campesinos por los productos del mercado, como los hilados y los tejidos. Otros fueron marginados por la ausencia de población capacitada para desempeñar estas labores como los muleros y las tejedoras. Por su parte, los encargados de la salud como las parteras, los curanderos o “teguas”, que aún hoy son consultados en algunos municipios, fueron vetados por el sistema de salud moderno. Las explicaciones más comunes para su reducción se centran en tres factores interrelacionados: el cambio de aspiraciones ocupacionales, la disminución de la población joven disponible y la poca viabilidad económica de estos trabajos.

Sin embargo, se debe aclarar que la desaparición de los oficios especializados a través de los cuales se accedía al capital no significó la desaparición de la economía campesina para el autoconsumo y la comercialización de algunos productos en el mercado. Estas serían golpeadas más fuertemente por la adopción del modelo neoliberal.

En la actualidad se mantiene el conocimiento compartido sobre la producción de una amplia diversidad de alimentos de pancoger. El conocimiento sobre las labores agrícolas hace parte del sentido común de la población rural de ambos géneros; se puede decir que entre los campesinos existe una forma de *alfabetización agrícola* que se aprende desde la infancia en la práctica y el trabajo cotidiano e implica el conocimiento de los cultígenos, las formas de aprovechamiento, los ciclos de producción (tiempos de siembra y cosecha) y sus usos. A pesar de que la producción para el autoconsumo no requiere de una gran cantidad de insumos ni recursos monetarios, el acceso, la tenencia o la propiedad son indispensables para la producción y la autosubsistencia del campesino.

El acceso a la tierra, la producción y la estructura ocupacional para acceder a recursos monetarios son aspectos de la economía campesina que permiten entender la forma como se construye la división del trabajo según las edades y los géneros y en especial, la construcción de los conceptos sobre adultez y juventud.

Dentro de las concepciones deseables de la vida adulta se encuentra la tenencia de un terreno propio que permita la autonomía familiar y productiva. En el caso de las mujeres, la maternidad, la conformación de una familia, la tenencia de tierra y la posesión de ganado marcan el fin de la etapa juvenil. El campesino adulto debe lograr ser patrón, es decir, ser propietario de un terreno (por más pequeño que sea) y autónomo sobre su producción, mientras el joven, aún sin tierra, sólo puede ser peón

---

<sup>22</sup> Tipo de contrato entre vecinos, familiares o amigos en el que se intercambia el trabajo. El propietario de una finca ofrece el trabajo a su vecino a sabiendas de que en el momento que él requiera mano de obra el vecino devuelva el servicio que él le ha prestado.

hasta cuando logra conseguir los recursos para hacerse a su propia parcela y tener autoridad sobre sus cultivos. Mientras que los jóvenes se definen por su gran movilidad dentro de las veredas para acceder a trabajos en otras fincas o poblaciones —hecho que los hace merecedores de apelativos como “plagos”, “langostas” o “volantones”—, el adulto, por su parte, debe tener tierra, establecerse y conformar una casa.

En una zona donde predomina el minifundio y donde la segmentación de los terrenos impone límites a la subsistencia económica de nuevas familias, la juventud es un período de la vida para “coger camino”, para salir de la vereda y conseguir los medios económicos para lograr la autosubsistencia.

Sin embargo, con la reducción paulatina de los oficios especializados se creó una carencia de labores que permitían a los jóvenes el aprendizaje y la remuneración a través de cargas, tareas o jornales en la región. Por lo tanto, la creación de un vacío ocupacional y el surgimiento de nuevas aspiraciones amplió los rangos de migración de los campesinos. De las *migraciones de retorno* (Arias 2009) o *migraciones golondrina* o *estacionales* asociadas a las variaciones de los ciclos productivos, se pasó a las migraciones estables y cada vez menos asociadas a la producción agrícola (Arizpe 1985). Los jóvenes después de conocer las bases de la agricultura en la infancia debían buscar labores remuneradas que les permitieran conseguir capital, tierra, establecer una producción propia y una familia.

El aumento de la demanda de capital para la obtención de los bienes de consumo y los mensajes transmitidos por programas de educación rural difundieron la idea de que las labores tradicionales del campo (la producción para el autoconsumo) no eran deseables y mantenían a los pueblos y la nación en el atraso. Se ofrecían, además, otro conjunto de trabajos técnicos y profesionales que conducían a la consecución de capital y progreso. Los campesinos, que antes sólo podían desempeñarse en las tradicionales tareas agrícolas y cuyo dilema en la opción de vida era decidirse por la vida familiar agrícola o la vida religiosa, ahora tenían libertad en la opción vocacional. Así lo expresa Olga Galindo (campesina de la región quien en la actualidad se desempeña principalmente en el negocio de la lechería, cuida a sus dos nietos y por temporadas recibe el apoyo laboral de uno de sus hijos que se encuentra en Bogotá estudiando ingeniería mecánica automotriz): “En antes decían: nació el gañán y la niña, la cocinera. Nacían peones, ¡piones!, ahora nacen ingenieros” (abril 11 de 2009). La apertura de nuevas opciones y la subvaloración de las tareas agrícolas transformaron las aspiraciones ocupacionales al interior de las familias campesinas.

Según Lourdes Arizpe (1985) las perspectivas del progreso generaron un intercambio inequitativo entre la economía campesina y el capitalismo, en el que operaron simultáneamente dos fenómenos: uno económico y otro cultural. Este último lo llamó *revolución de aspiraciones* donde el flujo desigual de recursos entre ambas economías generó “una baja valoración de las formas de vida campesina y exaltó los deseos asociados a los patrones de consumo urbanos” (Arizpe 1985 en Silva 2010: 506).

A través de la escuela se crearon mayores requerimientos de consumo. “A mí se me hace raro que ahora en quinto le ensañan a un niño lo que a uno [en 1950] le enseñaron en segundo y cuando eso a uno no le pedían uniforme... era descalzo, con su ropa remendada y usaba uno faldas, de debajo y de encima, no había ni calzones” (Dolores Pineda, marzo 19 de 2009). Una década después los maestros rurales habían difundido las nociones de higiene y las formas de apariencia deseables dentro de la educación. La escuela tenía la finalidad de difundir los valores de la

modernidad y estos, en muchas ocasiones, estaban cargados de mensajes antiagrarios.

[En la década de 1960] En la escuela uno tenía que dejar su sombrero y su ruana para sentirse igual a los del pueblo (Elvira Mendoza, noviembre 22 de 2009).

[La identidad campesina] Eso no lo quitó el Estado con la educación porque en el libro lo primero que uno veía era un gringo. A uno le quitaron eso (Gustavo Perilla, noviembre 22 de 2009).

Los profesores ayudaron a difundir la protección de los menores, algunos denunciaron el maltrato y el trabajo infantil y las formas de castigo de las familias campesinas. El sistema de salud y el ICBF (desde 1968) hicieron presencia en las zonas rurales a partir de las instituciones educativas y el estrecho vínculo con los maestros rurales. A través de la instrucción también se difundió la idea de que el progreso económico y humano solo se lograba a partir de la continuidad en la educación formal y el acceso a las formas de consumo urbanas. Las escuelas fueron y, aún hoy, continúan siendo el símbolo del Estado en las zonas rurales.

Vanos fueron los esfuerzos de las campañas que buscaban evitar la migración de los jóvenes rurales tras la finalización de la escuela primaria. Como lo argumenta Lourdes Arizpe (1985) las migraciones han tenido un patrón de movilidad histórica que tiende a seguir los flujos del capital. Por lo tanto, la descapitalización del campo ocasionó diversas vías de migración: hacia los pueblos y las ciudades, hacia las minas, las petroleras y los cultivos de marihuana y coca.

Con respecto a la vía urbana, el estudio de Stephen Schmitz (1993) sobre la relación entre educación y migración en el Valle de Tenza sostiene que “el nivel educativo coincide con el comportamiento migratorio entre los habitantes rurales” (VI). Según el autor, los avances de la modernidad han generado disonancia entre los mensajes de la educación y los valores culturales de las tradiciones agrarias. La educación ha sido un canal de difusión de las percepciones sobre la pobreza rural y la existencia de mayores posibilidades económicas en las ciudades. Además, la toma de decisiones y el comportamiento migratorio han dependido de las ideas de progreso y las posibilidades económicas de las familias. Esta toma de decisiones se encuentra en la base de la formación de las clases sociales. Por lo tanto, existe la tendencia de que quienes tienen mayores recursos migran para continuar la educación, lo que implica una inversión a largo plazo, mientras que las familias de menores recursos migran para encontrar posibilidades laborales (Schmitz 1993).

El autor divide la población en “clase alta del pueblo, clase baja del pueblo, clase alta del campo y clase baja del campo” (Schmitz 1993 en Franco 2009: 15). La clase alta del pueblo migra para conseguir mejor educación en las zonas urbanas y vuelven por temporadas al pueblo. “La clase baja del pueblo migra a conseguir mayores oportunidades de trabajo, no de estudio”. La clase alta del campo migra a los poblados a terminar el bachillerato aunque “algunos permanecen en el campo pues están orgullosos de ser trabajadores. Los últimos, la clase baja del campo, no migran, tienen muy baja educación y temen a las ciudades” (Schmitz 1993 en Franco 2009: 15).

Además de las distinciones de clase para establecer las diferencias en la toma de decisiones para migrar, se deben tener en cuenta algunas costumbres relacionadas con las formas de sucesión en las familiares rurales. En el Valle de Tenza, las formas de sucesión acostumbradas designan al hermano menor como el heredero de la casa de los padres. Aunque la distribución de las tierras se hace de forma equitativa entre

los hermanos, el cuidado de los padres y los terrenos de la vivienda son encomendados a los “cuvas” (hijos menores)<sup>23</sup>. Por lo tanto, además de la influencia de las clases sociales y el acceso a la educación sobre el grado de movilidad de la población, existe la tendencia de que los mayores se alejen pronto de sus veredas mientras los menores permanecen en las fincas al cuidado de los padres, los terrenos y los cultivos (entrevistas 2009, 2010).

Las diferentes opciones de permanencia, migración y desempeño ocupacional en las economías agrarias y no agrarias definen el fenómeno de *diversificación laboral* (Estrada 1998). Este concepto ha sido la base para describir las tendencias de la Nueva Ruralidad en los países de América Latina, en la que existe una transformación productiva de las zonas rurales y un cambio de identidad entre sus habitantes. De acuerdo con Michel Kearney, los habitantes rurales no pueden ser pensados como comunidades cerradas adscritas a un escenario local, en oposición a las metrópolis vinculadas al mundo globalizado. Los habitantes rurales ya no se definen por la producción primaria y el vínculo exclusivo a la tierra y el campo, sino por su desempeño en distintos contextos y labores. Por esta razón, el autor propone el concepto de *Polybiano* para explicar la configuración de los habitantes rurales como sujetos cosmopolitas, que han aprendido a manejar distintos escenarios económicos y que rompen las divisiones: global/local y urbano/rural (en Tocancipá-Falla 2005: 7 - 41). Así, el mundo rural de América Latina presenta un nuevo contexto en el que el campo se ha desagrarizado y los sujetos, los campesinos, se han vinculado a una multiplicidad de trabajos, principalmente del sector servicios, a la vez que mantienen un vínculo con su región de origen. La diversificación laboral “consiste en la realización de diversos oficios temporales o permanentes que pueden implicar o no el abandono de las labores agrícolas, y son realizados por los miembros de una familia de origen rural que continúan aportando económicamente a ella aun cuando se desplacen a otras regiones” (Silva 2010: 6). La diversificación laboral es de gran importancia para entender las estrategias de subsistencia de las poblaciones rurales y las transformaciones de las economías domésticas y las identidades campesinas.

Sin embargo, la diversificación laboral no sólo ha generado el aporte de trabajo a las economías urbanas, al sector industrial o a los servicios; el trabajo de la población de origen agrario, especialmente joven, ha favorecido también otras economías rurales, como las extractivas y, más allá de su de las frontera entre la legalidad y la ilegalidad, han movilizadado un gran número de población hacia la producción de coca. En el Valle de Tenza, la noción de “probar suerte” durante la juventud ha creado diversos canales de migración. Dentro de las opciones, los polos de atracción de mayor impacto en las últimas décadas han sido la minería y los cultivos proscritos.

Desde finales de la década de 1960, la población se desplazó de forma masiva para desempeñarse en la minería de la esmeralda, en los cultivos de marihuana y coca y en las obras de infraestructura. Así lo describen Alirio Gamboa (zootecnista) y Alvaro Rojas (agronomo) quienes se desempeñaron como funcionarios del ICA y Corpoica. En las visitas que realizaban a las veredas para prestar las labores de extensión agropecuaria observaban la migración masiva de los jóvenes:

En la década de los sesenta, setenta y parte del ochenta había las minas de Coscuez, las de Somondoco y las de Chivor, entonces arrancaba la juventud para allá, emigraba totalmente y se iban a *guaquear*. Ese término *guaquear* acá es muy conocido porque era lavar tierras; botaban las piedras y tamizaban, de pronto conseguían una chispita. Eso también era un problema porque realmente

<sup>23</sup> Estos tipos de herencia que privilegian al hijo menor son presentados por David Robichaux (2007) en *Familia y diversidad en América Latina* como formas andinas de sucesión que permanecieron a pesar de la imposición del mayorazgo Europeo durante la Conquista y la Colonia.

los dueños del negocio eran unos tipos de mucha plata apoyados por el gobierno que, en esa época, les habían dado en contratación esas minas... Entonces, lo que hacían era echar esa tierra para abajo y la tamizaban, salía morralla y de la morralla salía esmeralda. Entonces la gente se *enguacaba*, cogían una esmeralda o una chispa que costaba unos dos, tres millones de pesos, a veces cinco o diez millones, entonces la gente se enloquecía. Eso hay muchos cuentos: que se colocaban el sombrero “pelo’e guama”, que con revólveres, pistolas, que se ponían el pueblo de ruana, que enamoraban las mujeres más bonitas. Decayó la época de las esmeraldas y luego vino la época de la marihuana [...] que, entre otras cosas, la *Cannabis Sativa* colombiana es la mejor del mundo junto con la americana. [...] Luego pasó el boom de la marihuana y se metió la coca. Entonces fíjese que va esmeraldas, marihuana y coca. Pero la gente siguió sembrando cultivos de corto ciclo biológico, el maíz, la habichuela, el pepino (Alirio Gamboa, junio 28 de 2008).

Vea que eso fue cierto porque a mí [como funcionario del ICA durante las décadas de 1980 y 1990] me tocó ir de vereda en vereda de tres municipios, Sutatenza, La Capilla y Garagoa, y uno llegaba a la finca y encontraba a los viejitos puros viejitos... y uno preguntaba: ¿y los hijos?, “no, si ellos se fueron por allá a trabajar”, ¿para dónde? “No pues a raspar coca por allá al Guaviare”, o yo no sé dónde, por allá por los lados de Norte de Santander (Alvaro Rojas, junio 28 de 2008).

Estos testimonios los sostiene Gustavo Perilla quién afirma que estas actividades iniciaron su impacto antes de la década de 1980.

En el año 66 se comercializaba hachís en el asadero de pollos, pero la producción iba toda para fuera. Así se crecieron todos estos pueblos; los “planteros” de los Llanos venían a buscar sus obreros para sembrar sobre todo allá; acá también se sembró, pero era gente que no era de acá, porque la gente de acá siempre ha sido como sana. En el 76 mucha gente se desplazó. Allá abajo era coca, acá era marihuana. En esos años llegó mucha gente también para la construcción de la Represa de Chivor (Julio 7 de 2008).

Las labores con fines ilícitos fueron desempeñadas con el objetivo de aportar recursos para cubrir las demandas de consumo, contribuir en la educación de los miembros de la familia y generar un mercado para los productos agrícolas y pecuarios.

Es que entre más más yo no sé a dónde iremos a parar. Cuando dejaban trabajar a la gente en las coccaleras pues había trabajo... iba a trabajar era el varón y a la hija la dejaban, o la mandaban a estudiar a Bogotá o a Tunja, con la plata que se sacaba. Yo por eso digo que esta región es muy sana también porque es muy pobre. Por eso era peligroso, porque había plata y se vendía también porque había plata. Quién va a comprar productos si no hay plata (Marta<sup>24</sup>, cocinera de una escuela rural, agosto 25 de 2008).

La oferta de una vía más expedita para conseguir recursos económicos sigue motivando a un gran número de jóvenes a desplazarse hacia las zonas de cultivos de uso ilícito, al punto que hoy se reconoce la presencia del “Cartel del Valle de Tenza”. Este funciona a través del enganche de jóvenes (hombres y mujeres) hacia las zonas coccaleras de los Llanos y el Catatumbo, lo que implica también, en ocasiones, la incursión a los grupos armados. Mientras que existe una oferta clara y de fácil acceso para la vinculación a los cultivos de coca y su procesamiento, no ocurre lo mismo con el trabajo asalariado y la educación, en la que la virtualización, los calendarios, los

---

<sup>24</sup> Pseudónimo.

trámites, los exámenes y los pagos suelen ser una barrera de acceso para muchos jóvenes.

Sin embargo, el acento en estas actividades no significa que la vía urbana (hacia la educación y el empleo) o el trabajo en otras poblaciones rurales (otros cultivos, las minas, la extracción petrolera) hayan dejado de ser opciones para la población. Empero, el reconocimiento del mayor impacto de las labores proscritas como vía para los jóvenes de ambos géneros está relacionado con el cambio de políticas del Estado sobre la producción de alimentos. La toma de decisiones de los sujetos mantiene relación con las formas de intervención del Estado sobre las economías agrarias. No se puede reducir a la decisión personal de los jóvenes fenómenos que también resultan de las transformaciones estructurales de la economía nacional.

El paso del modelo de Estado proteccionista al modelo de Estado neoliberal implicó una transformación en el enfoque de la economía agraria del país, centrado en promover la producción de bienes con ventajas comparativas para la exportación, a costa del creciente abandono de la producción de alimentos propios de la economía campesina. Sin embargo, la exportación de bienes con ventajas comparativas no logró compensar el ritmo de las importaciones y el creciente aumento de la dependencia alimentaria en Colombia (Suárez 2007: 64-125).

Este cambio de enfoque productivo tuvo sus efectos entre las poblaciones del Valle de Tenza, cuya economía (basada en la producción diversa de cultivos transitorios para la alimentación y no en cultivos permanentes para el comercio y la exportación) recibió un último golpe.

Si en el modelo proteccionista o de sustitución de importaciones se amplió el consumo y se redujo la estructura ocupacional de las zonas rurales, en el modelo neoliberal hubo un desmonte de las instituciones del Estado que fomentaban la producción y la comercialización de alimentos.

Las instituciones del sector agrícola, alrededor del ICA<sup>25</sup> y el Idema<sup>26</sup> en el año 1992 perdieron las funciones de capacitación, planificación, investigación, transferencia de tecnología, asistencia técnica, sanidad, control y asesoría a los pequeños productores para el acceso a créditos, y el análisis y control de los precios de los productos en el mercado. Desde 1992 y hasta 1998, estas instituciones sufrieron varias reestructuraciones (el Idema fue liquidado en 1997). El ICA quedó encargado, de forma exclusiva de la inocuidad de la producción agropecuaria con el fin de responder a un mercado futuro: el mercado internacional. Sin embargo, en el Valle de Tenza, el minifundio, la pequeña escala y la gran diversidad de la producción no fueron afines con la ampliación del mercado ni el desarrollo efectivo de la exportación (Silva, 2010). A partir del año 2005, las UMATAs<sup>27</sup>, fueron reemplazadas por las empresas privadas Epsagros<sup>28</sup>. Estas nuevas instituciones, dejaron de apoyar los productos transitorios (la mayoría de ellos básicos de las economías de autosubsistencia campesina) y se centraron en los productos permanentes que eran considerados como estratégicos para la región.

Los campesinos no pudieron ser competitivos en esta nueva perspectiva del desarrollo y perdieron las posibilidades de capacitación, asistencia técnica, crédito y control del mercado que les ofrecía el modelo anterior.

---

<sup>25</sup> Instituto Colombiano Agropecuario.

<sup>26</sup> Instituto de Mercadeo Agropecuario.

<sup>27</sup> Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria

<sup>28</sup> Empresa Prestadora de Servicios Agropecuarios.

El campesino está prácticamente ahogado por esos grandes macroproyectos. Nosotros necesitamos unos proyectos mucho más pequeños pero funcionales. Entonces vamos como en dos contravías, andamos en un choque de trenes (Fabian Melo, de 26 años, se ha destacado por sus poemas y por proponer a los campesinos opciones para la producción sin agroquímicos, agosto 5 de 2008).

No tenemos algo fijo, cada vez que estornuda el presidente todo se va para el suelo [...]. No somos capaces de producir volúmenes. El Gobierno nos pone a competir con los grandes agroindustriales. Nos tratan igual que a los grandes. Que cultiven tantas toneladas y nosotros en una parcela. Nos dejamos meter los agropesticidas y no nos hemos capacitado. Ya nadie echa pala, compra el veneno, y el herbicida hace el trabajo de lo que hacían 20 obreros. [...] Estamos sacando unas dos yucas, unas dos papas acá a la plaza. Entonces eso es muy insignificante, eso no le interesa al gobierno. [...] Entonces, como el campo no es atractivo en ese sentido, yo produzco y eso me da pérdidas, obligatoriamente tengo que mirar para dónde agarro (Miguel Antonio Martín, agricultor, quien en las últimas décadas se ha dedicado a producir vino artesanal y ha buscado alternativas para la producción sin agroquímicos, noviembre 23 de 2009)<sup>29</sup>.

Los testimonios anteriores muestran cómo la nueva perspectiva del desarrollo fue incompatible con las condiciones estructurales de la región (con el minifundio y la producción de pancoger), lo que ahondó las dificultades de la producción y disminuyó las posibilidades de comercialización y obtención de capital. La situación anterior repercutió en el éxodo rural de los jóvenes.

Por ahí máximo a que hagan bachiller y les dio lo mismo porque no hay trabajo. [...] Ellos estudian anhelosos a conseguir un trabajo y como tan fácil no lo consiguen, a veces consiguen la muerte. Se mira temeridad (José Alcides Vivas, noviembre 23 de 2009).

Los que se van a estudiar se van para no sufrir lo que los que se quedan han tenido que sufrir (Gladys Janeth, de 21 años, se dedica al cultivo de la mora y a la producción de pancoger, noviembre 23 de 2009).

Si bien, el acceso de los jóvenes al bachillerato generó mayores expectativas en la calidad de vida y no garantizó la obtención de estudios superiores ni la mejora de los ingresos, los programas de asistencia alimentaria implementados a través de las instituciones educativas cooptaron los mercados que, décadas atrás, eran fuente de recursos para las familias.

Además de la imposibilidad acceder a los grandes mercados internacionales, los campesinos también perdieron los espacios en los pequeños mercados locales que antes abastecían y les permitían cierta solvencia económica. Uno de ellos, de gran importancia, fue el mercado de las escuelas rurales, cooptado por los planes de asistencia alimentaria rural de la gobernación departamental, las alcaldías locales y el ICBF. De esta forma, se desestimuló la producción de alimentos para el comercio local y se generó una mayor dependencia alimentaria de la población. Así lo describe Gloria Tolosa, líder de la Junta de Acción Comunal de su vereda, quien ha estado interesada en la organización de la comunidad para recuperar el acceso a los mercados escolares.

[El mercado] se jodió desde que llegó a los restaurantes [la comida] que los vienen echando desde Antioquia y los Santanderes. Vea aquí la gente trabajaba y

<sup>29</sup> Los testimonios de los días 22 y 23 de noviembre de 2009 fueron resultado de los talleres realizados con Dora Monsalve como aporte a la construcción de las políticas para la Protección del Conocimiento Tradicional asociado a la Agrobiodiversidad por parte del Ministerio de Ambiente Vivienda y Desarrollo Territorial.

la plata resurgía y pasaba por los colegios y las escuelas, había movimiento. Hace unos 5 años para atrás cuando llegaron esas cooperativas, los restaurantes escolares se fregaron. Esa cooperativa que nos trae los alimentos a la escuela dañó el mercado [...]. Yo participé en una reunión con esa gente que manda duro y un poco de gente de aquí del pueblo se quería meter de proveedores y ahí llegó una señora de la Contragavilana, quien dijo que si van a surtir 25 municipios, entonces dejamos los negocios allá y los hacemos con ustedes. (...) Esa gente pa' quitarla de encima del negocio es tenaz. [...] Las escuelas compran todo de esas cooperativas y a los campesinos no les compran nada. Al intermediario también se le fregó su negocio porque la cooperativa acaparó todo el mercado. [...] No se puede vender nada de la zona a las escuelas rurales, traen todo de otro lado (Gloria Tolosa, noviembre 22 de 2009).

La asistencia alimentaria en las instituciones educativas permitió el ingreso de productos foráneos a la región ofrecidos por cooperativas que garantizaban una producción al por mayor. En consecuencia desplazaron los productos de la zona que antes surtían los restaurantes escolares.

La incompatibilidad de la nueva perspectiva del desarrollo con la estructura económica, la tenencia de la tierra y las preferencias productivas de la población ahondó las dificultades de acceso al mercado por parte de los campesinos. En consecuencia, se presentó un doble fenómeno: mientras los jóvenes continuaron el éxodo hacia otras zonas rurales, las ciudades, los pueblos, las minas y, cada vez más, hacia los cultivos de coca, los mayores se aferraron con mayor fuerza a la producción tradicional de pancoger: el maíz, la yuca, la arracacha, la guatila, el frijol, el plátano, la calabaza, la ahuyama entre otros productos que se cultivan en pequeños "retazos" de tierra. Quienes cuentan con mayores recursos, tierra y posibilidades de conseguir trabajadores, alternan la producción para el autoconsumo con el cuidado del ganado (doble propósito) y algunos monocultivos como la mora, el lulo, el tomate u otras actividades productivas como la construcción, el comercio y los servicios. En general, los registros de la URPA<sup>30</sup> (2006) muestran un incremento de los terrenos destinados a potreros, pero esto no significa el aumento de la explotación ganadera: así lo sostiene Elena Vallejo quién se dedica a esta actividad: "ahora hay más potreros pero hay menos vacas (...) con 18 vacas no quedan \$100.000 libres" (22 de junio de 2010).

Los análisis de la productividad de la URPA (2001, 2003) muestran que los campesinos han subsidiado y mantenido los cultivos tradicionales aun cuando no obtienen de ellos ninguna ganancia monetaria. El caso del maíz registra que la "disminución [del 2000 al 2006] no representa mayor magnitud y es la continuación del comportamiento del cultivo desde la apertura económica; [este producto] se ha favorecido por el arraigo cultural y se resiste a desaparecer por hacer parte de la seguridad alimentaria de la economía campesina" (URPA 2001: 3). En el 2003, hay un crecimiento de la producción del maíz cuando la rentabilidad era de tan solo \$66.186 pesos por hectárea (URPA 2003: 22). La yuca ha sido otro cultivo estratégico, a partir del 2001. La URPA registra que la yuca "sigue la tendencia de recuperación de los cultivos tradicionales de bajos insumos como pancoger y de seguridad alimentaria de la economía campesina" (URPA 2001: 1 en Silva 2010: 18). Estos resultados productivos tienen asiento en las dinámicas internas de organización de las familias.

Los que permanecen en la región se refugian en la autonomía sobre la producción y buscan protegerse de la dependencia del mercado; los que migran buscan maximizar las posibilidades de obtener recursos monetarios. Antes de los 15 años, antes de

---

<sup>30</sup>Unidad Regional de Planificación Agropecuaria.

abandonar su vereda, ya han aprendido el manejo de gran diversidad de cultivos y especies pecuarias, de tal manera que si un día deciden regresar tienen el conocimiento para establecer nuevamente la producción.

De esta manera, la economía de autoconsumo y la tenencia de propiedades en las que permanecen los adultos siguen representando un seguro para los jóvenes. Este también es la base que les permite aventurarse en el momento de buscar la independencia económica. Los jóvenes saben que, siempre, pueden regresar a la finca, pero en muchas ocasiones, también manifiestan que si permanecen en ella, no tendrán mayores posibilidades de obtener dinero y reconocimiento social.

La historia del desarrollo nacional y las concepciones morales de las poblaciones locales han designado para los jóvenes un papel productivo, pero, en las condiciones actuales, la obtención de capital difícilmente puede llevarse a cabo en la producción tradicional de alimentos. Además, la relación continúa con otras perspectivas culturales que sobre la juventud circulan a través de la educación y los medios de comunicación, los hace percibir los imaginarios de subordinación, vulnerabilidad o victimización con las que normalmente son representados los campesinos. Lo anterior, los lleva a reclamar otras posibilidad a través de la migración y el dominio de otros códigos culturales, mientras mantienen contacto con sus poblaciones de origen.

De esta forma, los jóvenes son protagonistas de las transformaciones del escenario rural y de las subjetividades de sus habitantes. De acuerdo con Jairo Tocancipá-Falla (2005), más allá de las dinámicas de migración y la desagrarización rural, la noción de campesino sigue teniendo significado como categoría de adscripción a un grupo social. En el Valle de Tenza la población se reivindica por su vínculo con la tierra, por la autonomía sobre su subsistencia y base de la producción de alimentos para sus comunidades y el resto del país. A pesar de que las actividades extraprediales pueden implicar el detrimento de la agricultura, los ingresos provenientes fuera de las fincas sirven a las familias para preservar y subsidiar las economías y culturas agrarias. Los argumentos de María de Nazareth Baudel (2001) con base en la realidad del Brasil, también pueden ser explicativos para los fenómenos del Valle de Tenza. La pluriactividad que surge de las familias rurales “no es el resultado del abandono de la agricultura”, la pluriactividad expresa una estrategia familiar adoptada, cuando las condiciones lo permitan, para garantizar la continuidad en las zonas rurales y los lazos más estrechos con el patrimonio familiar”. Las poblaciones rurales protegen, de forma especial, los conocimientos sobre la diversidad, la autonomía sobre la subsistencia, los medios de producción y los vínculos familiares. La tierra, los significados de identidad expresados sobre la región y el territorio, y las redes sociales “continúan siendo un elemento de referencia y convergencia aun cuando la familia es pluriactiva y sus miembros viven en localidades diferentes”. La agricultura su peso relativo, pero no desaparece y continúa siendo un referente económico y cultural (2001: 37). Las poblaciones rurales se reestructuran y articulan a la producción agraria nuevas dinámicas sociales.

A continuación presento, a partir de relatos de la población, las diversas vías ocupacionales de los jóvenes, los mecanismos de acceso a capital y los tipos de vínculos con las zonas rurales que se han mantenido en diferentes grupos de edad.

### **3.2. Relatos de jóvenes y de juventud. Seguridad, riesgo y retorno en las transformaciones de los modos de vida rurales**

En esta sección se presentan los matices y las diferencias en las decisiones de migración o permanencia de los jóvenes y se les compara con los relatos de adultos sobre su juventud. Los testimonios permiten ver diversas vías ocupacionales y los referentes culturales (las redes sociales, los medios de producción o los conocimientos agrarios) que se mantienen a pesar de la movilidad de la población.

En los relatos permanece una noción de seguridad asociada a la finca y la producción para el autoconsumo, al tiempo que la búsqueda de independencia económica implica una alta movilidad, riesgo y búsqueda de oportunidad. La parcela, de dónde salen a buscar otras opciones, significa al mismo tiempo el lugar que limita las posibilidades y, paradójicamente, el escenario de seguridad y refugio para los jóvenes.

Los relatos muestran cómo, si bien los sujetos toman decisiones bajo la libertad individual, sus opciones están estructuradas por el *capital cultural* que poseen y las posibilidades que ofrece el medio social (Bourdieu 1997).

Se tuvieron en cuenta once relatos de cinco mujeres y seis hombres. Éstos pretenden mostrar variaciones (más que patrones) de comportamiento, que permitan entender el campo de posibilidades en el que los jóvenes rurales han construido sus vidas. Las entrevistas realizadas tuvieron la finalidad de conocer cuál había sido el proceso de socialización, qué tipo de conocimientos habían adquirido de manera alterna a la educación formal y cuál había sido la trayectoria de sus vidas; los momentos coyunturales que los habían llevado a la situación actual, la iniciación en el trabajo, cómo entendían el ser campesino y cómo perfilaban su futuro. En el caso de los adultos, se les preguntó de forma específica por las actividades que habían desempeñado durante su juventud y cómo éstas habían influenciado sus condiciones presentes. Las conversaciones se realizaron en las viviendas de los entrevistados a quienes pude contactar por referencia de otras personas que consideraban relevantes sus testimonios.

Los relatos son presentados en cuatro subsecciones. La primera, compara las formas de vida de dos hermanos que han ido a la ciudad a continuar sus estudios y las de otros dos que permanecen en la finca y han tenido vínculos de confianza con los medios sociales que habitan. La segunda sección tiene en cuenta las narraciones de tres personas que observan un escenario de riesgo y buscan oportunidades al margen de sus propias perspectivas morales. La tercera sección cuenta la historia de dos adultos que tras ir y regresar manejan el riesgo latente de la obtención de capital a partir de la producción agraria. Por último, la cuarta sección presenta los relatos de dos mayores que han permanecido en el campo y han utilizado la diversificación agrícola y laboral como estrategias para permanecer en las zonas rurales. Mientras que la mayoría de las narraciones de los jóvenes muestran las fuerzas de dispersión que llevan a la movilidad fuera de la finca, los relatos de los adultos muestran las fuerzas de integración que, los llevan a legitimar sus formas de vida. La articulación entre estas dos perspectivas los lleva a reproducir la economía campesina.

Los relatos son estudiados a la luz de diversos análisis sobre el cambio sociocultural (sus procesos, fines y el papel de los sujetos en las transformaciones sociales). En

estos estudios destaco los argumentos de Orlando Fals Borda (1959) quien desde una perspectiva marxista, define el cambio como un proceso de retroalimentación entre la infraestructura económica y la superestructura simbólica; Marshall Sahlins (1985) quien argumenta la articulación entre las transformaciones (la historia) de los pueblos y sus referentes culturales (estructura simbólica); Stuart Kirsch (2001) quien propone los cambios socioculturales como mecanismos de protección de los referentes (económicos, culturales y sociales) que permiten la reproducción de los grupos; Mary Douglas (1992, 1996) quien propone la percepción del riesgo como un motor del cambio sociocultural, y Pierre Bourdieu (1997), quien sitúa a los acciones de los sujetos como base de las transformaciones. Según Bourdieu, los sujetos se encuentran atravesados por distintos capitales (*cultural y económico*) que estructuran su acción en forma de *habitus* (disposiciones adquiridas). Con base en sus referentes culturales los sujetos se enfrentan en un campo de fuerzas para conseguir sus fines, manteniendo o transformando la estructura social (1997: 49).

### **3.2.1. Entre el capital y la autosubsistencia: Configuración de la confianza de cuatro jóvenes hacia distintos medios sociales**

Las siguientes narraciones presentan las formas de la vida de cuatro jóvenes que todavía dependen de sus familias. Los dos primeros testimonios corresponden a la historia de Paola de 20 años y Andrés de 16 años, dos hermanos que viven en la ciudad pero visitan por temporadas a sus padres. Su movilidad sigue la estructura de la vía educativa donde, a pesar de sus posibilidades, impera la perspectiva sobre la construcción del periodo juvenil en torno al escenario educativo. Ambos cursaron estudios primarios en la escuela rural, luego se desplazaron al pueblo para continuar la educación secundaria y en la actualidad se encuentran en la capital departamental realizando estudios universitarios.

Los dos relatos siguientes representan las formas de vida de dos hermanos que permanecen en el campo. Las entrevistas a Marisela de 21 años y Andrei de 23 años presentan las diferencias educativas y ocupacionales al interior de la misma familia. Marisela con mayor aporte al trabajo doméstico y menor aporte a las tareas agrícolas, termina sus estudios secundarios, mientras que el hermano Andrei, por opción propia, renuncia a la educación y se dedica al trabajo en la finca. Él representa el único de los casos en donde no existe una búsqueda de salir de la zona rural de origen. Por su parte, la joven ha trabajado durante algún tiempo en el pueblo donde terminó la secundaria y en la actualidad espera acceder a los estudios tecnológicos.

Los entrevistas realizadas a los dos grupos de hermanos presentan diferencias en el conocimiento y dominio de la producción agraria, sus formas de valoración del medio rural y las perspectivas y aspiraciones de futuro.

Paola y Andrés viven actualmente en Tunja. Paola estudia psicología y costea sus estudios con una beca por su buen rendimiento académico. El trabajo temporal en una cafetería y el apoyo económico de sus padres, le permite mantenerse en la ciudad. Su hermano Andrés estudia ingeniería civil, hace poco inició sus estudios. Sus padres vendieron algunas propiedades y pidieron un préstamo para que los cuatro hijos pudieran ir a la Universidad. Paola, por tener el apoyo de una beca en la Universidad, contribuye con los gastos de sus hermanos. Ambos regresan al campo los días festivos y durante las vacaciones, y apoyan a su familia en los trabajos de la finca. El ganado, algunas ganancias en la venta de productos agrícolas, el trabajo del padre en la construcción y los trabajos en establecimientos comerciales de los hijos, son las principales fuentes económicas de la familia.

Con respecto al tiempo que permanecieron a la vereda y su desplazamiento a la educación urbana afirman:

**Paola:** Acá aprendí a cultivar, a cuidar las plantas y eso. En la escuela había una huerta y nosotros cultivábamos la huerta. Aprendimos a sembrar y a trasplantar y a arrancar la yerba. Aprendimos a sembrar el maíz, el frijol, la habichuela, arracacha, yuca, ahuyama, plátano, hortalizas. Ahora se compra la plantica, ya viene grandecita. Aprendimos a preparar la tierra y los surcos los hacía mi papá. [Sobre los periodos de siembra y tipos de cultivos] No sé. No sé las variedades, no me acuerdo de los nombres, del tomate no sé el nombre pero sé que hay unos más largos y otros más redondos, de la habichuela hay una blanca y otra normalita, maíz, hay blanco y amarillo para pollos, hay frijol permanente y esta vez están sembrando baluy, pero es la primera vez. Ahuyama, sé que hay una pequeñita que da a los dos meses.

[Cuando Paola tenía 11 años y Andrés 10, fueron a estudiar al pueblo] Teníamos una ruta, teníamos que madrugar más y a veces teníamos que quedarnos en el pueblo para hacer trabajos. Cuando fuimos al colegio ya no podíamos ayudar en la finca, sólo los sábados. [...] Después nos fuimos a Tunja (...) somos cuatro hermanos y estamos todos en Tunja, entonces como ellos estaban allá fue más fácil, yo tengo una beca y vivo en las residencias de la Universidad, ellos si viven juntos. [...] Con lo que me gano les ayudo.

[Con respecto al trabajo] **Paola:** Yo trabajé a los 15 años alfabetizando. Me pagaban. Ahora a veces trabajo en una cafetería. En un café bar también trabajé haciendo turnos de mesera.

**Andrés:** Yo nunca hice jornal, pero ayudaba a mi papá en la construcción, subiendo material en un caballo. A los 13 años me gané mi primera plata, fue en la subida de un material para la construcción.

[El significado de ser campesino y las perspectivas futuras]**Paola:** Ser campesino es saber cosas del campo.

**Andrés:** Yo me considero campesino porque nací acá y durante una etapa de mi vida viví acá. [...] En el futuro pienso dedicarme a mi vida laboral, seguir estudiando, terminar mi carrera y especializarme en algo. Yo no viviría en el campo porque la carrera que estoy estudiando, la ingeniería de vías, no está muy relacionada con el campo.

**Paola:** Yo me considero campesina porque he vivido gran parte de mi vida acá y me gusta el campo. [...] En el futuro seguiría volviendo en vacaciones, la carrera no me permite permanecer acá [...] Mi vida es distinta a la de mi mamá. A mi edad mi mamá ya se había casado y ya tenía hijos. Yo ni siquiera he pensado en eso. Ella se dedicaba a ser ama de casa y a cultivar. Nosotros sólo los ayudamos por raticos.

**Andrés:** Pues sí, ellos no tuvieron la oportunidad de estudiar y se dedicaron a la agricultura, les tocaba trabajar en el campo.

**Paola:** En el futuro me veo ejerciendo mi profesión, quiero seguir estudiando y ya después tener una familia. [...] Yo no me casaría con un hombre machista, ni manipulador, ni celoso que pretenda que uno se quede en la casa y que no pueda salir a estudiar o trabajar. Tampoco me gustaría que dependa económicamente de su familia.

**Andrés:** A mí me gustaría una mujer independiente que no espere que el marido le haga todo y que tenga un futuro predecible (junio 30 de 2011).

Los testimonios anteriores se destacan por la prioridad educativa para los hermanos. La educación estructura y da orden a las etapas de la vida de los sujetos y los lleva a un distanciamiento progresivo de las actividades agrarias. A pesar de que esta vía no carece de incertidumbres económicas dada la inversión inicial de los padres para la educación, la continuidad en los estudios y el futuro acceso al mundo profesional, los jóvenes perciben una situación de estabilidad. Las incertidumbres son vistas como parte de la oportunidad requerida para acceder a la educación. Desde la perspectiva de Mary Douglas, cuando la incertidumbre y el riesgo tienen implícito el cambio en dirección de una pequeña población local a una población moderna más amplia, el

riesgo es percibido y justificado en pro de la “emancipación” de las restricciones de la comunidad local, en este caso, en pro del “progreso” (1992: 24). En los testimonios, aunque los hermanos mantienen un contacto con la finca y contribuyen con las labores agrícolas durante el tiempo que visitan a sus padres, perfilan su futuro fuera del escenario rural.

A diferencia de Paola y Andrés, quienes viven en la ciudad y han optado de manera similar por la educación, Marisela y Andrei permanecen en la finca de sus padres y han tenido un acceso distinto a la escolaridad:

**Marisela:** Yo no me dedico a nada de los cultivos, mi hermano sí. [...]Yo ahorita estaría escuchando música o viendo televisión.

**Andrei:** Yo rozando y arreglando la finca.

**Marisela:** Yo viví en el pueblo cuando estudié.

**Andrei:** Yo he estado acá todo el tiempo. No fui al pueblo.

**Marisela:** No quiso.

**Andrei:** No me gustó el estudio. No me entró la materia de matemáticas y no quise seguir estudiando por eso [...] me gustaba era educación física.

**Marisela:** A mí me gustaban todas las materias, química, biología, español también [...].

[El aprendizaje en el campo] En el campo aprendí, para mí, cómo tener cuidado de un ganado, el nacimiento de un ternero, a echarle en el ombligo Fenol para que no se engusane, y los diferentes cultivos, cómo los siembran, cómo los abonan y cuánto se demora cada mata en dar la producción.

**Andrei:** Los cultivos. Acá se siembra plátano, mango, guatila, yuca, arracacha, guayaba, frijol, alverja, ahuyama, pepino, calabaza, cilantro, maíz, papaya, aguacate.

**Marisela:** La mayoría no se vende, sólo el excedente de la papaya, el frijol, y la arracacha [...] todo lo hace mi papá. El que vende siempre ha sido mi papá. El ganado sí es para la venta, la carne se comercializa y las cuajadas.

Tenemos tierra acá y hay otra en el páramo, allá se cultiva yuca, arracacha y pastos. Yo casi no voy, él es el que va seguido, de allá traen. Allá se demoran más en producir, se siembra en la misma época pero se demora más en dar en el páramo que acá, eso pasa con la yuca, la arracacha que es lo que más se cultiva. Yo no hago nada de eso, pero veo y escucho.

**Andrei:** Acá se siembra en marzo, abril, con las lluvias y mis papás hablan de Guayome cuando pasa la temporada de lluvias en septiembre.

[Variedades de producción que conocen] hay maíz blanco, amarillo pollo, amarillo de harina, maíz pira, ahuyama híbrida y común, que ya como que se perdió porque no tiene comercialización.

**Marisela:** Todo el mundo compra que la híbrida, la híbrida.

**Andrei:** Da la producción más rápida y es más carnuda, debe ir injertada con calabaza. La común se demora unos seis meses. Frijol cargamanto, bolaroja, ese no se da en el páramo, el permanente, es de bejuco.

**Marisela:** Alverja, esa se siembra de la misma. Hay una que llaman calostra.

**Andrei:** Calostra, híbrida y guatecana. La calostra da mejor semilla. La ahuyama la gente no la guarda. La arveja sí se puede guardar, pero ya la gente no la guarda porque la producción es más poca.

**Marisela:** La gente guarda semilla de la ahuyama común. [...] El plátano, dominico, hartón, patuno, popocho, el plátano se da acá, no se da en el páramo.

**Andrei:** En el páramo se da frijol, papa, arlverja. En el páramo y no acá.

**Marisela:** Yo no hago nada de eso, el que ayuda es mi hermano, pero uno ve y escucha y se da cuenta cómo se hacen las cosas. [...] Ahora estoy haciendo exámenes para entrar al Sena a estudiar contabilidad y finanzas.

[Con respecto al trabajo] **Marisela:** Yo estaba en el pueblo el año pasado trabajando en el supermercado, era cajera. Me devolví a cuidar a mi mamá.

**Andrei:** Yo he conseguido sembrando café.

**Marisela:** Ellos siembran cultivos en socio con mi papá y ahí se reparten. Mi papá pone las semillas, los fungicidas y él pone la labor, y las ganancias las reparten por igual.

**Andrei:** También con los vecinos, que paliar maíz, paliar huerta, así. Yo tengo una novilla, mi papá tiene 2 y 2 terneros. Esa novilla la compré trabajando en ahuyama.

**Marisela:** Yo tengo una novilla, una vaca y un ternero, me la compre con la plata del supermercado. Acá la cultura que le enseñan a uno los papás es comprar ganado, es que es lo más rentable, porque por ejemplo, yo compré una novilla en 400 y la vendí en 800 y acá tengo todo, el pasto, no se le invierte nada y mi papá me la ayuda a cuidar. [...] Yo empecé a trabajar a los 20 años en el supermercado.

**Andrei:** Yo a los 15 años, mi primer jornal fue paliando maíz. Mi papá me dio una macheta a los 15 años, para cortar pasto, para picar el pasto al ganado, para diferentes trabajos, pero esa ya se acabó. [...] Para paliar finca hay que analizar cuánto se le va. Hay un pedazo de maíz, se llama al obrero, el obrero analiza cuantos días se le va. El día del trabajo es estipulado, acá pagan a 14000 diarios con la alimentación, almuerzo y guarapo.

[Contribución al trabajo de la casa] **Andrei:** Mi mamá nos enseñó a todos [a cocinar].

**Marisela:** Yo cocino para mi papá y mis hermanos. Cuando estoy acá en la finca cocino para todos, ahora que mi mamá está enferma. A mí me gusta cocinar las verduras, la guatila, la ahuyama, la calabaza. A mi mamá le gusta más cocinar harinas, la yuca, la arracacha. A mi me gustan más las verduras porque me parecen ricas y además son más saludables, cocino de todo un poquito y todos comen normal.

[El significado de ser campesino y las perspectivas futuras] **Marisela:** Yo diría que soy campesina porque tengo las raíces de nuestros padres, abuelos y hemos vivido acá la mayor parte del tiempo. [...] Cuando estuve estudiando en el pueblo venía los fines de semana y los festivos, me gusta el campo y el pueblo por igual.

**Andrei:** [En el futuro] Yo en el pueblo no me amaño. Me gustaría tener para mantenerse uno, tener su tierra, su casa y su finca, estar organizado. Mejoraría en sembrar no de una sola cosa sino de varias cosas, sin químicos.

**Marisela:** Mi papá es achapado a la antigua, la gente del campo no es fácil de que experimente cosas nuevas, siempre han cultivado con abono químico y decirle que no haga eso es como difícil.

**Andrei:** [...] Pues tener hijos, quién sabe, no me trama. Más plata, se gasta en todo. Máximo tener un hijo, con uno no más. Me casaría con una que tenga mis igualdades, al mismo nivel, que sea de buena familia, que tenga sus posibilidades de tierra y ganado.

**Marisela:** A mí me gustaría estudiar contabilidad y finanzas, tener un trabajo estable. A mí me estresa estar tanto en un solo lugar, me gusta estar en la ciudad y también en el campo. Yo invertiría en una finca en el campo pero cerca de la carretera para poder ir al pueblo. [...] Tener novio, casarme, no está en mis planes. No sé, no me parece, las personas que se casan viven muy amargadas, peliando, una mamera. No me gustan tanto los niños. A mí me gustaría trabajar en un banco. Si yo me fuera de acá, acá no hago mucha falta, acá todo funcionaría, yo no ayudo mucho en los cultivos.

**Andrei:** Si yo me voy, la finca queda sola, nadie mira las matas.

**Marisela:** Me gustaría tener un sueldo como mi hermano. Mi hermano mayor tiene 33 años y trabaja en Ecopetrol, es técnico, el aprendió todo lo que tiene que ver con la electricidad en Rubiales Meta. Tiene su familia. Trabaja 21 días y descansa 7. A veces viene, no aporta mucha para la casa porque está con su familia, trae algo en diciembre.

**Andrei:** Yo creo que desde que se explote la finca bien hay futuro en el campo. Acá uno tiene todo más a la mano, hasta más que en la ciudad, allá todo es plata, plata, plata.

**Marisela:** Pues sí, acá no hay tanta plata pero no falta nada (junio 29 de 2011).

Los testimonios anteriores permiten corroborar el análisis de Schmitz (1993) acerca de la relación entre el acceso a la educación y las tendencias de la migración entre los jóvenes campesinos. Además, permite avanzar en los significados que generan esta tendencia. Las diferencias en la movilidad de los jóvenes están dadas por la introducción de formas de valoración distintas sobre la vida rural. Paola y Andrés, los jóvenes que viven en la ciudad, perciben la vida en el campo como una situación de carencia de posibilidades, a los padres “les tocaba”, no “tuvieron la oportunidad de estudiar”; mientras que para Marisela y especialmente para Andrei, la permanencia en el campo es entendida como una opción, es una cuestión de *gusto* que implica, en cierto grado, una ruptura con la vía escolar.

Los testimonios de Marisela y Andrei, y Paola y Andrés, muestran importantes diferencias en el dominio del sistema agrario. Marisela y Andrei, quienes han permanecido en las zonas rurales tienen un gran manejo de la diversidad de las especies cultivadas, los tiempos de siembra y cosecha, el manejo de la microverticalidad dada por las diferencias de altitud de las fincas que posee la familia y sus posibilidades de comercialización que, en últimas, son la base para garantizar el autoabastecimiento alimentario durante el ciclo anual. Por su parte, los jóvenes que han permanecido en la ciudad mantienen el conocimiento sobre las labores agrarias que adquirieron durante la infancia, aunque conocen las especies expresan que han olvidado sus nombres y no reconocen los tiempos de cosecha ni las redes sociales a través de las cuales se establecen las labores.

En la relación entre Marisela y Andrei, vuelve a aparecer esta diferencia en el deseo de movilidad relacionada con el acceso a la educación. Sin embargo, el testimonio de Marisela resulta clave porque su conocimiento sobre ambos medios (su *capital cultural*) se relaciona con el deseo manifiesto de permanecer vinculada a los dos ámbitos sociales. Aunque sus expectativas muestran el deseo de “trabajar en un banco” para obtener un salario, también expresa una sensación de seguridad actual con respecto a la finca: “Pues sí, acá no hay tanta plata pero no falta nada”.

Los puntos de vista de los cuatro jóvenes permiten analizar la relación entre los valores de la modernidad inducidos por la educación institucional y el aprendizaje en la práctica de las poblaciones campesinas.

Para Margaret Mead (1963), en las poblaciones tradicionales, la educación no es un ámbito separado del mundo laboral, ni de la vida cotidiana. Además de ser un conjunto de conocimientos y habilidades a través de los cuales se introduce a los niños y jóvenes en el dominio de la cultura, se compone de sistemas de valoración y comportamientos sociales no siempre explícitos, que el sujeto aprende, adopta e imita para convertirse en adulto y ser considerado como tal.

Mead (1963) observa que en Occidente existe una sobreestimación del proceso educativo institucionalizado y una subestimación de la potencia que tiene la educación del medio familiar y el entorno cultural. El manejo del cuerpo, los hábitos mentales, las habilidades y, sobre todo, aprender a *confiar* en el mundo en el cual se vive, por más inseguro que parezca, hacen parte del conjunto de aspectos destacados de los sistemas de iniciación en la cultura. En este sentido las poblaciones insulares, a través de la educación, aprenderían a confiar en el agua, mientras las continentales en la tierra firme. Por analogía, las poblaciones capitalistas aprenderían a confiar en las instituciones y la educación formal como canales de acceso al capital, mientras los campesinos en la producción agraria como medio para alcanzar la autosubsistencia. El proceso de enculturación explicaría por qué, en los términos Mary Douglas (1996: 58), para las poblaciones “el mundo inmediato parece más seguro de lo que es en realidad”. Entonces, el *capital cultural* estructura los

*habitus* (las prácticas sociales con base en disposiciones adquiridas), el *gusto* y la elección de los sujetos (Bourdieu 1997).

Los testimonios de los cuatro jóvenes permiten abordar el problema de la interacción y la movilidad entre las sociedades capitalistas y las poblaciones campesinas, así como las formas de iniciación en ambos sistemas culturales. Si para Schmitz (1993), la educación está correlacionada con la migración hacia las zonas urbanas, para Arizpe (1945), la migración está relacionada con los movimientos de capital y la *revolución de aspiraciones*. Ante estas perspectivas cabe preguntarse ¿cuáles son los elementos culturales que sustentan las formas de movilidad?

El análisis de los testimonios de los cuatro jóvenes, y en especial el caso de Marisela, plantea que en las decisiones sobre la movilidad o la permanencia subyacen los *sistemas de confianza* hacia determinado medio social. Estos estarían dados por algunos referentes: el grado de conocimiento sobre los medios de producción, el dominio adquirido sobre los códigos culturales y los vínculos sociales en un escenario sociocultural determinado (Kirsch 2001). El conocimiento, el manejo del medio y las redes sociales permitirían la continuidad de la vida de un grupo, lo que lleva a los sujetos -más allá de las representaciones hegemónicas- a percibir su seguridad basada en el medio social que dominan.

Los sistemas de confianza llevan a la población a conocer, optar y vincularse a la estructura ocupacional de un medio sociocultural y permanecer allí. Andrei, quien dejó la educación escolar antes del quinto grado, pero tiene un amplio dominio sobre el funcionamiento de la producción agraria, las transacciones comerciales, las especies cultivables, los ciclos anuales de siembra y cosecha y las variaciones altitudinales no duda en afirmar que “desde que se explote la finca bien hay futuro en el campo. Acá uno tiene todo más a la mano”. Su futuro y su seguridad están sustentados en la adquisición de la “tierra”, la “casa”, la “finca” y “estar organizado” y esto es lo mismo que demanda para la continuidad de la vida social: “me casaría con una que tenga mis igualdades, al mismo nivel, que sea de buena familia, que tenga sus posibilidades de tierra y ganado”. Por su parte, Marisela intenta ensamblar los dos medios sociales que domina y en los que confía: “me gusta el campo y el pueblo por igual [...] me estresa estar tanto en un solo lugar, me gusta estar en la ciudad y también en el campo [...] Yo invertiría en una finca en el campo pero cerca de la carretera para poder ir al pueblo”. El caso de Marisela permite afirmar que la educación institucional, no implica *per se* la preponderancia de los valores del capital sobre los modelos de subsistencia campesinos. Ella expresa la iniciación en dos medios sociales de forma alterna, dónde, más allá de sobreponer un de los dos modelos, prima la elaboración de estrategias para intentar conectarlos; ella intenta hallar una vía para articular los dos sistemas y obtener los beneficios de ambos, el capital en el banco y la vida en la finca. Por su parte, Paola y Andrés, muestran el distanciamiento de los códigos del medio rural, sin la pérdida de los vínculos sociales. La continuidad en la educación moderna ha estructurado sus vidas, y aunque el medio agrario representa un espacio de seguridad que incluso les ha permitido atender a la educación superior, la permanencia en la ciudad y el aparato educativo dan fuerza a los sistemas de confianza relacionados con el acceso al capital.

Los testimonios de los cuatro jóvenes permiten observar cómo el acceso a distintos sistemas educativos y la toma de decisiones en un entorno introducen variaciones culturales. Desde la perspectiva de Ingold (2000), las variaciones culturales están dadas por las diferencias de habilidades que se incorporan en la práctica y el conocimiento que los sujetos tienen del medio. El desarrollo de distintas habilidades también lleva a configurar imaginarios diferentes sobre el entorno. En este caso, el

conocimiento y manejo del medio agrario son las bases para representar el campo como un escenario de seguridad que permite la reproducción de la vida social.

Además de las variaciones que ofrecen los cuatro testimonios, son de desatacar elementos comunes que implican una posición reflexiva y crítica de los sujetos sobre su propio contexto y los llevan a introducir cambios generacionales en las formas de representar la reproducción y la producción social. En los testimonios de Marisela y Paola el matrimonio y la familia dejan de ser base de su identidad como mujeres. En el caso de la producción, Marisela y Andrei tienen una vocación más ecológica y proponen el desarrollo de cultivos sin agroquímicos. La producción con insumos, a pesar de ser una práctica relativamente reciente, introducida a mediados del siglo XX, ya es representada por los jóvenes como una tradición, como algo “de toda la vida”, ante la cual tienen una visión crítica que desean transformar.

Los escenarios de confianza son puestos a prueba por cada generación en el momento de conseguir la independencia económica. De esta manera, cambian las formas de producción y conocimiento en un contexto social. La ruptura de los vínculos sociales, la posibilidad de que las habilidades aprendidas no garanticen la continuidad de la vida social generan la percepción de escenarios de riesgo. Las incertidumbres sobre las posibilidades futuras son, para Mary Douglas (1992: 24), signos del cambio cultural.

### 3.2.2. Tres narraciones de riesgo y oportunidad

Esta sección presenta tres trayectorias que, a diferencia de los testimonios anteriores basados en la confianza en el medio social, recrean las percepciones sobre el riesgo y su manejo a partir de la toma de decisiones y la continua movilidad. Las narraciones de María, William y Pedro<sup>31</sup> implican la toma de decisiones al margen de sus propias percepciones morales. Sin embargo, también permiten observar cómo son precisamente las categorías morales las que permiten o no articular nuevas prácticas económicas a un contexto social.

Los siguientes testimonios se tuvieron en cuenta debido a que durante el trabajo de campo, la prostitución (en el caso femenino), la ilegalidad y la violencia (en el caso masculino) fueron denunciadas como un motivo de temor y preocupación frecuente entre los habitantes sobre las opciones de los jóvenes ante los límites económicos de la producción agrícola. Por lo tanto, los testimonios tienen la finalidad de analizar y complejizar las perspectivas estereotípicas sobre la búsqueda de capital al margen de las concepciones morales locales. Permite mostrar cómo a pesar de su transgresión, las categorías morales persisten y son el referente cultural que permite o no articular nuevas prácticas.

María<sup>32</sup>, de 32 años dirige un establecimiento de lenocinio. William<sup>33</sup> de 26 años se vincula durante un tiempo a los grupos paramilitares y decide retornar a través de la desmovilización. Actualmente, se desempeña en las labores agrícolas y, de forma alterna, participa en un grupo de turismo. Pedro<sup>34</sup> de 40 años aproximadamente,

---

<sup>31</sup> Estas tres narraciones son presentadas en este trabajo de investigación con el consentimiento de sus autores. María y Pedro solicitaron cuidar su identidad mientras que William pidió que su identidad fuera pública, sin embargo solicitó que evitara colocar los nombres de los grupos paramilitares y los lugares. Preferí usar pseudónimos en los tres casos. Debo aclarar que los relatos tienen la finalidad de presentar opciones de sujetos particulares y no buscan generalizar estas opciones para el conjunto de la población rural.

<sup>32</sup> Pseudónimo

<sup>33</sup> Pseudónimo

<sup>34</sup> Pseudónimo

durante su juventud buscó varias vías para conseguir recursos, fue a las minas y luego trabajó en los cultivos de coca. Actualmente se desempeña en los cultivos proscritos lejos de su localidad y en la producción agropecuaria que mantiene en la vereda de origen. El desempeño en las dos actividades implica una continua movilidad. Los tres relatos muestran formas distintas de percibir el riesgo y la toma de decisiones que los lleva a su situación actual.

**María:** Nací en otro municipio, no quiero decir de dónde soy. Estuve en el campo hasta los 16 años, estudié en la escuela de la vereda. En el campo aprendí todo lo de la caña, a ordeñar, a sembrar maíz, frijol, yuca. Conocí como 3 clases de maíz (pira, tradicional, de harina), tres clases de frijol (bolaroja, los otros no me acuerdo), yuca de dos tipos [...]. Cuarto y quinto los hice en la escuela del caserío. En la casa sembrábamos todos, en la familia éramos 10. [...] Nosotras éramos 5 hermanas, cada semana una lavaba o cocinaba, era un oficio para cada quién.

[De la caña] uno se metía al trapiche era a meter caña y a sacar bagazo. Pero yo digo que la herencia más hermosa es estudiar. También aprendí a coser pero eso lo aprendí después, no allá. Terminé el bachillerato en el pueblo, pero yo me fui de mi casa fue a estudiar. Luego estudié tres semestres de Diseño de Modas, pero me retiré por la cuestión económica y por falta de apoyo.

En el colegio me gustaba el Español y la Biología pero para estudiar me gustaba el Derecho y el Diseño y me incliné por el Diseño porque, cómo le digo, en ese momento yo tenía un sueño, me gustaba mucho la confección, quería vestir mujeres bonitas y ser famosa. Fui a estudiar porque un hermano, no hermano, medio hermano por parte de papá, él era comerciante y él me ayudaba a pagar el estudio. Me retiré por falta de plata y también otra cosa. Ya no anote más, lo que le voy a contar no se le va a olvidar y usted después llega y anota.

Cuando estaba estudiando, una de mis hermanas tenía problemas y ella tuvo una bebé... Y me la regaló. Entonces eso también hizo que me retirara de estudiar. Yo la quería, no importaba que no fuera propia. No sabía qué hacer. Me devolví al campo y monté una lechería. Usted sabe cómo es eso, levantarse a las 3 o 4 de la mañana y ordeñar y vaya de un lado para el otro. A mí me alquilaron un puesto en el pueblo, yo bajaba y vendía. La crié. Ya luego me enamoré y tuve mi hija.

Pero cuando eso... ¿Cuándo fue lo de DMG<sup>35</sup>? Habíamos metido todos nuestros ahorros en lo de DMG y perdimos. Perdimos todos los ahorros. Entonces un amigo le dijo a mi esposo que se fuera a (otro pueblo) a administrar un negocio de estos y él habló conmigo y me preguntó que si yo lo apoyaba, que eso era un negocio como cualquier otro y que podíamos recuperar la plata. Qué más le iba a decir, a mí no me gustaba eso pero por estar con él. Entonces fui a ayudar y al tercer día ya sabía manejar la barra. Pero pasa que después él se metió con una de las mujeres de ahí y ya no quería que yo volviera.

Yo me tenía que quedar en la casa con las niñas. En esa casa no faltaba nada, pero no nos dejaba plata. Yo con mis hijas, con mi hija y mi otra hija. Él pagaba todo, dejaba el mercado, pero nadie podía antojarse ni siquiera de un dulce, o un pancito. Yo no podía llamar a nadie. En esa casa lo único que faltaba era plata, de resto todo lo había. Un día un amigo me llamó y le conté las cosas. Después me volvió a llamar varias veces y me dijo que como yo ya conocía el negocio que por qué no montaba otra casa de éstas, que él ponía todo. Entonces me traje tres muchachas del otro lado, ellas me querían más a mí porque yo las trataba mejor. Así fue como terminé en esto. Pero yo no pienso quedarme aquí por mucho tiempo, yo sé que esto no trae nada bueno. Este negocio dañó mi familia.

[...] Acá vienen de todas partes, aquí viene todo el mundo. También vienen con plata a ofrecerme a mí también. Yo les digo si yo quisiera trabajar en eso cerraría

<sup>35</sup> Sigla que significa David Murcia Guzmán, fue una organización de captación de dineros que retribuía a sus inversores más del 100% de ganancias sobre los aportes iniciarles. A partir del años 2008, dicha organización fue intervenida por la Superintendencia financiera por lavado de activos y muchos de los participantes perdieron grandes sumas de dinero.

este negocio y me iría a trabajarle a alguien. Eso sí lo tengo muy claro. Yo no hago eso, yo pienso en mis hijas. Yo no sé por qué Dios me puso acá.

[...] Niñas del campo vienen pocas pero también vienen, pero esas son de las que rapidito se van, se enamoran, se casan o se van a vivir con los tipos. Vienen muchas universitarias, 15 días que tienen de vacaciones y 15 días que se vienen para acá.

[...] Yo soy de las que llamo a la trabajadora social y le digo que venga y les hable de las enfermedades, de muchas cosas, no permito que entren ni consuman ningún tipo de sustancias [...]. Yo misma les hablo, no me gusta que se queden acá mucho tiempo. Por eso a veces me quedo sin personal. Les digo vea gánese dos millones de pesos y váyase, monte un negocio, haga algo, estudie, pero no se quede acá, esto no lo puede pensar uno para toda la vida, también les digo que yo no me pienso quedar en esto toda la vida. Yo sé cómo es esto, yo lo tengo muy claro, yo sé que esto no es bueno, imagínese tengo a mis dos hijas (julio1 de 2011).

En el caso de María, el cuidado de su hija adoptiva y la incertidumbre económica en el ámbito educativo la llevan retornar al espacio rural. El distanciamiento del espacio agrario a través del medio educativo no implica una ruptura de los nexos rurales y el conocimiento sobre la producción agropecuaria. Ante la crisis, regresa al campo para producir leche y abandona la educación. La “lechería” asociada a los conocimientos adquiridos en el medio rural, es la posibilidad de resolución de la incertidumbre y el camino de retorno al campo. Sin embargo, tras la pérdida de sus ahorros familiares, y la inducción de su pareja, busca recuperar su capital a través de la administración de una casa de prostitución. Esta vía es considerada como una opción temporal, en la que no desea permanecer y manifiesta una angustia constata relacionada con sus principios morales. María administra la casa de prostitución pero aconseja a sus empleadas para que abandonen el lugar, ella misma desea retirarse.

Al contrario, el caso de William presenta la ruptura parcial en la confianza hacia la producción agrícola. Tras varios años de desempeñarse en el jornal, reconoce que la remuneración que obtiene por su trabajo resulta insuficiente. Sin embargo, su principal alternativa no es la vía educativa, ni el acceso al trabajo en el escenario urbano. Accede a una oportunidad que, aunque implica mayor peligro por su incursión a los grupos paramilitares, es la vía que en términos económicos implica menor inversión y amenaza.

**William:** Nací en Bogotá y a la edad de los ocho años me trajeron al campo. Mi mamá y mi papá son natales de acá. Acá estudié de primero a sexto y viví siempre en el campo. Aprendí a leer y a escribir y mi abuelo me enseñaba las labores del campo, a criar los animales, las vacas, a atajar los toros, amarrar los becerros, a sembrar maíz, papa, yuca. Era maíz: blanco, arroz, común; yuca: coneja y azul; papa: criolla y de año; pasto: imperial y brachiaria; arracacha: amarilla y blanca.

Aprendí a arar y a manejar un arado, a enyugar unos toros. Los toros tocaba atajarlos. Al gañan que llamaban, el gañan era el abuelo y el atajador era mi persona, yo tenía que no dejarlos bajar ni subir sino llevarlos por una línea recta. Empecé a manejar el arado a los 11 años.

[...] Empecé a trabajar a los 14 en un cultivo de lulo, mi primer jornal fue platiando [quitarle los tallos de la planta para que sólo crezca una rama]. De los 15 a los 18 ganaba jornales. A los 18 fue lo peor, veía que no ganaba y me fui para los paracos como por tener más sueldo. Me fui por un compañero, un man que llegó acá, me dijo: “allá gana bueno”, era del C.

En los paracos yo ganaba más de un mínimo, y estaba en mi casa [...] yo era punto-miliciano. Tenía que informar cuando llegara la policía, el ejército, alguna operación en conjunto. Estuve hasta el 2004.

Todo era acá, yo estaba acá, a mi me reclutaron acá, luego me mandaron para otro sector. Mi interés era ganar dinero. Pero luego empezó un tiempo de guerra,

entre los grupos yo era de los A y los otros los B, había una pelea entre ellos mismos por el mando de la región. Entonces yo me cansé y me retiré. Me escapé, me entregué al ejército y estoy en proceso de desmovilización. Pero no es fácil salirse, debe estar capacitado para salir uno de allá, tener mucha mentalidad, mucha fuerza, tiene que ser superior, más inteligente que los comandantes porque ellos están pendientes de uno qué cosas hace.

El proceso de desmovilización ha sido bacano, me han dado capacitación, cursos, becas. A ratos siento culpa porque una no la aproveché. Me dieron estudio y gané una beca para estudiar Bellas Artes en Bogotá, estudié un semestre y me retiré porque yo no me aguanto la ciudad, a mi me estresa mucho. El gobierno me daba una mensualidad, hospedaje, alimentación y transporte, yo no lo aproveché, es que me estresa mucho la ciudad, entonces me regresé.

Llegué acá y me fui a trabajar con un tío para las minas, duré un año y medio y como miraba que no ganaba sueldo entré a este grupo de turismo. A la mina va uno como a un chance, a la deriva. Daban alimentación, posada, el kit de aseo, eso le daban a uno. Me tocaba de obrero común, perforar, sacar carga, lavar carga... tierra. Allá llega de toda clase de persona, [¿jóvenes?] sí muchos, los hombres a trabajar y las mujeres para la cocina.

Yo no hacía nada, no sacaba nada, pero los amigos del rebusque, de lo que sacaban me apoyaban. Una vez me hice como 300.000 lavando carga. Pero allá era mucho, mucho trabajo y nada para uno.

Al regreso me fui con un señor para otro lado, un agricultor, a trabajar, tenía 8700 matas de tomate de árbol y le ayudaba a él y el sueldo era 25000 diarios. Semanal eran 130000, no trabajaba la semana toda, ya era más descansado, pero se acabó el cultivo.

[...] Luego mi abuelo murió y nos dejó una tierra, una herencia a mí y a mi mamá. Entonces dije "voy a sembrar un cultivo para mí" y a eso es a lo que me dedico ahorita.

Mis hermanos se fueron, hay dos (un hermano y una hermana) en Bogotá y uno en Tunja, ellos ayudan, le mandan recursos a mi mamá. Ellos están dedicados a la ciudad tienen sus negocios allá.

Ahora está esta organización de turismo, y como en ese semestre en Bogotá aprendí a hacer artesanías, sé hacer telares, manillas, llaveros, soy caricaturista, eso fue lo que aprendí en la universidad, entonces ellos me dijeron que viniera y les colaborara y aquí estoy. Mi futuro está en cultivar la tierra, aunque si la universidad fuera en el campo estudiaría. También hice un curso en Villavicencio, estudié mecánica y ensamble de carros en el Sena, después cuando fui a Bogotá estudié mecánica y ensamble de motos. Pero no lo he aplicado, lo que sí fue lo que estudié en la Universidad de Bellas Artes, las artesanías sí porque me gustan (noviembre 10 de 2010).

A diferencia de María, el caso de William no muestra un momento de crisis sino la percepción de un riesgo latente relacionado con los límites en sus ganancias económicas. Lo anterior implica una pérdida de confianza paulatina en las formas de producción que conoce. William no ha optado por la vía laboral en las zonas urbanas, ni tampoco por la educación formal. Observa la ciudad como un medio ajeno. Por lo tanto, el ingreso a los grupos paramilitares es la oportunidad que le permite permanecer en su localidad y resolver el riesgo económico latente. No obstante, la aparición de la guerra como amenaza mayor lo lleva a la desmovilización. William siente culpa por no acceder a la educación formal que le fue ofrecida como parte del proceso de desmovilización. Considera que la ciudad no es una opción para él y busca otra alternativa; busca un "chance" en las minas como una segunda opción para resolver las dificultades económicas. La confianza en el medio rural retorna tras poner a prueba otras posibilidades. Además, la obtención de tierra cambia su situación frente a la producción agraria. Los conocimientos sobre la producción agrícola que recuerda en sus tareas como *atajador* ahora tienen un nuevo soporte. El acceso a la tierra, como herencia de su abuelo, le permite pasar del trabajo en el jornal a la autonomía sobre la producción agrícola. Al trabajo agrícola articula la

producción de artesanías y su participación en un reciente proyecto turístico en la zona.

En los casos de María y William, la percepción de la amenaza sobre su futuro se relaciona con la pérdida de confianza sobre los medios de subsistencia, que llevan implícitas sus concepciones morales. Sin embargo, la percepción moral persiste y lleva a considerar el abandono de las actividades. María aconseja a sus empleadas para que abandonen el lugar, ella misma piensa en no permanecer por mucho tiempo en este trabajo. William ingresa a los grupos paramilitares pero considera que esta etapa fue "lo peor", ingresa al proceso de desmovilización y retorna a las actividades agrícolas. Las decisiones en el margen de los límites morales, en los casos presentados, son observadas como una oportunidad temporal para resolver una situación de riesgo (manifiesto o latente), sin embargo el medio rural vuelve a ser el referente y representa una posibilidad de retorno.

A diferencia de María y William, donde sus opciones son percibidas como una transgresión de sus percepciones morales y sus actividades son entendidas como una situación temporal que debe ser abandonada, en el caso de Pedro está presente la percepción de riesgo, pero las actividades proscritas se convierten en un nuevo medio de producción permanente y un escenario de confianza. En su descripción, la coca es una actividad alterna que aporta recursos a la producción agrícola y pecuaria.

**Pedro:** Estudié en la escuela hasta quinto de primaria. A los 12 años uno ya sabía todo [de la producción agropecuaria], a los 10, 12 años uno era un obrero, pero también le daba a uno miedo como... no sé que será... como que algo se le cerraba a uno, como pensar qué iba a ser de uno, de quedarse toda la vida... de no conseguir la plata. A los 14 años tocaba irse a buscarse la vida, a conseguir la plata. Yo me fui a las minas pero allá no hice nada... lo que se dice nada. Entonces me fui al Guaviare y empecé a trabajar. [...] Eso me fue tan bien que después me dejaron encargado de la parte química [...]. Entonces me ofrecieron trabajar con una gente dura, me iba a ganar como 50.000.000 mensuales, pero ahí sí yo pensé, ya era con gente dura... no quise, me dio miedo. Entonces me devolví, compré esta finca y el ganado para la hija y les di estudio. Luego me independicé, ahora tengo mi propio negocio, manejo un laboratorio pequeño en A, soy todo un químico, aprendí bien la parte química. También vengo a ver la hija a ayudarle, cada dos meses estoy acá y le ayudo a ordeñar. Ahora estoy descansando [...]. Pero es que vea, la finca y el ganado de don José<sup>36</sup>, se la compró el hermano que era un mafioso. Esa casa de material de la señora Elisa<sup>37</sup>, también la puso el hermano que estuvo en el Guaviare y lo mataron. (...) Ahora quién se va a estudiar, quién se aguanta cinco, seis años para salir a ganarse el mínimo. En la coca se gana, ah eso también depende del tipo que siembre, está la Santa María, la Dominica [...] hay muchas (Pedro<sup>38</sup>, noviembre 27 de 2010).

Pedro no manifiesta un impedimento moral para continuar desempeñándose en los cultivos de coca, sus ganancias y formas de producción las articula mediante el aporte de recursos a las tareas tradicionales de producción agropecuaria. El conocimiento del procesamiento de la coca le aporta además un nuevo estatus de "químico". En su caso, no persiste una concepción de riesgo futuro asociado a sus formas de producción ni a sus concepciones morales.

Los análisis realizados desde la antropología sostienen que "los individuos están dispuestos a aceptar riesgos a partir de su adhesión a una determinada forma de

<sup>36</sup> Pseudónimo.

<sup>37</sup> Pseudónimo.

<sup>38</sup> Pseudónimo.

sociedad. Se trata de un “sesgo cultural” que ordena nuestra forma de percibir los riesgos” (Bestard en Douglas 1996: 15). De ahí que las nociones como “peligro y seguridad, suerte y fortuna” se definen como “un producto de la construcción cultural de las sociedades en su devenir histórico” (García 2006: 15,16).

Según Joan Bestard (1996) aunque los individuos presenten sus decisiones como una evaluación de los costos y los beneficios, “las nociones de riesgo no están basadas en razones prácticas o juicios empíricos. Son nociones que enfatizan algunos aspectos del peligro e ignoran otros” (11). Para Mary Douglas (1996) existe un vínculo próximo entre las nociones de “riesgo y cultura”, “pureza y peligro”. El riesgo hace referencia a las formas culturales de clasificar lo sucio vs lo limpio, la incertidumbre vs lo seguro. Las nociones de riesgo se basan en las construcciones morales de las sociedades: “el análisis de costo-beneficio daría resultados muy diferentes si se aplicara dentro de sistemas éticos distintos” (Douglas 1996: 38).

Los casos presentados en la toma de decisiones de María, William y Pedro son argumentados en función de costos-beneficios. Sin embargo, llama la atención en el caso de William, cómo su aversión hacia la ciudad le hace percibir que la suerte en las minas es una opción más apropiada que la educación urbana. En este caso, se presenta un cruce entre las perspectivas dominantes sobre los beneficios de la educación con respecto al escenario de confianza de William asociado al medio rural. El reconocimiento de los códigos hegemónicos y la diferencia con respecto a su opción le hacen sentir culpa. De esta manera, la decisión y la percepción del riesgo está estructurada por sus marcos de referencia y sus formas de valoración moral. Por su parte la descripción de Pedro, hacen énfasis en la actividad de la coca como un aporte económico, y aunque menciona la violencia asociada a los cultivos, este elemento de riesgo no es central en su percepción sobre la actividad.

Para Mary Douglas:

La base del argumento antropológico es que los riesgos están siempre cargados de implicaciones morales: la percepción del riesgo depende del sistema social; los individuos utilizan los peligros del ambiente para sostener el sistema social al cual están vinculados criticando o disculpando por aceptar o no los riesgos (Douglas 1987: 58 en García 2006: 16).

En este sentido, la percepción del riesgo, (la percepción de incertidumbre, peligro económico futuro o el peligro moral) y las oportunidades (chances o posibilidades para la resolución del peligro) proceden de las categorías culturales que llevan implícitas la s valoración sobre lo bueno y lo malo de dichas prácticas. La obtención de dinero es vista como una necesidad, pero al mismo tiempo como un elemento de deterioro moral. Por lo tanto, actuar sobre los límites en las categorías éticas, en los casos presentados, aparece como una forma de maximizar la oportunidad para obtener ganancias económicas. Sin embargo, su articulación definitiva como prácticas sociales permanentes dependen de la valoración moral que los sujetos les otorgan.

### **3.2.3. Incertidumbre y retorno**

Al contrario de los testimonios anteriores, en las narraciones de Maribel y Belisario ellos se aferran a las concepciones morales afirmativas del trabajo agrario como el camino para resolver las incertidumbres constantes de acceso al capital. En este caso se presenta un manejo de la adversidad a partir de la movilidad y el posterior retorno a las zonas rurales. Para Maribel y Belisario la percepción de un riesgo económico los ha llevado a retornar la producción agrícola luego de probar otras actividades económicas fuera de su localidad. Maribel, de 34 años aproximadamente, ha trabajado

en varias zonas rurales y urbanas del país. La educación de sus hijas y la necesidad de minimizar los gastos económicos la han llevado, a ella y a su esposo, a regresar a su vereda de origen donde ha permanecido en la vivienda materna y en la actualidad ha iniciado el proceso de independencia. Belisario de 40 años aproximadamente, narra su suerte en las minas, de donde retorna para dedicarse a las tareas agrícolas. En ambos casos el camino de retorno está asociado con las perspectivas morales basadas en su rol como trabajadores, lo que los lleva a manejar el medio rural y permanecer en él.

**Maribel:** Yo soy la menor de todos, soy la raspadura como llaman. Acá en el campo no hay mucho trabajo para uno de mujer. O sea, aparte de que se dedique al hogar, el jardín o la granja, pero un trabajo así, que uno diga, que se puede ganar un sueldo, no lo hay. Solo de lo que pueda ayudar al esposo, se puede decir que uno casi que vive del sueldo del esposo. Con lo poco que trabaje, se mantienen la mayoría de las familias. Vivo en la vereda desde que nací, tengo dos hijas, mi esposo y yo. Él trabaja en lo que le salga, acá no hay un trabajo fijo. Él tiene su moto-sierra y su guadaña, cada cosa tiene su tiempo, en el verano la gente acostumbra a tumbar la madera para venderla, o para rozar, le da por ratos, o a las matas, a la pala, así. Lo que se produce se produce para el consumo. Pero es que aquí no se puede sembrar en grandes cantidades, y si uno lleva las cosas a la ciudad no tiene el valor que uno quisiera, es un valor mínimo. Si hay cosecha de alverja todo el mundo siembra alverja, entonces los precios se bajan mucho. Un producto comercial es el lulo, pero la tierra necesita mucho abono y muchos fungicidas, entonces se invierte mucho. Y es muy riesgoso, se hiela o a veces está regalado. Se siembra todo pero en porciones pequeñas. Yo la mayoría me quedo en la casa. Salimos juntos a hacer un trabajo en los cultivos de la casa con la colaboración de mi mamita, con mi mami nos colaboramos mucho, con la comida o cualquier cosa, para todo nos colaboramos. Para negociar los productos se encarga él, o yo, los que compran ya traen su precio. En los trabajos, casi la mayoría 30.000 el día. En otros trabajos le dan la alimentación pagan a 10.000, o si es a todo costo es 14000 [sin asumir la alimentación]. Hay otros trabajos que son por varas pero en esos no sé. También se pagan brazadas. Acá les toca al sol y al agua.

Yo me dedico es al hogar. Mando la niña a la escuela, arreglo la casa, lavo y cuando ya no tengo más que hacer me vengo para donde mi madre porque ella cuando está sola no quiere comer. Cuando se va a Bogotá [con la hermana de Maribel] ella no puede estar tranquila. Que su vaca, que su perro, que su gallina, que su marrano. Ella no se puede estar quieta.

**Velinda**[madre de Maribel]: Es que como lo enseñaron a uno a trabajar y no estar de pato.

**Maribel:** En la época cuando nosotros nos criamos nos enseñaron a trabajar, cuando uno ya podía, que a lavar su ropa, que a racionar el ganado. Mi padre lo cortaba y nosotros, con mis hermanos, lo sacábamos. Hoy día no hacen nada. Si uno manda a una criatura de estas “vaya láveme la loza”, no lo hacen, o si lo hacen lo hacen de mal genio. Ya no les gusta el trabajo, o el campo, no sé. Hoy día la juventud es muy perezosa.

La idea de ir al colegio no es tanto la gana de ir a estudiar. Es porque si me quedo en la casa me toca trabajar entonces mejor vámonos para el colegio que allá por lo menos la pasa uno rico. Esa es la vida de ellos.

Por ahí a los 5 o 6 años nos tocaba irnos con nuestras hermanas a recoger abono a los potreros, lo hacíamos como parte de juego. Nos poníamos a jugar que vendíamos cuajadas con esas caquitas de la vacas, el oficio era con mis hermanas. Ir a recoger todo el abono para sembrar las matas. Ese era uno de los oficios de pequeña. Lo hacíamos con agrado porque para nosotras era juego. Cuando las sacábamos hacíamos un montón, de la que más cuajadas vendiera. Y sacar el pasto para racionar las vacas. Esos eran los trabajos. Nosotras por eso somos muy caseras, a nosotras no nos tocaba ir a ayudar a mi papi a sembrar. Luego fuimos a la escuela, y luego ya el colegio y salimos de acá del campo, pero ellos [los papás] siguieron ahí. Mi papi era una persona muy trabajadora, él

trabajó hasta que ya la enfermedad no lo dejó más. Le ayudaba a sembrar las matas cuando ya mi papi estuvo enfermito, yo viví con ellos un buen tiempo. Ahí sí iba con mi papi y mi mami a sembrar las matas. Ya todos mis hermanos se habían ido y no quedábamos sino los tres acá en la casa. Yo salí y trabajé en Bogotá varios años. Estudié en Villavo, estudié en Garagoa pero a mí nada me apegaba allá. Cada vez que mi papá o mi mamá estaban enfermos, la primera que llegaba aquí era yo, porque no tenía nada que me amarrara a nada. Entonces me venía acá, y estando acá pues conseguí marido. Claro que después de que me casé he estado trabajando en varias partes, estuve en el Llano, trabajaba de encargados [producción de leche]. Allá es muy bonito porque se vive como más... bien. Y en todo caso vive uno de un sueldo, pero lo difícil es el estudio de los niños. Cada finca queda lejos, no hay escuelas cerca, por eso nos vinimos. Después estuve en Sesquilé, también de encargados en una finca lechera, pero entonces el trabajo allá es muy matador, es con máquina que se ordeña pero le toca a uno levantarse a las dos de la mañana, empezar el ordeño y otra vez por la tarde. Allá sí hay que comprar de todo y el sueldo no alcanza para mayor cosa. Y otra vez vine acá en el hotel mamá y yo hasta ahora estoy saliendo, hasta hace tres meses que tengo una casa propia porque yo he vivido con mi mamá, con mi esposo y mis hijas (agosto 5 de 2008).

El caso de Maribel, muestra, otra vez, el distanciamiento del medio rural por la vía de la educación. Sin embargo, los vínculos familiares priman sobre las posibilidades de estudio y trabajo en las zonas urbanas y la llevan de retorno a la finca. El “apego” a la familia, su lugar como hermana menor, la responsabilidad del cuidado de sus padres y su identificación personal como una mujer “casera” la llevan a retornar al campo. El matrimonio aparece como el evento decisivo para su establecimiento en el medio rural. No obstante, la permanencia en la finca implica un escenario de incertidumbre en cuanto al acceso al capital, que se ve agravado por el limitado mercado laboral para las mujeres. Sin embargo, su trabajo en el medio rural la lleva a manejar la situación de incertidumbre económica, asume un rol de esposa en el acompañamiento de las tareas de su esposo y, en adelante, sus formas de subsistencia se basan en conseguir oportunidades a través de la circulación en el medio rural y el desempeño en la producción de la leche como oficio femenino. En su caso, las estrategias de solidaridad que establece con su familia, el rol de esposa y de mujer trabajadora y la movilidad constante para poner a prueba otras posibilidades económicas dentro del escenario rural la llevan a manejar la incertidumbre sobre las ganancias económica.

El caso de Belisario muestra el retorno a la producción agraria. Durante su juventud fue a buscar suerte a las minas y en la actualidad se desempeña en la agricultura. Su salida y retorno a la producción agraria ha estado marcada por su rol como hombre trabajador. El riesgo económico es manejado a través de la maximización de su capacidad productiva en el medio rural.

**Belisario:** He trabajado en el campo desde la edad de 10 años. Fui a la escuela hasta quinto de primaria. En el campo aprendí a cultivar la tierra, se araba con bueyes. Aprendía a amansar los bueyes, hacer el arado, el yugo, todo lo hacíamos nosotros. Para hacer la porra del arado usábamos el amarillo o charro. El timón era un cenizo, tenía que ser derecho y liviano, y para el yugo siempre se utilizaba el naranjo, o un palo que llamaban carbón, era un palo pesado. Las coyunturas eran de cuero de res. A los 10 años yo me hacía unos araditos chiquitos de manualidad para la escuela, con todos los palos que eran. Los toros eran de barro, todo en barro. Los toros de barro de la escuela le llamaban San Isidro. Aprendí a sembrar, a los 10 años ya sabía sembrar. [...] Se siembra yuca yema e huevo, coneja, candelilla, se conoce en el palo; caña: piojosa y cristalina; maíz duro, bajeno, arroz; arracacha, ahuyama, frijol: bolorrojo, sagretoro, frijol de año. Se siembra en dos tiempos, en septiembre: en Guayome, o a principios de año: Año Grande. Pero ya poco se ara, es como si la tierra estuviera cansada, el

clima, las cosas se hielan. Acá dicen que fue por la Represa. A los 10 años empecé a trabajar, míreme las manos llenas de cayos. Empecé echando macheta. Mi primer jornal fue de 30 pesos, paliando caña. Tuve propiedad a los 30 años. Cuando tenía 21 años fui a las minas por mejorar la economía y por no vivir del cabo de la pala. Dentro de la mina trabajé como obrero, haciendo túneles, esperaba un momento de suerte. Enguacarme. Trabajé nueve años en la mina, pero de allá salí como llegué. La mina es una ilusión, no todo el mundo tiene la misma suerte. Eso no es para todo el mundo, hay gente que lleva 20 años trabajando en la mina y apenas consigue para vivir, como hay gente que lleva ocho días y se consigue 20.000.000.

A los 14 años compré la primera vaca. A los 10 años sabía hacer un aguadepanela, un sancocho, amasar arepas y moler. A los 15 años maté la primera gallina, ¡huy! entre dos le reventamos el pescuezo. [...] Antes le pagaban a uno por paliar y limpiar, ahora ya salieron las guadañas... El gobierno es el que ha dañado todo porque no deja trabajar a la juventud, que tienen que ser mayores de 18 años, a nosotros desde pequeños nos tocaba atajar los toros, por eso uno aprendía. [...] El campo produce el sustento diario pero no da plata. Yo trabajo en lo que salga, todavía vivo del jornal, y en la caña. Con unos muchachos hacemos panelas cada 15 días, se genera empleo. Yo vivo de la caña y ahora están metiendo café. Ahora el trabajo de mayores ganancias es el café, de eso se vive.

Pero yo veo la juventud de hoy en día muy mal porque es muy floja, los muchachos de 11 años ya no quieren sufrirla, son flojos por los decretos del gobierno. Bueno, y también el ejército. A los 18 años me fui a prestar servicio, y ya uno después quiere tener más plata, uno se relaciona con más gente y aprende que hay cosas más rentables, entonces busca un empleo que le remunere mejor. Es que acá no hay mercado de los productos, la gente prefiere comprar en la tienda y no al campesino. Todo el mercado viene de afuera. Es una vaina del gobierno. Yo permanezco acá en el campo por la tranquilidad. [...] Era que hace treinta años la gente salía de la casa a los 12 años y el papá decía, bueno “se va pero al menos ya aprendió a trabajar, ya se defiende, no se va a morir de hambre”, pero ahora no aprenden a trabajar ni a los 30 años (noviembre 8 de 2010).

Los casos de Maribel y Belisario muestran la trayectoria de dos personas que han apropiado en su historia personal el rol de sujetos trabajadores. A partir del trabajo o del *trabajo-juego* apropiaron los conocimientos sobre la producción agrícola, la construcción de herramientas, la obtención de insumos, la división de las tareas según los géneros, el manejo de las redes sociales para la obtención de recursos. Su situación presente expresa las dificultades contantes en el acceso al capital, que se ve compensada por la seguridad en el sustento que ofrece la producción agraria. La percepción de mayores posibilidades para la obtención de capital los hizo movilizarse durante su juventud; en el caso de Maribel a la ciudad y en el caso de Belisario a las minas. Sin embargo, su situación actual refleja el manejo del riesgo basado en su rol como trabajadores (según las diferencias de género). Esta es la base para manejar las incertidumbres de la producción y garantizar su subsistencia. La flexibilidad de su trabajo, la posibilidad de adaptarse a las distintas situaciones y la diversificación de la producción se convierten en el elemento para lograr la independencia económica. Maribel y Belisario tienden a aislar, en lo posible, los factores externos que pueden incidir en la producción. Delegan a la diversificación y a su propia capacidad de trabajo (o a los vínculos sociales más cercanos) los factores más relevantes para el autosustento. Las diferentes amenazas: el cambio climático, el empobrecimiento de los suelos, las fluctuaciones del mercado, los bajos salarios y la inestabilidad laboral e, incluso, el “gobierno” hacen parte del panorama de amenazas de la vida rural que no obstante puede ser subsanada con la maximización de su capacidad productiva. Mientras que en el caso de Maribel se destaca el trabajo invisible de la mujer, su movilización hacia el trabajo del ordeño y la dependencia económica de la producción masculina, en el caso de Belisario se destacan los mecanismos de adecuación al

mercado laboral que genere mayores ganancias; la producción de panela, la adopción del cultivo del café como producción comercial son estrategias que le permiten, dentro del medio rural, generar posibilidades de obtener recursos monetarios. De esta forma Belisario responde a las demandas del mercado y el fomento agrario del Estado (que promueve los productos con ventajas comparativas como el café) y preserva los cultivos para la autosubsistencia.

Su condición de adultos les permite ofrecer una perspectiva sobre el cambio generacional en el que observan las transformaciones en el aprendizaje sobre la producción agraria y los hábitos laborales de las nuevas generaciones. Para Maribel la escuela es una actividad necesaria, pero disipa el trabajo de los menores, para Belisario el gobierno y las restricciones de “los decretos” para iniciar los trabajos han llevado a la pérdida del conocimiento sobre la producción y las dificultades para que los jóvenes logren la independencia económica.

Para ambos, la incertidumbre sobre la obtención de capital es compensada por las posibilidades de subsistencia que ofrece el medio rural. Aunque obtener capital es una dificultad permanente que ya han incorporado dentro de su rol como esposa (en el caso de Maribel) y como trabajador del campo (en el caso de Belisario), éste es manejado e incorporado como un elemento más de la vida cotidiana. El trabajo, percibido como el rol moral deseable, es argumentado como el medio que les permite garantizar la subsistencia y manejar la incertidumbre en la obtención de capital. La carga valorativa del riesgo deja de imperar en el futuro y se vuelve un elemento de incertidumbre presente que es manejado en la vida cotidiana a través de la maximización del trabajo para la autosubsistencia. Maribel y Belisario se definen como trabajadores y esta identidad la interponen a la incertidumbre económica y les permite adaptarse y manejar la adversidad.

### **3.2.4. Los “terraneros”: Seguridad y diversificación agrícola y productiva**

Las últimas historias corresponden a dos sujetos entendidos por algunos campesinos de la región como “antiguos” o “terraneros”, por haber permanecido muchos años en el campo. Las narraciones muestran casos en los que en la vida adulta se afianzan las estrategias de autosubsistencia basadas en la diversificación agrícola y laboral y se fortalecen los mecanismos culturales que legitiman las formas de vida campesinas. Así, mientras que muchos de los jóvenes buscan “coger camino” y “probar suerte” para conseguir capital y poder comprar tierra e iniciar la producción; los mayores, tras ir y regresar al escenario rural, se aferran a la autosubsistencia. “Echar raíces” es el camino para construir un escenario de seguridad.

Delia, mayor de 50 años, narra su historia de migración hacia el trabajo doméstico en la ciudad de Bogotá y su regreso al campo para conformar una familia, en el que vive gracias al autoconsumo que le permite la diversificación agrícola. Por su parte, Carlos, de 47 años, presenta su vida de permanencia en la vereda y las labores agrícolas que desempeña de forma alterna al oficio de la construcción.

Delia fue llevada a la ciudad por su profesora a trabajar como empleada doméstica a la ciudad. Sin embargo, su intención de tener una familia la hizo regresar. En la actualidad tiene una producción de piñas para el mercado en un “retazo” seco de su finca y limita el consumo en el mercado mediante la diversificación de su producción y el aprovechamiento de los subsidios del Estado.

**Delia:** Acá se siembra en abril en Año Grande y entre agosto y septiembre en Guayome. Se siembra ajo, arracacha, yuca: colorada, zata y boruda, esa orquetea; plátano: topocho, abano, pineo; caña negra y amarilla; café, limones: mandarino, lima, común; naranjos: mandarino y común; maíz: amarillo, pira, grande, noventano, chocolate, pajarito, arrozudo; garbanzo, calabazas. habichuela. También hay guacas, alverja, haba. hierbas: toronjil, salvia, ajenjo, verveno, manzanilla. Siembro piña: melona y perolera. Es mejor tener de todo así sea poquito.

Tengo esta tierra, pero tengo un problema de herencia porque es mía y no es mía. [...] Yo vivía con mi abuelita, ella me enseñó a ordeñar y a los 11 años la profesora de la escuela me llevó a trabajar con una hermana de ella. Mi abuelita se murió, no podíamos irnos a vivir con mi mamá y yo era la única mujer. Mi mamá vivía con el esposo y los otros hermanos. Yo me fui a Bogotá con la hermana de la señora Clara y me trataban muy mal. Yo decía, “si yo supiera dónde se coge el bus para devolverme a la casa, yo me iba”. Me pagaba 50 pesos al mes y allá estuve 4 años. Era que no me rendía el oficio, no me rendía bien para mejor quedar. Ella tenía niñas estudiando y se ponía toda delicada porque yo no había tendido camas. A veces me agarraban de las mechas, así me aguanté los cuatro años. Yo me volé y me fui a trabajar con unos señores de edad. Me pagaban 70 pesos y ellos sí me dejaban venir a la casa, allá estuve 7 años, cuando me devolví ella se quedó llorando porque yo me venía a casarme. Yo me devolví a casarme. Me casé con el hijo de mi tío: de mi padrastro, del primer matrimonio de él. A nosotros nos enseñaban a decirle al padrastro tío. Yo lo conocí porque yo bajaba y así nos íbamos entrevistando más. El hermano de él le faltaba una mano que se dejó llevar con una máquina de sacar fique. Él sí me molestaba. Yo me apuré y hablé con mi mamá y con mi tío [padrastro]. Así ya no me podían obligar a casarme. Mi suegro me dijo, yo no la voy a obligar porque ese es muy perezoso, dijo. Todavía con el otro, Edilberto. Juan se puso bravo porque a él lo estaban bajando del burro. A uno de mujer le enseñaban que no debía decirle al hombre, me gusta o lo quiero. Edilberto dijo que deberían hacerlo de verdad y bajar a Juan del burro y yo dije, “pues bueno”.

Yo aprendí lo del campo fue con mi marido. Yo había estudiado con mi abuelita. Tuve 6 hijos: 2 hombres y 4 mujeres. Ninguno vive con nosotros pero ahí sí como dice, tampoco pasamos el año solos, se va el uno y viene el otro. Por allá uno está en San José del Guaviare, el cuva sí está en Bogotá. Con las mujeres, las primeras en irse fueron Erminda y Dora. Nosotros les dimos estudio a todos hasta que hicieron la primaria. A Erminda la dejé ir con las monjas a trabajar en la casa de retiros. Yo la dejé ir pero me la tenía que dejar volver en un mes que cumplía quince años. Le dije, me la deja venir. Y mandó una gallina para los 15 años. Dijo: “yo se la dejo venir y me invita”. La menor de las mujeres está trabajando en el pueblo. Y yo acá sigo desde que me regresé. Lo que pasa es que el trabajo del campo es injusto. Siempre preguntan lo que no se ha hecho y no preguntan lo que uno sí hizo. Ahora la moda es que ninguno se casa. A uno le tocaba ahí al lado del marido y como el trabajo de la mujer no se ve. Uno hace de comer pero a la media hora se desaparece, la comida se la comen, nadie la ve. En cambio ellos están paliano y se ve la tarea. Uno tiene un oficio muy variado, toca también ver de los hijos. Sea con hombres y con mujeres se sufre lo mismo. Cuando están grandecitas que por los hombres. Todo está en uno hablarles, pero juntos se enferman igual. Hay que darles a todos y si no hay, entonces para ninguno. Por los hombres uno sufre porque los llevan al cuartel, que se emborrachan, que se van. Los hijos no esperan que yo les pida que me ayuden a hacer el mercado. Pero ellos ayudan, que para una recarga del celular, que para una cosa y la otra. [...] Hay gente que la riqueza es tener dinero, mucho dinero. Para mí la riqueza es un problema, que los roban, que los atracan, que no saben en qué gastar la plata, que invierten por ejemplo en ganado y se les muere, pero deber también es muy feo, es mejor vivir con lo poquito que uno tiene y ahí va. ¿Qué tenemos de riqueza? El buen entendimiento, vivir tranquilo, las matas y las piñas. A las piñas les gusta mucho en las lomas pedregosas y cascajudas (junio 27 de 2011).

La trayectoria de la señora Delia narra las condiciones de maltrato en el trabajo doméstico y su retorno al escenario rural para el matrimonio y la conformación de una familia. La migración hacia el trabajo doméstico se reproduce en la siguiente generación cuando “deja ir” a sus hijas a desempeñar la misma labor. El cuartel (en el caso de los hombres), los quince años y las relaciones sentimentales (en el caso de las mujeres) son presentados como hitos de la vida juvenil. Sin embargo, en este caso también se manifiestan algunas transformaciones en cuanto a la pérdida de importancia del matrimonio y la familia en la subjetividad de las mujeres.

En cuanto a sus concepciones sobre la producción agrícola, Delia presenta una percepción de la riqueza basada en la diversificación: “es mejor tener de todo así sea poquito”. La diversidad y la familia las contraponen a la idea de abundancia basada en la tenencia de capital. El dinero es descrito como un problema. La noción de riqueza basada en la diversidad en medio de las dificultades se convierte en un mecanismo de resistencia que da legitimidad a su forma de vida y resta importancia al dinero. Las piñas a las que “les gusta mucho (...) las lomas pedregosas y cascajudas”, que son su principal fuente de ganancias, se pueden entender, en este caso, como una metáfora misma de la vida en el campo.

Si para Delia la diversificación en la producción agrícola ha sido el mecanismo de permanencia en la zona rural, para Carlos la diversificación laboral; la alternancia de actividades entre la construcción y la producción agrícola, ha sido lo que le ha permitido tener una base constante para subsistir y un ingreso monetario.

**Carlos:** Llevo toda la vida en el campo, toda la vida en esta vereda. Hice hasta quinto de primaria, hice cursos a través del Sena soy agricultor y constructor, sé de ganadería pero muy poco. Me ha gustado ser presidente de organizaciones comunales. De plomería, también conozco el tema. A los 12 años ya sabía cómo se sembraba maíz, yuca, frijol y arracacha, ya tenía una macheta en la casa de mis abuelos. Yo me crié con mis abuelitos. Hice jornal hasta los 20 años, desde los 15 guardaba mis ahorros y empecé a tener el primer ternero. A los 15 años empecé a tener cultivos pequeños que yo mismo atendía y al mismo tiempo trabajaba. Como a los 18 ya echaba obreros. Ellos eran particulares, plantaban y llevaban el producido.

Yo no presté servicio. A los 20 años me independicé, en vez de que me plantearan, yo planteaba. A los 20 compré terreno, como ya había dónde entonces hice mi propia casa. Me casé a los 23, ya tenía tierra y algún principio. También tenía trabajo independiente.

Pero acá ha cambiado mucho el clima, mucha contaminación y enfermedades de las plantas, deficiencia de los suelos, muchos plaguicidas. Las temperaturas han cambiado mucho.

En la construcción inicié trabajando como ayudante a los 18 años en el pueblo. Trabajé con unos maestros que ya fallecieron. Acá trabajaba uno por días y la experiencia la va adquiriendo uno mismo. Después, cuando ya uno ha trabajado en obras, ya se anima uno. Lo más importante es conocer de medidas, el manejo de la plomada, el nivel y el manejo de los trazos. Lo primero que uno aprende a manejar es el metro, el nivel y la palustra. Yo trabajaba de alcanzador y uno mismo lleva la mente de no quedarse en lo mismo. Ponía cuidado cómo tomaban medidas, cómo se ponía un bloque, un ladrillo, todo eso. En los tiempos libres me ponía a pegar bloques. Uno debe aprender a sentar un bloque o un ladrillo y luego empieza uno a defenderse. Luego ya me contrataban para pegar bloques. Y luego ya sabe uno cómo pegar un pañete y echar un piso. También hice varias capacitaciones en el Sena, agricultura, manejo de microempresa, formación comunitaria, manejo de servicios públicos, café. Los jóvenes menos quieren saber del campo porque está muy abandonado y porque no genera mucho progreso. Esta parte es una parte muy seca falta construir un distrito de riego, falta asistencia técnica gratuita para los que no tienen la capacitación de contratar a un ingeniero agrónomo. Se necesita que por lo menos uno de los hijos estudie

una tecnología. [...] Sí me gustaría que los hijos vivieran en el campo, creo que acá hay algunas cosas que se puede explotar, pero acá a veces no hay servicios, luz, agua, televisión, internet. Hoy día sin educación no se puede conseguir un empleo, tener una capacitación. Ellos aprenden el manejo de la tecnología y por internet se pueden mirar hasta programas agrícolas (junio 30 de 2011).

Las narraciones muestran las estrategias para permanecer en el medio rural y la creación de un escenario de seguridad a través de la diversificación que está presente en la producción agrícola y en las actividades desempeñadas por los miembros de la familia. Los límites de la subsistencia dependen de su trabajo y su capacidad productiva. En el caso de Carlos, esta diversificación se encuentra presente en su desempeño alterno de distintas actividades donde la educación no formal y la orientación hacia la migración de sus hijos aparecen como una necesidad para el aporte a la finca. Mantiene la producción agrícola aun cuando los recursos monetarios provienen en mayor medida de la construcción. De esta forma articula una actividad no agraria a su identidad campesina que le permite aportar nuevos recursos y mantener su producción en la finca. Carlos también busca articular al campo, formas de organización comunitaria y nuevas prácticas y tecnologías que contribuyan mejorar las labores agrícolas.

La comparación de las historias de Carlos y Delia con las narraciones anteriores permite ver lo que Patricia Arias (2009) ha planteado como el dilema entre el *arraigo* y la *diáspora* de las familias campesinas. En los casos presentados son evidentes los dos fenómenos con diferencias generacionales. El acceso a la tierra, la finca y la producción agrícola siguen siendo un eje social de las familias aun cuando el mayor aporte de recursos monetarios surja de actividades extraprediales o el aporte de remesas de los hijos que se han ido. En muchas ocasiones este aporte de recursos subsidia la producción agropecuaria.

La identidad del campesino como trabajador se mantiene a lo largo del ciclo vital. Lleva a los jóvenes a trabajar por fuera de la finca y a los adultos a manejar la adversidad en la producción local. La tierra y la autonomía sobre la producción siguen siendo fundamentales para las poblaciones rurales.

Patricia Arias plantea elementos claves que permiten la seguridad en el campo y son la base de la subsistencia campesina. Entre ellos: la "posesión y usufructo de la tierra" aunque reducido en el caso del minifundio valletenzano, "la producción agrícola de autoconsumo, intensificación del factor trabajo (...), aportación de trabajo por parte de todos los miembros aptos del grupo doméstico". Sin embargo, otros aspectos se han transformado en las últimas décadas como "la reducida necesidad de dinero, abundancia y permanencia de los hijos y la aceptación indiscutible de las jerarquías de género y generación" (Arias 2009: 33). La tensión y complementariedad *arraigo-diáspora* que se presenta para dar un manejo diferencial a los riesgos del escenario rural han llevado a algunas transformaciones sociales. Entre ellas, el aumento del consumo de bienes y servicios, la disminución del número de hijos y la pérdida paulatina de la importancia de la familia en la identidad de las mujeres rurales jóvenes.

La movilidad ocupacional entre los miembros de las familias permite la incorporación de nuevas prácticas y recursos a antiguos referentes (Sahlins 1985). Sin embargo, esta movilidad está estructurada por el *capital cultural* y por el rango de posibilidades que les ofrece el acceso a derechos, bienes y servicios dentro del Estado.

De forma paradójica, gran parte de los cambios sociales que enfrentan las poblaciones campesinas del Valle de Tenza son una especie de *cambios*

*tradicionales*, que en la mayoría de los casos ocurren como resultado de los límites en el acceso al capital y la subordinación histórica. Sin embargo, desde la década de 1970 las estrategias de subsistencia se han visto cada vez más afectas por la presión ecológica y el repliegue del Estado en la regulación agraria. En consecuencia, las dinámicas de los jóvenes y los adultos son un esfuerzo por adecuar de manera simultánea los medios económicos (a los que tienen acceso) y sus referentes culturales y aspiraciones personales (Fals Borda 1959).

Los testimonios citados muestran que ni la migración ni el retorno son fenómenos recientes. La migración parece ser una dinámica “tradicional” de los jóvenes, a partir de la cual han integrado históricamente nuevas prácticas sociales y han contribuido a mantener la producción y las culturas agrarias.

### 3.2.5. Jóvenes y generaciones

Para Mary Douglas “todas las culturas históricas se encuentran en transición (...). La experiencia dentro de la cultura es una experiencia de elección y decisión inspeccionada o juzgada por los vecinos” que permite la introducción o la restricción de transformaciones en una sociedad (1992: 25). Cada población crea las formas culturales a través de las cuales se introduce el cambio. Las formas como se conciben las transformaciones sociales llevan también a las formas de estructurar la percepción del riesgo en un grupo. Cómo se crean los escenarios de incertidumbre y las formas de aversión o vocación al riesgo (Douglas 1996: 11), quiénes son las personas que asumen las incertidumbres en una sociedad (1996: 38) cómo se percibe el riesgo, se asume y se maneja en relación con las temporalidades de la vida social (Douglas 1992: 18) y cuáles son las formas de coerción mutua que implican las posibilidades de cambio o la permanencia de ciertos referentes culturales (1992: 6).

Aunque el número de testimonios presentados en este capítulo no son representativos del conjunto de la población campesina del Valle de Tenza, las narraciones permiten ver las continuidades y las variaciones que han llevado a la formación de nociones sobre la juventud rural.

Un elemento transversal a los testimonios es la percepción de distintos grados de riesgo durante el periodo juvenil a través de las generaciones. Este escenario de incertidumbre no es resultado aislado de la vida rural sino de la relación entre las formas de producción para el autoconsumo, el sistema de capital y las formas de intervención del Estado. En ésta interacción ha pervivido la subordinación histórica de los campesinos y el manejo antiagrario de las políticas enfocadas al sector rural (Uribe 2012). Así, las acciones del Estado han sido un factor relevante en la configuración de subjetividades campesinas.

Persiste una inconsistencia entre los factores indispensables para la reproducción de la economía campesina y las formas de intervención del Estado sobre estas poblaciones. En los testimonios es clara la preponderancia de la tierra, el conocimiento sobre el medio y las herramientas, el trabajo familiar, el mercado y el reconocimiento social para la reproducción de las formas de vida campesinas. Sin embargo, en el nuevo modelo de desarrollo “los campesinos han sido marginados de los proyectos y propósitos del desarrollo agropecuario y han pasado a formar parte de la política social, es decir, a ser sujetos de políticas públicas vinculadas a la lucha contra la pobreza. Los campesinos, en cuanto pobres, son sujetos de asistencia, de subsidios políticos” Sin embargo, “los componentes de apoyo al empleo y al desarrollo económico son prácticamente inexistentes” (Arias 2009: 29).

Con excepción de las escuelas rurales y los subsidios, los campesinos perciben su vida al margen de las acciones del Estado y cuando lo perciben, representado por “el gobierno”, lo ven como un elemento más en del espectro de amenazas tanto en materia productiva como en la intervención sobre sus roles sociales.

La juventud, en especial, el periodo etéreo correspondiente a la minoría de edad, ha recibido una intervención silenciosa y relevante para la transformación de las poblaciones rurales. Las escuelas han sido un escenario para la intervención del mercado agrario a través de los subsidios, han sido la institución que ha transmitido los sistemas de oposición moderno/tradicional y las inequidades relacionadas con esta dicotomía. La intervención sobre el trabajo de los menores ha restado una importancia paulatina a los sistemas de iniciación cultural de las poblaciones campesinas y sus formas de producción. Se ha introducido una brecha entre los modelos hegemónicos de la juventud (basados en la educación, el ocio y el consumo) sobre los sistemas de confianza de las poblaciones rurales (el conocimiento del medio, las habilidades y los vínculos sociales). Al alcanzar la mayoría de edad prima la incertidumbre ocupacional y la tensión entre permanecer en la finca o migrar para conseguir otras oportunidades. En este periodo prima una alta movilidad.

A pesar de que en la historia las normas de intervención sobre la juventud rural delegaron para ellos un rol productivo, en las últimas décadas, desde los programas de intervención, este papel ha dejado de ser deseable y el trabajo juvenil se ha prohibido, es perseguido y es observado convertido en una marca de su situación en desventaja. Sin embargo, frente a las ambigüedades de las formas de intervención del Estado, los campesinos ratifican su identidad como trabajadores. Desde la perspectiva de las poblaciones rurales, el trabajo juvenil no sólo ha sido el mecanismo de enseñanza e iniciación en la cultura sino también el baluarte para afrontar el riesgo inherente a la producción campesina dentro del desarrollo de la nación. La prohibición y la exclusión de los jóvenes del mundo laboral ha cooptado no sólo las opciones de ingresos sino las formas de aprendizaje y socialización de los campesinos. De esta manera se reproduce la inequidad en las formas de valoración de los conocimientos de las sociedades rurales frente a los valores de la educación institucional moderna.

Con respecto a las amenazas de la producción y la reproducción de las formas de vida campesinas, subsisten los problemas históricos como el limitado acceso a la tierra, y se han sumado nuevos factores, los problemas de orden ambiental “ha cambiado mucho el clima, mucha contaminación y enfermedades de las plantas”, (Carlos, junio 30 de 2011), “es como si la tierra estuviera cansada” (Belisario, noviembre 8 de 2010), el repliegue del Estado en la intervención sobre la producción de alimentos, las fluctuaciones del mercado y el aumento de la demanda monetaria: “acá nunca ha habido mucha plata, lo que pasa es que antes se necesitaba menos” (Gustavo, 22 de junio de 2010). La producción agropecuaria es en sí misma un camino incierto: “La agricultura es una aventura, no se saben los precios ni las enfermedades” (Israel, junio 27 de 2011). En este contexto, la incertidumbre es percibida y sumida de manera diferencial las generaciones. Empero, la articulación permanencia y migración, *arraigo* y *diáspora* han sido precisamente la forma de organización social que les ha permitido subsistir.

Los jóvenes como receptores de algunos programas de desarrollo, son los sujetos que han afrontado la otra cara del desarrollo. Esta situación no la han enfrentado de manera pasiva, sino que han intentado acoplarse o responder a las demandas de la nación colombiana. Tal vez no existe una población que haya participado con igual magnitud en la transformación de las condiciones demográficas, económicas y políticas del país, con igual grado de invisibilidad para el Estado, la academia y la sociedad. Desde la perspectiva de Ulrich Breck (2006) el desarrollo avanza en la

creación de riquezas al tiempo que genera brechas sociales. Así la distribución de la riqueza es inversa a la creación de riesgos para las poblaciones (256- 257).

Dentro de las posibilidades para conseguir recursos económicos, la educación superior sigue siendo un camino deseable, sobre todo para los campesinos que cuentan con los recursos para asumir los costos. Los trabajos informales, aunque con condiciones precarios, siguen siendo un escenario para obtener recursos, las minas son un escenario de suerte, y los cultivos de coca tienden cada vez más a convertirse en una vía segura y de fácil acceso al capital.

Aunque no existe una sola dirección de la migración, ésta se encuentra estructurada por posibilidades que se han construido históricamente en la interacción del sistema campesino y el sistema de capital. Los límites entre ambos sistemas persisten a pesar del tránsito de la población a través ellos. Los campesinos y en especial los jóvenes “son atraídos, integrados, pero también expulsados de manera continua de los mercados de trabajo” (Arias 2009: 262). A pesar de esto prima el mantenimiento de vínculos sociales significativos entre los miembros de las familias campesinas independientemente del retorno. Las dificultades se manejan a través de la flexibilidad de las actividades, que conlleva también a la flexibilidad en el manejo de códigos culturales.

Los cambios más significativos se pueden observar en las estrategias internas de las familias para aumentar la capacidad productiva y reducir los riesgos de la producción. Hay un incremento de la flexibilización laboral y productiva. Los jóvenes tienen mayor acceso a la escolaridad, que genera mayores expectativas de trabajo asalariado. Aunque persiste una subordinación de la mujer en cuanto al desempeño de trabajo remunerado dentro de las zonas rurales, existe también una transformación de las relaciones entre los géneros dentro de la familia campesina. Hay una menor importancia del matrimonio para las mujeres jóvenes, una disminución en el número de hijos y la búsqueda de mayor educación y equidad con respecto a los hombres. El aporte de recursos monetarios por parte de los jóvenes, el acceso a la educación y el manejo de la tecnología también han transformado las relaciones de poder entre las generaciones.

Aunque se ha presentado una transformación de las relaciones de poder al interior de la familia campesina referentes al género y la generación, subsiste la subordinación del campesino dentro de las estructuras de poder mayor. En este sentido, persisten y se acentúan las presiones del capitalismo sobre la economía campesina, de manera simultánea a las estrategias de organización de las prácticas y las relaciones sociales de los habitantes rurales para subsistir y legitimar sus formas de vida.



## Conclusiones

Este trabajo responde a las preguntas por el significado de la juventud en las zonas rurales y las implicaciones de sus dinámicas ocupacionales en los cambios de las formas de vida campesinas. Para desarrollar el argumento de esta investigación tuve en cuenta la relación entre tres perspectivas: 1) el lugar de la *juventud rural* dentro de las nociones hegemónicas de la *juventud* en la consolidación del capitalismo, 2) Las formas de intervención del Estado para la configuración de los sujetos jóvenes de las zonas rurales, y 3) las perspectivas locales sobre los jóvenes y sus prácticas ocupacionales en la región del Valle de Tenza (Boyacá).

Los principales hallazgos del trabajo muestran que las formas de vida de los jóvenes rurales son el resultado de la articulación entre dos sistemas socioeconómicos: el capitalismo y la economía campesina. En este lugar de intermediación, los jóvenes del campo han sido históricamente una fuente de fuerza de trabajo que ha generado ganancias para el sistema de capital y, al mismo tiempo, han sido la población que ha buscado recursos monetarios para el sustento las economías campesinas. Por lo tanto, los *jóvenes rurales* (como población trabajadora) se oponen a la perspectiva hegemónica sobre la *juventud* del capitalismo, a la cual se le ha conferido la educación como escenario institucional que la separa de otras generaciones y el ocio y el consumo como prácticas privilegiadas. En este sentido, los jóvenes campesinos han sido observados como *jóvenes sin juventud* (Solari 1971).

Sin embargo, la juventud en la consolidación del capitalismo no es una categoría estática. Ésta ha sido el resultado histórico de la articulación y marginación de los jóvenes al trabajo, dentro distintas formas de producción. En la última etapa del capitalismo, el requerimiento de una población que consuma para dinamizar la economía ha traído como consecuencia la designación de los jóvenes como los consumidores privilegiados del sistema. Esta posición ha sido posible gracias a los imaginarios que presentan a los jóvenes como carentes de identidad y en búsqueda constate de un rol social. En este sentido, el papel simbólico de las mercancías ha funcionado como recurso a partir del cual se pueden crear identidades a través del consumo. Así, la *juventud* ha dejado de ser concebida de manera exclusiva como una categoría etarea y se ha transformado en un *estilo* de vida que puede ser apropiada por sujetos de distintas edades a partir de las prácticas sociales y el consumo juvenil.

La diferencia entre los *jóvenes rurales* (trabajadores) y los jóvenes del capitalismo (estudiantes y consumidores) ha generado importantes efectos en la construcción de ciudadanías. La oposición entre los jóvenes rurales y los jóvenes del capitalismo han legitimado la distribución diferencial de derechos; han llevado a la conformación de *ciudadanías segmentadas* (Torres 1998) o *disyuntivas* (Holston 2008) donde el Estado ha estructurado de forma desigual las posibilidades de acceso a *capital cultural* y *económico* de distintas poblaciones (Bourdieu 1997: 99, 100) y ha generado los mecanismos para la incorporación de identidades de subalternidad (Gupta 2000).

El análisis sobre las leyes de la vagancia y, posteriormente, las formas de intervención para el desarrollo muestran, bajo distintos discursos, estrategias similares para cooptación de la fuerza de trabajo de los jóvenes campesinos y populares. La condena del ocio (bajo las leyes de la vagancia) y la exaltación del heroísmo, el sacrificio y el trabajo para superar el atraso (bajo los discursos del desarrollo) contribuyeron a la configuración de una población joven que debía cargar con el peso del progreso de sus comunidades y de la nación colombiana. Los jóvenes rurales aportaron su fuerza de trabajo a la producción de alimentos y materias primas, la colonización, las nacientes industrias, las obras de infraestructura, el trabajo doméstico, el comercio, las labores técnicas e incluso, con grandes esfuerzos, incursionaron dentro de la educación moderna que les había sido negada.

Esta designación de un rol productivo para los jóvenes rurales ha tenido importantes aristas. Los jóvenes “son atraídos, integrados, pero también expulsados de manera continua de los mercados de trabajo” (Arias 2009: 262). Esta dinámica es especialmente cierta cuando se observa su rol en un contexto social específico. En el Valle de Tenza, caso abordado en este estudio, las perspectivas de progreso bajo dos modelos de desarrollo tuvieron siempre varias caras: por un lado, se propusieron integrar a las poblaciones rurales al capitalismo (en la gran mayoría de los casos en condiciones de subordinación) y, por otro lado, desestructuraron el sistema ocupacional de las poblaciones rurales. De manera contradictoria, los jóvenes del campo a quienes históricamente se les ha designado un rol productivo, han observado, desde la década de 1970 la desarticulación de las posibilidades laborales a las que antes tenían acceso. Bajo el modelo de sustitución de importaciones (antes de la década de 1990), la construcción de obras de infraestructura (en el caso del Valle de Tenza la Represa de Chivor), la promoción de la tecnificación agrícola (especialmente la incorporación de insumo resultado de la Revolución Verde) y el interés por integrar a los campesinos al progreso a través del aumento del consumo y dependencia del mercado de bienes que antes eran producidos de manera autónoma por los campesinos (ropa, calzado, empaques, bienes de aseo, alimentos, insumos) llevaron a la pérdida de las ocupaciones que antes permitían la oferta de estos bienes. El intercambio desigual con el mercado llevó a la pérdida de valor de los productos y las ocupaciones en los que los jóvenes eran formados y en los cuales podían desempeñarse para reproducir las economías de autoconsumo.

A pesar del debilitamiento ocupacional y los requerimientos para la obtención de recursos monetarios, las poblaciones rurales de la región siguieron produciendo una gran diversidad de alimentos que garantizaban su autosubsistencia. Sin embargo, las reestructuraciones neoliberales (al iniciar la década de 1990) dejaron de proteger y regular el mercado de los alimentos y presionaron aún más las posibilidades productivas de los jóvenes dentro de la economía campesina.

En este contexto, los jóvenes rurales representaron, mediante la migración a los pueblos, las ciudades, otras zonas rurales, las economías extractivas y los cultivos de uso proscrito, la posibilidad de acceder al capital; mientras los padres y abuelos continuaron en las zonas rurales reproduciendo las formas tradicionales de producción para el autoconsumo que les permitía protegerse de la dependencia del mercado.

La organización generacional para responder a la autosubsistencia y las demandas monetarias han sido la estrategia para reproducir las formas de vida campesinas. De acuerdo con Stuart Kirsch (2001) las sociedades se transforman para proteger ciertos referentes. En el caso de las poblaciones rurales del Valle de Tenza la relación *arraigo – diáspora* (Arias 2009) ha permitido a las poblaciones locales protegerse de la pérdida de los medios de subsistencia, las redes sociales, los conocimientos y las

conexiones con el territorio; al tiempo, que ha ofrecido la posibilidad de acceder a nuevos canales de información y recursos (Kirsch 2001: 168). En este sentido, las poblaciones campesinas del caso de estudio han articulado nuevas prácticas económicas y culturales que les han permitido subsidiar la producción diversa para el autoconsumo.

Los jóvenes rurales han sido la población que con más frecuencia se ha movilitado para la obtención de capital. A diferencia de la creencia común sobre la falta de posibilidades de los jóvenes campesinos, ellos cuentan con muchas más opciones para construir su vida futura. Sin embargo, todas ellas implican una posición de subordinación frente a la sociedad mayor y un alto grado de incertidumbre y riesgo en la definición de sus roles.

En Colombia, un joven de la ciudad de clase media o alta, no dudará en reconocer que la educación estructuró su vida, le dio orden a su cotidianidad, estableció la jerarquía de tareas, lugares y relaciones sociales, delimitó su camino futuro y le enseñó a confiar en que tendrá acceso al capital a través de la conexión entre el medio educativo y el mundo laboral. Con muy baja probabilidad ese joven de la ciudad de clase media o alta, habrá tenido la idea de dejar la educación primaria para huir al campo, trabajar como jornalero, buscar los medios para comprar una parcela y dedicarse a la vida rural y al autoconsumo. Reconocerá que el sistema educativo podrá dar un orden deseable a su vida hasta bien entrada la década de sus 20 años. La educación para este sujeto no es una opción sino la única opción, una obligación casi natural que convierte a la educación institucional en paradigma inquebrantable de la modernidad. A ese joven de clase media o alta, a los 14 años jamás se le habrá ocurrido fugarse a las minas, a las cocaleras o a las petroleras para probar suerte, o dedicarse a la construcción o el servicio doméstico en una ciudad vecina. Tampoco reconocerá con lujo de detalle la utilización y variedad de los árboles maderables de alguna región del país, tampoco conocerá las variedades de especies que en determinado momento podrían garantizar su alimentación y su subsistencia durante un año sin requerir recursos monetarios. Tampoco conocerá las materias primas ni sabrá cómo construir un arado y otras herramientas, desconocerá las estrategias que le permitirían desempeñarse de forma hábil en el medio rural, se perderá en los caminos, no reconocerá las propiedades de un terreno, temerá a los animales y probablemente al medio rural en general.

Un joven del campo, de la región del Valle de Tenza, tendrá todas las opciones anteriores. Podrá acceder, tal vez, con mayor dificultad a la educación. En la escuela rural aprenderá a dominar la segmentación de los tiempos, los espacios y las edades con los toques de campana, pero también conocerá el proceso de iniciación en distintos oficios a partir de la relación con las habilidades de los adultos. El tiempo escolar se traslapará con el Año Grande y el Guayome; con los tiempos de siembra y con las cosechas de distintos productos. El bachillerato le será asequible en un pueblo cercano, aunque le implique también ciertas dificultades en gastos y desplazamiento, podrá aventurarse a conseguir dinero por distintas vías o puede permanecer sembrando. Aunque tiene un amplio margen de movilidad, ésta es una "*movilidad estructurada* que resulta de estructuras ya existentes de circulación y acceso diferencial a un determinado conjunto de prácticas históricas y políticamente articuladas" (Briones 2005: 22-23), es una movilidad estructurada por las inequidades en el acceso el *capital cultural y económico* que se han construido en la historia y que son ratificadas y acentuadas por las formas de intervención estatales sobre las economías agrarias. Esta población se enfrenta con grandes límites en la transgresión de los órdenes sociales, sobre todo, las condiciones de subordinación frente al sistema de capital.

Si bien, la continuidad en las formas de vida de autosubsistencia dependen de la toma de decisiones de los sujetos, sobre todo de los jóvenes, quienes se encargan (a través de su alta movilidad geográfica y ocupacional) de evaluar las opciones posibles para su producción y reproducción social, esta toma de decisiones depende de las estructuras de poder en las que se encuentran inmersos.

Los jóvenes del campo son una población altamente móvil que se encuentra en la búsqueda constante de posibilidades para acceder a los centros de poder y los derechos ciudadanos que les han sido negados históricamente.

Las formas de subordinación y oposición frente al capitalismo se encuentran condensadas en sus relatos de vida y en las narraciones populares. Entre las poblaciones rurales del Valle de Tenza existen relatos que, desde mi interpretación, sintetizan los dilemas de la juventud rural. Las diferentes versiones cuentan *la historia de un labrador que, en compañía de su yunta de bueyes, regresa de arar la tierra donde el patrón. Por la carretera hay otro hombre que camina a unos cuantos pasos de él. Mientras el labrador está cansado de la jornada, trajinado y con poco dinero en los bolsillos, el otro hombre, está descansado, bien vestido y guarda un tesoro de muchas monedas. Según algunas versiones, se trata de un fraile, según otras, se trata de un hombre de ciudad muy elegante. Muchos campesinos representan al diablo con esta figura, pues a pesar de su agradable e inofensiva apariencia, todos saben que tiene las uñas largas. Aunque el arador percibe su presencia, procura no mirarlo y seguir adelante. Encontrarse al "viato" por el camino es, al mismo tiempo, una suerte y una maldición. Si el labrador que se lo encuentra decide dar la pelea y cortar un pedazo de su traje, el viato puede entregarle una parte de su tesoro a quien se ha atrevido a enfrentarlo. Sin embargo, cuentan los campesinos que en los lugares donde el viato ha entregado sus monedas hay un derrumbe sobre el camino.*

Existe también otra versión del diablo, *representado por un recién nacido muy hermoso, que sin embargo tiene dientes de adulto y nunca crece. A pesar de que no es capaz de valerse por sí mismo, es una amenaza para la mujer que lo alimenta. La madre debe decidir a su pesar (en ambas opciones) si lo continúa alimentando (haciéndose daño a ella misma) o lo abandona (transgrediendo su labor como madre).*

Las narraciones vuelven a presentar la dualidad entre las formas de vida campesinas y el capital. La del arador que decide no mirar al hombre de las monedas y seguir el mismo camino que, aunque agotador, es el que siempre ha recorrido. O la del que lo enfrenta y consigue una porción del tesoro a pesar de que una parte del camino recorrido se derrumbe. El sistema de capital también está representado en niño que no crece y, por lo tanto, nunca queda satisfecho de la leche materna. Es la historia de la mujer que decide alimentar o no a un sujeto (o a una sociedad) que no produce su propio sustento, su propia comida, y que sin embargo amenaza (con sus dientes) a los que lo alimentan.

La relación entre el diablo y el capital entre las poblaciones campesinas es un tema que ya ha sido abordado. Michael Taussig (1980: 14 - 18) analiza cómo entre algunas poblaciones rurales de Colombia y Bolivia el aumento de la productividad y la desproporcionada de capital es interpretada como el resultado de un contrato con el diablo. Esta es una forma de representar al capitalismo desde la perspectiva de la economía campesina que observa los recursos como "bienes limitados" y no comprende cómo otro sin "el sudor" del trabajo es insaciable y logra acumular riquezas. La acumulación de capital solo puede ser el resultado de algo sobrenatural, solo puede ser obra del diablo.

---

Según Taussig (1980) el diablo representa una lucha simbólica frente al capitalismo. En el caso de las poblaciones del Valle de Tenza, el diablo – capital representa los conflictos por el acceso a recursos y derechos, es una vía potencial de transgresión moral, un mecanismo de respuesta o adecuación a las estructuras de poder y una vía simultánea de reconstrucción y derrumbe de las formas de vida basadas en la autosubsistencia.

Estas contradicciones son, de manera condensada, las que aparecen en la multiplicidad de opciones que, no sin riesgos, afrontan los jóvenes del campo en su proceso de iniciación a la vida adulta. La juventud rural un el tiempo para enfrentar o no al diablo - capital, articular o no una gran diversidad de prácticas y significados sociales, un tiempo optar o no por las formas de vida campesinas.



## Bibliografía

Acción Cultural Popular. 1959 -1990. *El Campesino, semanario para la cultura del pueblo*. Bogotá: Depósito Biblioteca Luis Ángel Arango.

Altieri, Gerardo. 2007. *Justicia y gobierno: La audiencia de Puerto Rico*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Anderson, Bonnie y Judith Zinsser. 2009. *Historia de las mujeres*. Madrid: Crítica.

Archetti, Eduardo. 1981. *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina*. Quito: CEPLAES.

Arango, Luz Gabriela. 1991. *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Universidad Externado de Colombia.

Araya, Alejandra. 1999. *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile Colonial*. Santiago: Dirección de bibliotecas, archivos y museos.

Arciniegas, Germán. 1932. *El estudiante de la mesa redonda*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.

Arguedas, Alcides. 2010 [1919]. *Raza de Bronce*. Dominio Público.

Arias, Patricia. 2009. *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Ariès, Philippe. 1987. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Arizpe, Lourdes. 1985. *Campesinado y migración*. México: SEP Cultura.

Arrom, Silvia. 1989. Documentos para el estudio del tribunal de vagos 1828 - 1848. *Anuario Mexicano de la Historia del Derecho* No 1. México. Pp. 215 - 235.

Asociación Católica de la Juventud Mexicanos. 1996. *Historia de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. México: A.C.J.M.

Avilés Fabila, René. 1983. *Los oficios perdidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Baudel, Maria de Nazareth. 2001. "A ruralidade no Brasil moderno. Por un pacto social pelo desenvolvimento rural". En Giarracca, Norma. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Bartra, Roger. 1980 [1942]. La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov. *Papeles Económicos*. Bogotá: número. 3-4 abril-septiembre. Pp. 15-29.

- Beck, Ulrich. 2006. *La Sociedad del Riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bernal, Hernando. 2005. *Radio Sutatenza. De la Realidad a la Utopía*. Bogotá: Fundación Cultural Javeriana.
- Bestard, Joan. 1996. "Prólogo" En Douglas, Mary. *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós.
- Boorstin, Daniel. 1986. *Los Descubridores*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Bourdieu, Pierre y Jean Claude Passeron. 1977. *La Reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Laia.
- Bourdieu, Pierre 1997. *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona España. Anagrama.
- Briones, Claudia. 2005. "Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales". En Claudia Briones (ed.). *Cartografías argentinas: Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia, Pp. 11-43.
- Cajiao, Francisco. 2008. "La adolescencia en el universo de las edades de la vida". En Pinzón, Carlos; Suárez, Rosa y Gloria Garay. *Para cartografiar la diversidad de los jóvenes*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Calva, Jose Luis. 1988. *Los campesinos y su devenir en las economías de mercado*. México: Siglo XXI.
- Camacho, Juana y Nadia Rodríguez. 2007. *¿Quiénes son los campesinos hoy? Observatorio de identidades, prácticas y políticas en el espacio rural colombiano*. Proyecto presentado a Colciencias. Bogotá: texto no publicado.
- Caro, Aura. 1981. *Educación rural en Colombia 1960-1980. "Un primer análisis"*. Tesis de pregrado, no publicada. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cepeda, David. 2009. Presentación oral. Teoría II. Maestría en Antropología. Universidad Nacional de Colombia.
- Chayanov, Aleksandr. 1978. "Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas". En Jimeno, Myriam (Compiladora). *Discusiones sobre la Cuestión Agraria*. Bogotá: Editorial Latina. Pp. 79 – 127.
- Cipolla, Carlo. 1994. *Tre Storie extra vaganti*. Traducción de: Gil, José. Cipolla, Carlo. *Tres Historias extravagantes*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Clavijo, Leonidas. 2003. La liquidación del Idema. *Economía Colombiana*. Junio - julio, 296. Pp. 108-112.
- Colmenares, Germán. 1970. *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada: ensayo de historia social, 1539-1800*. Bogotá, Universidad de los Andes.
- Corpochivor. 2008. Plan de Ordenamiento Territorial (Garagoa, Gauteque, Sutatenza, La Capilla, San Luis de Gaceno, Chivor, Somondoco). Garagoa: Corpochivor.
- Cripps, Colin. 1999. *La música popular en el siglo XX*. Colombia. AKAL.

Cubides, Humberto; Laverde, María Cristina y Carlos Eduardo Valderrama. 1998. "Viviendo a toda" Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: DIUC.

Decreto 1863 de 1926 en *Diario Oficial*, 1926.

De la Cadena, Marisol. 2006. ¿Son los mestizos híbridos? Las políticas conceptuales de las identidades andinas. *Universitas Humanística*. No.61 enero-junio. P.p: 51-84.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2005). *Censo General*. Bogotá: DANE.

Díaz Castro, Eugenio. 1967 [1858]. *La Manuela*. Cali: Carvajal.

Díaz Castro, Eugenio. 1985 [1880]. *Bruna, La Carbonera*. Biblioteca Luis Ángel Arango. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/bruna/brun0.htm>

Diez de Medina, Rafael. 2001. *Jóvenes y empleo en los noventa*. OIT: Cinterfor.

Dirección Nacional de Estadística [DNE]. (1951). *XII Censo Nacional de Población, II de Edificios y I de Vivienda*. Bogotá: DNE.

Douglas, Mary. 1992. *Risk and blame: essays in cultural theory*. London: Routledge

Douglas, Mary. 1996. *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós.

Duby, Georges. 1981. *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre*. Traducción de: Armiño, Mauro. Duby, Georges. *El Caballero, la Mujer y el Cura*. Madrid: Taurus.

Duby, Georges. 1993 [1973]. "Los "jóvenes" en la Sociedad Aristocrática de la Francia del Noreste en el Siglo XII" En Duby, Georges. *Hommes et Structures du Moyen Age*. Traducción de: Roberto Firpo, Arturo. Duby, Georges 1993 *Hombres y Estructuras de la Edad Media*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Durand, Jorge. 1983. *La ciudad invade al ejido*. México: Ediciones de la Casa Chata.

Durston, John. 2001. Juventud rural y desarrollo en América Latina. Estereotipos y realidades. En Donás Burak, Solum (comp.). *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago: LUR. Pp. 325 - 340.

El Espectador. Mayo 11 de 2010. "Vuelven los Cuerpos de Paz a Colombia".

Ender, Abraham. 2008. En el 68 todo era posible. *Brújula*. 10 de mayo.

Erikson, Erik. 1959 [1950]. *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Hormé.

Escobar, Arturo. 2007. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del Desarrollo*. Bogotá: Norma.

Escobar, Manuel (coordinador de investigación). 2004. *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Programa presidencial Colombia Joven- Agencia Cooperativa Alemana GTZ-UNICEF Colombia. Bogotá Colombia. Universidad Central. Departamento de Investigaciones DIUC.

Esteva, Gustavo. 1978. *¿Y si los campesinos existen? Comercio Exterior*. México: Número. 27.

- Estrada, Margarita. 1998. Diversificación laboral y organización familiar en una zona rural en el México central. Ponencia presentada al XXI Congreso Internacional LASA Chicago, Ill. Septiembre 24-26. México: CIESAS.
- Fabián Alonso, Gustavo. 2001. *El delito de la vagancia durante el último curato del siglo XVIII*. Buenos Aires: Defensoría del Pueblo.
- Fajardo, Darío. 1981. *El Estado y la formación del campesinado en el siglo XIX*. Bogotá: Historia y Sociedad.
- Fajardo, Darío. 1984. *Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia 1920 – 1980*. Bogotá: Oveja Negra.
- Fals-Borda, Orlando. 1959. *La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fals-Borda, Orlando. 1961 [1955]. *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Fals-Borda, Orlando. 1975. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: Rosca.
- Fals-Borda, Orlando; Guzmán, Germán y Eduardo Umaña. 2005 [1962]. *La Violencia en Colombia I*. Bogotá: Taurus.
- Feder, Ernest. 1980. Capital monopólico y empleo agrícola en el tercer mundo. *Cuadernos Políticos*, México: número 26, octubre-diciembre, Pp. 19-36.
- Feder, Ernest. 1981. Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado. Antonio García (comp.) *Desarrollo Agrario y América Latina*, El Trimestre Económico 41, FCE, México.
- Feixa, Carles. 1999. *De Jóvenes, Bandas y Tribus. Antropología de la Juventud*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Feixa, Carles y Yanko González. 2006. Territorios baldíos: identidades juveniles indígenas y rurales en América Latina. *Papers* 79. Pp. 171-193.
- Ferro, Germán. 1994. *A Lomo de Mula*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Fondo Colonia Penal de Araracuara 1940 – 1959. Bogotá: Archivo General de la Nación. Cajas (Procesos): 2 (56, 62, 65), 3 (95, 96, 100), 5 (143, 157), 6 (173), 12 (403), 24 (812), 31 (1068, 1077, 1078, 1079), 32 (1086, 1114), 33 (1118, 1126, 1127, 1128, 1130), 34 (1181), 35 (1222, 1226).
- Forero, Jaime. 2010. *Algunas características económicas de los sistemas de producción familiares rurales*. Bogotá: Documento de trabajo no publicado.
- Foucault, Michael. 1976. *Vigilar y Castigar*. México. Siglo XXI Editores.
- Franco, Roberto. 2009. Informe presentado al proyecto *Modos de vida rurales*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá: Documento no publicado.
- Freud, Sigmund. 1975 [1905]. *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Madrid: Alianza.
- Gallegos, Rómulo. 1935. *Canaima*. Barcelona: Araluce.

Garay, Gloria, Carlos Pinzón y Rosa Suárez. 2008. *Para cartografiar la diversidad de los jóvenes*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

García Hoyos, Juan Carlos. 2006. *De la Coca a la Cocaína*. Bogotá: Universidad del Rosario.

García Mongue, Joaquín. 1981 [1900]. *Hijas del Campo*. En *Tres novelas* San Salvador: Ministerio de Cultura.

García, Virginia. 2005. El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Red Desacatos* 19 septiembre-diciembre. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Distrito Federal.

Giarracca, Norma. 2001. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Gómez, Santiago. 2008. Políticas Agrarias en Colombia. Documento de trabajo – Octubre 2008 presentado al Grupo de Investigación *¿Quiénes son los campesinos hoy?* Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Documento no publicado.

González, Yanko. 2004. Óxido de lugar: ruralidades, juventudes e identidades. *Revista Nómadas*, 20. Pp. 194-209.

González, Yanko. 2008. *Metaleros y cumbiancheros: ¿Culturas juveniles en el campo?* Santiago de Chile: Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral.

Guerrero, Laura; García, Ana Camila y Carolina Martínez. 2008. Categorías etáreas: ¿Juventudes Campesinas? Seminario internacional *Configuración de los territorios rurales en el siglo XXI*. Bogotá: 28 al 31 de marzo.

Gupta, Akhil. 2000. *Postcolonial Developments. Agriculture in the Making of Modern India*. Duke University Press.

Hall, Stanley. 1904. *Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. New York: Appleton & Company.

Hebdige, Dick. 2004 [1979]. *Subcultura, el significado del estilo*. Barcelona: Paidós.

Holston, James. 2008. *Insurgent Citizenships. Disjunctions of democracy and modernity in Brazil*. New Jersey: Princeton University Press.

Horowitz, Elliot. 1996. "Los Mundos De La Juventud Judía En Europa: 1300 1800" En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). *Historia de los Jóvenes. Desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Madrid: Santillana S. A. Taurus. Pp. 117-165.

IICA. 1970. *Programa Interamericano para la Juventud Rural*. San José de Costa Rica: Ministerio de Agricultura y Ganadería.

IICA. 1961. *Informe del seminario interamericano de líderes de juventudes rurales*. San José de Costa Rica: Ministerio de Agricultura y Ganadería.

Icaza, Jorge. 1989 [1934]. *Huasipungo*. Quito: Libresa.

Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.

- Isaacs, Jorge. 1967 [1867]. *María*. Cali: Norma.
- Johnston, Bruce y John Mellor. 1962. El papel de la agricultura en el desarrollo económico. *El Trimestre Económico*, 29. Pp. 279 - 304.
- Jurado, Juan Carlos. 2004. *Vagos, pobres y mendigos: contribución a la historia social colombiana 1750-1850*. Medellín: La Carreta Editores.
- Kalmanovitz, Salomón y Enrique López. 2006. *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Kirsch, Stuart. 2001. Lost Worlds. Environmental Disaster, "Culture Loss," and the Law. *Current Anthropology*. Volumen 42, No.2 Abril P.p. 167 - 199.
- Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). 1996. *Historia de los Jóvenes. Desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Madrid: Santillana. Taurus.
- Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). 1996. *Historia de los Jóvenes. La Edad Contemporánea*. Madrid: Santillana. Taurus.
- Ley de la Juventud. 375 de 1997 Artículo 3º.
- Ley del 6 de abril de 1836.
- Ley 105 de 1922 en Diario Oficial, 1922.
- López, Abel. 1998. *Europa en la época del descubrimiento*. Bogotá: Ariel Historia.
- Loriga, Sabina. 1996. "La Experiencia Militar" En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). *Historia de los Jóvenes. La Edad Contemporánea*. Madrid: Santillana S. A. Taurus. Pp. 23-59.
- Malvano, Laura. 1996. "El mito de la Juventud a través del Fascismo". En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). *Historia de los Jóvenes. La Edad Contemporánea*. Madrid: Santillana S. A. Taurus. Pp. 311-345.
- Manso, Juana. 1854. *Álbum de señoritas*. Dominio Público. [www.juanamanso.org/2010/06/album-de-senoritas.html](http://www.juanamanso.org/2010/06/album-de-senoritas.html)
- Marchello-Nizia, Christiane. 1996. "Caballería y Cortesía". En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). *Historia de los Jóvenes. Desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Madrid. Santillana. Taurus. Pp. 167-214.
- Margulis, M. y Urresti, M. 1998. "La construcción social de la condición de juventud". En Cubides, Humberto; Laverde, Maria Cristina y Carlos Valderrama (eds.), *Viviendo a toda. Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Mariátegui, José Carlos. 1979 [1928]. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Editores independientes.
- Marsiske, Renate y Lourdes Alvarado. 2006. *Movimientos estudiantiles en América Latina*. México: Cesu-UNAM.
- Martí, José. 1895. Carta 8. *Cartas a María Mantilla*. Dominio Público. <http://jose-marti.org/>
- Martí, José. 1974 [1891]. *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Martín Barbero, Jesús. 1998. "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En Cubides, H; Laverde, M.-C.; y Valderrama C. (eds.). *Viviendo a toda. Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre Editores.

Martín Barbero, Jesús. 2002. *Jóvenes, comunicación e identidad*. OEI. Disponible en: <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>

Marx, Karl. 1946 [1867]. *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Tomos I y III. México. Fondo de Cultura Económica.

Mead, Margaret. 1963. *Growing up in New Guinea: a comparative study of primitive education*. New York: A Mentor Book.

Mead, Margaret. 1967. *Adolescencia y Cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós.

Mead, Margaret. 1990 [1977]. *Cultura y compromiso*. Traducción: Eduardo Goligorsky. México: Editorial Gedisa Mexicana, 1990.

Ministerio de trabajo, empleo y seguridad social (Argentina). 2001. *Los jóvenes en el mercado del trabajo*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo.

Miranda Ojeda, Pedro. 2007. Sociedad y trabajo durante el siglo XIX. La utilidad social como problema económico. *Estudios Sociológicos* Vol. XXV, 2, mayo-agosto. México: Colegio de México. Pp. 369-397.

Monod, Jean. 2002 [1968]. *Los Barjots*. Traducción de Pablo Grosschmid. Barcelona: Ariel.

Monsalve, Dora. 2006. *La humanidad de las semillas sembrada en la santa tierra. La economía campesina en el Valle de Tenza*. Bogotá: Fondo Mixto de Cultura de Boyacá, Universidad Nacional de Colombia.

Muñoz, Diego. 2007. Concepciones de niñez y juventud en las pedagogías católicas de principios del siglo XX. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. No 5(2). Manizales: Universidad de Manizales. Pp. 841-857.

Naciones Unidas. 1924. *Declaración de los derechos del niño*.

Naciones Unidas. 2005. Young people in poverty: Dimensions and policy implications. En *World Youth Report 2005*. Consultado el 10 de septiembre de 2009 en [www.un.org/esa/socdev/nyin/documents/wyr05book.pdf](http://www.un.org/esa/socdev/nyin/documents/wyr05book.pdf)

Najar, Aura Isabel. 2006. Apertura Económica en Colombia y el Sector Externo (1990-2004). Apuntes del CENES I semestre. Universidad Nacional de Colombia.

Necochea Gracia, Gerardo y Patricia Pensado Leglise (comp.). 2009. *Voltear el mundo de cabeza. Historias de militancia de izquierda en América latina*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Ocampo López, Javier. 2001. *El imaginario en Boyacá: la identidad del pueblo boyacense y su proyección en la simbología regional*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

OIT. 1973. *Convenio sobre la Edad Mínima*.

Ortiz, Fernando. 1973. *El contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar*. Barcelona: Ariel.

- Pachón, Ximena. 1984. Consideraciones acerca de la evolución de la infancia. *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen XXV. Bogotá: 1984 – 1985.
- Pachón, Ximena. 2009. ¿Dónde están los niños? Rastreado la mirada antropológica sobre la infancia. *Maguaré* 23. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 433 – 469.
- Parra, Rodrigo y Leonor Zubieta. 1983. *Escuela, marginalidad y contextos sociales en Colombia*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Pedraza, Zandra. 1999. *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y felicidad*. Bogotá: Uniandes.
- Pedrosa, Fernando. 2006. “La Universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar”. En Renate Marsiske y Lourdes Alvarado. *Movimientos estudiantiles en América Latina*. México: Cesu-UNAM.
- Pérez Islas, José Antonio. 2006. Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. *Papers* 79, 145-170.
- Perrot, Michelle. 1996. “La juventud Obrera: Del Taller a la Fabrica”. En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores). *Historia de los Jóvenes. La Edad Contemporánea*. Madrid: Santillana S. A. Taurus. Pg 101-165.
- Pesquera, Aída y Adriana Rodríguez. 2009. Impactos del actual TLC entre Estados Unidos y Colombia para los pequeños productores rurales. *Revista Deslinde* 44. Abril a junio de 2009.
- Pinzón, Carlos; Suárez, Rosa y Gloria Garay. 2008. *Para cartografiar la diversidad de los jóvenes*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Poniatowska, Elena. 1998. *La noche de Taltelolco*. México: Era.
- Pulecio, Heliodoro. 1949. *Estudio e interpretación de la ley 48 de 1936: compilación sobre vagos, maleantes y rateros y procesados por hurto y robo*. Ibagué: Imprenta Departamental del Tolima.
- Quesada Soto, Alvaro. 1995 [1986]. *La formación de la narrativa nacional costarricense 1890 – 1910*. Enfoque Histórico social. San José: Universidad de Costa Rica.
- Rispingliosi, Fernando. 1987. *Los jóvenes obreros de los '80: inseguridad, eventualidad y radicalismo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Robichaux, David. 2007. *Familia y diversidad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Robledo, Natalia. 2009. Curso: *Campesinado Colombiano*. II Semestre de 2009. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rouquié, Alain. 1997. *América Latina: Introducción el Extremo Occidente*. México: Siglo XXI.
- Sáenz, Juanita. 1986. *Investigación arqueológica en el bajo Valle de Tenza, Boyacá*. Bogotá: Finarco, Banco de la República. Informe Final.
- Salgado, Carlos y Esmeralda Prada. 2000. “El campesinado de hoy”. En *Campesinado y protesta social en Colombia 1980-1995*. Bogotá: Cinep. Pp. 29-74.

- Sahlins, Marshall. 1985. *Islas de Historia*. Barcelona: Gedisa.
- Sánchez, Gonzalo. 1977. *Las Ligas Campesinas en Colombia*. Bogotá: Ediciones Alcaraván.
- Schindler, Norbert. 1996. "Los Guardianes del Desorden" En Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (directores) 1996. *Historia de los Jóvenes. Desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Madrid: Santillana S. A. Taurus. Pp. 303-363.
- Schmitz, Stephen. 1993. *Rural education and urban migration in the Tenza Valley, Colombia*. Florida: UMI.
- Sena. 2011. *Historia del Servicio Nacional de Aprendizaje*. Bogotá: Sena.
- Silva, Nurys. 2006. *Juventud, violencia y deporte en las barras*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Tesis presentada para optar al título de antropóloga. No publicada.
- Silva, Nurys. 2009. Los labradores del azar. Un estudio sobre las representaciones y dinámicas de la juventud rural. *Maguaré* 23. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 471-509.
- Silva, Nurys. 2010a. Reseña: Para cartografiar la diversidad de los jóvenes Carlos Pinzón, Gloria Garay y Rosa Suarez (eds.). *Maguaré, Edición Especial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 214 - 217.
- Silva, Nurys. 2010b. *Estudio de Caso: Boyacá*. Informe presentado al Proyecto de investigación ¿Quiénes son los campesinos hoy? Bogotá: Documento no publicado.
- Solari, Aldo. 1971. *Algunas reflexiones sobre la juventud Latinoamericana*. Santiago de Chile: CEPAL. Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social.
- Stloukal, Libor. 2004. Rural population ageing in developing countries: Issues for consideration by FAO. En *Population and development service*. Consultado el 23 de septiembre de 2009 en [www.fao.org/sd/dim\\_pe3/pe3\\_040401a1\\_en.htm](http://www.fao.org/sd/dim_pe3/pe3_040401a1_en.htm)
- Suárez, Aurelio. 2007. *El modelo agrícola colombiano y los alimentos en la globalización*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Tamayo, Eduardo. 2000. *De la "década perdida" a la "década de la exclusión social"*. Ginebra: Grito.
- Taussig, Michael. 1980. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. University of North Carolina Press.
- Teubal, Miguel. 2002. "Globalización y Nueva Ruralidad en América Latina". En Giarracca, Norma (comp.). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- Therborn, Göran. 1999. *Europa hacia el siglo XXI. Especificidad y futuro de la modernidad europea*. México: Siglo XXI Editores.
- Thrasher, Frederic. 1963 [1926]. *The gang: a study of 1,313 gangs in Chicago*. Illinois: University of Chicago Press.
- Tilly, Louis y Joan Scott. 1989. *Woman, Work, and Family*. London: Routledge.

- 
- Todd, Selina. 2005. *Young woman, work, and family in England, 1918 -1950*. Oxford University Press.
- Torres, Carlos Alberto. 1998. Educación, clase social y doble ciudadanía. *Perfiles educativos*. No 81 julio-septiembre. México: Universidad Nacional Autónoma.
- Uribe, Mauricio. 2012. "Estilo de Desarrollo y Sesgo Anticampesino en Colombia". Cider Universidad de Los Andes. Conferencia presentada a la Cátedra Alexander Von Humboldt. Universidad Jorge Tadeo Lozano – IEH. 27 de febrero.
- URPA. 2000 – 2006. *Evaluación Agropecuaria por Concesos*. Tunja: Informe no publicado.
- Useche Losada, Mariano. 1998. *La prisión del raudal: historia oral de la Colonia Penal de Araracuara*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Vasconcelos, José. 1985 [1925]. *La Raza Cósmica*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Vera de Flachs, María Cristina. 2006. "Reformas, contrarreformas y movimientos estudiantiles en la universidad de Córdoba". En Renate Marsiske y Lourdes Alvarado. 2006. *Movimientos estudiantiles en América Latina*. México: Cesu-UNAM.
- Villa, Miguel y Rodrigo Espina. 2001. "Migración interna, urbanización y distribución espacial de la población en América Latina y el Caribe". En Donás Burak, Solum (comp.). *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago: LUR. Pp. 325 – 340.
- Whyte, William. 1981 [1943]. *Street corner society*. Paris: Editions La Decouverte.
- Wolf, Eric. 1971. *Los Campesinos*. Barcelona: Labor.